

LEOPLAN

MAGAZINE
POPULARO
ARGENTINO
16 JULIO 1941



En este número, una obra famosa:

COLOMBA, novela de PROSPERO MERIMEE,
COMO SE ENGAÑA A LAS MUJERES
un cuento de TEODORO DE BANVILLE.

y UN JUGADOR, relato célebre de PAUL BOURGET.

Vd.
es una
esclava!



El delicado organismo femenino se resiente fácilmente cuando tiene que soportar una labor pesada o continua.

Muchas mujeres que trabajan son víctimas de dolor de cabeza, malestar, cansancio excesivo etc.

Si nota que sus fuerzas disminuyen, si se siente decaída, inapetente o nerviosa, recuerde el tónico reconstituyente **BIOFORINA LIQUIDA DE RUXELL**, que tonifica los nervios, restituye las fuerzas, el vigor y el bienestar del equilibrio orgánico.

La **BIOFORINA LIQUIDA DE RUXELL** es muy agradable y está indicada en los organismos tanto de adultos como de niños.

Bioforina Liquida
Producto del
INSTITUTO BIOQUIMICO MODELO
PERU 1645/55 Bs. As. **de Ruxell**

Representante en el Uruguay: **CARLOS MAZZUCCHI** - Pte. Batlle 2656 - Montevideo

Sumario

UNA OBRA FAMOSA:
COLOMBA, de PROSPERO MERIMEE. 78

CUENTOS:
EL CABECILLA, por Jacinto Ramos 34
CAROLA, por Dinorah Olmos 48
COMO SE ENGARÁ A LAS MUJERES, por Teodoro de Basville 56
UN JUGADOR, por Paul Barge 69

UNA ENCUESTA LOCAL:
VIAJE ALREDEDOR DE NUESTRO PAISAJE, por Tibor Sekely, con colabora- ción de Quinquela Martín, Baldenegro Fernández Morano, Herminia Brumano, Horacio Rago Molino, Elba Villafañe, Elena I. de Bourieres, Elisa Galvé y Federico Mascias 40

CRONICAS:
LA REBELION DE LOS NEGROS, por José Luis Larrosa
LOS MILAGROS DE LA ESCENOGRAFIA, por Pedro Patti 52

REPORTAJES:
DONDE EL BISONTE CLASIFICA A BUFALO BILL COMO EL ENEMIGO PUBLICO Nº 1 DE SU ESPECIE, por Darío Quiroga 16
UNA NOVELA CRIOLLA PREMIADA EN PARIS Y DESCONOCIDA EN LA ARGENTINA, por Leandro R. Reynolds 64

ARTICULOS Y NOTAS:
HABLANDO POR TELEFONO DESDE LAS NUBES, por Gerardo Mendizábal 30
LOS HOMBRÉS QUE TIENEN LA VIDA PENDIENTE DE UN HILO, por Germán Solles 36
LA CRUZ ROJA DE LA MONTAÑA, por Agustín M. Valentini 44
LA PLANTA MAS UTIL DEL MUNDO SE CRIA EN MADAGASCAR, por Jorge Cros 60

UNA OFICINA DE CORREOS EN EL FONDO DEL MAR, por Robert J. Wilkinson 66
POR SI LA MUERTE LLEGA A AMERICA EN AVION, por Rómulo Valcarlos 74

SECCIONES:
SIN COMPAS NI RITMO 22
AQUI LE CONTESTAMOS 113
PARA MATAR EL TIEMPO 114

NOTAS GRAFICAS:
ESTAMPAS CORDOBESES 4
DE TAL PALO, TAL ASTILLA 6
HACIA LA SILUETA IDEAL 8
MALTA 10
LOS ARTISTAS SE DIVIERTEN 20
POR TIERRAS DE LEYENDA 24

DIEZ HISTORIETAS, QUINCE CHISTES Y NUMEROSAS ILUSTRACIONES Y FOTOGRAFIAS DE BERNABO FAIRHURST, VALENCIA VILLAFANE, ANGEL CASTELLANO, PEDRO CONESA, J. PODESTA, F. ROMERO, etc.

HACIA LA SILUETA IDEAL se titula la sugestiva nota grafica que aparece en la pagina 8 del presente sumario, y a la cual correspondi esta espectacular fotografia.

Lea en la pagina 40, VIAJE ALREDEDOR DE NUESTRO PAISAJE, una encuesta local.

En el próximo número, dos obras famosas:

LA PESTE ESCARLATA | **EL HOMBRE DE LA ARENA**
por JACK LONDON | por ERNESTO T. G. HOFFMAN

y cuatro cuentos célebres:

DIRECTOR INTERINO, por MARK TWAIN.
EL NIÑO ESPIA, por ALFONSO DAUDET.
EL PADRE, por GUY DE MAUPASSANT.
EL RETRATO OVAL, por EDGARD ALLAN POE.
"LEOPLÁN" aparece el 30 de julio

"¿Que se corta madero del bosque? — dice, tembándole la voz, Volvoro bajando la guardia a su segundo y se aleja. (Del cuento, EL CABECILLA, de JACINTO RAMOS, pág. 34).

Estampas cordobesas

CORDOBA, la hermosa provincia argentina consagrada ya vamente como indiscutido centro de turismo, asoma a ginas la bellera incomparable de sus paisajes a través magníficos enfoques, obtenidos recientemente por Gonzalo Fern un viajero que llegó a aquellos parajes con la máquina en



Descubiertas sus aguas de cristal por entre peñas y arbustos, se encuentra, en el fondo del valle, esta encantada laguna, remanso de paz, a la que los serranos denominan "La Tona".

Soprendidos en plena noche, estas delicadas flores de cacto rindieron al objetivo todo lo hermoso de su efímera existencia. La fotografía fue obtenida con ayuda de una linterna.



alma abierta a todas las sugerencias de la belleza. Cada una de las fotografías revela un aspecto nuevo y distinto de Valle Verde, de los más sugestivos y maravillosos lugares que encierra la provincia, cuyos escondidos y apacibles rincones, aun agrestes, se ofrecen al turista plenos de magníficas perspectivas panorámicas. ☼



Trotan los mulos, camino hacia la estancia, sobre un colchón de paja ardiente, y los alfos levantan una nube blanquecina, que pone como un velo tenue en la exuberancia vegetal del magnífico paisaje.



La mágica belleza de este rincón del río Lo granjea bien merece los honores de la tela y el pincel. Tal lo que hizo Gonzalo Fernández, cambiando a uno por el negativo y a otro por la cámara fotográfica.



Un cuadro típico de los serranos cordobeses: dos muchachos acarreado leña del monte en sendos burritos de la región, cachozudos, puro seguros. Flota en este enfoque un ambiente irresistible de calma y de malicia.

Saliendo el Valle Verde, camina a Ascóchinga, el fotógrafo tropiezo con este ranchito, escondido bajo los árboles de la sierra. Y le pareció tan íntimo y tan acogedor, que lo registró en seguida con su cámara.



De tal palo, tal astilla...

José RANDAZZA, un chico de Gloucester, Massachusetts, fue para su mamá un regalo de la navidad de 1929. ¡Y qué regalo! ¡Ciento treinta y tres kilos a los doce años! Al nacer, José pesaba ya ocho kilos, por lo que es de imaginar que la cigüeña habrá tenido que pedir ayuda para llevar semejante obsequio, al que seguramente no pudo introducir por la chimenea... Claro que José, puesto en tren de acumular kilos, no paró en éstas, y al año de edad había alcanzado los treinta y tres kilos, y a los dos años, cuarenta y siete. Desde entonces, la vida del rollizo bebé se convirtió en un constante acumular materia grasa en su dilatada humanidad, que hoy es el terror de cuanto mueble debe soportarla. En la actualidad, José se halla en edad escolar, y, naturalmente, va a la escuela. Lo que hace allí podrá verlo el lector en tres de las cinco fotos que integran esta nota gráfica. De las otras dos, la primera muestra al culpable de todas las vicisitudes de este ogro moderno, y la segunda, presenta al "nenito" en su casa. ¡Como para no creer en aquello de "De tal palo..."



Este es el papá de José

En su caso, José estudia la lección del día. "¡Caray, qué difícil es esto! Si quisiera se tragara de golpe, relacionado con los comen- parece decir. Para un chiquillo de doce años piensa más que en comen-





Una de las cosas que más agrada a José en la escuela es utilizar la maquina de sacar punta a los lápices. Dice que lo recuerda la maquina de hacer embutido. Además, el médico le ha recomendado mucho ejercicio.



"¡Cuidado con la silla, José!" Pero no hay que temer. La silla y el pupitre son a prueba de... kiles. Sus demás compañeros lo advertían en los corridos, mas si se desquiste en la mesa, dando, sin duda alguna, les gana a todos.



Para este émulo de Primo Cornero, el estudio presenta problemas especiales. Por ejemplo, acercarse al pizarrón. Su maestra, Pelly Hull, dice que en la escuela, José es un chico muy pesado...



Restrios

La rápida descongestión que un **GENIOL** produce, lo libra de las primeras molestias del resfrío. Prevéngase, y al primer síntoma, tome **GENIOL**.

GENIOL

4 TABLETAS 30 CENTAVOS

Hacia la silueta ideal



La buena postura es consecuencia de una sólida columna vertebral, y Joan Brooks asegura que, para adquirirla, hay que ejercitar esta posición.

PIERNAS finas, bien torneadas; cintura delgada y cimbreante; hombros bien plantados; curva dorsal bien dirigida; músculos elásticos; carnes sólidas; piel sana y fresco, y, sobre todo, como natural consecuencia de lo anterior, agradable expresión en el rostro y alegría en el temperamento. Este es uno de los grandes sueños de todas las mujeres... y de los hombres... ¡Porque con mujeres así soñamos todos! Colaboremos entonces en la realización de este hermoso sueño. He aquí una página que puede enseñar mucho, Miss Joan Brooks es maestra en la transformación hacia la belleza, habiendo comenzado por sí misma. No hay más que verla. Siga, pues, sus ejercicios la que desee poseer una figura igual.

Hombros bien plantados y busto bien hecho se logran con este ejercicio, que consiste en cambiar de lado la posición repetidas veces y con cierta energía.



Apoyada sobre la cabeza, los hombros y los codos, hay que mover las piernas como si se anduviera en bicicleta, con lo cual se embellecen las piernas y las caderas.



La elasticidad en los músculos dorsales es de suma importancia en el logro de la silueta ideal, y para conseguirla hay que repetir metódicamente, y a diario, el conocido ejercicio de tocarse los puntas de los pies con las manos, sin doblar en absoluto los rodillos.



Con las piernas cruzadas al estilo oriental y los brazos extendidos hacia adelante, hay que tocar el suelo alternativamente con ambos manos. Esto da sollera al dorso.



Malta, la pintoresca isla mediterránea, hoy tan de actualidad, se asoma a esta nata gráfica en cinco hermosos enfoques. Este muestra una manada de cabras pasando por uno de los típicos caminos que abundan en la región.

El nombre de La Valetta, capital de la isla, se hizo muy popular en mucho tiempo. Esta vista pertenece a una de las pintorescas calles del portuario, frente a la hermosa bahía, vestida por el sol radiante del

Malta



Aspecto original de una de las carreteras de la isla, bordeada de muros de piedra, por lo que transitan sin cesar muchos vehículos de tracción a sangre, todavía los más comunes en toda Malta.



...aquí una curiosa construcción exclusiva de La Valtorona: un ascensor que utiliza el público para salvar el desnivel existente entre el puerto y la ciudad.



Un grupo de botes con algo de góndolas, típicos de la isla de Malta, aparecen en este fotografía en momentos en que surcan las aguas quietas y azules del Mediterráneo, frente a los muros de la fortaleza, que son como un hito de siglos entre el pasado y el presente.

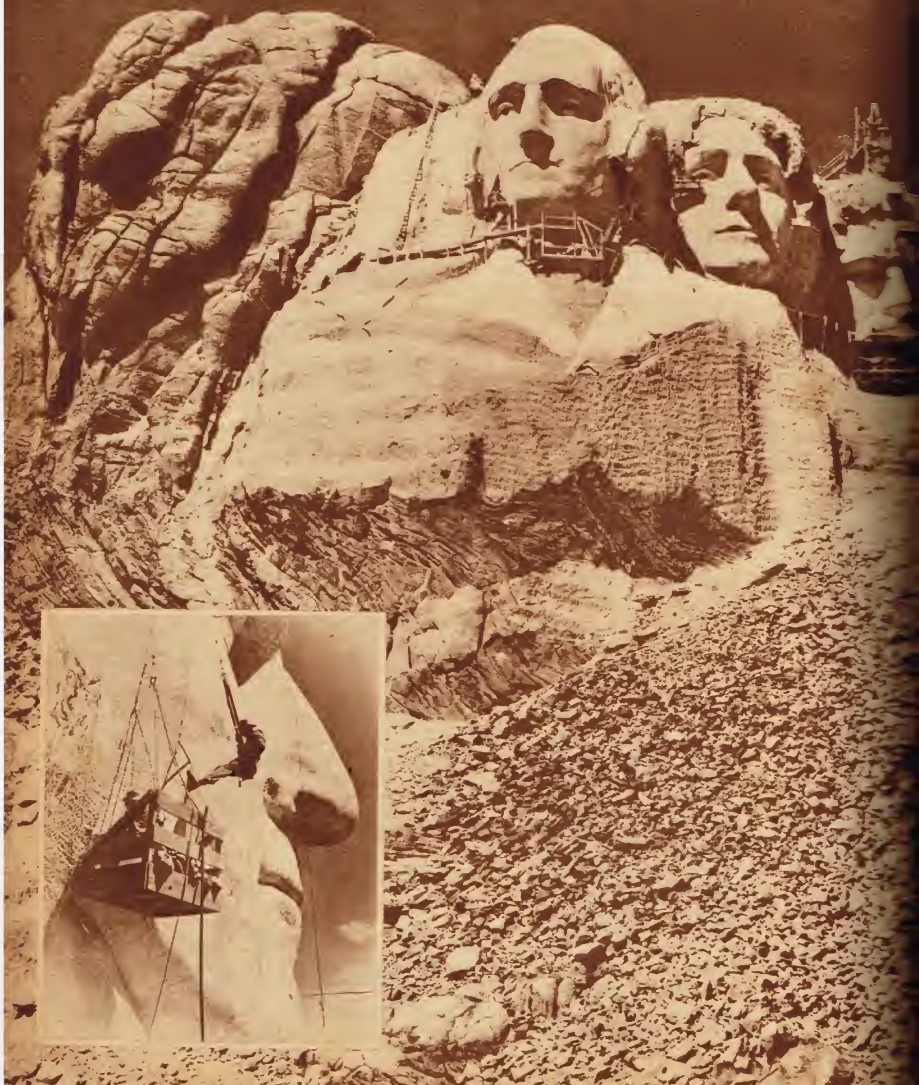


**DOLOR DE
ESPALDA?**

Untisal

DONDE LO PONGAN, CALMA

Cuatro presidentes





Esculpidos en el granito de las Calinas Negras de Dakota, Estados Unidos, las figuras de Jorge Washington, Andrés Jackson, Teodoro Roosevelt y Abraham Lincoln, los más grandes presidentes de la Unión, quedan fijados en una inmortalidad que podemos llamar definitiva. Las civilizaciones que nos sucedan, sin ningún nexo directo, como nosotros sucedimos a los anteriores, encontrarán motivos de banderas cavilaciones en estos gigantes rostros, de expresión serena y tranquila, representantes de los más elevados pensamientos de la cultura occidental. Este monumento del monte Rushmore, comenzado hace catorce años por Gutzon Borglum, el cual murió en marzo de este año sin haber terminado su obra maestra, es continuado por Lincoln Borglum, de veintiocho años de edad, hijo del gran escultor desaparecido.



**“QUIERO TANTO
A MI ESPOSO...”**

... QUE PARA CONSERVAR SU AMOR, MANTENGO MI
CUTIS HERMOSO CON ESTE SUAVE JABÓN
HECHO CON ACEITE DE OLIVA

DESPUES DE TODO EVA, COMO PUEDE UNA
ESPOSA SEGUIR ATRAYENDO EL INTERES
DE SU MARIDO, SI DESCUIDA LA HERMO-
SURA DEL CUTIS, BASE ESENCIAL DE LA
BELLEZA EN LA MUJER. POR ESO USO
SOLAMENTE JABON PALMOLIVE.



PORQUE PALMOLIVE ESTA HECHO CON
ACEITES DE OLIVA Y PALMA, LOS EMBELLE-
CEDORES NATURALES MAS FINOS. POR ESO
SU RICA ESPUMA ES DIFERENTE A CUAL-
QUIER OTRA, PENETRA EN LOS POROS, LOS
LIMPIA BIEN Y DA JUVENTUD Y BELLEZA
AL CUTIS.



ESTA ME PARECE UNA BUENISIMA RAZON
PARA USAR UNICAMENTE JABON
PALMOLIVE. LO COMPRARE ENSEGUIDA
PARA QUE A MI TAMBIEN ME AYUDE A
CONSERVAR MI CUTIS HERMOSO!



NUEVO TAMAÑO


También conserve hermo-
so el cutis de todo su cuerpo,
usando Jabón PALMOLIVE
en su baño diario.

Ahora hay un nuevo ta-
maño gigante, especial para
el baño. La pastilla de 150
gramos **35** centavos.




CONSERVE ESE CUTIS DE COLEGIALA.


Nace un "crack"



Un alumno efectuando una práctica de kicking. Se técnico no es perfecto, pero tiene años con para perfeccionarse en eso jugado.



Futuros estrellas del fútbol americano, un numeroso grupo de jóvenes jugadores aprenden desde temprana edad los complicados reglas del atletismo. Aquí se les ve recibiendo instrucciones de un entrenador profesional.



El rostro ensudado de este forward dice de la rudeza del juego. Pero él está muy orgulloso de su actuación.



Bill Gregory, otro de los escolares futbolistas, socio del "Club del lobo", sorprendido en una pose, afirma que su ambición es jugar para el ejército "cuando sea grande".



Uno de los entrenadores profesionales de los escolares, iniciando en las reglas del club a un grupo de novatos. Observados por los entrenadores, y con insistida seriedad, ellos escuchan atentamente las instrucciones del coach. Como puede verse por el letrero, uno de los diez reglas principales del club es la honestidad.



¿DEBE USTED PREPARARSE!

4 CARRERAS DE GRAN PORVENIR

RADIO

TELEVISION
CINE SONORO-DIFUSION
TECNICA DEL SONIDO

y todas las otras aplicaciones de la maravilla de nuestra época, presentan oportunidades sin igual al hombre emprendedor que desea independizarse estableciéndose en Radiodifusión y Venta de Aparatos, y Accesorios, o prestando sus servicios en puestos Técnicos, de responsabilidad y bien remunerados en Estaciones Difusoras y de Comunicaciones; Fábricas de Receptores; Laboratorios; Operadores de Radio a Bordo, etc. etc.

AVIACION

VUELO - MOTORES
CONSTRUCCION DE AEROPUERTOS
TRAFICO AEREO Y COMUNICACIONES

y todas las ocupaciones relacionadas con la Aeronáutica son encaminadas, indispensables para el progreso y de fama de las Naciones, y de allí que, quienes vayan en esta senda contribuyen al bienestar de su patria, o la vez que labran el suyo propio, por ser ellos los llamados a ocupar puestos importantes de Piloto - Oficial de Navegación - Operador de Radio - Experto en Motores - Diseñador y Técnico de Construcción; Administración, etc. etc.

INGENIERIA MECANICA

MOTORES - MOTORES DE COMBUSTION y todas las fuentes de producción de energía están consideradas como bases fundamentales del adelanto económico del mundo industrial que conocemos, ofreciendo estas actividades un campo de acción amplísimo para el especialista en Fuerza Motriz, tal como lo prepara este Escuelas, para dedicarse a la Transmisión; Agricultura; Minería; Marina; Construcción de Grandes Obras, etc.

ELECTROTECNIA-REFRIGERACION Y ACONDICIONAMIENTO DE AIRE

son otras de las ramas de la Industria Moderna en donde existe en nuestros días, mayor demanda de hombres debidamente preparados. Entre ellos la calefacción, con sus anexos, para desahogar las más variadas empresas de esta producción, como Superiores en Instalaciones; Plantes y Subestaciones Eléctricas; Tranvías y Locomotoras Eléctricas y Diesel; Eléctricas; Refrigeración; Acondicionamiento de Aire, etc.

ESTUDIE EN SU CASA

Por medio de sus Módulos por Correspondencia, COMPROBADO, que es el más fácil y eficiente. Comprado Equipo Profesional y Herramientas para que GANE MAS DINERO

PIDA LIBRO GRATIS

Envíe hoy este cupón

Founded 1911 **NATIONAL SCHOOLS**

EDIFICIO BOSTON
BUENOS AIRES
REP. ARGENTINA

Mr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente Depto. Núm. 330 - 7 X

● Mándeme su Libro GRATIS con datos para ganar dinero en la Industria que he seleccionado y marco con una "X"

NOMBRE _____ EDAD _____
DIRECCION _____
POBLACION _____ EDO. a _____ PROV. _____

RADIO ☐
DIESEL ☐
AVIACION ☐
ELECTROTECNIA ☐

Donde el bisonte clasifica a Búfalo Bill como el enemigo público N.º 1 de su especie

PARCE venido de la cueva de Altamira. Los miles de años que le separan de su antecesor español, cuya imagen los hombres paleolíticos nos dejaron plasmada en forma tan espléndida en las paredes de aquella, semejan haber transcurrido vanamente. Le ha sido menester, sin embargo, emigrar hacia el oriente, cruzar el estrecho de Behring, atravesar las heladas estepas canadienses y descender, al cabo de siglos, a las templadas praderas pobladas por los pieles rojas, para poder llegar — cautivo — hasta el zoo, adonde acudo a entrevistarlo.

En cuarto me acerco, embiste las rejas. No son topetazos dados con alma y vida, sino más bien un poco teatrales: justo lo necesario para hacer temblar la verja y advertirme que estoy frente a un individuo que nadie pudo domesticar. Se enorgullece de ello con un si es no infantil. Ya lo decían los antiguos cazadores:

—Es bravo, pero no feroz.

Lo cual no impedía, por otra parte, que se mantuvieran a buena distancia de él, porque su coraje y sus ansias de libertad eran, y son, incommensurables. Lo noto aún en sus ojos, que me miran malignamente mientras resopla con enojo. Tiene los morros dilatados, el hocico húmedo y lampiño como el de las vacas; la cara, la frente, el cuello y la parte delantera del cuerpo están cubiertos con una melena tupida, semejante a la del león, pero más corta y rizada. Los cuernos, cortos y hacia arriba, son huecos, circunstancia ésta que lo sitúa en la familia de los *cervicornios*, que comparte con los demás bovinos, los ovinos y antilopinos.

Como su actitud conmigo dista mucho de ser cortés, para castigar esa conducta como merece, le pregunto a boca de jarro:

—¿Qué me puede contar de Búfalo Bill?...

El disparo resulta tan certero que la mirada selvática de este magnífico representante de los mamíferos artiodáctilos (por tener sus dedos en número par) se transforma de inmediato en la dolorosa expresión de un ser acongojado. Hasta se le llenan los ojos de lágrimas.

—¡No me hable de ese miserable! ¡El y todos los que eran como él exterminaron nuestra raza! ¡Éramos antes tantos y tan felices!

Es el momento psicológico de las confidencias, y aprovecho su estado emocional para obtener noticias de la vida de los inmensos rebaños que poblaban



Escribe Darío Quiroga

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

DIBUJO DE VILLAFANE

FOTO DE CASTELLANO

otrota los Estados Unidos. Haciendo pucheros, el animal se explaya:

—¡Hubiera visto el espectáculo que ofrecían mis antepasados! El español Cabeza de Vaca — que fué el primer europeo que los vio en libertad — decía, en el año 1530, que al hacer alto en lo que es hoy el Estado de Tejas, ocupaban los rebaños una extensión de un millón de hectáreas... ¡Ay!...

El cuidado enjuga una lágrima que se le escapa al experimentar la terrible angustia de sentirse uno de los últimos miembros de una especie que se extingue.

—¡Viera cómo los cazaban! — continúa. — Sólo en cuatro años, de 1870 a 1874, mataron tres millones y medio de ellos. Y los llamaban búfalos...

—Mal aplicando el nombre, ciertamente, ya que los búfalos forman el género *Bubalus*, y ustedes, el *Bison*. Más exactamente: *Bos* (*Bison*) *bison* americano.

—Sin contar con que no nos parecemos mucho tampoco. El búfalo es un pobre ser, que no mide más de un metro cincuenta de altura, mientras nosotros llegamos a los dos metros, y que está obligado a arar, a dar leche, a hacer toda clase de servicios domésticos, desde Italia hasta las Filipinas, pasando por Egipto... ¡Bah!... Aquí mismo, en el parque, lo tienen en el tambor modelo. Pero los pilletes del tipo de Búfalo Bill, que negociaban con los ochocientos o mil kilos de carne, huesos y grasa que obtenían con cada uno de nosotros que mataban, amén de un buen cuero, suponían que sus hazañas serían mejores si nos bautizaban con el nombre de búfalos.

Tranquilizado por el recuerdo de su superioridad sobre el pariente extranjero, se pone a rumiarse las hierbas ingeridas en el día. ¿Le sabrán tan bien los pastos argentinos como los de las prade-

ras norteamericanas? Doy por terminado el punto comparativo entre búfalos y bisontes, aunque bien puedo decirle que el búfalo no es jorobado, mientras que el bisonte sí. Tienen en el lomo una giba adiposa que aumenta considerablemente la altura de la cruz. La cabeza viene a quedar, en esa forma, mucho más abajo que el cuerpo.

Pero... ha estado tan emocionado, que no me siento capaz de herirlo con una nueva ofensa. Para encaminar la conversación hacia temas más amables, me intereso por su propia vida.

—¿Soltero o casado?

Señala significativamente con la mirada a una bisonte y un bisontito que están, en jaula aparte, a pocos metros de allí.

—Son mi esposa y mi hijo.

—Lo felicito. ¿Qué edad tiene el varagato?

—Es muy joven aun. Recién le han salido dos o tres dientes y tiene que completar veinticuatro molares y ocho incisivos... A los cuatro años de edad será adulto. Después, quizá lo case con aquella joven bisonte que patea en el jardín. Y si lleva una vida ordenada, alcanzará a vivir hasta los veinticuatro o veinticinco años...

Por lo visto, resultado confidente de los proyectos matrimoniales de este reciente padre de familia. Para corresponder a tal distinción, me creo en el deber de elogiar al heredero, como es de rigor en estos casos:

—Tiene un hijo muy bonito...

Encuentra muy natural el padre el elogio, y se apresura a confirmarlo.

—¡Ya lo creo! Es un ejemplar hermoso... Observe su uniforme pelaje para la frente ancha y convexa, las patas cortas y recias, la armoniosa curvatura del lomo... Será fuerte y veloz... Podrá embestir a cuantos se atrevan a atacarlo.

Enumera así, una a una, las cualidades características de la especie. Mas al evocar la vida futura del hijo, desbordan otra vez sus sentimentalismos:

—¡Pero mi pobre hijo vivirá prisionero!... ¡Ay!...

Me suenan un poco ridículos esos hipos lacrimosos en un animal tan grande. Hasta temo que me contagie su angustia y seamos dos los llorones por la suerte del bisontito, el más feliz quizá de todos los huéspedes del zoo. Opo, pues, por alejarme, dejándolo a solas con su dolor y sus recuerdos.

Y me voy... *



CALMA LA TOS



JARABE

CRESIVAL
Expectorante eficaz de rico sabor
para niños y mayores



El viaducto de Chô, uno de los obras de ingeniería características de San Pablo, parece, bajo el enfoque fotográfico, un arco fantástico tendido entre cielo y tierra.

Ciudades

VISTA a través del objetivo de un fotógrafo idealista, que apartándose del enfoque vulgar buscó perspectivas raras y perfiles de excepción, San Pablo, la hermosa ciudad brasileña que marcha a grandes pasos hacia la primera fila de las ciudades progresistas de Sudamérica, se presenta.

El Palacio do Café deja de ser un simple edificio de varios pisos, para convertirse, bajo el ángulo de la foto, en un monumento gigantesco alzado hacia el cielo.

En el próximo número de **LEOPLÁN**

Cuatro cuentos famosos:

DIRECTOR INTERINO,
por MARK TWAIN

EL NIÑO ESPIA,
por ALFONSO DAUDET

EL PADRE,
por GUY DE MAUPASSANT

EL RETRATO OVAL,
por EDGAR ALLAN POE

Además, dos novelas completas:

LA PESTE ESCARLATA,
por JACK LONDON
y

EL HOMBRE DE LA ARENA,
por ERNESTO T. G. HOFFMANN

LEOPLÁN APARECE EL 30 DE JULIO





de América

La "proa" de este automóvil se ha metido a curiosear en el objetivo, mientras éste enfocaba la avenida Largo da Sô. Como telón de fondo, la Caja Económica Federal.



gresar y conquistar su Independencia económica, la UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER, Instituto de Enseñanza por Correspondencia, inaugura su extraordinaria CRUZADA PRO INDEPENDENCIA DE LA MUJER, ofreciendo a todas las que se inscriban durante este mes y el mes de agosto, (*) las siguientes ventajas excepcionales:

1 EXENCION DEL PAGO DE LA MATRICULA!

2 20 % DE DESCUENTO SOBRE EL PRECIO DE CUALQUIER CURSO!

3 40 BECAS PARA LAS MEJORES ALUMNAS!
Entre todas las alumnas ingresadas durante este

4 GRATIS como siempre, y a pesar de haberse suprimido el pago de la matrícula, el lujoso Carnet del Estudiante y un "Diccionario Enciclopédico Castellano" o "La Farmacia en Casa"

(*) Para las alumnas de los países de Centro y Sudamérica se admitirán inscripciones en las condiciones de la GRAN CRUZADA hasta fines del mes de septiembre.

UNIVERSIDAD
POPULAR
DE LA MUJER

[illegible]

IDIOMAS: Estudie con el modernísimo sistema "Fono-Maestro Argentino" de enseñanza por discos.

Estudie TELEGRAFIA y RADIO-
GRAFIA por medio de nuestro prác-
tico y sencillo método por disco.

mandados este cu-
pón y recibirá. Jan-
io con nuestras
BASES PARA LA
CROZADA PRO IN-
DEPENDENCIA, el
importantísimo libro
"COMO LABRARSE
UN PORVENIR",
que le enseñará a
trabajar en la vida

NOVEMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

Los artistas se divierten

Volviendo a los tiempos románticos de 1890, un grupo de artistas de "vaudeville" estrenó recientemente, en Coney Island, Nueva York, una revista con trajes y costumbres de la época. He aquí cómo se divierte dicho grupo deslizándose por la pista de patinaje...



Es de imaginar la emoción que embargaría a estos jóvenes "gatitos" al poder admirar la belleza de un tobillo femenino y todo gracias al patinaje, que estaba muy de moda en aquella época.



Un audaz automovilista, ataviado con su indumentario de chofer, se divierte en la pista de patinaje con dos lindas "vedettes". Y ellas, encantadas de lucirse con el héroe del día...



Se inicia un idilio; la niña tímida y romántica, y el Samson musculoso, bigotudo y deportista. Ello ha quedado admirado del físico de su héroe...

Sea MECANICO DENTAL



Profesión lucrativa para ambos sexos.

LA YDIA! GRATIS.—Píde inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor pasa o convector personalmente. —Escribanos hoy mismo.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021

No se dictan clases por correspondencia.

Nombre.....

Calle.....

Localidad..... L. 170

MAQUINAS DE ESCRIBIR

NUEVAS Y DE OCASION,
 ESCRITORIO Y PORTATILES,
 GARANTIZADAS.

EL MEJOR SERVICIO MECANICO
 DE LA CAPITAL.

A. TRASORRAS & Cía.

SARMIENTO 438 - U. T. 33-6220

Cuide su vista. Se lo pide el
 Patronato Nacional de Ciegos.



que le demuestra la facilidad con
 que puede aprender INGLES
 práctica y rápidamente en su casa.
 Aproveche la oportunidad que se
 le presenta de mejorar su posición.

★ PIDA EL SUYO HOY MISMO ★

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente.

NATIONAL SCHOOLS, Edif. Boston.

Buenos Aires, R. Argentina. Depto. 380-71.

Mándeme el Libro GRATIS "El Idioma Inglés"

Nombre..... edad.....

Dirección.....

Localidad.....

LO QUE CAMINA EL HOMBRE

Los andarines suelen asombrarnos por las grandes distancias que recorren a pie. Sin

embargo, sus hazañas están dentro de la capacidad normal de cualquier persona. Un hombre de 40 años, por ejemplo, que haya sido medianamente activo, habrá caminado, al llegar a esa edad, una distancia equivalente a cuatro veces la vuelta a la tierra. Lo cual explica por qué muchas personas tienen tan desarrolladas las extremidades inferiores...

LA EDAD Y EL MATRIMONIO

Las mujeres suelen casarse a las más diversas edades, desde los 12 años hasta los 80, según las razas y los climas. En la raza blanca, la edad media es que

las del sexo bello hacen la desgracia del feo, es de 25 años. En cambio, los representantes del sexo feo empiezan a casarse a los 15 años, pero generalmente lo hacen a edades más avanzadas, no siendo raras también los casos de ancianos que se han casado a los 80 años. Y como se dice que los extremos se tocan, eligen siempre, para abandonar la vida celibe y matrimonio, a compañeras muy jóvenes.



—¡Oh! ¡He pasado en todas las materias! No voy que aprobar en estas, prefiero ir con una compañera de estudios me dijo que usted era un hombre muy caliente.

EPITAFIO

*Aquí yace un tabernero,
Y fue cristiano tan fino,
Que por ser en todo austero,
Hasta bautizaba el vino.
A nonino*

EL REY

El título de rey es el más antiguo de todos. No hay idioma conocido en que no se encuentre éste o un equivalente en poder y jerarquía.

SIN COMPAS

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS

EL MISMO AMBIENTE

Durante una exposición se encontraron Tristán Bernard con un amigo, dueño, después de lo que le dijo:
—¿Sabes que Fruha ha dejado su carrera para casarse?
—Sí, lo sé. Lo he visitado ya en su nuevo domicilio —respondió el celebrado comediógrafo.
—No me explico cómo ha podido hacer tal cosa. Ella no será nunca feliz lejos del teatro —volvió a decir el amigo.
—¡Oh!, no teas. Puedo asegurarte que no extraño las tablas en más mínimo.
—¿De veras?
—Sí, ahora le hace las "escenas" al marido.

Cualidad

—¿Qué cualidades preferiría usted, Ester, en su futuro esposo: salud, inteligencia o apariencia? —le pregunta cierta encantadora jovencita a una solterona.
—Apariencia, querida. Pero desearía que apareciera en seguida.

AMOR EQUINO



El conde Ginistrelli, propietario de una de las caballerías más famosas de Europa, se complacía en relatar el origen de uno de sus caballos, que ganara últimamente el Derby. Refería que la madre del caballo, la yegua "Signorina", se distinguía por la indiferencia que demostraba a los "pur sang" de sus baras. En cambio, su marido era visible al paso de "Chalorenx", un potro sin carrera, que tiraba de un carro en el establecimiento. Contra la opinión de los criadores, el conde dejó en libertad, y tiempo después "Signorina" daba a luz, un caballo que acababa de ganar el Derby. Naturalmente "Chalorenx" no volvió a tirar del carro, lo que demostraba que hasta los irracionales pueden redimirse por amor.

UN FOTOGRAFO "EN DESGRACIA"



LA FOTO CURIOSA

Claro está que eso de "en desgracia" no es más que un decir, porque aunque las chicas quisieran castigarlo en la original forma que se ve en la foto de la derecha, por no haberlas fotografiado a todas como él les prometiera, el castigo no parece desagradar mucho a la víctima, a juzgar por su sonriente gesto. Cada una de esas chicas, que intervinieron en la concepción organizado para elegir a la bañista de piernas más exultantes, le pedía una foto, y él, hombre al fin, no pudiendo resistir al pedido de tantas bellezas, prometió todo lo que ellas quisieron, aunque después se gastó todas las placas en una encantadora rubia. Las demás pretendieron demostrarle, por las expeditivas vías de los hechos, que sus respectivas piernas bien valían una placa y que eran, en todo caso, mucho más lindas que las de él. De lo cual no le quedará ya ninguna duda a él... ni al lector...

La silla se apoya en un grueso cristal a través del cual ha sido obtenido el efecto que. Al revelar la foto se han esfumado los bordes del vidrio, pareciendo entonces que la silla, con su precioso cargo, está colgada de una viga del techo.

NI RITMO

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS

DIARIO INTIMO

—¿Qué le compraste o tu esposo en sus cumpleaños?

—Un hermoso libro para su diario íntimo. Hace tiempo que lo deseaba, y, además, como sé que es muy personal en sus cosas, le hice poner una cerradura de seguridad.

—Y supongo que te habrás comprado también alguna cosa para ti...

—Este... sí. Me decidí hacer un duplicado de la llave del diario.

NUNCA VIO UNA MUJER

Acaba de fallecer en el monasterio del monje Athos un religioso de ochenta años de edad, que nunca había visto una mujer. Su madre murió al nacer él, y entonces su padre lo crio en el cuidado de los religiosos, en cuyo monasterio pasó toda su vida.

Hay quien asegura que fue un hombre completamente celoso...

PROHIBIERON LOS BESOS...

Una de las consecuencias más injustas de la guerra ha sido la prohibición que el gobierno inglés ha impuesto a los enamorados, de enviar besos a sus Dulcineas por correspondencia. Estos, en efecto, tenían la costumbre de hacer, al final de sus amorosas epístolas, una serie de cruces que significaban otros tantos besos para sus novias. Como el enemigo utilizó ese sistema para enviar mensajes cifrados, el gobierno prohibió las cruces en las cartas, o, lo que es lo mismo, los besos. Ahora los Romeos tendrán que enviar sus oscuros por kilos, por docenas o por cruces; porque, ¿dónde se ha visto una epístola amorosa sin muchos besos?



—¿Está ocupado este asiento, señorita?

Epigrama
Hablando de la estatura
Que podría tener Andrés,
Dijo Juan con travessura:
"Tendrá a tener cuatro pies".

Tróvimo

LA LONGEVIDAD DEL CISNE

El cisne es el ave que tiene más larga vida. En algunos casos ha vivido hasta 300 años.

EL TABACO Y LA SALUD

Las mujeres esquimales, que rara vez destetan a sus hijos antes de los cuatro años, les dan, sin embargo, a chupar tabaco, apenas cumplen éstos los doce meses. A juzgar por la salud de que gozan los habitantes del polo, el método no debe de ser malo...



GUARDIAN INSUPERABLE

Manford Wyatt, de Sebewaing, Estados Unidos, no se preocupa por las ladrones de automóviles. El suyo, en efecto, se halla asegurado contra los robos. Como que lo cuida Queen, una joven leona que él tuvo la paciencia y el ingenio de adiestrar especialmente para el caso. Queen queda siempre en el interior del coche cuando su dueño debe hacer alguna diligencia a pie; cierta vez se quedó dormida y un caco intentó escapar con el vehículo. Es de imaginar lo que ocurriría al despertar con el ruido del motor en marcha y no ver a un legítimo dueño...



DE MUCHO "PUNCH"...

UN KAISER DE COLOR

LOS AROS Y LAS PIERNAS



A este pequeño aficionado al deporte de los brazos podrá faltarle dos dientes, pero, en cambio, le sobran unos cuantos brazos... en la foto. Los que tiene de más se los prestaron, para la ocasión, sus compañeros de club, que fácilmente se adhirieron escondidos tras él. En suma, una traviesa del fotógrafo, que pretendió hacer ver el aspecto que tendría un siempre aficionado al boxeo.

Aunque la indumentaria guerrera le queda un poco chica a este corpulento hijo de la negra tierra africana; él se siente muy orgulloso y solemne dentro de su vistosa caparazón de hierro. Se trata del "Kaiser", como se hace llamar él, del Casador Inútil, uno de los pocos privilegiados que formaba con un terrible apalancamiento de ciertos prisioneros sacrificados en su honor. Para el gobierno inglés jamás intervino en el asunto y el megarlo fue llamado a la realidad por las autoridades locales.

He aquí una prueba irrecusable de que los aros pueden servir para algo más que para entretenimiento de los niños. Estas beldades, orgullosas de sus esculturales siluetas, los utilizan para conservarse en perfecto estado atlético. Según parece, esos juguetes infantiles sirven para dar líneas armoniosas a las piernas, y, por lo que se ve aquí, es cosa de creerlo sin preguntar nada más...



Esta es
la única
y
verdadera!

desde
30
ctvs



Las imitaciones pueden costar centavitos menos por su inferior calidad, pero peinan mal y rinden poco.

La legítima Gomina resulta más conveniente porque peina mejor, tonifica el cabello y tiene doble rendimiento.



Curiosas construcciones, como sólo se ven en la región de Bissess, de gruesas paredes y en forma de conos, para proteger a sus moradores de los inconvenientes del viento.

Por tierras de leyenda

LLEGADA al mundo desde las profundidades de la historia, cuyos nebulosos principios se pierden sus orígenes, Siria, Jaru, como le llamaban los antiguos, ha ocupado siempre privilegiada situación de enlace entre dos continentes: Asia y África. Ello explica la gran cantidad de invasiones que ha sufrido en varios milenios, y también la variedad de razas que habitan su suelo, y la diversidad de religiones y costumbres. Por sus estrechas y tortuosas calles de las ciudades de Siria, en sus caminos pedregosos y polvorientos, los naturales del país se mezclan con turcos y árabes, con franceses y judíos, y también a veces, con los misteriosos beduins, que vagan por las regiones desiertas del interior, habitando bajo sus tiendas de piel de camello. Instantáneas que resumen en la brevedad concisa pero elocuente de la fotografía los aspectos más salientes del país legendaria "país de la izquierda", esta nota gráfica da al lector una rápida idea de lo que es, en realidad, Siria, la tierra que, una vez más en la historia del mundo, se halla hoy de actualidad. ☉

Estos que parecen los respiraderos de una prisión son, en realidad, ventanillas de un harún, huchos con barro y arcilla cocidos al sol y amasados especialmente.





Un camino pedregoso a la entrada de Bissch. Pueden observarse claramente los típicos repajes de los habitantes del interior, en los que se nota la influencia árabe.



El progreso se manifiesta aquí en la carga de latas de nafta que lleva el berrito. En cambio, la rueda de noria es una característica de los tiempos antiguos.



ANGINA RESFRIOS GRIPE



*Prevéngalos
tomando*

PASTILLAS DE

Panflavina

Desinfecta boca y garganta y previene del contagio



La rebelión de los



negros

LA POSIBILIDAD DE UNA SUBLEVACION DE ESCLAVOS
LLENO DE ANGUSTIA LAS NOCHES DE LA AMERICA
COLONIAL Y SE CONVIRTIO MUCHAS VECES
EN UNA PAVOROSA Y DRAMATICA REALIDAD

Una crónica de José Luis Lanuza

ESPECIAL PARA
"LEOPLÁN"

ILUSTRACION DE
MARIO LEON

EN TRE los miedos de la noche colonial se colaba muchas veces, impreciso, latente y amenazador, el de una posible revuelta de esclavos. Las poblaciones blancas vivían rodeadas de una multitud de rostros oscuros, incomprensibles. Todo un rebaño humano sujeto, dominado, castigado, en cuya fidelidad era mejor no confiar excesivamente. De pronto brillaban los ojos de esos rostros negros. Los blancos no los entendían bien. ¿Qué podrían preparar? ¿Un candombe o una revolución?

En Buenos Aires solía elogiarse la fidelidad de los negros. Los viajeros que la visitaron durante la Colonia y en los primeros años de la patria, no dejaron de advertir la dulzura del trato que recibían, sobre todo si se les comparaba con los de otras regiones de América: Cuba o Brasil. Aquí era frecuente que quedaran adscriptos al círculo familiar y patriarcal. El tercer patio de las casas coloniales les enmarcaba la vida, muchas veces apacible. Algunos no conocieron tarea más pesada que la de acarrear el mate. Ni tabacales ni cañaverales los diezmaron, como en otras partes. A pesar de todo, Buenos Aires no se libró por completo de ese terror colonial.

En 1793 se habló mucho de una posible revolución de negros y franceses. Extraño contrabando. Pero, ¿no habían difundido los franceses una funestísima herejía que era necesario combatir? Sí, pues. Una funestísima herejía que se expresaba con estas palabras: Todos los hombres nacen y mueren libres e iguales en derecho.

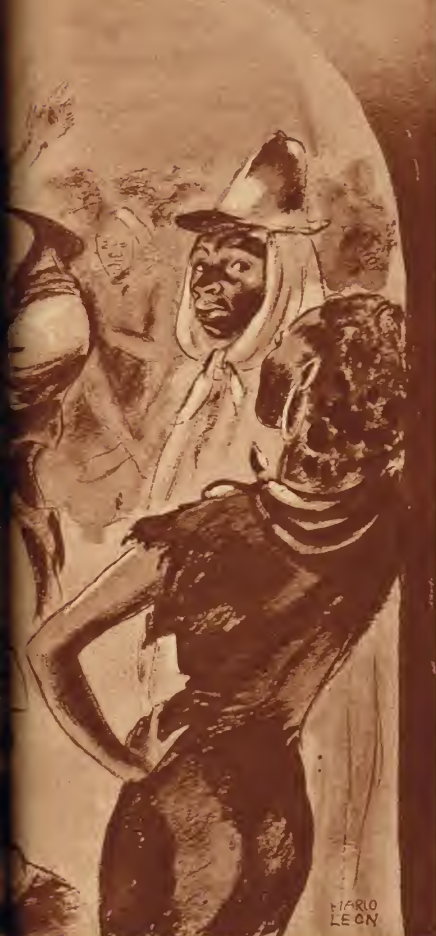
La ciudad colonial vivió momentos de miedo. Cualquier lejano tamboril de candombe podía dar en la noche oscura la señal de la matanza. Bastaría un ruido lejano, apenas escuchado por los oídos blancos, y cada tercer patio y cada galpón y cada corral de esclavos se pondría en pie de guerra. Un estremecimiento recorrería los pescuezos de los blancos. Se extremaron las investigaciones. Se detuvieron algunos sospechosos. A uno le encontraron un papelito con esta inscripción: "Viva la Libertá"... ¡Terrible documento! El alcalde Alzaga hizo funcionar el porro de las torturas... Al fin, no se pudo averiguar nada del terrible complot.

Pero la amenaza de los negros no se desvanecía. En 1806, cuando la invasión de los ingleses, se temió otro estallido de los esclavos. Andaban, parece, sueltos por la calle, olvidados de la disciplina habitual. El prudente general Beresford debió promulgar un bando para tranquilizar a los amos blancos. Los ingleses no fomentaban subversiones de esa índole. No las tolerarían tampoco. Los negros deberían volver a su esclavitud, bajo pena de muerte.

Y el miedo de los negreros porteños pudo calmarse un poco. Pero no del todo, porque no faltaban ejemplos en América de sangrientas insurrecciones de esclavos.



En todas partes se habían rebelado alguna vez. En Lima, hacía mucho tiempo, cuando llegó el corsario Drake. En el Brasil habían llegado, en 1630, a formar una república independiente, la república de los Palmares. Esclavos fugados de la costa atlántica, de Pernambuco y Alagoas, que se fortificaron en la selva. Se organizaron y subsistieron cincuenta y siete años, hasta 1687. Eran como treinta mil negros que opusieron una resistencia feroz antes de ser derrotados. Un ejército de siete mil hombres, con cañones, fue necesario para desbaratar su república, masacrar su población y recoger, como botín, rebaños de cautivos. El coronel Domingo George Velho, que dirigía a



MARIO
LEON

los asaltantes, había estipulado, en contrato con el gobernador de São Paulo, ese provechoso resultado de la expedición: se comprometía a "mandar poner en la plaza de Recife todas las piezas, para mandarlas vender a Río de Janeiro y a Buenos Aires, quedando sólo en estas capitánías los pequeños negros de los Palmares, de 7 hasta 12 años de edad, que serían vendidos por cuenta de dicho coronel"... Tal vez llegaron al mercado de Buenos Aires, como piezas vendibles, algunos negros que habían conocido la libertad en aquella lejana república de los Palmares.

En las comunidades negras podía correr, de pronto, como un reguero de pólvora, un anhelo de libertad. La chispa podía saltar de cualquier parte. En Santiago de Chile, durante el terremoto de 1647, un negro enloquecido se proclamó rey de Guinea y se puso a pregonar la venganza contra los blancos. No le faltaron secuaces —cerca de cuatrocientos—, que se armaron de palos y armas que desenterraron de entre los escombros. El pobre rey de Guinea fue apreadado y colgado. Pero la insurrección de negros en medio del desastre fue como un aviso de Dios que despertó dormidos rencores. Así, por lo menos, la dió a entender el obispo Villarroel, que sermonizó a su atemorizado rebaño en la plaza de la ciudad recién sacudida. Cuando la tierra tiembla y se alzan los esclavos, Dios "está diciéndome que hemos pecado contra Su Divina Majestad y contra sus más humildes criaturas, que son los negros de Angola". Y aprovechando el miedo, que azuzaba los buenos propósitos, exhortó a su grey a "que fiziera confesión y arrepentimiento de sus pecados y viera que los negros eran hermanos, hijos de Dios". (V. Aurelio Díaz Meza, *La quintrela y su época*, Santiago de Chile.)

Porque en los momentos de apuro se ponían de acuerdo, respecto a los negros, la doctrina cristiana y la que sustentaban los hereses de la revolución francesa. En la segunda parte del siglo XVIII, fermentó entre las colectividades negras esa ácida levedad de la igualdad. Cuando la revolución de los comineros, en Nueva Granada, propalaron manifiestos subversivos "los de color humilde". Al calor de la revuelta los negros aspiran a su propia liberación. El pretexto legal que exhiben y propalan los propagandistas no puede ser más pintoresco. Existe —dicen— una cédula del rey que ordena dar libertad a los esclavos; una cédula oculta, que los blancos no quieren promulgar. Y en nombre de esa cédula misteriosa se rebelan. Abandonan el trabajo. Apalean a los administradores de las haciendas y se les reparten como legítimos dueños. Era como reconocer que debajo del derecho escrito existía un derecho más verdadero. Cédulas neulas, decretadas por el rey o por quien fuera. "En la presente ocasión —escribe el común de la Villa del Socorro a la Real Audiencia— nos hallamos en la contención de los esclavos que intentan levantarse diciendo que ellos no deben ser esclavos, y que hay cédula para ello, de modo que ya tenían, según va hemos tenido noticia, convocados a todos los esclavos de esta villa, y continuaban a los de las circunvecinas; tenemos en prisión al seductor de esta maldad". (V. Germán Arciniegas, *Los comuneros*, Bogotá, 1938.) Porque las revueltas de negros, al final fracasaban bajo la superioridad numérica o militar de los blancos.

Fracasaron en todas partes menos en Santo Domingo, donde los negros, alentados esta vez por una cédula verdadera —la de la Asamblea Nacional Francesa, en 1791, que reconocía la igualdad de derechos a todos los habitantes de la isla—, masacraron a los blancos que se negaban a abolir la barrera de razas. Las grandes potencias se estrellaron en Santo Domingo. Los ingleses, desde 1793 hasta 1798. (Mandaba la primera expedición de desembarco el coronel Whitehouse, el mismo que después intentaría asaltar a Buenos Aires.) Los franceses

—conducidos primero por el general Leclerc, cuñado de Napoleón—, desde 1802 hasta 1804. Ahí surgió un gran conductor de los negros, Toussaint-Louverture, que llegó a formar un ejército de sesenta mil hombres de color. En 1804, la isla se proclamó independiente, y tomó el nombre de República de Haití.



Las otras regiones de América seguían sujetas a sus respectivas metrópolis. Pero el ejemplo de los negros anillanos se propagaba por todas partes. No faltarian, en otras ciudades de América, negros ladinos, sabedores y orgullosos de las hazañas de sus hermanos del Caribe. A ratos, se volvían levantiscos, y las autoridades blancas se alarmaban. En 1800, los cabildantes de Montevideo intentaron hacer erigir un rollo, o picota, para azotar en la plaza pública a los negros levantiscos que anduvieran armados de cuchillos o naipes, porque "el orgullo y soberbia de aquellas gentes pedían ya con necesidad un escarmiento". (V. I. M. Fernández Saldaña, *Los complotes de esclavos en Montevideo*, en "La Prensa", del 21 de julio de 1944.)

No se alzó, por suerte, el instrumento de tortura. Y los negros continuaron planeando insurrecciones. En 1803 se descubrió la conspiración de algunos que intentaban dedicarse —reeditando en pequeña la aventura de la república de los Palmares— a la vida cimarrona.

Ya en tiempos de la patria, cuando la presidencia del general Rivarola algunos negros, instigados por los lavallejistas, intentaron alzarse. El caudillo visible era un negro, Félix Laserna, al que llamaban Santa Colomba. Su propaganda corrompía a los cabos y sargentos del ejército. ¿En que consistía esa propaganda? "Las confesiones del autor —dice Fernández Saldaña— permiten saber algo al respecto. Era vergonzoso que los negros, a quienes la providencia había creado igual que los blancos, tuvieran que vivir en dura y cruel servidumbre, soportando siempre el trato que quisieran darles los llamados amos. Era preciso que amaneciera el día en que los hombres de color, dando el grito de libertad, vengaran tantas pasadas humillaciones, imponiendo a los blancos el yugo que éstos habían impuesto a los negros". Quisieron dar el golpe durante las fiestas patrias de 1832. Mientras se desarrollaba la función de gala incendiaron una casa de comedias, y luego asaltaron el Cabildo y el Fuerte. El fracaso del plan antes de llegar a un principio de ejecución. El consejo de guerra pidió pena de muerte para Santa Colomba y para el suizo —Guillermo Guitamer— que lo había inducido a la rebelión, y doscientos azotes a sus cómplices, Antonio Rodríguez, alias Tumbador, y Gregorio Dorado. Pero el auditor de guerra prefirió ser clemente: el movimiento no era serio —dijo— ni los acusados eran responsables. Fue aprovechada la ocasión de otra fiesta patrias el 18 de julio, y se conmutaron las penas: la de muerte por deportación, y la de azotes por reclusión, "mientras sus amos no los vieran para ultramar".



Algunos años después, en Buenos Aires, los negros atemorizaron también a la población unitaria, convertidos en comparsas de Juan Manuel. Su subversión era auspiciada por el gobierno. Escaban, delataban. Se reunían en tropel seis mil individuos para balear salvajemente en plena plaza de Mayo. Algunos ejercían influencia en las autoridades. Los unitarios les temían. Pero a veces —contaban las historias familiares— algunas negras agradecidas e influyentes pudieran sacar de más de un apuro a sus antiguos amos caídos y desgraciados. ☉



LEOPLAN

Magazine Popular Argentino

LE OFRECE EN CADA
NUMERO



CUENTOS SELECCIONADOS

UNA NOVELA FAMOSA

HISTORIETAS COMICAS

CRONICAS Y REPORTAJES

SECCIONES FIJAS

NARRACIONES CELEBRES

LOS MEJORES CHISTES

NOTAS GRAFICAS

ILUSTRACIONES CUIDADAS

20 ctvs. EL EJEMPLAR

INTERIOR, 30 ctvs.

¡LEA SIEMPRE "LEOPLAN"!

LEOPLAN

MAGAZINE POPULAR
ARGENTINO

La revista que marca rumbos,
(Una Publicación de la Editorial
Sopena Argentina, S. R. L.)





Hablando por teléfono desde

VOLANDO A VARIOS MILES DE METROS DE ALTURA O NAVEGANDO POR ALTA MAR SE PUEDE SOSTENER TRANQUILAMENTE UNA CONVERSACIÓN TELEFÓNICA - GRACIAS A UN INTERESANTE SISTEMA - CON CUALQUIER PERSONA RADICADA EN BUENOS AIRES

FOTOGRAFÍAS DE
PEDRO CÓNESA

Escribe Gerardo Mendizábal

ESPECIAL PARA
"LEOPLÁN"



El manejo es muy simple. La palanca se inclina hacia el lugar marcado "sí" y otro tope indica la frecuencia. Una luz interna ilumina el dial con las distintas ondas.



-HABLA el "Bariloché"... Habla el "Bariloché"... Habla el "Bariloché" desde las costas del Brasil... Pacheco... Pacheco... El "Bariloché" llamando a la estación Pacheco de Buenos Aires... Pacheco... Pacheco... Pacheco... Escucho, Pacheco...

—Pacheco contestando... Pacheco contestando al "Bariloché"... Diga... Diga, que lo escuchamos bien...

—Deseamos comunicarnos con el 33-1571 de Buenos Aires. 1-5-7-1...

Transcurre medio minuto de silencio y después:

—Habla el 1571 de Retiro.

—Escuche, que le van a hablar desde el vapor "Bariloché", que se encuentra navegando frente a las costas del Brasil.

Y, en efecto, la conversación se inicia así:

—Habla el capitán del vapor "Ba-

riloché". Deseamos transmitirles algunos informes sobre el accidente que acaba de sufrir el vapor "Inspector Benedetti". La tripulación abandonó el buque en los botes salvavidas. Ignoramos hacia dónde se dirige...

Durante media hora el "Barilo-

Desde el vapor "Esquel", mientras navega por los mares del sur, el oficial se comunica telefónicamente con Buenos Aires.

Antes de levantar vuelo, el conocido aviador señor Jaime Lobos pone en funcionamiento el aparato de que está provisto su atroplano, que le permitirá comunicarse telefónicamente con cualquier abonado telefónico.



las nubes...



Antes de descender, el señor Luro acerca el pequeño micrófono a sus labios y logra establecer una comunicación directa con el yacht "Arangatú", que navega por el Delta.

che" informó detalladamente a la empresa armadora, y en posteriores comunicaciones amplió esos detalles. Este diálogo, entre un buque que se encontraba navegando en alta mar y un aparato telefónico

de Buenos Aires, parece fruto de la fantasía, pero es reflejo fiel de la realidad.

¿Por qué medios, en qué forma, por qué sistema y mediante qué curioso embrujo, desde una embar-

cación que navega lejos de nuestra capital ha podido establecerse esa comunicación con un abonado al servicio telefónico corriente?...

La verdad es que pocos hubieran imaginado hace algunos años la

Magnífico interior del yacht "Arangatú", la embarcación que mientras navegaba por el Delta escuchó el llamado telefónico del avión, que en esos mismos instantes volaba sobre la ciudad de Buenos Aires.



Una de los pilotos del "Arangatú", palabra indígena que significa encanto, atiende el llamado desde el aeroplano.



El avión vuela sobre la ciudad, mientras el piloto, colocados los auriculares, está atento a cualquier llamado que padrian hacer desde la base o desde cualquier teléfono central.

implantación de un servicio que para muchas personas adquiere caracteres de algo milagroso. Ya no se trata de la transmisión radiotelefónica, dotada de costosos y monumentales aparatos, que lleva a una no menos poderosa antena las vibraciones eléctricas, para que ésta, a su vez, las arroje al espacio. Es algo más pequeño y más sensible; algo que, por la misma relación que tiene con el aparato de uso diario —el teléfono—, nos inclina a observarlo con mayor atención y con un dejo de desconfianza. Estar navegando en pleno mar, levantar el auricular, solicitar un número y a los contados segundos establecer la comunicación con la persona indicada escapa a todo comentario. Aquí la ciencia, si no ha sobrepasado, por lo menos ha igualado, la imaginación de muchos novelistas.

¿Quién hubiera dicho a Graham Bell, aquel americano que en 1876 inventó el aparato telefónico, que su descubrimiento habría de experimentar, a través de algo más de medio siglo, tales transformaciones?

La aplicación práctica del nuevo

sistema de comunicación telefónica sin cable adquiere aún contornos más espectaculares cuando se realiza desde un avión. Así ocurrió, por ejemplo, desde el aeroplano "Bellanca", propiedad del señor Jorge Luro.

En esa máquina, que dirigía el propio señor Luro, hemos volado sobre la ciudad. A más de 1.500 metros de altura, el piloto puso en funcionamiento el pequeño aparato, que se conectaba a un minúsculo transmisor, y comenzó a llamar hacia la estación de tierra.

L. V. V. . . . L. V. V. . . . L. V. O. C. A. (característica del avión del señor Luro), llamando a L. V. V. . . . Paso a la frecuencia de tráfico. . .

Al dar vuelta el piloto a la llave de contacto, es decir, al detener la marcha del transmisor, se oyó clara la palabra del operador de la estación receptora en Morón, quien solicitaba el número telefónico con el que el señor Luro deseaba comunicarse. Desde esa máquina, mientras el "Bellanca" se desplazaba hacia el río para volver después sobre la ribera al campo de Morón, escuchamos una comuni-

cación desde el centro de la capital, con la misma nitidez que si hubiéramos hablado desde otro aparato instalado a pocos metros de la oficina local. Mientras tanto, la máquina seguía su vuelo, y cuando estábamos por aterrizar en el aeródromo, de donde momentos antes habíamos partido, el piloto nos informó que antes de tocar tierra trataríamos de ponernos en comunicación directamente con la estación instalada a bordo de alguna embarcación.

En efecto, puesto en marcha el transmisor, el señor Luro comenzó llamando a determinadas estaciones por su característica. Ninguna respondía, porque, seguramente, los receptores en ese instante no funcionaban, pero en determinado momento el señor Luro pronunció el nombre del yacht "Arangatú".

L. V. O. C. A., llamando al yacht "Arangatú". . . L. V. O. C. A., llamando al "Arangatú", que debe de estar navegando en el Delta. . . Indique la frecuencia en que me escucha y en la que quiere que siga transmitiendo. . .

La respuesta no se hizo esperar.



Por esta pequeña antena, cuya extensión no sobrepasa los ocho metros de longitud, se establece la comunicación telefónica con cualquier abonado a la línea común con que cuenta la capital federal.

cerró también los contactos del aparato telefónico, y mientras descendíamos de la máquina, expresó:

—Decididamente, este moderno y pequeño aparato presta un gran servicio a la aeronavegación. Además de ser un medio eficaz y permanente para la comunicación, mientras se vuela, con cualquier aparato telefónico de nuestro país, es también un receptor de las informaciones meteorológicas que irradia Pacheco y la base aérea. Nos

otros, los que sabemos el peligro que entraña un temporal, damos a esas informaciones todo su valor.

Y, efectivamente, sin hilos, sin un complicado mecanismo, con un micrófono que se perdía en la mano del señor Luro, mientras la máquina volaba por los alrededores de la capital federal, habíamos estado en comunicación con un abonado telefónico de la zona céntrica y con un yacht que navegaba por el Paraná... ¿No es sorprendente?...*

El propietario del yacht "Aran-gatú", el señor Daniel Pombo, respondió al llamado sin dilación.

—El "Aran-gatú" contestando al llamado de L. V. O. C. A... Escuché con claridad el llamado. Sigo escuchando nitidamente todas sus palabras. ¿Cómo me escucha usted?...

—Perfectamente bien. Volando sobre el campo de aterrizaje, he querido ensayar mi estación radiotelefónica, y como sabía que usted estaba navegando por el Delta, me he permitido molestarlo.

—No hay molestia. Yo también aprovecho esta ocasión para comprobar el funcionamiento a distancia de este maravilloso medio de comunicación. Mis saludos y siempre a sus órdenes.

—Muchas gracias. Quedo a la recíproca.

La transmisión se había detenido. La máquina se encontraba justo sobre el campo de aterrizaje. El señor Luro realizó la maniobra exacta para descender, y el poderoso "Bellanca", gobernado por la mano maestra de su piloto, tocó tierra sin ningún inconveniente. Al detener los motores, el señor Luro

CORDIAL ATENCION + ENSEÑANZA Moderna + DIGNIDAD PROFESIONAL = E. Z.

SIEMPRE TENDRA EN NOSOTROS EDUCADORES CONSCIENTES



Hágase un **DIBUJANTE** de fama

El Dibujo es hoy una de las Profesiones que permiten GANAR MAS DINERO. La Propaganda, la Industria y el Comercio necesitan siempre buenos Dibujantes, a quienes se paga con esplendor. EN SU PROPIA CASA, y aprovechando horas libres, puede Usted aprender esta lucrativa Profesión, mediante nuestro Sistema de Enseñanza, simple y práctico, ventajosamente conocido desde 1914, que le permitirá ser, en poco tiempo, UN PERFECTO DIBUJANTE, por menos condiciones que posea. Miles de alumnos — que antes eran simples aficionados — lo han logrado.

DIBUJO-RADIO-MECANICA DENTAL-DIESEL-CONSTRUCTOR

Ingeniero Civil - Arquitecto - Constructor - Ingeniero o Técnico en Radio y Televisión (Cine Sonoro, Aplicación de Sonido, etc.) - Ingeniero Electricista - Electrotécnico - Ingeniero o Técnico Mecánico - Ingeniero o Técnico en Diesel - Ingeniero o Técnico Aeronáutico - Ingeniero o Técnico en Explotación de Minas y Petróleo - Ingeniero en Puente y Caminos - Hormigón Armado - Arquitecto Naval - Ingeniero Agrónomo - Agrimensor - Químico Industrial - Farmacia - Sobrestante en Obras Sanitarias - Dibujo Comercial y de Publicidad - Jefe de Propaganda - Dibujo y Pintura - Caricaturista - Retratista - Deseño Artístico - Dibujo Lineal - Arquitectónico - Lineal Mecánico - Lineal de Ebanistería - de Herrería Artística - de Ornato - de Letras - Paisajista - Profesor de Dibujo - Vidrierista - Contador Comercial - Tenedor de Libros - Mecánica Dental - Piloto Aviator - Técnico en OTORGAMOS DIPLOMAS.



Donde antes teníamos UN alumno, ahora tenemos TRES.

El 42%

de nuestros alumnos estudia en los países SUD y CENTROAMERICANOS, donde nuestros Cursos son lo más barato que los de otros Escuelas y mucho mejores.

Envíe este cupón HOY para triunfar MAÑANA.

Señor Director de las **ESCUELAS ZIER**
LAVALLE 900
Buenos Aires (Rep. Argentina)

Nombre.....
Ocupación.....
Celle.....
Localidad..... F. C.....
Me intereso el curso de.....



Quiero ver gratis de sus Alumnos los programas; envíenme GRATIS catálogo y datos para la muestra gratis que me envíen.

Y * AMIGOS DE VERDAD * RESULTOS A AYUDARLO

LAS ESCUELAS DE MAYOR PRESTIGIO EN LAS AMERICAS

NADIE se atrevía a mirarle a la cara. El que lo hacía tenía que encontrarse con aquellas pupilas grises que se clavaban en los ojos ajenos como cuchillos, cuya expresión era inalterable, que lo decían todo y no decían nada. Kostia, su segundo, poco después de haberse echado la partida al campo, hubo de comunicarle un atardecer, luego de pensárselo mucho todo el día:

—Kuhna, ayer enterraron a tu madre.

Ni las pestañas se movieron en su cara.

—¿Sabes si llevaba flores?—fue su respuesta.

Porque, además de su frialdad, tenía estas salidas inesperadas, este pensamiento oscuro y extravagante, estas asociaciones de ideas que desconcertaban.

Muchos viejos, en el pueblo, juzgaban que estaba loco, mejor dicho, que se había vuelto loco desde que Wanda, la novia bienamada, se casó con otro. Así que cuando estalló la guerra civil, una más en aquel turbulento principado que cada seis o siete años se desagraba bajo este azote cruel, y Kuhna se puso a la cabeza de una veintena de hombres para combatir, a nadie le extrañó.

Desde entonces, la partida de Kuhna sembró el terror en aquellas montañas adictas al gobierno. Pueblo, aldea, lugar que Kuhna deseara tomar, era tomado, inexorable y matemáticamente, sacrificando vidas con despiadada indiferencia, cuyos huecos se llenaban, en seguida, con otras vidas también inquietas, en una recluta de guerrilleros que nadie sabía cómo organizó. De muchos jóvenes, que continuaban en sus casas, se decía:

—Ese es uno de los de Kuhna.

Se contaban las bajas después de cada encuentro con las tropas leales... Habían caído siete hombres... Veinticuatro horas más tarde otros siete ocupaban las vacantes producidas por la muerte... Kostia debía de saber cómo se realizaba el milagro, pero callaba... ¿Quién era capaz de revelar unas instrucciones, un secreto de Kuhna?... A medida que fue contando con más armas, la guerrilla engrosó... Por cada fusil con municiones aseguradas para mucho tiempo, un tirador... Ni uno más, ni uno menos... Todo medido, todo calculado con una prudencia y una serenidad de hielo.

Kuhna tiene el ojo echado a Bakohra...—decían los guerrilleros.

Bakohra era el pueblo natal del cabecilla. En él amó a aquella Wanda que, una vez casada, se fue a tierras lejanas; en él cavaron la sepultura a su madre; en él vivían sus mejores amigos y los enemigos más odiados. El día en que Kuhna creyera contar con fuerzas suficientes para atacar a Bakohra, lo atacaría... Ni un minuto después, pero tampoco ni un minuto antes.

En el pueblo se vivía en esta pesadilla. Reiteradamente las autoridades habían solicitado una compañía, por lo menos, de infantes. El mayor se negaba, inflexible. Ciertamente era la zona en que operaba Kuhna; que en el mapa, la mancha gris del territorio que había ocupado, se agrandaba cada vez más, establecido el contacto con las otras partidas que convertían aquel norte abrupto y difícil en un infierno de rebelión que ya preocupaba en la corte. Ciertamente que una media luna peligrosa se cerraba, acercándose a Bakohra, pero, de momento, la situación podía sostenerse.

—No estamos para atender a unos campesinos chochos y cobardes —fue la decisión del mayor.

—Se podría copar a Kuhna... —apuntó alguien.

¡Kuhna!... ¡Kuhna!... Era la obsesión de todos.

—No podemos distraer fuerzas que vamos a necesitar en otras partes —ratificó el militar.

Fue prudente su decisión. Como obedeciendo a una consigna, los otros guerrilleros aumentaron su presión en los respectivos campos de operaciones... El mayor no estaba despreocupado... Se enviaron refuerzos aquí y allá... Y, entonces, Kuhna, tragándose la distancia que le separaba de Bakohra, con sus doscientos hombres, los que calculó que le eran necesarios, ni ciento noventa y nueve, ni doscientos uno, cayó sobre el pueblo, que organizó su



CABECILLA

por
Jacinto Ramos

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

defensa. Frente a él llevaba quince días. Lo tenía cercado. Tan sólo un camino entre peñas inaccesibles, que comunicaba con el bosque, les quedaba a los sitiados. Por él se llevaba el agua al vecindario... Del monte bajo traían la leche, la carne de los ganados... Pero aquello no podía durar... Los parapsitos eran cada vez más vulnerables... Una noche podrían ser tomados por asalto y Kuhna se sentaría en el despacho del burgomaestre para ordenar los fusilamientos de rigor y los

y él... ¡Aquel arbolado que albergara sus cortejos, sus pláticas de amor y el aletear de un beso, de uno sólo, estaba en peligro!... ¡El tronco aquel en el que estaban escritos sus nombres podía caer bajo el hacha!

Al amanecer, la orden corrió por las trincheras:

—Replegarse...

¿Qué era aquello? ¿Cuándo habían retrocedido ellos? ¿Tenía miedo Kuhna? ¿Recibía alguna confidencia? ¿El cariño a su pueblo

le había conmovido, domeñando su fiera?

Kuhna, en retirada, marchaba al frente de sus hombres, silencioso como siempre, pero un poco menos erguido que de costumbre... Sus ojos tenían, como el horizonte, una neblina, una neblina...

Y allá lejos quedaban, en la oscuridad, los árboles que escucharon las protestas de amor de Kuhna, y entre ellos — ¡que nadie le toque! — el tronco en que fueron tallados, a punta de puñal, el nombre de Wanda y el suyo. ®



ro iría al cementerio para hincar una rodilla frente a los despojos de su madre.

Kostin, al oscurecer, le llevó la noticia, radiante de alegría... Los de Bakohra empezaban a bajar madera del bosque para reforzar sus avanzadillas.

—Están perdidos, Kuhna... Las defensas exteriores van a ceder... Un par de empujones recios y son nuestros.

Pero por primera vez vió alterarse el rostro sombrío de aquel hombre que hablaba apenas, desde hacía diez años, de aquel hombre en plena juventud que parecía haber saboreado las hielos de una dilatada existencia.

—¿Que se corta madera del bosque?... — dijo, temblándole la voz.

Volvió, brusco, la espalda a su segundo y se alejó. El bosque que no pisara desde mucho tiempo atrás, el mismo tiempo que llevaba sin hablar, el mismo que transcurriera desde la boda de Wanda, volvió a su memoria... La hierbecita de su suelo, el musgo de sus peñascos, la sombra deliciosa y el rumor de su follaje y aquel árbol, aquel árbol en el cual, a punta de puñal, habían martado sus nombres Wanda




Los HOMBRES que tienen la VIDA

ASI PODRIA DENOMINARSE A LOS "LIMPIADORES DE VENTANAS", GREMIO CADA VEZ MAS NUTRIDO EN LA POPULOSA CIUDAD DE LOS RASCACIELOS

Escribe Germán Salles

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

CADA día aparece un oficio nuevo. Porque las condiciones en que vivimos en este siglo XX, apogeo de la civilización mecánica de la cultura occidental, traen nuevas necesidades, o complican las que ya existían. Antes, por ejemplo, ¿qué constructor, o qué simple albañil, no se atrevía a demoler un edificio aunque éste estuviese en plena ciudad? Hoy, la demolición de los edificios modernos requiere una difícil técnica para que no se produzcan derrumbamientos, y ya existen prósperas compañías "demoledoras". Asimismo, antes, ¿quién no hacía limpiar las ventanas de su casa por su propio doméstico o por los encargados de la limpieza general de la casa? Hoy son tan numerosas las ventanas en los edificios de las ciudades modernas, que, obedeciendo a una necesidad pública, ha surgido el "limpiador de ventanas". Y ese trabajo se ha convertido en un oficio severamente reglamen-



A la derecha se ve parcialmente lo firmamento del Empire State; abajo, un "limpiador de ventanas" trabajando en el mismo, a varios centenares de metros sobre la calle.

pendiente de un HILO



Cuando llueve, los "limpiadores de ventanas" se divierten jugando a los naipes sobre terreno seguro. Están asegurados en mil dólares, y ganan 32 semanas.

Los "limpiadores", en plena acción, confían su vida sólo a la resistencia de la cuerda que los sujeta. Una caída desde el centésimo piso es mortal. Trabajar a esta altura, con el cuerpo gravitando sobre el vacío, requiere un corazón a todo prueba, sangre fría y una carencia absoluta de predisposición al vértigo.



tado, bien pagado, en el que hay lugar para todo aquel que haya quedado cesante en otro empleo..., siempre que se trate de un hombre a quien no mareen las alturas y que al mismo tiempo sea modesto, individuo difícil de encontrar, en los sentidos recto y figurado de la palabra.

Pero estamos hablando en el sentido recto, y, en verdad, no es fácil dar con personas que puedan permanecer horas limpiando los vidrios de las ventanas a la altura del sexagésimo o del centésimo piso, sostenidos, del lado de afuera del edificio, por simples correas. Porque esto no es muy diferente que "tener la vida pen-



Mister Ralph Slade, superintendente del Empire State Building, encargado de la sección "limpiadora de ventanas", impone instrucciones al cuerpo de "limpiadores".

Esta tarea de lavar los ventanales del Empire State Building no se termina nunca; una vez limpios los de un lado ya están sucios los del otro, y a recomenzar.

diente de un hilo", y no todos soportan tal situación, unos por miedo, y por vértigo otros. De manera que en el oficio de limpiador de vidrios no abundan los oficiales y no existe, por lo tanto, la competencia ruinosa que aqueja a casi todos los demás gremios. El mejor cuerpo de "limpiadores de ventanas" quizá sea el que pertenece exclusivamente al Empire State Building, de Nueva York. Este edificio es el más grande del mundo, y tiene 102 pisos. Sin embargo, no ha ocurrido ningún accidente desde su construcción, debido a la estrictez con que el cuerpo de "limpiadores de ventanas" observa su reglamento. Dicho reglamento, impuesto por el Empire State Building, fué elaborado sobre la base de la experiencia ajena. Ya en Nueva York se habían registrado algunos accidentes, ocurridos en los albores de este oficio de "limpiador", y, una vez estudiadas sus causas, bastaron dos o tres prohibiciones en la conducta del obrero, mientras realiza su trabajo, para alejar el peligro de las caídas.



El "limpiador de ventanas" se ajusta el cinturón de seguridad, del cual puede afirmarse que dependerá su vida mientras esté cumpliendo con su trabajo, a muchísimos pies de altura.

En cierta ocasión, un "limpiador" que acostumbraba a trabajar solo se encontró en circunstancias difíciles e imprevistas que le hicieron pasar muy mal rato. El hombre, después de limpiar los vidrios de una ventana que estaba a muchos metros de suelo, trató de abrirla para entrar nuevamente al edificio, pero no pudo; la ventana resistía todos sus esfuerzos, como si alguien la hubiera cerrado con falleba: era que había sido recién pintada, y la pintura había pegado sus hojas. El obrero no podía ser oído desde la calle desde dentro, y se vió obligado a romper los vidrios de un puntal para salir de tal situación. El reglamento del Empire State Building contempla esa eventualidad y prescribe que el "limpiador de ventanas" trabaje solo; debe hacerlo en grupo, por lo menos, con un compañero para que en caso de peligro pueda ser socorrido.

Los demás accidentes registrados ocurrieron debido a imprudencias de las víctimas. El obrero, para avanzar más rápidamente, trata siempre de acortar distancias, y, si puede, pasa de una ventana a otra en línea recta.

ta, por fuera del edificio; y esta acrobacia, realizada a gran altura, provoca los accidentes. En vista de ello, el reglamento del Empire prohíbe el pasar de una ventana a otra por fuera del edificio.

Además, este cuerpo de "limpiadores de ventanas" del Empire tiene inspectores que revisan de continuo sus cinturones de seguridad y todo el correaje, y esto es importante, porque del buen estado de las correas depende la vida de estos hombres. Estar casi todo el día suspendido sobre la calle, a gran altura, durante meses y años, trae la costumbre de ello, y la costumbre produce inconsciencia del peligro, residenciando en esto precisamente el peligro. El cinturón de seguridad es tan importante para el "limpiador" como es el paracaídas para un aviador que se arroja del avión.

Todos los días del año están estos "limpiadores" prendidos a las paredes del Empire. Son miles de ventanas las que tienen que limpiar, y cuando terminan por un lado ya deben recomenzar por el otro. Pero están cuidados por el inspector de sus cinturones y por un médico que les revisa la presión arterial y el corazón cada semana. Y son bien remunerados: cobran 32 dólares por 48 horas semanales de trabajo.

Todos tienen familia; y el 75 por ciento de ellos son hombres cultos a quienes los golpes de la suerte han llevado a aceptar ese trabajo. Y es interesante el hecho de que entre estos hombres de buen origen se encuentran los más aptos para desempeñarse bien sin correr el riesgo de sufrir el vértigo de la altura ni tener miedo de estar todo el año con la vida suspendida de una correa.

Así que, por el momento, los "limpiadores de ventanas" lo pasan bien; están asegurados en 1.000 dólares y no tienen competidores; no existe la oferta que haga bajar su cotización. Y cuando llueve, cosa que suele ocurrir con frecuencia, no trabajan, juegan a los naipes y se divierten. Que no venga, pues, alguna terrible máquina capaz de limpiar en un día todos los vidrios del Empire State Building, pasando automáticamente de ventana en ventana, y desaloje al pintoresco cuerpo de los "limpiadores de ventanas", que hoy se ganan allí valientemente el pan de cada día. *

DOS INTERESANTES REGALOS

que se mandarán (GRATIS) contra el envío de este aviso. - Únicamente por correo



EL DIGESTIVO - ANTIACIDO

Bicarbonato Catalico

MANERA DE TOMARLO:

El BICARBONATO CATALICO se mezcla con un poco de agua.

Puede tomarse a cualquier hora en que se sienta estallar, pero el momento más oportuno es después de cada comida, para evitar las molestias de la digestión anormal.

Sres. LAICH & Cía.
BELGRANO 2544 Buenos Aires
Si van a remitir muestras gratis de
BICARBONATO CATALICO y
ALMENDRA AMYDALOSA
a la dirección siguiente:

ALMENDRA AMYDALOSA

POLVO PARA EL BAÑO, LA HIGIENE Y BELLEZA DEL CUTIS
da empleo es sencillísimo: agregar a ¼ de litro de agua una cucharada de Amydalosa. Se prepara así una exquisita horchata de leche de almendra.
SUAVITA, REFRESCA, EMBELLECE
y deja la piel tersa y tratamente perfumada.



NOMBRE.....
DIRECCION.....
LOCALIDAD.....



Qué alegría recibir este
DIPLUMA!



Cursos por correspondencia y clases personales.

CORTE Y CONFECCION

SOMBREROS

Corsés y Fajas (Medida individual)

Labores y Manualidades

ORTOGRAFIA Y REDACCION

El la acredita para dedicarse a la enseñanza de una profesión lucrativa y le asegura un cómodo porvenir.

Nuestro método de CORTE Y CONFECCION es famoso en todo el país y su eficacia la comprueban miles de alumnas egresadas de nuestro instituto. Imítelas Ud. y sea una triunfadora más.

Todos los cursos en cuotas de \$ 3.-

INSTITUTO CULTURAL FEMENINO

Directora: F. LLONCH DE FONTOVA

Sistema LLONCH DE FONTOVA

RIVADAVIA 1966

U. T. 48 - 1852

Buenos Aires

Representante en el Uruguay: JOSE MARTINEZ. COLONIA 810, MONTEVIDEO

Envíenos HOY MISMO este cupón y recibirá GRATIS el nuevo e interesante FOLLETO.

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... L. 170

Viaje alrededor

UNA ENCUESTA DE TIBOR SEKELI, CON

Nuestra encuesta de hoy podría ser considerada, hasta cierto punto, como segunda parte de la que publicáramos en un número. Aquella se titulaba "La Argentina vista con ojos extranjeros". Y ésta podría titularse "La Argentina vista con ojos argentinos". Mejor que la Argentina, el paisaje argentino. Alguien dijo que el hombre es un reflejo de la tierra en que nace. Nosotros agregáramos que el paisaje es la tierra sentida por el hombre; es el panorama vestido con una pincelada de alma, con un toque de sentimiento artístico. El paisaje argentino, compuesto de elementos tan dispares como el mar y la montaña, la selva norteña y el llano del sur, sólo puede ser interpretado con

EN LA BOCA, CON QUINQUELA MARTIN...

Para interrogar sobre nuestro encuesta a Quinquela Martín, vamos a sorprenderlo en un aula de la escuela Pedro Mendoza, situada en la Boca, frente al Riachuelo.

Conversamos con él un instante, y en el momento mismo que estamos por hacerle nuestra pregunta, se nos ocurre echar uno mirada a través de uno de los ventanos de la escuela. Entonces sentimos que cosa no nos necesidad de preguntarle a este mago del color cuál es el paisaje argentino que más ama. Ante nosotros, en un milagro de forma y de luz, se extiende una amplia vista del barrio que él tanto quiere... La Boca, con sus viejos balcones anclados para siempre en sus orillas, como en los muelles de la eternidad; con sus bosques de molinos y de cuerdas, entrelazadas de mil modos; con los quillales agrietados por el tiempo, que muestran impudicamente al pasante sus vientres desnudos de pintura. Y todo eso, con un fondo lejano de fábricas, que estufan en la tarde, ebríos de sol, los contornos grises de sus altos chimeneas envueltos en toscos espirales de humo... En fin, ese paisaje tan típico del barrio y que tan bien he sabido reflejar él en sus cuadros.

—Es verdad —nos dice el pintor, después de seguir nuestra mirada— que esto no es netamente un paisaje. En el sentido estricto de la palabra; pero hay aquí algo más que eso. Nuestro querido Buenos Aires —y la Boca sencillamente, como hablando de un viejo amigo— nació aquí, en estos mismos aguas, en estos mismos orillas. Lo han construido esos humildes obreros que ustedes pueden ver ahí cargando los barcos de sal a sol. Ellos forman parte intrínseca del paisaje boquense; pero, además, le confieren un tinte especialísimo de que carecen otros, quizá más bonitos pero con menos fondo: el tinte del trabajo y del progreso elaborado con músculo y con sudor. Por eso dedico a ellos mis cuadros; por el inmenso bien que hacen a esta ciudad. Ustedes pueden llamarlos "Paisajes". Pero también, si quieren, "Himnos al trabajo".

"EL CAMPO ES EL PAISAJE QUE SE VIVE MAS INTENSAMENTE", DICE EL POETA FERNANDEZ MORENO

En todas las obras del doctor Baldomero Fernández Moreno, el fino poeta laureado de la Academia Argentina de Letras, se encierran páginas que pintan los matices más emotivos del variado paisaje argentino. Pero la llanura es algo que se clava en el espíritu cuando se ha sabido interrogarla y comprenderla con el hondo sentido estético con que lo ha hecho nuestro entrevistado, que viviera una vez en íntima comunión con esos campos "infinitos, monótonos, iguales". Ahí están, para confirmarlo, "Intermedio provinciano" y "Campo argentino", dos de sus más felices obras.

—Los campos extensos —nos dice el mismo—, divididos por ríos, alambres y caminos, campos labrados y los que esperan serlo todavía para rendir su fruto al hombre, son los que más intensamente podemos vivir nosotros, que somos nacidos en esta tierra.
Y como para dar más fuerza a sus palabras nos brinda un soneto, cada uno de cuyos tercetos parece es como un golpe de emoción y de colorido que hiera la tierra hasta hacerle manar belleza. He lo aquí:

CAMPOS DE MI PROVINCIA

Campos de mi provincia en el estío,
infinitos, monótonos, iguales,
carretados de pastos naturales
más el alambre tenso de algún río.

Un monte a la distancia azul sambrío,
porches esmeraldinos de maizales,
molinos, parvas, silos, animales,
y luego el sol de la bandera y mío.

Hay al cruzaros rumbo al mar de nuevo,
mi antiguo vota férvido renueva,
¡Estallad en mil granjas divididos!

Y guardadme el rincón más miserable
y que un sonoro álamo me hable
junto a los claros hijos ya crecidos.

Fernández Moreno

de nuestro Paisaje

FOTOGRAFÍAS DE CONESA, ROMERO Y PODESTA

la visión de un artista o el concepto estético de un intelectual. Tal es la causa de que LEOPOLDO haya reunido en estas páginas un grupo tan selecto de figuras — conocidas todas y consagradas muchas — en nuestro ambiente literario y artístico. A través de sus opiniones el paisaje argentino cobra vida, al identificarse, en cada enfoque, con el hombre y su obra, fondo emotivo en que converge el concepto básico de nuestros entrevistados. Cada una de estas crónicas es, pues, una ocasión que se le brinda al lector de viajar por nuestro paisaje a través del pincel de nuestros artistas o la pluma de nuestros poetas.

LA IMPONENCIA DEL PAISAJE DE MISIONES HA CONMOVIDO A ELISA GALVE

—Francamente... es un poco difícil de contestar la pregunta de ustedes — nos dice la joven estrella de la pintura argentina Elisa Galvé —. Me encantaron, por ejemplo, las bellenas de las estancias de Misiones. Hicne de verlas y con sus ojos tan transparentes que llenan una fuerza vital desconocida en la ciudad. Y allí, en el fondo del paisaje los pajaritos de los árboles, siempre bienvenidos de nido y coronados de nubes. Es un paisaje exquisito, sin embargo, no...

—Sin embargo, usted... — seguimos, temerosos de que Elisa no concluya su pensamiento.

—Pues bien, el paisaje que más honda impresión me causó fue el de la selva de Misiones.

—En esas selvas frías y vírgenes, me pareció descubrir a cada paso algo nuevo, algo excitantemente nito. El ruido de tantas pájaros desconocidos para mí, el acento imponente de los saltos de agua de los ríos, y otros ruidos que nadie sabe quién los produce ni de dónde vienen, crean una impresión de algo mágico, de fuerza oculta y poderosa que trata de la selva. Cuando se la cruza uno por los senderos de la selva, uno cree ver detrás de sus trópicos cortina vegetal el rostro de algún gigante que se asoma, de alguna hada que sonríe; el fantasma de un indio que cruza alifio y silencioso, pero brillando en sus ojos dos lágrimas de dolor por la tierra perdida o las brujas de unos ojos salvajes que acechan al paso del legendario conquistador...

Cuando nos despedimos de Elisa Galvé, nos parece ver ante nosotros el paisaje palpitante de vida que nos describió. Y en medio de él la figura leonarda del capitán Vergara, emblema de acero y marebando hacia el norte. Parado allí, en lucha a muerte con la selva terrible y el indio indomable.

"NUESTRO PAISAJE ES EL LLANO CON UN FONDO DE MONTAÑA", AFIRMA REGA MOLINA

El estro del celebrado poeta y crítico literario Horacio Rega Molina adelantó en el tiempo su respuesta a nuestra pregunta de hoy. Ella está encerrada en "Paisaje", y es por eso por lo que, al contestarnos, sus palabras se encierran, naturalmente, en el marco de tan fino soneto. Es un cuadro vivo, que usa la pluma por pincel y las palabras por colores. Un cuadro del que fluye, además, una inmensa quietud campesina. Y en medio de ella, la silueta del labrador que siembra.

El conocido escritor confiere a ambiente que describe un poco de la emoción y el sentimiento que él puso en los versos, cuando nos dice:

—El paisaje que más me agrada es el que reúne y conjuga los elementos estéticos de la naturaleza, las obras del hombre y los seres. Cielo, agua y verdura. Luz, nubes y tierra. Y en ese ambiente, el hombre en su artesanía rural, su habitación y el detalle de la amistad animal en el pájaro, el insecto o la bestia. Es, por otra parte, nuestro paisaje del llano argentino con su fondo de montañas en las regiones donde ellas dominan. En el soneto "Paisaje", que es expresión de las condiciones especificadas, el sentimiento de lo agreste y lo rural es tan dominante como la emoción que fluye de la comprensión del mundo y de sus cosas vitales. El trazamos un estado de mi espíritu y trata de comunicarlo a los demás con el lenguaje del verso, más eficaz que la prosa misma, en su miniaturada estructura.

Y Rega Molina nos brinda, para regalo del lector, el soneto en cuestión:

PAISAJE

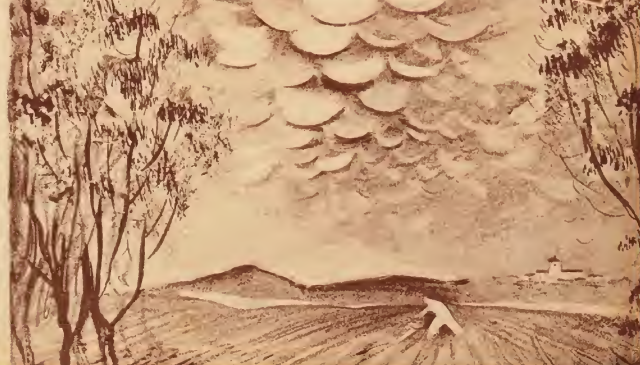
Aire fino de sal. Y transparente
Bajo un cielo de nubes orbulado.
El hilo de agua bebe en lo corriente
Y estiro el pico de cristal mojado.

Allá, mientras orroja lo simiente
Se seca un labrador recién pintado,
Y en los oñejos árboles se siente
Como si el cielo hubiera respirado.

Salto en lo hiebro el tímido resort
Del conejo. Quebroda luz se agrupa
En lo que se conoce por el Norte.

Lejos asoma la ordenado cresta
Del caserio, donde todo ocupa
Su lugar, como en una meso puesto.

Horacio Rega Molina



TOS



Defiendase

con

PECTORAL FUCUS

**TOS-CATARROS
Y RESFRIOS**

¡MOLDES EN "MARIBEL"!

Corresponden a una nutrida selección de

FIGURINES PARA LA ESTACION,

elegidos entre los más elegantes y adecuados para la mujer argentina. Cerca de

CUATROCIENTAS CREACIONES

hállanse ya a la disposición de todas aquellas que necesiten en estos momentos renovar fácil y médicamente su guardarropa, pues los

¡MOLDES "MARIBEL"!,

preparados para todos los talles, se venden a **1 PESO.**

¡ELIJA SU MODELO EN "MARIBEL"!



HEMORROIDES

Combata las hemorroides con un medicamento realmente digno de confianza: use la Pomada Man Zan.

Elaborada exclusivamente para combatir las hemorroides en todas sus formas, la Pomada Man Zan proporciona alivio desde las primeras aplicaciones. Calma la irritación, desinflama y es antiséptica.

Cada tubo viene provisto de una cánula especial mediante la cual la pomada se aplica sin dificultad, llegando a todas las partes afectadas. En venta en todas las farmacias.

POMADA MAN ZAN

ES UNA ESPECIALIDAD DE WITT



FEDERICO MASCIAS PREFIERE EL PAISAJE DE LOS LAGOS DEL SUR

Encontramos al inspirado paisajista Federico Mascias en medio de sus cuadros expuestos en el salón Müller.

—¿Cuál es, a su juicio, el paisaje más característico y más hermoso de la Argentina? — le preguntamos.

El se reconcentra un instante, mientras deja vagar la mirada de una a otra tela. Seguimos esa mirada y nos damos cuenta, entonces, de que la pregunta era casi superflua. Todos los cuadros reflejan la misma región.

—¿Nahuel Huapi? — preguntamos.

—Sí; es decir, la zona de los lagos. A mi juicio, el más hermoso de todos es el Futalaucún.

—¿Más que el famoso Nahuel Huapi?

—En efecto. Es más pequeño y no tan conocido, pero la belleza de su paisaje es pura y virgen. Allí hay bosques de alerces y otros árboles gigantescos, que parecen rodear en un abrazo a la montaña y querer trepar por ella hasta besar su frente blanca de nieve y de frío. Y cuando estalla una tempestad, entonces bosque, lago y montaña gimen estremecidos bajo el poder inmenso de Dios, que allí es naturaleza y que parece estar siempre muy cerca de nuestros sentidos. A orillas del Futalaucún tengo mi ranchito, y allí he pasado mis horas más felices en íntima comunión con el paisaje.

Cada cuadro de Federico Mascias es una afirmación rotunda de sus palabras. Cada toque de su pincel, cargado con nieve de cumbre o verdor de selvas, es un canto a la belleza natural, tal como él la siente, pura y virgen en su grandiosa concepción.

"PARA SENTIR EL PAISAJE NECESITO ASOCIARLO AL HOMBRE", RESPONDE HERMINIA BRUMANA

—¿Qué pienso yo del paisaje argentino? — pregunta, a su vez, más a sí misma que a nosotros, la recia escritora Herminia Brumana.

Después mira hacia adelante, como buscando horizontes en sus recuerdos, y en seguida nos responde, esbozando un gesto:

—Debo confesar que el paisaje en sí, diría mejor el paisaje puro no ha logrado aún emocionarme.

"Para sentirlo, para gozario en toda la fruición de sangre y espíritu, necesito asociarlo al hombre, necesito verlo en función social."

"De los recuerdos de viajes a través de mi país, no logro asir un solo espectáculo de montaña, de mar, de río, de selva o de llanura si no lo asocio a un instante de mi vida en el cual contemplaban mis ojos o percibieron mis oídos una manifestación humana. Así, el sendero por donde pies con ojotas iban a la vivienda de lo alto, la vela de una barca pesadora lejana, las criaturas salpicadas por las gotas de un manantial, el hacha clavada en un tronco, una tapera, eran un punto. Una relación, un detalle, dando sentido al mar, a la montaña, al río o a la pampa. Así puedo evocar, sin que el tiempo ni la distancia



ELBA VILLAFÑE AMA EL PAISAJE DE LAS PROVINCIAS NORTEÑAS



La joven y destacada pintora Elba Villafañe, que encuavara su caballete frente a los paisajes más diversos de la República, de uno a otro de sus extremos, halló su sentimiento estético reflejado en los paisajes de esas tierras del Norte, donde el aborigen es parte y unidad de la naturaleza.

—El suelo de las provincias norteñas, y sobre todo el de Jujuy, tiene una belleza única ya de por sí — nos explica ella—. Pero junto con el paisaje existe allí el hombre, el indígena, que en esas comarcas no interrumpe la mirada del espectador. Al contrario, el hombre que vive sobre esa tierra, virgen forma, sin duda, parte del paisaje, unificándose con él, como una roca o un arroyo. Además, las ruinas de civilizaciones antiguas, otro elemento típico del paisaje norteño, ponen en el cuadro un pátina de tiempo, que infunde majestad a la visión y que contrasta notablemente con esas iglesias agresivas y minúsculas que adornan los pintorescos valles. El conjunto parece que estuviera allí inmóvil desde hace siglos. Y por los siglos que vendrán.

El dibujo a pluma que Elba Villafañe nos brindara gentilmente para LEOPLAN, corrobora y acentúa, si se quiere, esa opinión de la artista sobre el paisaje argentino.



ELENA ILLY BOURIERES Y LOS PAISAJES FUEGUINOS



—La imponente grandiosidad de la montaña, la majestuosa serenidad de las aguas y la reciedumbre con que se manifiesta la naturaleza en esos parajes tan poco hospitalarios, es algo que lo eleva a uno a esferas puramente espirituales — nos dice Elena Ily Bourieres, la feliz paisajista, cuando, al contestar nuestra pregunta, nos explica el porqué de su preferencia por los paisajes fueguinos y patagónicos.

—¡Cuánta belleza dantesca, cuánta sugestión poética dimanan de esas soledades grises y brumosas! — continúa en seguida —. Los pocos que viven ahí siempre se quejan de lo ásperos que son esos parajes, pero nunca los dejan. Es que el que una vez los visita volverá siempre, atraído como por un reclamo misterioso que emana de esas tierras, donde el alma encuentra un perfecto equilibrio, y donde, en fin, puede uno aprender a encontrarse a sí mismo...

Todo eso nos dice Elena Ily Bourieres, la fina pintora viajera. Nosotros la escuchamos, y sentimos que poco a poco nos va ganando el alma un deseo imperioso de dejarlo todo e irnos a gozar de aquellos paisajes. A empaparnos de belleza y a agobiarnos de silencio en esos lagos del Sur que vemos tantas veces reflejados en los muchos cuadros que adornan el estudio de la pintora. Pero no podemos, y entonces nos contentamos con adentrarnos en ellos a través de su pincel y de su palabra cálida y entusiasta. ☼

aminoren el deleite, la impresión recibida en muchos lugares de mi tierra, tan generosamente dotada de bellezas, y así rememoro hoy, con los ojos abiertos sobre la ventana de un cuarto que da a un cielo grisáceo de este día otoñal, la visión del cerro de Humahuaca, en Jujuy, por cuyas laderas, esa tarde, un sol en poniente, cual un fantástico cáliz gigantesco, encendía de rojo piedra sobre piedra. "Yo miraba indiferente esa puesta de sol, cuando de pronto mis ojos encontraron, en medio de esa brasa suspendida entre el azul del cielo y el verde del valle, un pedacito de quebrada palpitante de cruces..."

"Eran las ruinas de un cementerio indígena que aun perdura en ese lugar. Trozo de soledad y silencio con su angustia de pasado, clavado ahí para patentizar lo ido, vestigio de una raza sufriendo que amó al sol, veneró la tierra y oró a la montaña, en una purísima concepción de Naturaleza y Dios hecha unión."

"Las tumbas no parecían frías, y en medio de aquel derroche de rojo, azul y verde, ese trozo de acanto indefinido parecía una cuña de eternidad..."

"Y cuando mis ojos se empañaban y veían mejor el paisaje, una vidala se oyó en la lejanía. Un muchacho entonaba, arreando sus cabritos, el hondo canto de la raza..."

"Entonces el paisaje de la quebrada de Humahuaca, en ese ocaso, me envolvió hasta hacerme sufrir el divino goce de la belleza. No pude dar un paso: mi corazón estaba de rodillas."

Hemos hecho apenas una pregunta durante toda la entrevista. No tenemos, ahora, ánimo para agregar nada más tampoco. Y nos despedimos, llevándonos dentro, como un tesoro, esa visión atormentada y fantástica de un rincón típico de nuestro suelo, que las frases soberbias de la fina comentarista de "Martín Fierro" nos clava en el pensamiento como una lanzada de belleza que fuera goteando angustia...

Herminda C. Brumana



La cruz roja de la

PATRULLANDO CONTINUAMENTE LOS NEVADOS PRECIPICIOS DE SUIZA, LOS MIEMBROS DE LA GUARDIA MONTAÑESA ARRIESGAN ALEGREMENTE SU VIDA PARA SALVAR LA DE LOS ALPINISTAS EN TRANCE DE PELIGRO

Una nota de

• Agustín M. Valenzuela

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

La silla desmontable facilita la tarea. Pero el peso de un cuerpo "muerto" requiere un mayor cuidado y todas las precauciones son necesarias.

EL alpinista advierte con desesperación que las aguzadas púas de sus zapatos rasgan la roca escurriéndose hacia el vacío. Ha fallado el cálculo de la distancia y el golpe inesperado contra la saliente granítica de la montaña cobra su tributo a la audacia insensata. Una simple fractura imposibilita todo movimiento y reviste, en tales circunstancias, características de tragedia. Pero el

Cuando se ha producido un accidente, los guardias especializados en la vigilancia acuden a la estación más próxima en procura de rápido auxilio.



Además de expertos y ágiles alpinistas, los guardias deben tener conocimientos sobre primeros auxilios. Es necesario saber preparar a los victimados para el descenso.



montaña

herido no tiene casi tiempo de pensar en lo crítico de su situación. El servicio de auxilio, siempre vigilante, se moviliza de inmediato, y en contados momentos una cuerda tensa lleva hasta el accidentado la ayuda providencial. Dos manos firmes y seguras lo sujetan, y, ante la expectación de los demás miembros de la Cruz roja de la Guardia montañesa, se inicia el dramático descenso, en el que un hombre lucha, no ya por realizar una hazaña de carácter deportivo, sino para salvar una vida.

Desde que se acentuó el entusiasmo de los alpinistas por escalar las peligrosas laderas de los Alpes, en procura de los picos eternamente vestidos de blanco, el gobierno suizo comprendió la necesidad de establecer seguros refugios de primeros auxilios. Fue tarea ardua hallar los hombres que con verdadero desprecio de sus vidas las expusieran de continuo para sacar de trances difíciles a los inexpertos aficionados y a quienes, no siéndolo, se entregan por entero a la excesiva confianza que reporta la experiencia mal entendida, y se aventuran por senderos peligrosos. Pronto surgió, sin embargo, la institución de salvamento ya conocida hoy por las iniciales con que se la identifica: "B-W". Su obra, casi anónima para la importancia que tiene, requiere de sus miembros una constante tarea tan difícil como humanitaria.

Es necesario conocer de cerca la fatigosa obra de los hombres de la Guardia montañesa para poder apreciarla en toda su magnitud. Quienes practican el alpinismo gustan, por lo general, dedicarse al complicado deporte cuando el sol ilumina los picos más altos. Pero también suelen darse casos de alpinistas cuya audacia los lleva a desafiar, al mismo tiempo, las cumbres nevadas y la oscuridad de la noche. Los guardias vigilan por eso constantemente, provistos de sus equipos, dispuestos a no perder un solo minuto de ese tiempo que puede significar una vida.

La tarea de salvamento merece el calificativo de heroica. Bien es cierto que la práctica constante —son muchos los accidentes que en ciertas épocas del año se producen— permite a los hombres encargados de ella adquirir muchos conocimientos sólo necesarios e imprescindibles para sus funciones de ayuda y auxilio. Pero aun así, y no dando la importancia que merece a la rapidez con que actúan, los menores detalles exigen amplios y estudiados recursos. Desde la preparación del botiquín, cuyo contenido varía según los accidentes, hasta la de las camillas y las sillas transportables, para los casos de mayor importancia.

Algún compañero del herido, un miembro del cuerpo especializado de vigilancia, lleva a la oficina más próxima el pedido de ayuda. Parte de inmediato el equipo, constituido, salvo casos de excepción poco frecuentes, por tres hombres.

La última parte del salvamento. Ya en tierra firme, una camilla transportable sirve para llevar al herido hasta el centro ambulatorio que organiza y que la conducirán con rapidez al más cercano refugio de primeros auxilios.



GRAN

Conscripción DE ALUMNOS!



CON MOTIVO DE LAS FIESTAS PATRIAS

Asociándose a la celebración de la INDEPENDENCIA de nuestra patria y (fel) a su misión de ayudar a todos los jóvenes que anhelan progresar y conquistar su independencia económica, la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA, Instituto de Enseñanza por Correspondencia, inaugura una extraordinaria CONSCRIPCION DE ALUMNOS, ofreciendo a todos los que se inscriban durante este mes y el mes de agosto (*) las siguientes ventajas excepcionales:

- 1 EXENCION DEL PAGO DE LA MATRICULA
- 2 20 % DE DESCUENTO SOBRE EL PRECIO DE CUALQUIER CURSO!
- 3 40 BECAS PARA LOS MEJORES ALUMNOS!
- 4 GRATIS

Entre todos los alumnos inscritos durante esta CONSCRIPCION se distribuirán 40 BECAS para los que rindan los mejores exámenes. Las becas se distribuyen, una para cada Provincia y Gobernación argentina y una para cada país centro y sudamericano.

Como siempre, y a pesar de haberse suprimido el pago de la matrícula, el lujoso Carnet del Estudiante y un Diccionario Enciclopédico Castellano o "La Farmacia en Casa".

Mándenlos HOY MISMO el cupón adjunto, pidiendo mayores detalles. Decidan a estudiar con todo entusiasmo, que así una de nuestras becas podrá ser suya, y entonces su DIPLOMA le resultará GRATIS!

(*) Para los países centro y sudamericanos se admitirán inscripciones en las condiciones de esta Concripción hasta fines de septiembre.

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

IMPORTE DE LOS CURSOS COMPLETOS PAGADEROS EN PEQUEÑOS CROS MENSUALES

Tratado de Libre	\$ 40	Tipo: monografía	\$ 36	Técnica en Plástico, Rango	Número a Elegidos	\$ 140
Contador General	\$ 100	Caligrafía	\$ 36	con y Matemáticas	Agendas	\$ 105
Contador Mercantil	\$ 100	Aritmética Comercial	\$ 36	Artes y Artes	J. de Gramática	\$ 40
Lib. Básica	\$ 100	Redacción y Ortografía	\$ 36	Shopy Artístico	Técnicas Tatuajes	\$ 40
Librería de Comercio	\$ 105	Historia Pública	\$ 36	Unión Federal y Comercial	Modismo Agrícola	\$ 40
Caligrafía	\$ 40	Administración de Bienes	\$ 36	Radiofísica	Arbitraje	\$ 40
Simbología de Comercio	\$ 40	Presidencia	\$ 36	Radiofísica	Arbitraje y Arbitraje	\$ 40
Comercio	\$ 40	Prop. Motos Farmacia	\$ 36	Comercio	Corte y Costuras	\$ 40
Secretaría	\$ 40	Química Industrial	\$ 36	Ingenuidad	Técnica en Argamasa del	\$ 40
Maquinaria	\$ 40	Técnica en Tintes y Lanas	\$ 36	Medicina Industrial	Cine Nacional	\$ 40
	\$ 40	Jardín y Perfiles	\$ 36	Medicina Industrial	Política	\$ 40

IDIOMAS: Estudie con el modernísimo sistema Fono - Maestro Argentino de enseñanza por discos.

Estudie TELEGRAFIA y RADIOFISICA por medio de nuevo práctico y sencillo método por discos.

Los alumnos de la Capital Federal, pueden estudiar por correspondencia en nuestro Departamento de Enseñanza Oral, el cual les ofrece:

ENVÍENOS este cupón y recibirá, junto con nuestras BASES, el importantísimo libro "NACIA ADELANTE", que le enseñará a triunfar en la vida.

Dr. Ing. B. Maraglián, Director de la "UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA", Rivadavia 2465, Buenos Aires. Remítase GRATIS y sin compromiso las BASES de su GRAN CONSCRIPCION DE ALUMNOS.

Nombre

DIRECCION

LOCALIDAD



Ninguna mujer puede ser feliz ni brindar felicidad a su esposo sin una perfecta salud.

Las mujeres pálidas, flacas, anémicas, de formas angulosas y escasa vitalidad, deben tonificarse, que es el medio de obtener el equilibrio de las formas, la belleza y el bienestar.

La IPERBIOTINA MALESCI es un tónico que aumenta la vitalidad, vigoriza los nervios y proporciona esa sensación de bienestar, alegría y disposición de ánimo propia de la perfecta salud.

La IPERBIOTINA MALESCI es un tónico para todas las edades, de agradable sabor y efecto. Consulte a su médico sobre sus ventajas.

IPERBIOTINA
Malesci

SE VEN EN TODAS LAS
FARMACIAS DE LA REPUBLICA

Uno encargado de la conducción de la ambulancia, y dos, tan buenos alpinistas como entendidos en primeras curas de urgencia.

Suelen darse casos de deportistas poco experimentados heridos por imprudencia. Estos, que constituyen los menos, requieren un mínimo de trabajo a los guardias de la montaña. Generalmente los accidentes de esta naturaleza se producen en horas del día y las tareas de auxilio se reducen a fortalecer el ánimo de la víctima y a entabillarle y vendarle la parte herida en caso de que una fractura lo hiciera necesario.

Pero cuando se trata de un deportista experimentado, cuyo avance hacia las alturas se ve interrumpido por alguna causa que le impide también el regreso, la ayuda requiere un absoluto despliegue de habilidad y rapidez. Habilidad, porque en muchos casos el auxilio debe hacerse llegar desde las cumbres más altas para descender valiéndose de las cuerdas, y rapidez, porque, ignorándose el carácter del accidente, puede llegar a tener graves consecuencias la tardanza. Pero ambas cosas son patrimonio de los miembros de la institución. Avezados conocedores del terreno en que actúan, es digno de verse el trabajo que realizan. Desafiando el peligro a que se ven expuestos de continuo, trepan con agilidad de simios las laderas más empinadas, valiéndose de cuerdas, sin que aparentemente les signifique un estorbo el pesado equipo de que van provistos. Afirmándose con seguridad en las paredes rocosas por medio de los aguzados clavos de sus zapatos, parecen despreocuparse en absoluto de ellos para buscar únicamente el fin de la difícil trayectoria que la humanidad labor les impone, con riesgo de sus vidas.

Pero si el ascenso es expuesto, no lo es menos el descenso. Tratándose de una altura considerable y de un accidentado que no puede valerse de sus propios medios, deben utilizar las sillas transportables. Estas sillas, que se hallan sólidamente sujetas a la espalda de los guardianes, significan, con la pesada carga de un cuerpo "muerto", un inconveniente que aumenta de manera considerable los riesgos de las de por sí peligrosas tareas. Una falla de cálculo, el más insignificante movimiento de la víctima atemorizada por el vértigo de las alturas, pueden dar lugar a un nuevo accidente de fatales consecuencias. Pero son contados los casos en los que un miembro de la Guardia montañesa ha pagado tributo a su valor y a su temeridad.

Ya en tierra firme, el trabajo se reduce a transportar al herido a la ambulancia que aguarda y conducirlo rápidamente al refugio de sanidad más próximo. Después, los integrantes de la "B-W" esperan una nueva llamada de auxilio, sin dar importancia al trabajo realizado y sabiendo que no transcurrirá mucho tiempo sin que un nuevo angustioso llamamiento los lleve a balancear otra vez su cuerpo sobre los nevados precipicios, en encarnizada lucha con la muerte, para disputar una nueva víctima a la montaña... ♦

Los guardias de las montañas exponen, en cada caso, la vida. Pero, hechos ya a la humillante tarea, parecen no inquietarse ante el peligro, y realizan su cometido con abnegación y espíritu de sacrificio.





"El alpinista advierte con desesperación que las aguzadas púas de sus zapatos resgan la roca escurriéndose hacia el vacío..."



Cada equipo está constituido por tres hombres. Pero solamente dos son los que arriesgan sus vidas, desafiando las alturas y los peligros.



Carola

por Dinorah Olmos

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE BERNABÓ

TIENE 17 años, una carita redonda y fresca de manzana, ojos celeste claro, pelo rubio descolorido y lacio, una boquita de labios gordezuelos y un alma sencilla.

Toda ella revela salud y satisfacción. Es la hija del "gringo" Nicola el remendón. En el barrio le dicen "la gringuita" y esto es su mayor y más profundo dolor. ¡"La gringuita"!

Ella, que hubiera querido ser tan fina y exótica como "la Marlene" o tan delicada y espiritual como "la Loretta".

Lleva el cabello cortado como Diana Durbin y como aquella melena es "una desesperación"... por las mañanas su cabecita se llena de bichos de cesto muy bien ajustaditos.

Queda linda con su sweater verde loro y encima el delantal rosa descolorido de manga corta...

En los piecitos los zúcos y en su ca-

ra redonda dos parches de color que le suben hasta las orejas.

Es linda la "tanita" y ella lo sabe.

Por las mañanas se contenta con ser "la gringuita del remendón" y lava y fríega con sus manos grandes acostumbadas al trabajo... y si pasa "gente", lo único que le importa es que no le ensucien la vereda. Es una gloria verla con su sweater arremangado sobre los brazos blancos y gordezuelos, retorciendo el trapo con sus manos enrojecidas... inclinada sobre la pileta o andando de aquí para allá mientras los zúcos le cuentan cada paso, ¡chas! ¡chas! ¡chas!

A veces entra al negocio. Parece que entra con ella la juventud y la vida... su blancura desentona en la oscura pieza que huele a cuero, betún y tintura... Entra, secándose el jabón de los brazos y guiñando los ojos encandilados.

Allí, en su sillita petisa, todo recoge-



no como un niño, con la camisa azul arremangada y el delantal de cuero oscuro, teniendo delante un arsenal de cueros, clavos, botas, hormas, tientos, ceras y tinturas, está Nicola y "el Pepe", su socio del alma.

Nicola, con sus lentes de aro torcidos sobre los ojos azules, el ceño plegado por el esfuerzo en un erizamiento de cejas peludas, y las manos siempre sucias. Siempre inclinado, cada día más, como agobiado por el peso de aquel corazón, según dicen dilatado. El no sabe qué es eso de dilatación, pero cuando se ahoga piensa que es de tanto aire que encierra aquel fuelle.

Su posición recogida es casi simiesca y humilde. Pero aquel hombrechillo un poco chueco y enclenque, alberga en su cuerpo magro un carácter vigoroso y rudo.

Cuando se enoja golpea con el martillo, y Carola, madre e hija, agachan la cabeza... y se acoban.

Cuando Carola entra en el negocio se sube los anteojos a la frente, frunce los ojos celestes, deja el martillo sobre el banco, escupe los clavos que le erizan la boca como una extraña dentadura, y maquinalmente se limpia las manos, como si temiera manchar tanta blancura y claridad.

Ella se acerca un poco de lado y le pone la mejilla a la altura de la boca.

—Buenas, papá... —dice mirando ausente la calle, el cielo, y la enorme bota que se balancea allí en el frente.

El la besa tomándola torpemente por la cabeza llena de troches; ella protesta:

—¡Ay! Mire que me duele... ¡Cómo es usted!...

Nicola sonríe picaresco mientras se limpia la boca con el revés de la mano, como cuando bebe el "barbera".

—¡Eh, qué quere! Non se enoque... cun tanto coernito cume se ha poesto... ¡Ah, la yiuventú!

Ella, medio enfurruñada, se recuesta en la puerta. El padre vuelve al trabajo y con la boca nuevamente erizada de clavos pregunta frunciendo el ceño.

—Diga, ¿e per qué non saluda a Cusé? Ella ni se vuelve.

Allí, dentro, comiéndosela con los ojos, desde que entró, estará José, "el Pepe"... ese bruto... ese "tano"... el candidato de la familia... No es que sea feo... Es rudo, fornido, pero, queda tan ridículo allí en esa sillita mirándola con sus ojos de "besugo" todo colorado, como "un pavo"! Es fuerte, es bruto; hasta el cabello le salió con fuerza. Tiene una cabeza de escobillón.

Carola lo sabe enamorado y le indigna ese amor como una profanación. Ella no es para "ése"... ¡qué se piensan!...

Sin embargo, a veces entra en el negocio y hace su pasadita como el gato. ¡Vaya a saber por qué!... ¡Quizá porque allí en el fondo no le disgusta que la encuentren linda!

Allí estará mirándola con su cara "de bobo"... esp-ando la limosna de sus palabras...

Carola se muerde los labios, tuerce la cabeza y dice con gesto despectivo...

—Buenas —y sale irguiendo la cabeza y ondulando su cuerpo, formado y lleno, al compás de los zuecos... ¡chas!... ¡chas!... ¡chas!...

Luego pone la mesa, porque "la mamá" ya terminó de cortar los tallarines.

Extiende el mantel a cuadros, coloca los cubiertos opacos, los platos ordinarios floreados, los vasos de vidrio grueso y turbio..., el queso rallado abundante en plato sopero..., y todo lo demás.

Su casa es humilde: dos dormitorios mal ventilados, que dan al corredor, el vestíbulo cubierto de enrejado de madera sobre el que trepa la parra fresca y verde y el piso cubierto con viejas baldosas rojas, en parte rotas.

Atrás, la pieza del Pepe; una cama, una mesa de luz con diarios encima, un reloj despertador, un baúl, cuatro cachivaches y dos perchas con cortiná, una cruz, un calendario con palomitas y clavetes, y un retrato: "la mamá", que murió en Italia.

Adelante de la casa, el negocio que da a la calle. El comedor angosto tiene una puercilla junto a la del negocio. A lo largo del corredor, obstruyendo el paso, las tinajas y macetas de Carola disputando su lugar a los tuestos y latas llenas de albahaca, de la madre.

Atrás de todo hay una cocinita humosa, el baño y un huertecillo donde Carola quiere flores y la madre lechugas y espinacas.

Carola se queda mirando el huertecillo. Ha terminado de tender la mesa. Toma a escondidas el vinagre y se bebe medio vaso frunciendo la nariz. Hace varios días que lo hace. Se ha propuesto adelgazar.

Pero cuando la madre pone en la mesa la fuente de fidecs, y mira a sus hermanitos menores comer con ansias,

le falla el corazón y almuerza con sano apetito y gran remordimiento.

Después llega la tarde. Carola no hace siesta. Limpia la cocina para que la madre descanse, "la pobre está tan mal de los riñones"...

Luego, considerando que la hora de pie que hace por consejo de una revista queda ampliamente cumplida, se encierra en su cuarto y lee la novelta de folletín.

Y luego viene la tarde gloriosa.

La tarea dolorosa pero siempre encantadora de desprender los broches, de lavar y empolvillar la cara, y el pasarse las horas muertas frente al espejo, ensayando gestos y repitiendo aquel... "Si yo fuera más flaca..." ¡Si yo no tuviera la nariz tan redonda!"...

Después, a la puerta. Cuando pasa "gente"... ella, asomada a la puertecilla del corredor, "ignora" quién vive al lado, en el negocio...; ya no es "la gringuita Carola", es... "la señorita Carola"; esa preciosa de Carola, de los ojos tristes, y la cara suave"...

Pasa "uno" y ella entorna los ojos; "¡qué pestañas, señor, qué pestañas más largas tiene Carola!"

Hace días pasó un "joven". Tenía un sombrero "holero", un traje muy amplio y unos biguitos de gato rubio.

Con seguridad era más liviano y delicado que Carola, pero ella en eso no pensó. Cuando caminaba movía el ruedo del pantalón.

Al pasar la miró de reojo. Carola se puso roja y sonrió; si, señor, sonrió. El se quedó en la esquina... y... nada más.

Pero ese "sonso" no le importa gran cosa. Ella espera a... Eduardo... ¡Ah, si Eduardo se fijara!

Es el hijo del doctor Planes. Es buen mozo, fuerte, atlético, ¡ah, y muy sencillo!... Usa camiseta de polista y pantalones arrugados. Tiene el pelo crespo y las zapatillas sucias. Es muy democrático, no hay duda. Hace días que la mira y la saluda. ¡Ah, si Dios quisiera!...

Cae la tarde entre maticos rosados. Se escucha el arrastre de los bancos en el negocio. Nicola quiere aprovechar los últimos restos de luz. Comienza el toque de oración.

Pasa un grupo de chicas muy pintaditas.

—¡Adiós, Carola!

—¡Adiós, Anita!

Un camión pasa a toda velocidad, llevando la calle con el sonido de su bocina. Se enciende la luz en el negocio.

—¡Carola!... Carola!...; ¿questa ragazza... Entre, le digo... ¡Osté me hace freír la sangre!... — y así todos los días.



La mañana estaba linda y fría; el cielo azul se miraba en el arroyito diminuto que festoneaba el cordón de la vereda.

—Che, Carola, vayálo del verdolero... ¡Ah, c non se olvide del perequij!; ¡otra volta non traco niente; me compra... a ver...!

Se fué con el alma adormecida, llevando en el cuerpo el calor de la cama, con las mejillas lustradas por el lavado conenzuado.

Serían las 9 cuando regresaba con la bolsa bien llena, adornada de perejil como una maceta.

Al doblar la esquina vio su casa lle-

na de gente... Doña María, la Marcela, doña Julia, Pepin, el de la vuelta... Apresuró su paso...

La gente se apartó a su llegada, franqueándole la entrada.

—¡Qué pasa...! Dios bendito!... ¡Hable, doña Emilia!... ¿Qué pasa?...

Alguien le tomó la bolsa; una mujer lloriqueaba.

—¡Cuánto bochinche, Señor!... ¡Qué pasa?



La madre, dentro del dormitorio, lloraba a gritos.

Le dio un golpe el corazón. Ya estaba en el umbral. La gente se apretujó, sensacionalista... Una mujer preparó el pañuelo... Carola miró dentro de la pieza. La vio desesperada mesarse el cabello cano...

—¡Ah, Dio benedetto!... Santa Vergine de Pompeia... ¡Dio benedetto!...

Carola sintió erizársele la piel de los brazos... luego frío en la espalda... flojas las rodillas... y lo vio...

Allí, en la cama, pálido..., muy pálido... con su mandil de cuero y su camisa azul... el padre... su padre... muerto, si muerto... eso, eso era... ¡Papá!

Temblaba como una hoja... Se arrojó sobre la madre, frenética, desesperada, sin lágrimas, ahogada de sorpresa, de estupor.

—¡Mamá... mamá!... La llamaba a gritos, con angustia, como quien se siente perdido en un abismo de dolor.

—¡Mia cara, poveretta!...

—Pero, ¿cómo pudo ser? ¿Cómo pudo ser?

Un médico joven y rubio cerraba una valija.

—¡X...! el corazón! ¡qué se va a hacer, hija...! tiene que ser fuerte, por su mamá!

La realidad fué entrando por grados, suavemente, casi sin sentir, como penetra el arma aguzada y filosa en la carne estremeida. De pronto, tocó fondo, llegó al alma sensible y se retorció de dolor, gritando, llorando enloquecida:

—¡Papá!... ¡Papá!...

Y se arrojó sobre aquel pobre cuerpo, como para infundirle su vida, sacudiéndolo de su letargo...

Las mujeres lloraban... Los dos hermanitos, abrazados, gritaban en su dolor inconsciente, buscando refugio uno en el otro.

Luego, todo sucedió como en sueños.

El repe hizo frente a la cosas: —Deje, doña Carola, que le ayudo—. Una vecina comedia se quedó con ellas. La madre, por un prodigio de fortaleza, hizo a un lado el dolor como quien carga por un instante la carga que le abruma.

—Hay que hacer esto, lo otro...; desarmar la cama...; retirar la mesa... ¡Ah, Dio benedetto!... un tanto chico... nostra signora, prega per mí!

Luego el dolor convencional visitó el húmido hogar. Todo el día estuvo entrando y saliendo gente. Carola estaba "hecha una lástima", sin fuerzas para nada.

—Vamos, Carola, come un poco. Hay que ser fuerte, ¿verdad? Toma una taza de caldo...

—Deje, doña Eulalia...; gracias... En la noche llegaron las amiguitas... todas bien arregladas... era natural... en el velorio había muchachos, y no era cosa de estar con la cara lavada...

Sin saber por qué "le chocó" el rouge y los polvos. La abrumaban con caricias, con consuelos. Carola hubiera querido huir... estar sola, pero, ¿dónde ir en tres piezas?

Al pasar frente a un espejo se vio tal como estaba. Con los ojos hinchados, los broches sujetos, la cara desfigurada...

Tuvo pena... sintió vergüenza... Maquinalmente comenzó a desprender los broches... y recordó... "Ma, con tanto coernito como se ha puesto"... Estalló en sollozos... No, no podía arreglarse... que la vieran como era, al natural... ¡Que viniera Eduardo y la mirara! ¡Qué importaba!

Sin saber por qué, rehuía el entrar a la capilla ardiente y mirar al padre. Por fin lo hizo. No se impresionó tanto como temiera. Le puso la mano en la frente; de pronto, le sobrevino una idea tonta: Aquel féretro, con su puntilla, era parecido a una gran caja de bombones que un día le regalaron...

El olor a junquillos la mareaba. "¡Ah, ese olor a muerte!"

Comenzaron los rosarios.

Cuando pudo se escapó al comedor. Se sentó rodeada de amigas compungidas. Allí estaba la madre; la lámpara le alumbraba con su luz amarillenta. La vio vieja...

En los ojos enrojecidos las lágrimas parecían sangre... Entre las manos curtid, el pañuelo húmedo. En la cocina no había café para convidar...; eso le hizo pensar en la situación en que quedaban, en sus hermanos, en el desamparo y la miseria. ¿Qué sería de ellos? Sintió voces en el corredor.

Era Eduardo. ¡Ah, si aquel sueño se hubiera realizado...! habría pan en su mesa y la pobre madre tendría reme-

dios!; y... pero aquello era un sueño, un sueño loco...

Eduardo conversaba con "el Nato", el hijo del comisario. Los dos fumaban. Les escuchó reír suavemente... luego...

—Bueno, Nato, yo creo que aquí no tenemos nada que hacer...; hace un poco de frío...; venite a casa...; tengo un disco de Ellington, que compré el martes...

—¿El Tiger's Rage?

—No!...; vos siempre el mismo...; ¿cuando cambias de disco? ¿Vamos? ¿Lástima de "gringuita", no?

Eran las tres de la mañana. La gente raleaba. Ya estaban casi solas. Dos amigas, ellas y el muerto.

—Mamá...; acuéstese un rato...; vaya, sea buena...

El reloj dió las tres.

—Hacé parar el reloj, nena...; e andá, decile a duña Emilia y "la Culia" que se vayan a descansar...

Los chicos dormían con sueño pesado y reparador.

Las amigas trasteaban en la cocina...; escuchó sus risas contenidas... Después de muchas recomendaciones se fueron... No... no querían ni ella ni su madre que se molestaran, y a las seis venía doña Eulalia, de modo que podían irse...; ella estaba bien, gracias...

Se quedó sola. Comenzaba a aclarar.

Se acercó al padre. Estaba pálido, con los labios sin sangre, las ojeras violadas y las pobres manos impregnadas de betún, cruzadas sobre el crucifijo.

Con ruido suavísimo se deshojó una rosa.

Andaba como una sonámbula; ¿dónde sentirse a descansar?

Entró en el cuarto del Pepe... ¿él no estaba! ¿Quién sabe por dónde andaría!

Una inmensa gratitud le inundó como una ola el pecho...; ¿qué hubieran hecho sin él?

Se miró al espejo de dos cuartas, que le deformaba el rostro. Se vio demacrada, fefisima. Irguió los hombros...; ella debía luchar para los suyos, trabajar en lo que fuera...; hacer frente. ¡Ah, Señor, cómo envejecen las horas de dolor!...; ¿Cómo maduran el corazón de la juventud... y qué grande y cruel es el mundo!...

El cansancio y el dolor la vencieron. Curvó la espalda y lloró con ansias... de impotencia y debilidad...

Sintió pasos. Levantó la cabeza. Allí estaba el Pepe obstruyendo con su corpa el la puerta...; en sus manos, paquetes de almacén...; quizás del boliche de Don Juan...; azúcar, café...; una botella...

Lo dejó todo en la mesita. Carola sintió que se ahogaba de pena y gratitud... Todo para ellos...

—Carola...; no llore...; vamos...; y bueno...; tengo que decirlo... No se preocupe. Yo trabajaré para ustedes...; todo se andará...; no se asuste...; no, no quiero pago, ¿me entiende bien? No quiero pago, yo le debo mucho a don Nicola, él fué un padre para mí. No quiero más que un sitio en la casa, un plato en la mesa y todo se puede andar... Mi mamá murió en Italia y sé que "la vieja" estaría contenta... Si ustedes quieren viviré fuera, para que la gente no ha-

ble, y usted... ¡usted se casará algún día... porque... es... tan linda!

Linda ella, ¡Señor! linda con su cara gris y triste. ¡Ah, Señor! ¿Qué lección le estaban dandol...; ¡ése era Pepe!... Sin querer resonaron en sus oídos aquellas otras palabras: "Aquí no tenemos nada que hacer...; venite a casa...; tengo un disco..."

A la claridad del alba que se colaba por el ventanillo, le vió erguido, pálido, con su pelo revuelto, su cara honrada...; le vió fuerte, grande, firme como una roca, y de pronto, como deslumbrada por una luz nueva, bajó sus ojos, desprendiéndolos de aquellos otros ojos turbados y tristes que le llegaban al alma.

Sintió la cara ardiendo y al volverlo a mirar, sin saber cómo, se arrojó a aquellos brazos, llorando de emoción. Y en aquellos brazos que serían su sostén y su verdadero apoyo en el mundo y junto a aquel pecho fiel se le ocurrió que nada, nada más desearía en la vida.

Sus manos torpes le hacían mal en la cabecita llena de broches "cun tanto coernito"...; el llanto silencioso le bañaba las mejillas, y sintió la plena, la absoluta seguridad de que allá en el cielo, Nicola...; el "gringo" Nicola...; sonreiría...

Y allá, en la claridad del firmamento, brillaba el lucero anunciando un nuevo día... ♦

RESFRIOS

TOS

Atienda a tiempo el ligero catarro o la insignificante tos. Evite males mayores. Recuerde que las Pastillas Russell constituyen un eficaz, sencillo y agradable tratamiento contra

tos y catarros. De pronto efecto y libres de acción secundaria, resultan indicadas para todos, chicos y mayores. Lleve una caja a su casa; la familia se lo agradecerá.

Caja 0.60

Caja doble \$ 1.-

PASTILLAS RUXELL

LOS MILAGROS DE LA ESCENOGRAFIA

EN LAS CATACUMBAS DEL TEATRO COLON, BAJO LA VARITA MágICA DE LOS ESCENOGRAFOS, SURGE EL COMPLEJO MUNDO DE UTILERIA QUE ANIMARAN MAS TARDE, ANTE LOS ESPECTADORES, LOS PERSONAJES DE LA FICCION

Escribe

Pedro Patti

FOTOGRAFIAS DE
JULIO PODESTA

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Héctor Basoldua, el inteligente y dinámico director escenógrafo de nuestro primer coliseo de la calle Viamonte, aparece en esta fotografía entregado a lo delicado tarea de retocando con suma paciencia algunos detalles de un montaje en el pequeño teatro en miniatura que tiene en su estudio, instalado en el segundo piso del Teatro Colón.



Guerrero de "Parsifal",
Ópera de R. Wagner.



Heroína de "Parsifal",
de la misma obra.



Vestimenta para "Lu-
cio de Lammemoor".

-Aquí, Monsieur le Diable; a la izquierda, bajando al infierno las almas condenadas; en el centro y en lo alto de una roca, el que desciende lentamente en busca de la mujer amada. Se necesitan dos salidas a la izquierda y tres a la derecha; haba fuego y humo en primer término, y las masas corales se desplazarán en este sentido.

Cuando el *regisseur* termina de explicar el ambiente de la escena y la acción de los personajes que intervendrán en ella, se inicia quizá la etapa más ardua y compleja del montaje de la ópera: la escenografía, que no sólo comprende el decorado del escenario, sino que incluye el juego de las luces y el vestuario de los actores. Comienzan los trazos esquemáticos a lápiz sobre una simple hoja de papel; aquí un círculo, allí otro, y en el medio una curva pronunciada, cuyo extremo superior parte de un rombo minúsculo, deformado, y termina en un rectángulo, al que



Boceto final de uso esceno de la ópera que será prontamente estrenada en el Teatro Colón de Buenos Aires. El servirá de guio para el próximo pose en el mecanismo escenográfico.



Los motivos del boceto han sido llevados al minúsculo teatro de plataforma giratoria, en el cual se estudia la posición de los motivos esenciales y los efectos de luz.



Figurín diseñado para la representación "Cástor y Pólux".



Boceto de vestimento masculina, ideado para "Aida".



Otro figurín, también para "Aida", de G. Verdi.

de los dos círculos. ¿Qué significa la curva? ¿Qué los círculos? El cronista recibe la más asombrosa explicación. Los círculos representan las rocas de la derecha, en las que descansan Monsieur le Diable y su corte; en la otra, las almas que llegan a último momento; el rombo deforme es la entrada al mundo de las tinieblas; la línea curvada, la escala infernal, y el rectángulo, el lecho dorado adonde irá a dar con su bellísima humanidad la princesa raptada por las criaturas del mal.

—Estos son los bocetos que siguieron a ese esquema primitivo — me explica el director escenógrafo dando, con un fino pincel, el último retoque, que de cerca parece un tra-

zo hecho al azar, pero que, alzando un poco el boceto, causa la impresión de una figura danzando.

Observo detenidamente el último boceto, el definitivo. Creo que el infierno debe ser así: tétrico, terriblemente lúgubre, con una abertura pequeña en lo alto, clara como la cal viva, y las almas rojas, de tanto arder, retorciéndose por todas partes. ¡Raro! En presencia de este infierno, siento frío.

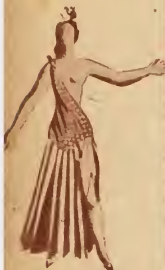
—Terminado y aprobado el boceto, se construye el escenario. Aquí tiene el que corresponde al segundo acto de la ópera.

Héctor Basaldúa, director escenógrafo del Teatro Colón de Buenos Aires, me conduce

hasta un ángulo de su estudio, en donde tiene instalado un escenario liliputiense. Enciende un foco, después otro, otro más; la pequeña escena se ilumina mostrando una casa de caprichosa construcción, una verja, un molino y un pequeño puente. Se enciende una luz atenuada en el interior de la casa, y desde fuera se alcanza a divisar un dormitorio. Hace girar la plataforma movable, y la arbitraria construcción desaparece detrás de cortinados minúsculos. Se apagan las luces claras y fuertes, y la nueva escena queda ligeramente iluminada por un haz azulado, tenue, frío, difuso, que alumbra callejones oscuros, tenebrosos, apropiados para un atra-



Boceto para un personaje principal de "Aida".



Figurin para el ballet "Mékhenc", de Juan José Castro.



Otro figurin para el mismo. nota ballet "Mékhenc".



He aquí un aspecto de los talleres de escenografía instalados en los subsuelos del Teatro Colón. Obsérvese cómo estos obreros pintan, valiéndose de largos pinceles y sopletes, pequeños detalles del boceto que sirve de modelo y que sostiene el tripode.

co, o la cita amorosa de los hijos de la noche. —Ahora verá usted en qué se han convertido estas pequeñas escenas. Vamos a los fosos.

Abandonando el estudio que Basaldúa tiene en el segundo piso del teatro llegamos a la planta baja, tomamos por una puerta, luego un corredor pequeño, dos escalones más, y ya nos hallamos moviéndonos entre penumbras, sobre un piso de hierro, y subimos por una escalera que no tiene más de sesenta centímetros de ancho (aquí todo el mundo es delgado, inquieto y extremadamente nervioso). Diez pasos más y llegamos al ascensor, en donde nos espera una figura que nos recuerda en el acto a Mahatma Gandhi. Cuando empezamos a händirnos en las sombras, escuchamos el eco de una música lejana y un roncido sordo y prolongado, como el de un animal mitológico dormido en lo más profundo de una caverna. El ascensor desciende hasta el tercer foso, a más de veinte metros del nivel de la calle. Tomamos por un corredor frío, de paredes blancas y altísimas y, finalmente, llegamos a la amplia sala de decorados, iluminada por la luz del día que llega a través del techo de vidrio que, desde fuera, no es otra cosa que el pavimento de la calle Viamonte, lo que

quiere decir que, hallándonos en el Teatro Colón, en realidad no estoy dentro, sino a cincuenta metros de distancia de él y a más de veinte bajo tierra. En esta iluminada catacumba, la actividad es febril e increíble las proporciones de las cosas, inclusive la de esos pinceles de más de un metro y medio de largo que los pintores usan moviéndose en todas direcciones, sobre las telas extendidas por el suelo.

Subimos a los púlpitos que rodean las columnas, desde donde es posible tener una visión más o menos panorámica de los trabajos que se realizan. Allí está, por ejemplo, el decorado que corresponderá a la casa de construcción arbitraria que acabo de ver en el estudio de Basaldúa. Aquel mundo de líliput del teatrillo ha adquirido ahora proporciones gigantescas. Los árboles son enormes: de diez, quince, veinte metros de altura; las ventanas amplias, las escaleras largas y amplísimas (parecen una burla a aquella de sesenta centímetros de la entrada al primer foso). Más allá, un grupo de obreros pinta el decorado de la Bella Durmiente del Bosque, cuyo boceto descansa en un tripode; un poco más lejos se dan los últimos toques a la escena de una taberna, de colorido intenso y variado. Hallamos grupos que recortan maderas delgadas, que fabrican antorchas, lanzas, escudos; que construyen columnas de mármoles de la Numidia, que tapizan canapés que usarán las bellísimas Recamier que esa misma noche, o la siguiente, hablarán de amor en escena, bajo los reflectores. Luego tropiezo con alguien que coloca las ruedas a un coche de hadas; después me cruzo con otro personaje, barbudo y gruñón, que retoca el escudo hidalgo de un trono, que será de plata o de oro, según sea gris o dorada la pintura que emplee.

Y así se va creando la atmósfera, el mundo de ficción que más tarde animarán las criaturas humanas entregadas a sus pasiones, pasiones que nunca pueden ir más allá de la frontera que marcan el libreto y la partitura. *



En los sótanos del teatro, junto a la tierra en marcha, el obrero orienta una tabla de madera terciada, cuyo fono responderá estrictamente a las indicaciones del boceto.

COLECCION "AYER Y HOY"

PRESENTADA POR LA EDITORIAL
SOPENA ARGENTINA, S. R. L.
OFRECE UNA NUEVA OBRA

MUJERES EN LA EPOPEYA SANMARTINIANA

por TOMAS DIEGO BERNARD (h.)

En este trabajo, el autor nos muestra la fina sensibilidad del Libertador don José de San Martín y nos va pintando en sus páginas las vidas de las ilustres matronas que plasmaron, en el recio carácter del héroe, las naciones más puras de Patria y Libertad.

Tiene además este trabajo el indiscutible valor de estudiar, por primera vez en nuestra historia, las figuras femeninas que, ocultas casi siempre tras el dis-



creto velo del anónimo, tan poderosamente han contribuido, en el correr de los siglos, a la grandeza de los pueblos y al triunfo de los paladines.

Por ello, este libro, perteneciente a la COLECCION "AYER Y HOY", merece ser acogido con simpatía, y para comprender su cabal significado debe situarse el lector en el plano espiritual que guió los afanes del autor: rendir un homenaje a San Martín evocando las olvidadas mujeres que con sus más exquisitos sentimientos cubrieron con un manto de ternura su alma inmortal.

OTRAS OBRAS DE LA COLECCION "AYER Y HOY" LOS ORIGENES DEL TEATRO ARGENTINO por OSCAR R. BELTRAN

En este libro, su autor, Oscar R. Beltrán, con la galanura de su prosa, espontánea y directa, hace un análisis del teatro argentino desde la primera representación, dada en el año 1747 en el antirruo cirene "Juan Moreira", hasta el estreno del mimodrama "Las arañas de la hermosa", en 1864. Es el primer libro que en forma orrónica propuesto en escena como exponente de nuestra cuyas obras mejor expresan sus orígenes como exponente de nuestra evolución social. Estudios minuciosos y documentados aquellos autores cuyas obras mejor expresaron un estado de conciencia colectiva. Termina su libro con un homenaje póstumo al creador del primer personaje del teatro nacional: Eduardo Gutierrez. Es una reivindicación cuya iniciativa corresponde honrosamente al profesor Beltrán.

VIDA LITERARIA por JUAN PABLO ECHAGÜE

Juan Pablo Echagüe analiza, en este libro, a varios autores preeminentes de nuestra literatura, verdaderos hitos del panorama intelectual argentino. Mucho se ha escrito sobre ellos, pero los estudios de este simio crítico e historiador aventajan a cualesquiera otros, porque no son un simple estudio crítico, desmañado y seco. Es crítica audaz, pero también biografía, con anecdóticas instructivas, puesto que aclaran algunos aspectos de la conciencia de estos autores y facilitan la comprensión de sus obras. El libro empieza con un ensayo sobre el arte como trasunto y afirmación de la ciencia argentina, y termina con un estudio analítico de la obra de Roberto J. Payró.

En esta interesante colección se da a conocer al público estudioso de Buenos Aires todo lo que signifique un conocimiento exacto y profundo de nuestros antecedentes literarios y culturales.

El precio de cada una de estas obras es de \$ 2.50 (flete, 20 centavos).

Adquírelas, solicitándolas a su librero o a la

**EDITORIAL SOPENA
ARGENTINA, S. R. L.**
—SIMBOLO DE BUENA EDICIÓN—

Esmeralda 116 - Bs. Aires - U. T. 34-4067

Adjunto \$ para que me remitan, por certificado y a vuelta de correo, los libros: "VIDA LITERARIA", "LOS ORIGENES DEL TEATRO ARGENTINO" y "MUJERES EN LA EPOPEYA SANMARTINIANA", (si quiere una sola obra, marque con una X y tache las restantes).

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... L. 170

Nota: Adjuntar 20 ctvs. por un libro y 10 ctvs. por cada libro más que se solicite.

Un cuento de **TEODORODE BANVILLE**

Cómo se engaña a las mujeres

ILUSTRACIONES
DE FAIRHURST

LA duquesa de Lore dijo a su amiga, la princesa de Claris:

—¿Que si he sido amada? Plenamente. Como ansiamos serlo todas las mujeres: con mayor respeto aún que el que se siente ante una reina, e idolátricamente, como se ama a la divinidad. En verdad, he sido amada con una adoración infinita, y a tal extremo que, sólo el recordar que he respirado el incienso embriagador de aquel amor, me basta para borrar todo lo que haya existido de triste en mi vida, para desvirtuar las decepciones y para matizar mi existencia con un color púrpura, como el de ese sol que nos alumbraba desde su ocaso.

En el fondo de un antiguo castillo de Bourbonnais, en un tocador de techo muy alto, pintado por el mismo Boucher, y en cuyas paredes las dianas y las ninfas mostraban sobre sus desnudas carnes los colores encendidos, como si el amor las incendiara, las confidencias de la duquesa tomaban cierta voluptuosa solemnidad envuelta en los resplandores rojos arrojados por el cielo sobre aquellas pinturas deliciosamente ajadas.

—¡Ah, querida! — murmuró la princesa en un suspiro. — Si eso es verdad, puede usted decir que le ha tocado la grande en la lotería, la que existe sólo para ilusionar a los candorosos, y que nunca toca a nadie; eso es, por lo menos, lo que hasta ahora yo creía; pero si usted ha tenido esa rara fortuna, cuídese de no dar dentera a los demás.

—Princesa — respondió la bellísima Erice de Lore —, las dos nos conocemos mutuamente las edades respectivas, por que hemos nacido en casas que estaban muy próximas, y casi en una misma fecha. Hemos sabido hacer, como parisenses, lo necesario, y como grandes señoras, lo bastante para evitar que la gordura nos desfigurase, y para impedir, con el sólo empleo de la voluntad y sin la intervención de mejunjes y cosméticos, que entre nuestros cabellos se deslizaran las canas; y no por eso hemos dejado ni la una ni la otra de cumplir los treinta y seis años. Ahora podemos decirlo; estamos aquí solas, entre estas paredes feudales cuyo espesor imposibilita toda indiscreción; ellas no oren, diga lo que quiera el adagio. ¿No es éste el mejor momento para hacer un balance exacto de toda nuestra vida pasada, y calcular si valía la pena de vivir lo que hemos vivido? El heredero de uno de los tronos más valiosos del mundo, ¡un príncipe real!, y que era extraordinariamente hermoso, consagró a usted su ju-



ventud, y para no producir en usted ni el más leve disgusto, murió soltero, con lo que burló las esperanzas de su familia y todo su pueblo. Entonces, amiga mía, creo que muy superior a la de usted ha sido mi felicidad, porque aunque yo no haya dado nada de mi belleza, nada de mi persona visible, ha sido mío, exclusivamente mío, un corazón de héroe y de niño, y el entendimiento más elevado que ha brillado en nuestros días.

—Si hubiera enigma en el mundo — replicó la princesa — eso sería un enigma.

—No hay enigmas — respondió la duquesa —, y esto no lo es. Y usted, como no se equivoca nunca, no se equivocó cuando sorprendió el brillo de mis ojos, la otra noche en el vestíbulo del Teatro Francés, al ver allí colocado por primera vez el busto de Guy de Charnaille, labrado por la mano genial y sincera de David. Si es Guy de Charnaille quien me ha amado tanto. En los años en que sus cien novelas, llenas de vida y saturadas de modernismo, que más tarde fueron reunidas bajo el título común de *Estudios sociales*, aparecían de continuo y mantenían la atención de Europa; cuando, sobrepasando en su vigoroso vuelo a los poetas épicos, Guy extraña de su pensamiento todo un mundo; príncipes, duques, clase media, aldeanos, artistas, vírgenes, cortesanas, mujeres de

mundo bien parecidas a nosotras, tanto que leyendo aquellos libros parecía que nos hubiera sacado a la luz del día completamente desnudas; cuando amontonaba, gracias a un prodigioso esfuerzo creador, tanto dramas e historias dignas de los antiguos autores, comedias iguales a las de Molière, dulces églogas y dolorosas elegías, cuando se enteraba de todos los secretos y los divulgaba como si tuviese en sí el eterno femenino, pensé que sería una grandiosa conquista la de domar a tal gigante, la de tener en mi poder aquel monstruo de inteligencia sobrehumana, tan sabio como un dios. Pero yo no quería ser vulgar; yo quería conquistarlos por medio de un encanto verdaderamente misterioso, con la fuerza única del flúido invisible que de nosotras emana. Entonces hice saber a Guy de Charnaille que inmediatamente debía renunciar a la esperanza de verme y de conocerme, cuando le escribí ofreciéndole mi amistad.

—¿Su amistad? — exclamó la princesa —. ¿Y tal palabra no le provocó una ruidosa carcajada a lo Rabelais, hasta romper la cristalería de su casa?

—¡Oh! — replicó Erice —. Amistad, amor, ¿qué importa la palabra? Sobre eso nunca discuto. La verdad es que, a fuerza de cartas, convertí a este Encelado en manso y doméjano amante, como esas fieras que el Amor de las mitolo-

gías hace arrastrar hasta los pies de su madre atado con cadenas de flores. En aquellos momentos, cansado, deshecho, obscuro, como genio todavía no comprendido y ya muy admirado por sus enemigos. En plena lucha con *El dinero*, como luchaba Jacobo contra el Ángel; acosado por los editores y por las deudas; imponiendo a veces privaciones a su familia; vertiendo amargas lágrimas, en su retiro de Chaillot, Guy trabaja de quince a dieciocho horas por día y produce obras maestras, como recorta sus piedras el lapidario; fija la mirada en el lejano objetivo y lejos de los hombres, y eludiendo, con razón, escribir a su madre y a su hermana, y sintiendo de continuo en sus labios el beso de la sociedad. En tales circunstancias, cuando a Guy le faltaba tiempo para vivir y para hablar, cuando el trabajo pesaba sobre él como una pesadilla, tuvo tiempo para amarme a mí, a mí sola, y relacionar con mi recuerdo todos sus actos, todos sus deseos, escribiendo, produciendo únicamente para mí. Entonces adoraba en mí como se adora en los altares, y hasta su última idea me era ofrecida como incienso que se quema. Para que usted se de cuenta de la delicadeza de ese cariño, bastará que conozca sólo un hecho: en la posibilidad de Guy de Charnaille estuvo, y así me lo demostró, el llegar a saber quién era yo y el conocerme personalmente. Hasta hubo circunstancias en las cuales, en un momento, le habría sido muy fácil re-



velar el misterio que me envolvía y llegar hasta mí; pero como yo se lo había prohibido, no lo hizo. Y, créame usted, las maravillosas facultades intuitivas que lo hacían superior a los demás hombres lo ayudaron a soñarme tal como soy, el espléndido retrato pintado por Dehodency no es más parecido a mí que el retrato literario realizado por Guy tan a lo vivo, con un instinto invencible, y el cual ha colocado en la primera página de su novela más hermosa. Este luchador, quebrantado, rendido de fatiga, robaba a su descanso y al sueño las horas que empleaba en escribirme; pero en cuanto evocaba mi nombre, desaparecía el cansancio por su penosísimo trabajo y se sentía entonces ágil y animoso como si se hubiese sumergido en la juventud eterna. Al comenzar una carta, antes de escribir el único nombre bajo el cual le ha sido dado conocerme, abría su ventana y a través de ella se quedaba contemplando las negruras de aquel París inmenso, con sus millares de puntos luminosos; y segura estoy de

que Guy sabía por intuición cuáles eran las luces de mi palacio; para aquel genio privilegiado no existían obstáculos materiales. Y cuando de esta manera se sumergía en el placer de un martirio sin cesar renovado, se condenaba para el siguiente día para una lucha imposible, porque debía volver a recomenzar sus prodigios diarios sin que su ardiente cerebro hubiese podido descansar un momento. Yo me deleitaba en figurarme aquel gigante mirándome, a pesar de la distancia, con sus claros ojos; apartando su cabellera leonina para verme mejor; pensando en sus libros, en los trabajos que urgían, en las pruebas a corregir, en los próximos pagos, en los compromisos que lo aprisionaban tiránicamente, y olvidando todo eso sólo por virtud del sortilegio de un nombre que a mí se me había antojado forjar, y que él no ignoraba que era falso; porque Guy también había adivinado eso, naturalmente. Soportaba, entonces, con una resistencia heroica, las torturas producidas por la envidia, los éxitos inmerecidos y el triun-

fo de las mediocridades, tan celosas siempre ante los seres superiores, pero las que sufría por mi causa, sólo por mí, las aceptaba espontáneamente, con una adorable alegría.

—Pero, querida — exclamó la princesa —, en el centro de Africa hay antropófagos cuyo buen apetito es su único crimen; la crueldad de usted es mucho mayor, porque ellos no siempre se comen el cerebro de sus víctimas.

—Así es — respondió la duquesa de Lore llena de orgullo —; pero ése es el precio de la soberanía; de ahí que los dioses hayan exigido siempre los sacrificios humanos. En cierta ocasión le hice el honor de indicarle un medio de que me enviase cualquier cosa que no fuese una carta; y entonces Guy de Charnaille, estando más pobre que nunca, aunque ganaba grandes cantidades, me envió un ramo de orquídeas, obtenido por no sé qué intrigas y que un rey había considerado demasiado caro. Lo que habría rehusado a príncipes y a Rothschilds me lo ofrecía temblando: el manuscrito

de una de sus obras, y en este manuscrito se leía viva y palpitante la inspiración. No sé cómo pudo hacerlo encuadrar en ocho días por Thouvenin o Capé, quienes no hacían nada sin tomarse por lo menos dos años de plazo, con cantoneras metálicas expresamente dibujadas por Fouchère o por los Johannot, y lo puso a mis pies adornado como para una princesa Farnesio o para una duquesa de Este. Este amor vehemente duró de tal manera por espacio de cuatro años; era un amor exclusivo, pronto al sacrificio, gracias al cual pude soborear cartas muy superiores a los más sentidos poemas, que nadie jamás leerá porque fueron escritas para mí sola; y las he quemado todas jugándoles una mala partida a los editores de correspondencias; sólo conservo unas pocas relativamente insignificantes. Por último: quiero que usted me conozca a fondo! Yo era libre, con suficiente hermosura para no temer comparaciones con ningún ideal; de una posición social lo bastante elevada como para que las murmuraciones del mundo no tuvieran importancia, habría dependido de mi sola voluntad el conceder, a mi hechura, las paradisíacas delicias de una felicidad completa; pero me pareció mejor hacerlo padecer y dejarlo consumirse para mi gloria del todo inmaterial. Acaso yo, sin darme cuenta de ello, me inspiraba en el deseo poco claro de no contrariar el destino; quizás yo había comprendido, intuitivamente, que una felicidad excesiva habría de ser mortal para su genio. Todo ha de acabar; no obstante, este comercio de almas no terminó sino por un mandato de mi voluntad el día en que temí que la violencia de tales deseos, siempre aspirando a mí, turbaría, al cabo, con su sacudida eléctrica los sutiles placeres en que yo me había embriagado lentamente. Por otra parte, no me quedaba ya nada por exigir, habiendo tenido para mí sola, durante cuatro años, a ese hombre que fué, como Goethe, un Júpiter, que palidecía al solo temor de enojarme, que era obediente, tímido, extasiado, y siempre fiel, por añadidura.

—¡Fiel! — repitió Ana de Claris, tan asombrada como si hubiera oído hablar a un animal.

—Sí, en aquel espíritu magnífico y bondadoso nada existía entre su trabajo y yo. Me lo confiaba todo, como un niño; me contaba todos los pensamientos que habían pasado por su mente, sus propósitos, sus aspiraciones, sus ideas; se disculpaba por faltas que habrían hecho sonreír a un santo y solicitaba mi perdón por ofensas más impalpables que un sueño, y a todas las recompensas humanas las colocaba con profundo desdén muy por debajo de una sola palabra mía de aprobación.

—Pero, ¿será posible — interrogó la princesa — que el gran novelista no haya faltado jamás a esa fidelidad de paladín, más extraordinaria e increíble que todos los cuentos de Ariosto?

—Sí — respondió la duquesa de Lore —, una sola vez. ¡Pero qué contrito y arrepentido vino después a mí! ¡Con qué remordimiento y con qué inconsolable amargura me confesó su crimen! Y, no

obstante, su alma era tan noble, que ni por un instante pensó en humillar con sus conceptos, al escribirme, a la mujer que había provocado su caída. Guy estaba escribiendo su *Estudios sociales* y tuvo que ir al baile de la Opera para buscar allí el asunto de una descripción que le era indispensable; me confesó que entonces, estando en el baile, se le acercó una desconocida y lo envolvió en un delicadísimo perfume; que al fin ella lo aturdió con su voz melodiosa, lo subyugó con una gracia soberana y magnífica, lo enloqueció con unos cabellos suaves como ceniza tamizada, y entonces...

—¡Ah! — exclamó la princesa —. Y usted, que es tan celoso como el moro de Venecia, ¿pudo perdonarle eso?

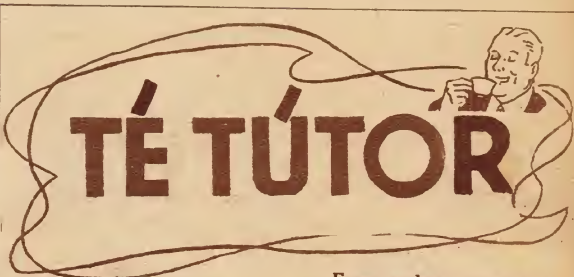
—No — contestó la duquesa —, jamás se lo he perdonado. Sin embargo, éste era un caso especialísimo, y yo me sentía muy predispuesta a la indulgencia, porque...

—¿Por qué? — preguntó, impaciente, la princesa.

—¡Bah! — exclamó la de Lore, con el aire malicioso de una gata que juega con un ratón —. Porque la desconocida del baile de máscaras... era yo.

—¡Oh, amiga mía! — dijo la princesa, riendo grandemente —. Sería un gran anacoreta quien supiese proporcionarse los voluptuosidades de ayuno nutriendose con perdices y bebiendo Rhin.

Por lo visto, la casuística de una duquesa parisienne puede superar a la del mismísimo diablo. ♦



Precio de la caja

2²⁰



Es un producto cuyos componentes naturales y de fórmula equilibrada lo indican en aquellos casos que se debe beber un té que cual el

TÉ TUTOR

sea a la vez

LAXANTE,
DIURETICO y
DIGESTIVO.

TÉ TUTOR

Tamaño grande, \$ 3.20

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

La planta más útil del mundo se cria

SE TRATA DE LA RAVENALA
MADAGASCARIENSIS, CON
EL CONCURSO DE LA
CUAL APAGAN LA SED Y
SATISFACEN CASI TODAS
SUS NECESIDADES LOS
INDIGENAS DE AQUELLA
EXOTICA REGION

Una nota de
Jorge Gros

ESPECIAL PARA
"LEOPLÁN"

Negros de Ma-
dagascar, senta-
dos sobre peñoles
de ravenala, comen
arroz en
un mantel y con
cucharas hechos
con hojas de esa
práctica planta.

Como puede
apreciarse, la ho-
ja de la ravena-
la es muy pare-
cida a la del ba-
nano. Este indi-
gena corta las
que luego le ser-
virán en múlti-
ples aplicaciones.



en Madagascar



En los tiempos de sequía basta practicar un agujero en la rosetela para obtener agua fresco, la que se bebe en un vaso hecho con la misma hoja.

Las paredes de esta casa molchee han sido construidas con los peciolos de las hojas de la rosetela, y el techo con las hojas completas.

No hay duda de que el reino animal depende del vegetal; sin éste morirían los animales y en seguida el hombre; o más bien, ni siquiera habríamos nacido. Al vegetal le debemos, en las regiones frías y templadas, la alimentación, y en las regiones tórridas, todo.

Pero hay plantas tropicales que sirven al hombre de un modo tal y tan gratuitamente, que se explica el estancamiento de las especies humanas nacidas a su abrigo. Cuando el techo, la comida, las armas y la medicina están al alcance de la mano, el calor nos

invita a hamacarnos al fresco del follaje, el pensamiento aprovecha la ocasión de descansar, y con el correr del tiempo se anquilosa. La vida barata produce el descenso del hombre. Del hombre establecido allí, no del blanco científico o negociante que pasa temporalmente por esa vida y al cual la cuerda que lo ata a la civilización es fuerte. El hombre blanco encuentra su salvación en estos elementos vegetales que le son brindados gratuitamente por la naturaleza.

Uno de los más raros y famosos árboles útiles que han salvado muchas veces al hom.



Cada uno de estos dibujos vale \$ 50 HAGASE DIBUJANTE

Estudie en su propia casa, aprovechando los instantes desocupados.

En POCO tiempo y con POCO gasto aprenderá esta profesión, la más lucrativa de todas, pues permite ganar fuertes sumas ilustrando cuentos y novelas, o como dibujante de modas, artista decorador, jefe de Publicidad, etc.

UNIVERSIDAD COMERCIAL

JUNCAL 1264 - BUENOS AIRES

"cobra más barato y enseña mejor".

Envíe este aviso con su nombre y dirección, y recibirá GRATIS el folleto con amplios detalles de todos nuestros Cursos por Correspondencia (Taquigrafía, Caligrafía, Contabilidad, etc.)

CUALQUIER CURSO \$ 3 POR MES



CANAS

LOCION PROGRESIVA "ULLUN"

Elimine las canas en pocos días y la calpa, no mancha ni ensucia el cuero capilar, "ULLUN" es mejor y cuesta mucho menos que otras similares, frasco grande, \$ 1.50.

En Farmacias y Perfumerías.
Agregue \$ 0.50 para franquicia para el interior.
Labs. "ULLUN" - Varela 1153 - Bs. As.

Dr. ROMEO J. MESSUTI
Médico Cirujano del Hospital Zubizarreta - Cons. de 15 a 17
VALEJO 4645 U. T. 50 - 0224

Dr. ANIBAL O. DE ROA (h.)
Enfermedades de la Piel, Vértigos, Úlceras (electrocoagulación)
De 17 a 20

VIAMONTE 830 Pedir hora U. T. 35 - 6493

Dr. ALFREDO S. RUGIERO
Méd. Cirujano - Clínica Méd. - Vías resp. - Rayos X
CORDOBA 1853 Lunes, Miér. y Viernes U. T. 44-4780

Dr. ANGEL E. DI TULLIO
MÉDICO CIRUJANO
Especialista Oídos, Nariz y Garganta
Nueva York 4020 U. T. 50 - 4278

TODAS las NOVELAS TODOS los AUTORES

Por sólo \$ **50** mensuales
adhiriéndose a la Biblioteca
Literaria Lanen, podrá obtener
cualquier obra literaria del
autor que prefiera, para leerla
por una ínfima suma.

También en la B. L. L. puede adquirirse
cualquier novela con el 10% de descuento.



**OBSEQUIO DE LIBROS
A TODOS los SOCIOS**

Informes y prospectos en la

La Nena LIBRERÍA
CALLAO 410 • Bs. AIRES



Este amplio sombrero, de buena factura y evidente utilidad en los zanos roridos, lo fabrican los havor de Madagascar con las hojas de la ravenala.



bre blanco que se arriega en terrenos salvajes tropicales es el "árbol del pan", típico de la no menos famosa isla Tahiti, del archipiélago de la Polinesia. Da el pan de cada día. ¿Qué más puede pedirse a una planta silvestre?

¡Agua fresca? La da el coco. Pero se puede pedir más: agua fresca, techo, paredes, mantel, cucharas, paraguas, sombreros, esteras, papel de empaque... Y existe la planta maravillosa que da todo eso. La encontramos en Madagascar, la "isla roja", tan parecida a las selvas argentinas del Alto Paraná en muchos aspectos, sobre todo por su tierra colorada, su vegetación muy alta y el bravo jeñén, de dolorosa picadura y que en el Alto Paraná se conoce con el nombre guaraní de "mbarigüü".

Para conocer a fondo las cualidades de las cosas hay que haberlas necesitado y haberse servido de ellas. Es lo que nos ocurrió con esa generosa planta malgache una vez que imprudentemente nos alejamos demasiado de Tananariva. Un poco obligados por las circunstancias y otro poco por el afán de correr una aventura en el gran escenario de la naturaleza, penetramos por estrechos senderos en la alta selva, donde se encuentran tribus negras inferiores a las hovas, y nos sorprendió la noche. Fácil nos fué hallar albergue en el rincón de la casa de una familia negra, y luego compartir su mesa y sentirnos negros durante dos días. Cualquier cosa es soportable cuando se sabe que ha de terminar pronto.

La negra puso la mesa: un trozo de una gran hoja, que parecía de banano, en el suelo; unos cuantos haces de varillas, que nos parecían peciolos de banano también, alrededor del raro mantel, hacían las veces de bancos; y luego unos trocitos de hoja de la misma planta fueron distribuidos entre los comensales para que los hiciéramos servir de cucharas. De este modo comimos una buena cantidad de arroz que había sido puesto, así no más, suelto, en el centro de la "mesa". ¿Podrá pedirse mantel

Con los peciolos de la ravenala los nativos de Madagascar confeccionan, entre otras cosas, esteros, que son muy apreciados en los centros comerciales de la isla.

y cubiertos más higiénicos que éstos, que se cambiaba a cada comida? Después, a la luz del día, empezamos a encontrar partes de la misma planta en otras aplicaciones, y esto ya resultaba interesante. Descubrimos que el techo, bajo el cual habíamos dormido, estaba íntegramente construido con esas grandes hojas, y las paredes estaban hechas con los pedicelos asegurados con varas de bambúes y con lianas. Y en el lindero del bosque vimos la planta de las grandes hojas, elevándose algunas hasta veinte metros de altura, y presentando el aspecto característico de las musáceas. Entonces, el negro dueño de casa, al notar nuestra atención hacia esa planta, se acercó a una de esas alturas y nos llamó para que observáramos. El hombre hizo una especie de vaso con un trozo de la hoja, con la punta de un palito agujereó el extremo inferior de un pedicelo, y llenó el "vaso" con agua que surgió de allí en forma de chorro; luego de beberla nos invitó a que lo imitáramos. Así lo hicimos y pudimos comprobar que aquella bebida era fresca y parecía agua pura.

Más tarde, como tuviera que acompañarnos a dar un paseo por lugares descampados y bajo un sol tórrido, cortó una hoja entera, la tomó por el tallo y se sirvió de ella como de una sombrilla. Y después vimos sombreros tejidos con sus fibras: comestibles y objetos duros embaldos con los limbos de la hoja; y supimos que, cuando llovía, éstas se usaban como eficaces paraguas.

Al regresar a Tananariva pudimos averiguar algo más acerca de esta curiosa planta que resulta de tanta utilidad en un país tropical. Se llama ravenala, y su nombre científico es *ravenala madagascariensis*, tribu de las *strelitziaceae*, subfamilia de las *strelitzioides*, y familia de las musáceas; de manera que es una prima hermana del vulgar banano que crece casi silvestre en las tierras coloradas de la Argentina y el Brasil, y hermana de la ravenala *guyanensis* que abunda en las Guayanas. Pero ésta es pequeña, de unos nueve metros de altura, y no reúne las condiciones de la de Madagascar. Bastaría el trasplante de un rizoma para que en algunos años la zona tropical sudamericana se viera favorecida por los tan útiles elementos que posee la ravenala.

Pero ¿quién habría de ocuparse de tales cosas en estos días de agitación, incertidumbre, apremio y cansancio? ¿Cómo es que no está ya en América el "árbol del pan" de Tahití? ¿Por qué no ha pasado aún a la Argentina el árbol que da tomates, de Bolivia, o la vainilla de Cuba, o las orquídeas del Brasil, o el gomero de Australia y todas las plantas útiles y necesarias que son adaptables?

Hay todavía mucho que hacer en el terreno de la botánica práctica, aun cuando ello acaso esté reservado a alguna generación futura que consiga vivir en paz y que dedique su ciencia a mejorar la vida. Pero de todas maneras, no está demás, por el momento, indicar la existencia de esas plantas extraordinariamente útiles al hombre, que como la ravenala de Madagascar, por ejemplo, bastan para resolver los pequeños grandes problemas de la vida en aquellos lugares a los que no ha llegado todavía el virus de la civilización... ☽

Los indígenas de Madagascar usan los hojas de la ravenala como excelentes paraguas cuando llueve, y como sombrillos cuando es necesario guardarse de los rayos del sol.



Factores de Conquista para la MUJER MODERNA.

Van esfumándose aquellas ideas por las que se creía que el lugar de la mujer estaba exclusivamente en el hogar, para los quehaceres domésticos o para las penosas tareas de costuras.

Hoy, en plena era de prosperidad comercial, la mujer moderna desempeña importantes cargos en la banca, el comercio y la industria de todo el país.

Siga el ritmo de la vida moderna, señorita. Estudie una especialización comercial en las importantes Academias Pitman y pronto estará en condiciones de obtener un empleo digno, cómodo y bien retribuido.

Los cursos Pitman — en clase o por correspondencia — son fáciles y rápidos. Solo requieren una hora diaria de estudio.

CURSOS PITMAN
fáciles y rápidos,
que Ud. puede
aprender en clase o
por correspondencia
DACTILOGRAFIA
TAQUIGRAFIA
TENEDURIA DE LIBROS
CONTABLES
CORRESPONSAL
SECRETARIADO
INGRESO A BANCOS
CAJERO - VENDEDOR
JEFE DE OFICINA
GERENTE
SERVICIO PUBLICIDAD
ARITMETICA
MEJORA DE LETRA
CALIGRAFIA - GRA-
MATICA - ORTOGRAFIA
INGLES - FRANCES
ETC. ETC.



Academias

PITMAN

La más importante institución de enseñanza comercial, en clase o por correspondencia

ACADEMIAS PITMAN
AV. R. SAENZ PENA 570 - BUENOS AIRES

Siéntase enviarme gratis el interesante libro
"Cómo prepararse para el comercio"

Nombre: _____

Dirección: _____

Curso que interesa: _____

Para cursos por correo, envíenos este cupón

Una Novela criolla premiada en París

SU AUTOR - TAMBIEN DES-
CONOCIDO - NOS REFIERE
COMO, CON SU OBRA,
OBTUVO DOS PREMIOS

Por

Leandro R. Reynés

ESPECIAL PARA
"LEOPLAN"

He aquí tres fotografías en las que aparecen los personajes relacionados con el lejano acontecimiento que se relata en el presente nota. De izquierda a derecha: el ex presidente doctor Marcelo T. de Alvear, el escritor Manuel Ugarte y el señor José María del Hagar, junto al autor de esta sucinta crónica.

Es porteño y vive en Buenos Aires el autor de una novela criolla premiada en París y desconocida en nuestra patria. José María del Hagar es el nombre del escritor laureado. Y "Las primeras espigas", el título de la novela. Digamos a través de sus propias palabras los recuerdos y evocaciones que del Hagar nos ha transmitido, en entrevista reciente

UN CRIOLLO DE ALMA

Antes, sin embargo, ubiquémoslo en la ciudad e intentemos un retrato físico y espiritual de su persona. Vive en Villa Pueyrredón. En una calle tranquila, de edificación baja, a pocas cuadras de la estación ferroviaria. Su casa, de discreta apariencia, alegre, con el jardín al frente, se halla entre dos chalets de estilo moderno. En la línea de edificación de la acera, una verja, mitad de ladrillos y mitad de alambre. La puerta es también de este último material. Desde la calle se divisa el "porch" con sus muebles de madera pintados de blanco.

Cuando lo visitamos, sin aviso previo, nos recibe con afectuosa cordialidad. Nos conduce hasta el "porch".

—¿Quiéren tomar asiento aquí, o...?

—Aquí estamos bien.

Antes de tomar asiento, lo miramos. Su estirpe nativa se advierte en la estampa recia y en el rostro ligeramente bronceado. Y se trasluce en la sonrisa franca y en el efusivo apretón de manos con que nos ha recibido. Así reciben, así saludan, así sonríen los criollos. Y del Hagar lo es. Lo es en estas demostraciones de amistad espontánea que él prodiga sin reticencias. Y lo es en sus libros. En "Las primeras espigas" y en "El caso de García", las dos obras suyas que he leído, vibra el sentimiento nativo, con intensidad idealista y con pureza patriótica. No hay en ellas chauvinismo. Hay sana intención nacionalista, unida a una minuciosa observación de nuestro ambiente ciudadano y rural, y unida, también, a una cabal comprensión de los problemas argentinos del pasado y del presente. Por demasiado criolla, tal vez, su novela "Las pri-

meras espigas", premiada en el extranjero, es desconocida en nuestro país.

Tiene... ¿Cuántos años tiene, cuántos puede tener? Este escritor argentino a quien muy pocos conocen? No interesa la exactitud cronológica. Digamos que la cabeza, el bien calva y semicanoso, muestra un rostro aun fresco sobre un cuerpo erguido y de fuerte complejión. La inteligencia ágil niega toda posibilidad de cansancio. Diríamos que sus facultades espirituales se hallan en plena floración. Hace dos años publicó su último libro. Y aun escribe cuentos y novelas breves que podrían formar un par de volúmenes. Digamos, finalmente, por si el dato pudiera orientar mejor el cálculo, que tiene una hija de quince años, grácil y mimada flor en el jardín de aquella casa.

"LA MEJOR NOVELA DE AUTOR AMERICANO"

Antes de entrar en materia, he debido vencer a mi entristecido de la oportunidad de este reportaje. No ha sido fácil la tarea. Del Hagar es un hombre que tiene por culto la modestia. En el segundo de sus libros antes citados él ha dicho:

—La biografía y los retratos son imprudencias de la vanidad.

¿Se comprenderá ahora lo difícil de mi empeño en sacarlo a la luz periodística, en un reportaje biográfico con retrato y todo?

Vencida su resistencia, entramos de lleno en conversación acerca de su novela premiada.

—He leído "Las primeras espigas"—le digo.

—¿Eso? Hay quien lea "es"?

—"Aun"—le respondo—es, precisamente, lo que muchos argentinos no han leído. Y como se trata de una obra netamente criolla, digna de ser conocida, sobre todo por las cir-

cunstancias que en su hora le dieron éxito y repercusión, deseo que me refiera usted aquellas circunstancias que yo conozco en formas incompletas.

—Si no hay más remedio—contesta, resignado—, lo haré con mucho gusto. Hace veinte años, algo más, me propuse escribir una novellita que pensaba entregar a algunas de las empresas editoras de novelas cortas y semanales que entonces estaban en boga. Ya había escrito y publicado "La historia de mis canas". Pero "Las primeras espigas" me salió demasiado larga. Por su extensión, una verdadera novela. Comprendí que no podría publicarse en aquellas ediciones semanales. Hice con los originales un paquetito y lo guardé.

—¿No pensó usted darle otro destino? —No estaba a mi alcance editarlo por mi cuenta. Ocurría con las obras del espíritu lo que suele ocurrir con los hijos. Los creamos, y, a veces, no podemos forjarles a nuestro gusto su destino. Las circunstancias suelen obligarnos a dejarlos librados a su propia suerte. Tal ocurrió con "Las primeras espigas". El destino de esa novela no había podido precederle ni orientarlo yo. Estaba, acaso, preñado en su propio contenido.

—¿Fue casual, entonces, su participación en el concurso de 1922, donde su novela resultó premiada?

—Podría decirse que fué casual. Pues un día le, no recuerdo en qué diario, la noticia de ese concurso. Era un librito de la casa editorial Franco Ibero Americana, de París, con un primer premio de diez mil francos para "la mejor novela de autor americano". La mía llenaba las condiciones requeridas. Pre-

y desconocida en la Argentina

ciamente—y aquí lo casual de mi participación—tenía ese día cinco pesos. Hice con los originales un nuevo paquete y lo llevé al correo. Allí me informaron de que el envío costaba \$ 4.80. Si hubiese costado \$ 5.05 me hubiese vuelto con el paquete a casa. Meses después supe, con la sorpresa y la alegría imaginables, que por unanimidad me había sido adjudicado el primer premio del concurso, triunfando entre 228 competidores.

—¿Recuerda usted quienes integraban el jurado?

—Henri de Regnier, de la Academia Francesa; Ernest Martinenche, profesor de literatura española de la Sorbona; nuestro compatriota el escritor Manuel Gálvez, que entonces residía en París, y los prestigiosos escritores americanos Gonzalo Zaldumbide y Ventura García Calderón.

—¿Hizo el jurado alguna calificación especial de su obra?

—La consideró "como de mérito sobresaliente por su fondo y forma".

—Habrá sido para usted, sin duda, una gran satisfacción tan brillante triunfo.

—Desde luego. Mucho me halagó. Y también me halagó sobremedidamente otra consagración que me vino, asimismo, del extranjero.

—¿A qué consagración se refiere usted?

—En 1924, la señorita Ester Pérez Carvajal, residente en San Antonio, Texas, Estados Unidos, fue autorizada por la editorial Franco Ibero Americana para publicar la novela "Las primeras espigas", con notas adecuadas para que sirviera de texto en las escuelas norteamericanas.

—¿Es sencillamente contradictorio! Todo ello ocurría en el extranjero, mientras aquí su novela permanecía casi desconocida.

—No se asombre; hay algo más.

—¿Algo más?

—Sí. Una profesora argentina enseñaba el castellano en Suiza con "Las primeras espigas". Y esa misma profesora ha creído descubrir en mi novela un excelente argumento nativo para una película cinematográfica. No ha de ser así, cuando los empresarios argentinos no lo han visto aún.

DOS PREMIOS

—Volviendo al concurso, ¿cobró usted el premio?

—Diez mil francos. Me fueron entregados personalmente, en un giro internacional, por el entonces presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear.

—¿A qué se debió la intervención del ex presidente?

—A un deseo de la casa editorial de París, que quiso, sin duda, darle categoría nacional al premio que me había sido otorgado. Le remití el cheque al doctor Alvear, por vía diplomática, se entiende, y el doctor Alvear lo puso en mis manos en una ceremonia que fue, más bien, una entrevista.

—Si usted hubiese sido extranjero, tal vez se habría hecho mucho ruido en torno a su triunfo. Y aquella ceremonia hubiese tenido entonces contornos más brillantes, tal vez apoteósicos.

—No me quejo de ello. Por el contrario. La sencillez de la ceremonia coincidía con mi natural modestia. Así la deseaba yo también. Por cierto que agradecí, emocionado, al presidente su cordial recibimiento y el doble premio con que me honró.

—¿Doble premio?

—Sí. El doctor Alvear, después de entregarme el premio de diez mil francos de la casa editora de París, me dijo estas palabras que siempre recuerdo con gratitud: "Como argentino y como presidente de la República, jamás olvidaré que usted ha honrado a mi país en el extranjero". Y me otorgó un nombramiento para un puesto en la administración

nistración nacional, que aun conservo. Otro premio.

—Un rasgo estimulante y justiciero del ex presidente.

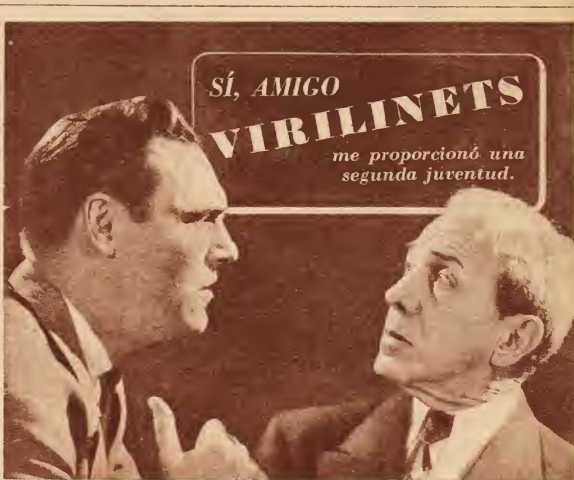
—Eso fue.

Al despedirnos de este escritor nativo, ameno y jovial, que maneja con habilidad la ironía, que ha sabido penetrar con intuición profunda en el alma criolla de nuestros campos y en la cosmopolita de nuestros pueblos y ciudades; que ha descrito con sencillez, pero con belleza, auroras y atardeceres pampeños, anhelos e inquietudes campesinos, miserias y grandezas de nuestra gran tierra

sin hombres; y que persigue, como ideal de su labor literaria, la exaltación del trabajo rural y la independencia económica de la nación; al despedirnos, digo, de este escritor laureado en el extranjero y casi desconocido en nuestro país, escuchamos de sus labios este juicio acerca de su obra, que él atribuye a un amigo suyo:

—Ahora, después de haber escrito varias novelas, de las cuales una ha sido premiada, ya puede usted ser considerado como autor novel.

Pero este "autor novel" debe dejar de serlo. Las letras argentinas le deben aún el homenaje que se merece, en desagravio del injustificado olvido de tantos años. ♦



SÍ, AMIGO
VIRILINETS
me proporcionó una
segunda juventud.

Preparado de hormonas del Dr. Richard Weiss

Virilinet

es indicado en la debilidad sexual, impotencia, depresiones, fatiga, nerviosidad, insomnio, debilidad, flaqueza y falta de energía.

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



Una oficina de correos

BAJO LA DIRECCION DE UN CELEBRE EXPLORADOR Y CON ASISTENCIA DEL EX REY DE INGLATERRA, ACABA DE REALIZARSE LA INAUGURACION, EN LAS ISLAS BAHAMAS, DE LA PRIMERA ESTAFETA SUBMARINA DEL MUNDO

Escribe **Robert J. Wilkinson**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

CUANDO un niño viaja con su imaginación por un mundo lleno de cosas fantásticas, de factura propia y hechas conforme a su gusto y a sus deseos, siente en el fondo de su voluntad la esperanza de llegar algún día a ver eso mismo en la vida real. Más tarde, poco a poco, la realidad de horizontes estrechos en que se desarrolla su vida y la de sus familiares, la rigidez de las cuatro paredes de las aulas y las necesidades metódicas a que obliga la rutina de la vida ciudadana van borrando de su vida interior aquellos panoramas amplios, llenos de aventuras extraordinarias,

que fueran forjados por su mente libre y sana. Entonces tiene que recurrir a Julio Verne o a Emilio Salgari, y por un momento vuelve a ser feliz. Pero crece y



Los niños ingleses, refugiados en las Bermudas, visitan la fotostera el día de la inauguración de la primera estafeta del mundo que funciona bajo el mar.



El duque de Windsor, gobernador de las Bahamas, asistiendo a la fotostera el día de la inauguración oficial de la oficina de Correos submarina.



en el fondo del mar

deja de creer. Ahora el mundo entero está representado por el dinero y el hambre, y las mujeres, y el patrón, y los intereses mezquinos hasta en el terreno de la ciencia, y la grandeza de las cosas como un mito flotando en lo inalcanzable.

Sin embargo, el mundo está lleno de aquellos panoramas que hicieron feliz la imaginación del niño. Y de continuo se corren aventuras en el corazón de Africa, en las selvas del Brasil, en las alturas del Himalaya y en los hielos circumpolares. Sólo que para asistir a esta realidad que responde a los sueños del niño hay que viajar en busca de ella. Lo malo está en que los que pueden no quieren y los que quieren no pueden.

De ahí que la cámara fotográfica resulte, para estos últimos, algo así como una bandeja preciosa que les sirve un mundo extraordinario real, lindante a veces con lo fantástico. Sin la fotografía nos sería muy difícil presentar al lector apresurado de hoy los interesantes detalles que en nuestros viajes encontramos en apartados rincones del mundo. Tenemos ahora, por ejemplo, un punto interesante en una de las islas Bahamas, archipiélago de las Antillas, que ya presenta de curioso el hecho de ser gobernada por el ruidoso ex príncipe de Gales, hoy duque de Windsor.

En la capital del archipiélago, Nassau, en la



Niki, uno de los hijos del explorador Williamson, revisa en la oficina postal de la fotostore los tarjetas que son enviados por los visitantes.



Desde la cubierta del "Juno Verne III" podemos ver la oficina postal que funciona en una fotostore en el fondo del mar, en las islas Bahamas.

LA NATALIDAD



disminuye en forma ALARMANTE

De acuerdo a las últimas estadísticas, en nuestro país han disminuido notablemente los nacimientos en forma que debe preocupar seriamente.

Es verdad que en muchos casos se debe a causas bien ajenas a los matrimonios, y en especial a trastornos funcionales de las señoras. Para ellas la ciencia ha creado

Fertilinet

preparado de hormonas que, al regularizar las funciones íntimas de la mujer, lleva la tranquilidad y seguridad a millares de matrimonios.

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

isla Nueva Providencia, está el célebre explorador John Ernest Williamson, desde hace un cuarto de siglo, estudiando con ahínco la fauna y la flora del fondo del mar. Ha construido una fotófera capaz de soportar la alta presión de las profundidades marinas, desde la que el observador puede tomar fotografías de largo alcance, sorprendiendo así los secretos de este mundo submarino.

Tuvimos ocasión de interiorizarnos un poco de todo esto en momentos en que ocurría en aguas de Nassau una cosa que más natural nos habría parecido bajo la bandera estadounidense que bajo los auspicios de Eduardo de Windsor y del explorador Williamson. El 13 de mayo de este año, se inauguraba allí, en el fondo del mar, una Oficina Postal inglesa, bajo la dirección del explorador y con sede definitiva en la fotófera. Esta es, así, la primera estafeta submarina del mundo.

La fotófera se halla suspendida al extremo de un tubo cuya parte superior está fijada a la cubierta de un buque. Este buque es el "Julio Verne III", fondado a cierta distancia del puerto, y según las observaciones que debían hacerse desde la fotófera. Aquel día habían llegado al "Julio Verne III", no sólo Eduardo de Windsor, otras autoridades de la isla y nosotros, sino gran número de niños, refugiados de la guerra, establecidos momentáneamente en las Bermudas. La nueva oficina de Correos fué inaugurada dignamente. Dentro de ese relativamente pequeño recinto submarino, los visitantes observaban el mar y cada cual quería escribir y enviar tarjetas postales desde tan curioso punto del mundo a sus parientes o amigos. Fué todo eso, en verdad, una fiesta bajo el océano. Y hubo números que hasta ese momento nunca creímos que habríamos de verlos en la realidad. Las dos hijas del explorador Williamson, Niki y Sylvia, muy jovencitas aun y que viven casi permanentemente en la fotófera y en el mar, son grandes nadadoras, y de pronto aparecieron evolucionando, como dos hermosas sirenas, ante la ventana de observación de la fotófera. Luego apareció un buzo, el que después de hacer unos gestos hacia nuestro punto de observación, comenzó a remover los restos de un viejo naufragio. Aquello parecía cinematógrafo. Por último vimos a un negro zambullidor que se puso a hacer gracias frente a la fotófera y simulaba asustarse de los peces, cosa que produjo gran algazara y carcajadas entre los pequeños refugiados ingleses. Y más tarde terminó el día con una palabras de Eduardo de Windsor y del explorador Williamson, con motivo de la inauguración oficial de la Oficina.

Esta tendrá trabajo siempre, a pesar de su situación en el suelo del océano, porque durante todo el año el "Julio Verne III" recibe a innumerables visitantes interesados por los trabajos de Williamson.

O, posiblemente, estas raras circunstancias en que se halla la pequeña oficina contribuirán a hacerla famosa y a convertirla en objeto de turismo, cosa que servirá para familiarizar a los hombres con la ciencia del fondo del mar, tan ignorada aún por los que viven en tierra. *

En el libro de los visitantes estampa su firma el ex rey de Inglaterra, frente a él aparece en la foto el célebre explorador Williamson, jefe de la fotófera.



Un cuento de **PAUL BOURGET**



Un jugador

ILUSTRACIONES
DE FAIRHURST

ANTE la mesa del bacarrá, montado en el respaldo de esas sillas altas que sirven para los jugadores que no encuentran lugar ante el tapete verde, y para los simples curiosos como yo, me entretuve en el Círculo hasta muy tarde. Era aquella, como se dice en el lenguaje del jugador, una hermosa partida. El banquero, un joven bien plantado, con traje de etiqueta y luciendo una garteria en el ojal del frac, había perdido

ya unos tres mil lises, pero no se notaba la emoción en su radiante fisonomía de vividor de veinticinco años. Sólo el ángulo de su boca, al pronunciar las sacramentales frases: "Doy... En cartas... Bac... Aquí está el punto", no habría mascado tan nerviosamente una colilla de cigarro apagado, si el frenesi del juego no le hubiera apretado el corazón. Frente a él, un sujeto de pelo blanco, jugador de toda la vida, hacía

de *sotabanquero*, y manifestaba sin ambages su mal humor contra la mala suerte que, de tirada en tirada, iba llevándole el montón de fichas y tantos que tenía delante de sí. Por el contrario, la más franca alegría iluminaba el rostro de los puntos que, sentados alrededor de la mesa, apostaban y marcaban en el papel con la punta del lápiz las alternativas de la puesta, ese "espiritu de talla" en que, en cuanto tocan



una carta, no pueden dejar de creer los menos supersticiosos. En el espectáculo de toda lucha, ya sea la de un siete con un ocho o la de un rey con un as, hay cierta fascinación que interesa profundamente la curiosidad; pues alrededor de aquellos jugadores estábamos cincuenta personas siguiendo las alternativas de la partida, y ninguno se apercebía de lo avanzado de la hora. ¿Había algún filósofo que explicara ese otro fenómeno, esa inercia que inmoviliza en París a tanta gente, en cualquier parte, pero siempre fuera de sus casas, donde descansarían del trabajo y de las diversiones? Por mi parte, no siento haber cedido al encanto malsano de trasnochar, porque si aquella noche me hubiese retirado con toda cordura, a la hora regular, no habría encontrado en el salóncillo comedor a mi amigo el pintor Miraut, solo, ante una taza de caldo; no me habría propuesto éste llevarme a mi casa en su coche, y yo no habría referido un caso de juego que

al día siguiente, con la autorización de él, escribí lo mejor que pude.

—¿Qué diablos hacía usted en el Círculo después de las doce—me preguntó,—si es que no estaba cenando?

—Miraba el bacarrá—le respondí—; he dejado en buen camino al mocito Lautrec. Ya iba perdiendo sesenta mil...

Al pronunciar yo esta frase el coche partió, y Miraut encendía su cigarro con aire de Francisco I (el del Ticioano, que está en el Louvre), aire que sus bien cumplidos cincuenta años han amplificado y realizado también su hermosura. ¿No es curioso que con sus hombros lansquenet, su anchura de espaldas y su refinada sensualidad, este gigante continúe siendo el más delicado de nuestros pintores de flores y de retratos de mujeres? Conviene añadir que este gladiador emite una voz de una dulzura musical, y que sus manos, que yo examinaba nuevamente mientras sostenían el fósforo y el cigarro, son de una incomparable finura. Además, puedo ase-

gurar, y lo se por experiencia, que este soldadón tiene un corazón excelente, por eso no me chocó mucho la triste confidencia que provocara involuntariamente mi frase sobre el juego. Por suerte, tuve tiempo bastante para relatarle el caso con todo detalle. A medida que nos acercábamos al Sena se espesaba la niebla, y nuestro coche avanzaba al paso, mientras mi compañero daba rienda suelta al recuerdo de la historia, ya un poco vieja, que me iba contando. Algunos policías andaban de aquí para allá con antorchas encendidas; otras brillaban en el ángulo del puente por donde pasábamos, colocadas al ras de las piedras, entre las que corría resina encendida. En aquella niebla acre y casi negra, desgarrada a trechos por las luces móviles, las siluetas fantásticas de otros coches que se cruzaban con el nuestro aumentaban tal vez la impresión del pasado que se apoderaba del artista, porque su voz se hacía cada vez más débil y más dulce, a medida que se ale-



jaba en espíritu más y más de mí, quien sólo lo interrumpía lo justo para excitar sus recuerdos.

—Yo—comenzó diciendo—sólo he jugado dos veces, y, ¿quiere usted creerme?, hoy no puedo ni ver jugar... Hay algunos momentos, usted sabe, en que uno no tiene sus nervios bien templados, en que la vista sólo de una carta le obliga a salir del cuarto... ¡Y es que, ¡ay!, de esas únicas partidas guardo recuerdos terribles!...

—¿Quién no conserva recuerdos así?—exclamé.—Y yo que estuve presente cuando nuestro pobre Paul Durieu tuvo una cuestión en este mismo Circulo de donde salimos, por una jugada dudosa, lo que provocó aquel absurdo desafío que cuatro días después lo llevó al cementerio, ya los cuatro días de haberle estrechado la mano delante de este tapete verde! Alrededor de las cartas, como alrededor de los crímenes, de las deshonras y de los suicidios, siempre hay algo de tragedia. Pero nada impide

que se reincida, como se vuelve en España a las corridas de toros, por más que se hable del despanzurramiento de los caballos, de las heridas de los picadores, del asesinato del toro y del peligro del torero.

—De acuerdo—dijo Miraut—, pero uno mismo no debe ser la causa de esas tragedias, y a mí me ha ocurrido esto, en circunstancias bien sencillas. Cuando se lo haya contado, comprenderá usted por qué una insignificante partida de béisbol puede infundirme igual escalofrío de horror que el que sentiría al oír un estampido en el campo un hombre que hubiera dado muerte a otro por descuido al limpiar un arma. Era en 1872, precisamente el año de mi entrada en el Circulo, y también el de mi primer triunfo en la Exposición...

—Me parece estar viendo su *Ofelia entre las flores*. Recuerdo con toda claridad el ramo de rosas amarillentas junto a su rubia cabellera, rosas de un amarillo muy pálido, muy delicado, y luego

aquellas otras rosas oscuras, como manchas de sangre, sobre el corazón... ¿A quién pertenece ahora ese cuadro?

—A un banquero de Nueva York—respondió el pintor, suspirando—, quien ha dado por él cuarenta mil francos. Yo lo había vendido en mil quinientos en una época en que... Claro, yo no era todavía el artista afortunado de quien el *alter ego* de usted, Claudio Larcher, decía maliciosamente: "¡Feliz Miraut, cuya tarea consiste en estar todo el día mirando a una americana, y ello le produce quince mil francos!..." Esto entre nosotros; pero bien podía haber hecho sus juegos de palabras a costa de otros que no fueran sus antiguos amigos... En fin, que Dios lo haya perdonado. Pero si le hablo a usted de dinero—añadió tocándose el brazo, porque sospechaba que iba a contestar en defensa de la memoria de mi antiguo amigo—no voy a creer que es por realzar la cotización de mis obras; nada de eso. Sólo es porque esos mil quinientos francos tienen relación con mi relato. Pues resulta que yo nunca había tenido reunida una cantidad tan grande. ¡Fueron tan difíciles mis principios! Mi pueblo me pasaba una subvención de mil francos cuando llegué a París, y con esa cantidad, o poco más, he tenido que vivir seis años.

—Yo conocí esos aprietos—le dije—, aunque por poco tiempo. ¿Comía usted, como nosotros, en el restaurante Polydoro, calle Monsieur le-Prince, donde por 90 céntimos se lograba almorzar? Cuando usted encuentre a Santiago Molan, y él lo canse con sus historias mundanas y con las excelencias de su próxima novela, podrá librarse de él antes de cinco minutos si le habla de ese restaurante.

—Nosotros—replicó el pintor—, algunos compañeros y yo, resolvimos el problema comiendo en común. La amiga de uno de los nuestros era cocinera (tal era nuestra elegancia) y nos cocinaba las dos comidas diarias por cuarenta y cinco francos mensuales cada uno. La pieza me costaba quince francos, y yo mismo me hacía la cama. Total, sesenta francos para lo más necesario. Andaba desarrapado como un ladrón y nunca podía subir a un ómnibus. Mis compañeros vivían como yo, y sin embargo no nos ha ido mal. Allí estaban: Tardif, el escultor; Sudre, el pintor de animales; Rivals, el grabador, y, por último, el mejor dotado de todos, Ladrat, al que llamábamos el cantinero de nuestra cantinera...

—Ladrat, Ladrat...—dije, llamando mis recuerdos—yo conozco ese nombre.

—Es posible que lo haya leído en los periódicos—continuó Miraut, por cuyo rostro pasó una nube—; pero a ello voy. Ese Ladrat, que se llevaba siempre los premios de estudio de la Academia, era una víctima, ya entonces, del terrible vicio de la bebida. En la vida demasiado libre que estábamos obligados a llevar, de donde el estúpido roce con moza y trabajadores nos exponían a muchas tentaciones, y desde luego a ésta. Ladrat fue completamente dominado. Estoy obligado a decir esto para que dentro de poco no me juzgue usted con demasiada severidad. Aquel lamentable hábito le costó la pensión de Roma. Se alcoholizó de tal manera que terminó a tontas y a locas una composición magistralmente empezada. En fin, en 1872,

Ladrat era el único de nosotros que aun continuaba llevando aquella penosa vida, y aun más baja. Había llegado a ser lo que llamamos un petardista, esto es, un hombre que va de estudio en estudio pidiendo de a cinco francos prestados, pero con el íntimo propósito de no pagarlos nunca. Y los que caen en esto duran aquí mucho tiempo.

—Por lo menos agradecería con algún insulto—repuso yo—, como Ligranendet, quien jamás iba a casa de Mareuil sin pedirle algo para la capillita (era su sistema), luego de lo cual lo insultaba para salvaguardar su dignidad. Un día lo encontré corrigiendo las pruebas de un artículo que iba a publicarse. Pidió la limosna, y Andrés se la dió. "Caballero—le dijo entonces guardando en su bolsillo la moneda de plata—, ¿quiere usted saber si un escritor posee talento? Pues no tiene más que ver si reciben su copia en una redacción. Si la reciben, está clasificado: es mediocre. Adios..." Ahí tiene usted un pobre modelo.

—No, ése no era el género de Ladrat—replicó Miraut—. Este se echaba a llorar, daba las gracias, juraba que trabajaría y después se iba al bar a envenenarse con ajeno. Pasada la borrachera, sentía vergüenza y desaparecía por un tiempo. Además, sus pedidos eran insignificantes; casi nunca pasaban de cinco francos. Por eso es que una tarde me extrañé mucho el encontrar en mi casa una extensa carta en la que me pedía doscientos. Hacía más de seis meses que no nos veíamos, y en ella me contaba que había estado luchando con su vicio, que no había bebido durante esos seis meses, que había querido trabajar, que sus fuerzas no se lo habían permitido, que su mujer se había enfermado (continuaba viviendo con la cantinera), y, en fin, aquello era una carta de menidigo, desoladora, cuya lectura disgustaba.

—A los diez años de vivir uno en París—dije yo—ha recibido tantas de estas epístolas que ya no disgustan, porque no se les da crédito. Si entre el montón hubiera por lo menos dos sinceras...

—Sin embargo, creo preferible que lo engañen a uno todas las otras veces, que no atender a esas dos repuso el pintor—. Por otra parte, en aquel momento no dudé de la sinceridad de Ladrat. Y su buena suerte quiso que ese día yo hubiese cobrado los mil quinientos francos de la *Ofelia*. Siempre fui minucioso en las cuestiones de dinero. No contraje deudas, y en mi cajón había siempre la misma cantidad. Tenía para todo el año instalado mi estudio y provisto mi guardarropa. Una vez hice de memoria el balance de mi situación económica mientras estaba cepillando mi sobretodo para ir a uno de mis primeros convites de sociedad, una de esas comidas de triunfador a las que se va con un hambre de maestro de escuela y con un amor propio de estudiante. ¡En esos momentos se tiene tanta fe en la autenticidad de los vinos como en la sinceridad de los elogios! Comparé la situación de mi antiguo compañero de barrío con la mía, y tuve un arranque de generosidad propio de la juventud. Metí dos luises en un sobre, escribí las señas de Ladrat y llamé a mi portero. Si éste



hubiera estado allí, Ladrat habría recibido el dinero aquella misma noche; pero había salido a hacer no sé qué mandado. "Será mañana", pensé, y salí después de dejar preparado el sobre encima de mi mesa. Tan definitivamente estaba tomada mi resolución, que de antemano experimenté esa ligera vanidad que nos produce la conciencia de una acción generosa. La tal vanidad no es muy hermosa, pero es humana, y hay muchas otras que no tienen ese pretexto tan elevado, como, por ejemplo, ¡la que sucedió, en mi interior, casi inmediatamente la primera! En la casa donde acudí al convite, me vi sentado entre dos mujeres elegantemente puestas que rivalizaron en prodigarme adulaciones y coquetearías. Después, salí de allí a eso de las once, lleno de fatigada y sintiéndome dueño del mundo, y bajé a nuestro Círculo, que estaba entonces en el hotel de la plaza Vendôme, hasta donde había ido guiado por uno de los convidados, que quiso hacerme los honores de la reunión. Seis semanas después de ser admitido como socio, recién ponía los pies allí, porque no conocía a casi nadie. Me habían servido de padrinos dos pintores, y me había decidido a hacerme socio sólo la perspectiva de la próxima Exposición anual, no obstante lo subido que entonces me parecía la cuota a pagar. Era yo tan ingenuo que tuve que preguntar el nombre del juego que reunía tanta gente alrededor de la mesa. Mi guía se echó a reír y en dos palabras me explicó las reglas del bacarrá.

—¿No lo tienta esto?—me preguntó.

—No, pero podría jugar—le contesté incomodado por mi ignorancia—. Si tuviera dinero.

Siempre riendo, me demostró cómo me bastaría firmar un pagaré para recibir bajo mi palabra hasta la suma de tres

mil francos, a condición de devolverlos dentro de las veinticuatro horas. Después comprendí que aquel joven me había tentado para jugar con él y comunicarle así la buena suerte que, según dicen, acompaña siempre a los principiantes. Pero hubiera caído solo en la tentación. Estaba en uno de esos momentos en que cualquiera gritaría como le contestaron al barquero durante la tormenta: "Llévase a César y su fortuna"... ¡Oh! Un César bien chico y una fortuna reducidísima, porque me senté a la mesa y dije a mi compañero:

—Firmaré un pagaré de cinco luises: y si pierdo, me ire...

—Y perdí, y se quedó. Me lo imaginaba—le contesté—. ¡Tantas veces he formado tales prudentes resoluciones y no las he cumplido!

—No hubiera sido fácil lo contrario—repuso Miraut.

"Mi tentador, sentado junto a mí, me dijo que esperase mi mano. Yo obedecí. Tiro nueve. Había arriesgado mis cinco luises.

"Apuete el doble—me indica al oído mi compañero.

"Tiro ocho. Continúo doblando siete y gano. En fin, de nueve en ocho y de ocho en siete, doblando siempre, paso seis veces seguidas. Llega la séptima jugada, y siempre inspirado por mi compañero, sólo hago un luis. Pierdo; pero tenía ante mí unos tres mil francos. Mi gula, habiendo ganado casi otro tanto, se levanta y me dice:

"Sea razonable, haga como yo.

"Pero no lo escuché. Después de la sensación tan fuerte que acababa de experimentar no podía dejar aquello así.

"No pertenezco a la escuela de los que se llaman "analistas", pero que yo llamo, y perdono usted, de los que cortan un pelo en cuatro, y de los egoístas. No todo en mi vida es mirarme, pensar y sentir. Disculpe, pues, si no le declaro sino desde el momento englobado y por momentos la forma que por mí pasaba. Mientras estuve ganando fui invadido repentinamente por un embriagador orgullo. Un exaltado sentimiento de mi personalidad me agitaba y me soliviantaba. Parecía sensación he experimentado nadando en mar gruesa. Esa inmensa ola movable que nos amenaza, nos balancea, y a la que dominamos con nuestra fuerza, simboliza exactamente lo que fué para mí aquel primer período de juego, el de la ganancia, porque gané nuevamente una suma parecida a la anterior, y luego más. Sólo arriesgaba grandes puestas sobre mi mano, y sobre la de los demás hacía jugadas insignificantes; pero tocaba las cartas con tal insolencia, que primero callaban todos, y luego cuando tiraba, prorumpían en un rumor de admiración. Seguramente sin aquella admiración hubiera perdido valor para irme. Pero, ray!, siempre mi amor propio de todos los diablos me ha hecho cometer mil tonterías, y todavía hoy, con mis canas, estoy expuesto a cometer muchas otras. Lo reconozco, me doy cuenta de ello, pero en cuanto tengo espectadores, tiro mi dinero; porque no puedo soportar que digan: "Se ha echado atrás". Eso es magnífico cuando la escena ocurre sobre el puente de Arcole; pero ante una mesa de bacarrá y pendiente de la decisión de una carta, es estúpido. No obstante, después de haberme hecho notar en mi buena suerte, ese excesivo orgu-

No infantil no me dejó ceder ante la mala cuando me pareció que se acercaba. Y de esto me di cuenta en seguida. Llegó el instante en que comprendí que iba a perder, y aquella especie de lucidez triunfante que me había hecho tomar los naipes con absoluta confianza desapareció de repente. Estaba escrito que yo iba a experimentar, en una misma sesión, todas las emociones del juego; pues luego de haber sentido la borrachera de la ganancia, conocí la seca y punzante embriaguez de la mala suerte. Porque ésta existe. Conocida es la frase: "En el juego, después del placer de ganar, está el de perder". No tengo otra frase para explicarle esa especie de ardor envenenado, esa mezcla de esperanza y de desesperación, de miedo y de encarnizamiento. Se espera dominar la mala suerte, y se tiene la seguridad, sin embargo, de que se saldrá vencido. No se raciocina más, y se hacen puestas conscientemente absurdas. ¡Y la ganancia arrastra primero las fichas, luego los tantos rojos, los blancos, y se firman nuevos pagarés! Después de haber tenido valor, durante diez años seguidos, para mirarme antes de gastar los veinte céntimos de un tranvía, como yo hice, no se vacila en jugar quinientos o mil francos. Pero en jugar palabras voy a hacerle el resumen de todo. A las once había entrado en el Circulo, y a las dos abría la puerta de mi casa, después de haber perdido bajo mi palabra aquellos tres mil francos de mi crédito, que era casi todo lo que poseía.

—Pues bien — le dije — si después de esto no se hizo usted jugador, es porque no tiene vocación. Pues era como para perderse para siempre.

—Tiene razón — contestó Miraut.
"Cuando al día siguiente me desperté, abrumado por los efectos de las anteriores sensaciones, todo el episodio se me representó de nuevo, y ya no tuve más que dos ideas: la de intentar un desquite aquella noche y la de aprovechar la experiencia adquirida para inspirar mejor mis apuestas. En eso vi sobre mi mesa la carta dirigida a Ladrat, que la vispera había dejado allí. Entonces, con un cálculo involuntario me demuestro interiormente que dando aquel dinero hago un sacrificio estúpido. Cuando pagara los tres mil francos que debía no iba a quedarme casi nada. Y para reunir una cantidad que me permitiese volver al juego, por la noche (y yo sabía que no podría dejar de volver), necesitaría tomar prestado del tratante en cuadros y malbaratar algunos estudios. Así podría obtener unos cincuenta lises, y de ellos tendría que sacar diez para aquel perezo, para aquel borracho, para aquel mentiroso. Porque hice todo lo posible para demostrarme a mí mismo que su carta no era sino un tejido de embustes. La tomé y volví a leerla. Y de nuevo su acento me conmovió, pero me mantuve firme. No quise oír aquella voz y me metí bajo la cama para escribir rápidamente un billete negativo. Lo escribí con palabras secas y terminantes; traté de interponer una barrera infranqueable entre mi antiguo camarada y mi compasión. Sentí un poco de vergüenza y de remordimiento, pero envié el billete; y

luego tuve que aturdirme paseando de aquí para allá. Para acallar mi conciencia yo me decía: "si gano, mañana mismo enviaré a Ladrat la cantidad que necesita. Y ganaré".

—¿Y ganó? — le pregunté, viendo que callaba.

—Sí — me respondió con la voz muy alterada — y más de quinientos lises; pero ya era demasiado tarde. Ladrat no me había engañado, y en cuanto recibí mi negativa fui presa de una profunda desesperación. Su compañía y él tomaron la trágica resolución de asfixiarse. Y fui yo, nóte lo bien, yo, quien hizo descerrajar la puerta de su cuarto, donde los encontramos muertos en su cama...

Yo llegaba con los doscientos francos... sí, ¡demasiado tarde!... Ahí tiene usted por qué se acuerda de haber leído en los diarios ese nombre de Ladrat. Y también comprenderá ahora por qué me inspira horror la sola vista de los naipes.

—Pienso usted — le dije — que con su dinero, de haber sido éste enviado la vispera, sólo se hubiera salvado por un mes, dos meses, y habría vuelto a caer; siempre dominado por el vicio, al fin hubiese acabado como acabó.

—Tal vez — replicó el pintor —, pero la verdad es que nunca quiere ser uno la gota de agua que haga desbordar el vaso.



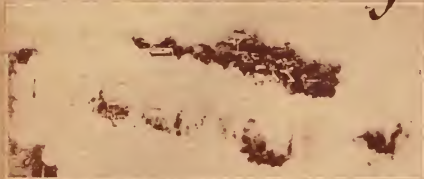
No se deje dominar por la gordura!

La gordura excesiva es causa de constantes desazones: atenta contra el bienestar físico, resta agilidad al cuerpo y le hace perder la belleza de las formas. A las personas con tendencia a engordar recordamos la Yodosalina, eficaz regulador de las funciones de recambio material y activo disolvente de los tejidos grasos.

En la Yodosalina se asocian en combinación los alcalinos que desintoxican el organismo con una rica proporción de yodo. Muchos la emplean eficazmente en la Obesidad, Gota, Reumatismo, Arteriosclerosis, etc.

YODOSALINA
PISANI

Por si la muerte llega a América en avión



UNA NUEVA MODALIDAD ARQUITECTÓNICA, QUE CONTEMPLA Y PREVE LOS EFECTOS DE LOS BOMBARDEOS AEREOS SOBRE LA EDIFICACION, ESTA TOMANDO AUGE EN LOS ESTADOS UNIDOS AL AMPARO DE LA GUERRA EUROPEA

Escribe **Remo Valcarce**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

AQUELLA tarde nuestras ocupaciones nos llevaron a la Park Avenue, en Manhattan, y al pasar por el Advertising Club grandes "affiches" llamaron nuestra atención. Anunciaban una exposición de refugios antiáereos, y al leerlos recordamos cierta carta que nos llegara de Londres diciéndonos de grandes ratas hambrientas que pululaban en la semioscuridad de los refugios; de hacinamientos de cuerpos; del miedo de quedar sepultado vivo bajo un montón de escombros, y de otras cosas más. Cambiamos entonces una mirada en silencio, y entramos.

Una profusión de maquetas, planos y dibujos reseñaban la intensa labor de la Escuela de Arquitectura y Artes Aplicadas del Pratt Ins-

titute, consecuencia directa de la nueva modalidad arquitectónica que acaba de nacer en los Estados Unidos, a raíz de la guerra europea.

Refugios individuales, de acero y concreto; construcciones especiales, anexas a los grandes rascacielos; subterráneos de tierra y cemento, a cuatro o cinco metros bajo el nivel de la calle; edificios de varios pisos especialmente reforzados y revestidos de materiales incombustibles reflejan allí el esfuerzo de los dirigentes de la "Campaña por construcción de refugios antiáereos en América".

La finalidad de la exposición es difundir entre los norteamericanos la idea de que cada casa debe poseer su refugio antiáereo, tal como

Refugio para negocios, cinematógrafos, etc., denominado "cueva familiar". Posee instalación de luz eléctrica, un amplio depósito de víveres, varias camas, sillas y muchos otros comodidades. El corte de la izquierda indica otros detalles. Por lo demás, es uno de los pocos modelos en que se han empleado balsa de arco, que aquí se ven sobre el techo.

REFUGIO ANTIAEREO

escala 3/8" = 1' 0"

PROPIEDAD PRIVADA

7 o 8 PERSONAS

PAREDES IMPERMEABLES, DE CONCRETO

PISO REFORZADO HASTA 10 PIES DE PROFUNDIDAD, CONTRA LAS RATAS

ESCALERA PROTEGIDA POR CHAPAS GALVANIZADAS, CONTRA LAS ESQUIRAS

CAREKA DE AGUA DESDE LA CASA VECINA





Este maqueta muestra la forma en que se refuerza una casa, y su refugio de emergencia.

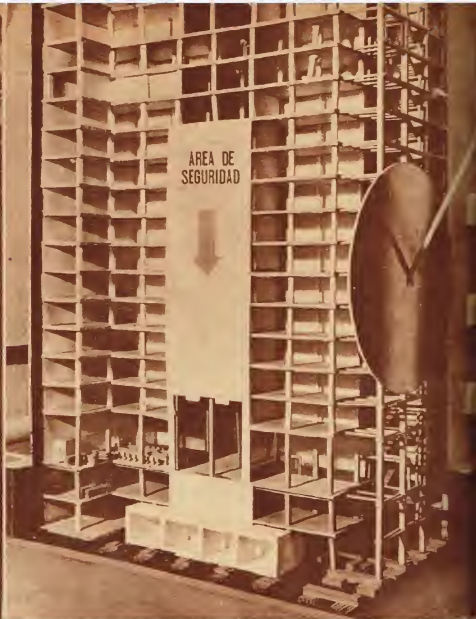
Refugio de tipo subterráneo, en forma de túnel. Es económico pero un tanto peligroso.

Refugio para casas particulares, con capacidad para 5 ó 6 personas. Puede ser a nivel o excavar-se bajo tierra, y dispone de todo lo necesario para una larga permanencia.





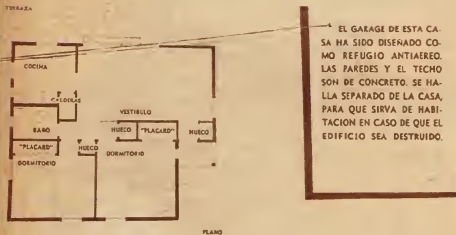
A pesar de los bombardeos enemigos, los ingleses festejaron alegremente las pasadas navidades. He aquí una familia sorprendida en plena celebración en el interior de un refugio "Anderson", tipo popular y económico, actualizado en Inglaterra.



En los edificios ya construídos se reforzaron los cinco pisos superiores, con lo cual se convierten en seguros refugios. Los ocupantes bajan a los pisos inferiores en caso de alarma. El disco de la derecha sirve para indicar el radio de acción de las bombas.



PERSPECTIVA



PLANO

EL GARAGE DE ESTA CASA HA SIDO DISEÑADO COMO REFUGIO ANTIAEREO. LAS PAREDES Y EL TECHO SON DE CONCRETO. SE HALLA SEPARADO DE LA CASA, PARA QUE SIRVA DE HABITACION EN CASO DE QUE EL EDIFICIO SEA DESTRUIDO.

actualmente tiene su garage o su cocina, no como un elemento adicional de la construcción, sino como parte integrante de la misma.

Los dirigentes de ese nuevo movimiento no se han limitado a la campaña popular, sino que además han elevado a las autoridades una solicitud, profusamente documentada, pidiendo la promulgación de una ley que obligue a los propietarios de inmuebles, ya sean éstos viviendas particulares, grandes casas de departamentos u oficinas públicas, negocios, cinematógrafos, etc., a incluir la construcción de tales refugios, como parte del plano general, que debe ser aprobado por las autoridades correspondientes del Estado.

Nosotros recorrimos todos los rincones del local, estudiando cada modelo y cada innovación, con un interés que radicaba en aquella carta, llegada de Londres, muchos de cuyos pasajes, ya olvidados, acudían ahora a nuestra memoria.

Pasajes que decían de un dormir sobresaltado, noche a noche, en medio de piernas y brazos que parecían no tener dueños; que describían la insalubridad de esos refugios bajo tierra, donde todo el servicio sanitario estaba constituido por unas cuantas latas de kerosene, mal disimuladas tras de unas cortinas de arpillera...

Muchos de esos problemas, cuya verdadera importancia no pueden captar sino quienes hayan vivido siquiera una noche en esos locales oscuros y malolientes, mientras los aviones de bombardeo descargaban la muerte desde el aire, han sido ingeniosamente resueltos por los arquitectos norteamericanos, luego de largos y pacientes ensayos de laboratorio.

Para ellos y para los ingenieros, el problema consiste en combinar los materiales de construcción, particularmente resistentes, con las formas más adecuadas de los refugios y edificios en general, con el objeto de lograr una resistencia máxima en las construcciones, basándose en conocidas leyes de física.

Uno de los más difundidos planos de construcciones de campo en los Estados Unidos. Arriba, se ve la perspectiva del mismo, y abajo, el perfil del garage, dotado de luz eléctrica, servicio sanitario, depósitos de agua, etcétera.



Tipo de refugio antiaéreo para uso de transeúntes. Los paredes de concreto, de cinco pies de espesor, y su forma especial, le confieren una notable resistencia contra las bombas. Posee bancos y camas, y tiene cabida para 4 ó 5 personas.

Los proyectos de refugios presentados se han dividido en cuatro tipos según su uso, y en dos grupos de acuerdo a su ubicación.

Los cuatro tipos son éstos: públicos, para uso de los transeúntes; privados, para casas particulares; colectivos, para casas de departamentos, negocios, cinematógrafos, y ciertos barrios obreros, y de campo, para uso de los campesinos y familias que viven en los pueblos cercanos a las ciudades. Los dos grupos son: subterráneos y a nivel.

En su mayoría, cuentan con instalaciones de luz eléctrica, depósitos de agua y depósitos de víveres.

La disposición de los asientos, camas, instalaciones sanitarias, etc., ha sido objeto de estudios especiales, siendo las ratas una de las principales preocupaciones, ya que la experiencia de estos últimos meses ha descubierto la realidad del peligro que significan esos roedores.

Esas grandes ratas, que no temen a los gatos, aparecen en todas partes, pasando por encima de los cuerpos que reposan, hundiéndolo y devorándolo todo. No hay alimento que esté seguro donde se presentan, y alguna vez se ha dado también el caso de personas o niños que resultaron mordidos por ellas. Como elemento adicional se ha contemplado también la posibilidad de refaccionar en parte los edificios ya construidos, para dotarlos de mayor resistencia y protección. Una gruesa capa de material aislador e incombustible es colocada directamente bajo el techo, se agregan depósitos de agua y de víveres, y se protegen las entradas. Además, en las casas de varios pisos, se refuerzan los cinco superiores, con lo cual quedan convertidas automáticamente en refugios más o menos seguros.

En el campo, el problema ha sido resuelto con la construcción de garajes en forma de refugios amplios y seguros, alejados de la casa principal, para que puedan ser utilizados aunque ésta sea completamente destruida.

En resumen, toda una nueva ciencia de la construcción, con sus investigadores de laboratorio, sus propagandistas, sus teóricos, sus ingenieros especializados y sobre todo, con quienes obtienen la dura experiencia diaria en las ciudades de Europa. ♦

Hay que cuidar esa
TOS



Detrás de ella acecha la bronquitis o algo peor. Al primer acceso tome el **JARABE GABA**, que impedirá el avance del mal. Desde las primeras cucharaditas, sentirá alivio.

LAS PASTILLAS GABA protegen las vías respiratorias, desinfectanlas, refrescándolas.



Gaba

PASTILLAS
Y JARABE

**FORME
SU
PORVENIR**

Enseñamos por Correo:

Radio

Autos

Sastre

Modista

Dibujo

Ortografía

Caligrafía

Electricista

Tenedor

de Libros

Aritmética

Taquígrafo

¡Aproveche su tiempo libre! Estudie por correo una profesión en estas Escuelas, fundadas en 1915. Envíenos este cupón y recibirá informes muy interesantes. Otorgamos Diplomas.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

695, Av. Montes de Oca, 695 - Buenos Aires

Nombre.....

Dirección.....

Localidad (6).....



COLOMBIA

LA FAMOSA NOVELA DE

Prospero Mérimée

TAPA E ILUSTRACIONES
DE BERNABO

SON hoy muchos los turistas que, ante la insistente admiración con que proclaman la belleza los viajeros entusiastas, han adoptado la norma de conceptuarlo todo mal. A esta clase de turistas pertenecía miss Lydia Nevil, hija única del coronel sir Thomas Nevil, irlandés, que, a la sazón, año de 181..., se hallaba hospedada, junto con su padre, desde los primeros días de octubre, en el hotel Beauveau, en Marsella, de regreso de un viaje por Italia.

En efecto, la hija del distinguido oficial del ejército británico era una viajera muy descontentadiza. *La Transfiguración* le había parecido mediocre; el Vesuvio en erupción, apenas superior a las chimeneas de las fábricas de Birmingham. En suma, su mayor objeción contra Italia radicaba en que este país carecía de color local, de carácter. Explique quien pueda el sentido de esas palabras, que, si bien me era perfectamente comprensible hace algunos años, hoy ya no lo entiendo. En primer término, miss Lydia había alardeado de encontrar al otro lado de los Alpes cosas que nadie viera antes que ella, y de las que podría hablar *con las buenas gentes*, al decir de M. Jourdain. Pero prontamente, precedida en todas partes por sus compatriotas y desesperanzada de encontrar nada desconocido, se lanzó al partido de la oposición. En efecto, es muy desagradable no poder hablar de las maravillas de Italia sin que alguien nos diga: "Conocerá usted, sin duda, el famoso Rafael del palacio **", en ***. Es lo más hermoso de Italia", y que sea esto justamente lo que se haya dejado de ver. Como el verlo todo requiere demasiado tiempo, lo más sencillo es condenarlo todo sistemáticamente.

Miss Lydia tuvo, en el hotel Beauveau, una amarga decepción. Traía ella un bonito croquis de la puerta pelásgica o ciclópea de Segui, que creía olvidada por los dibujantes. Ahora bien: lady Frances Fenwich, con quien se encontró en Marsella, le mostró su álbum, en el que, entre un verso



o una flor seca, figuraba la dichosa puerta, vigorosamente iluminada con tierra de Siena. Miss Lydia regaló la puerta de Segui a su doncella y perdió toda estima a las construcciones pelágicas.

El coronel Nevil compartía tan lamentables disposiciones, quien des de la muerte de su esposa no veía las cosas por otros ojos que las de miss Lydia. Para él, Italia había cometido la gravísima falta de disgustar a su hija, y era, en consecuencia, el país más desagradable del mundo. Verdad es que nada tenía que decir contra los cuadros y las estatuas; pero, como se podía afirmar, que la caza no abundaba en aquel país y que era necesario andar diez leguas bajo un sol de fuego por la campiña de Roma para matar unas cuantas escuálidas perdices.

Al siguiente día de su llegada a Marsella invitó a comer al capitán Ellis, su antiguo ayudante, que acababa de pasar seis semanas en Córcega. El capitán contó de modo muy pintoresco a miss Lydia una historia de bandidos que tenía la virtud de no parecerse en nada a las historias de ladrones que tan a menudo había escuchado ella en el camino de Roma a Nápoles. A los postres, solos los dos hombres ante unas botellas de vino de Burdeos, hablaron de caza, y el coronel se enteró de que no hay país en que exista más ni sea mejor y más variada que en Córcega. "Allí se ven abundantes jabalíes", dijo el capitán Ellis —, y es necesario saber distinguirlo de los cerdos domésticos, que se les parecen de una manera asombrosa, porque el que mate, a unos cerdos tiene que entenderse, luego, con sus guardianes, quienes, surgiendo de una especie de matorral que llaman *maquis*, armados hasta los dientes, exigen el pago de los animales y se burlan de uno. También hay allí el muflón, especie de camero salvaje, un animal muy raro que no se encuentra en otros sitios; buena pieza de caza, pero difícil; ciervos, gamos, faisanes, perdices: no es posible detallar todos los géneros de caza que abundan en Córcega. Si le gusta a usted tirar, vaya a Córcega, mi coronel; allí, como decía un amigo mío, podrá usted tirar sobre todas las piezas existentes, desde la codorniz hasta el hombre".

A la hora del té el capitán volvió a cautivar a miss Lydia con la narración de un hecho de *vendetta*, aun más entretenida que la historia de bandidos, y acabó de entusiasmarla con Córcega al describirle el raro y agreste aspecto del país y el carácter original de sus habitantes, con su hospitalidad y costumbres primitivas. En suma, puso en manos de la joven un lindo puñalito, menos notable por su forma y su mango de cobre que por su origen. Un bandido célebre se lo había entregado al capitán Ellis, con la garantía de haber penetrado en cuatro cuerpos humanos. Miss Lydia lo guardó en su cinturón, lo puso más tarde en su mesita de noche y lo desvainó dos veces antes de dormirse. Por su parte, el coronel soñó que matara un cerdo o un muflón, y que el propietario lo obligaba a pagárselo, en lo que consentía de buen grado por tratarse de un animal muy curioso, que se parecía a un jabalí, con astas de ciervo y cola de faisán. Realmente, sir Thomas no recordaba bien qué fuera lo que matara en sueños.

—Ellis cuenta que hay una caza admirable en Córcega —, dijo el coronel al almorzar a solas con su hija —; si no estuviera tan distante me agradaría pasar allí ocho días.

—Pues bien — replicó miss Lydia —, vayamos a Córcega. Mientras tú cazas yo dibujaré; me gustaría mucho tener en mi álbum esa gruta de que ha hablado el capitán Ellis, a la que Napoleón iba a estudiar en su niñez.

Quizá era aquella la primera vez que un deseo manifestado por el coronel hubiese obtenido la aprobación de su hija. Encantado ante tan inesperada nueva, ruvo, sin embargo, el buen sentido de hacer algunas objeciones para acuciar aún más el afortunado capricho de miss Lydia. En vano habló él de la asperza de la isla y de sus dificultades para el viaje de una mujer: de nada tenía ella miedo; lo que más le gustaba era viajar a caballo; dormir al aire libre era su delicia; amenazó con ir al Asia Menor. Tenía, en fin, respuesta para todo; jamás había estado en Córcega una inglesa: debía, por lo tanto, ir ella. ¡Y qué dicha la suya al enseñar su álbum cuando regresara a Saint-James-Place!

—¿Qué representa ese dibujo tan original, querida Lydia?

—¡Oh! Nada de particular. Es un apunte que tracé de un célebre bandido corso que nos sirvió de guía.

—¿Cómo! ¿Estuvo usted en Córcega?...

Por no existir aún líneas de vapores entre Francia y Córcega, hubo que averiguar si había algún velero pronto a zarpar para la isla que miss Lydia se proponía descubrir. Aquel mismo día sir Thomas escribió a París para que dispusieran de las habitaciones que había hecho reservar y habló con el patrón de una goleta corsa que iba a salir para Ajaccio. Tenía, justamente, dos camareros. Embarcáronse provisiones; el patrón aseguró que un viejo marinero suyo era un gran cocinero, que no tenía rival para la *bouillabaisse*; afirmó que la señorita iría bien y que tendrían buen tiempo y mar calma.

De acuerdo a los deseos de su hija, el coronel estableció, además, que el patrón no admitiría ningún pasajero y que trataría por todos los medios de que la goleta fuera costeano la isla, a fin de poder admirar desde cerca el verdor de las laderas de sus montañas.

La mañana del día señalado para salir, ya se hallaba todo embalsado y embarcado; la goleta levaría anclas con la brisa de la tarde.

Mientras tanto no llegaba la hora, el coronel paseaba con su hija por la Canebière, cuando se le aproximó el patrón diciéndole púsimos para tomar a bordo a uno de sus parientes, es decir, a un primo segundo del padrino de su hijo mayor, el cual, de regreso a Córcega, su país natal, llamado por apremiantes asuntos, no encontraba otra embarcación que lo llevase.

—Es un gran muchacho — añadió el capitán Matei —, militar, oficial de cazadores de infantería de la guardia, y que a estas horas sería ya coronel si el Otro fuese aún emperador.

—Puede que es un militar... — dijo el coronel.

—¡A agregar: "Consiento complido en que venga con nosotros..." —, pero miss Lydia exclamó en inglés:

—"¡O, oficial de infantería!... en que mi padre había servido en caballería despreciaba todas las otras armas — ¡un hombre ordinario tal vez, que se mareará y nos echará a perder todo el encanto de la travesía!"

El patrón de la goleta no entendía nada en inglés; pero pareció comprender lo que decía miss Lydia en el gesticillo de su linda boca, y aventuró un cumplido elogio de su pariente; terminó asegurando que era un hombre muy distinguido, de una familia de *cabos*, v. que no molestaría en nada al señor coronel, porque él se encargaba de alojarle en un rincón donde apenas si lo verían en todo el viaje.

A miss Nevil y al coronel les pareció raro que hubiese en Córcega familias en que se transmitiera el grado de padre a hijo la graduación en que el cabo se comportaba como imaginaba que se trataba de un cabo de infantería, dedujeron que el mencionado sujeto sería algún pobre diablo a quien el patrón quería llevar de caridad. Si se hubiera tratado de un oficial, ya la cosa cambiaba, pues habría que hablarle, convivir con él; pero con un cabo no hay que molestarle: es un ser sin importancia cuando no le acompaña su escuadra, con la bonaventa calada, para llevarle a uno adonde no tiene ninguna gana de concurrir.

—Se narea su pariente? — preguntó miss Nevil en tono seco.

—¡Jamás, señorita; su cabeza es tan firme como una roca, lo mismo en la mar que en la tierra.

—Pues bien, puede usted traerlo — dijo ella.

—Puede usted traerlo — repitió el coronel.

Y continuaron su paseo.

Aproximadamente a las cinco el capitán Matei fue a buscarlos para embarcar en la goleta. En el puerto, cerca de la chalana del capitán, encontraron a un joven enfundado en una levita azul abotornada hasta la barbilla, de atezado rostro, ojos negros y vivaces y aspecto franco e inteligente. En sus actitudes y en su bigotillo rizado adivinábanse fácilmente al militar, porque en aquella época los bigotes no abundaban por las calles, y la guardia nacional todavía no había introducido en todas las familias las maneras y los hábitos del cuerpo de guardia.

El joven militar se descubrió al ver al coronel y, sin timidez y con desenvoltura, le dio las gracias por el favor que le otorgaba.

—Me alegro de haberte sido útil, muchacho — le dijo el coronel haciéndole un signo afectuoso con la cabeza.

Y embarcó en la chalana.

—Es francote el inglés — dijo en voz baja y en italiano el joven al patrón.

Este se llevó el índice al ojo izquierdo e hizo un gesto con la boca, a la cual quería expresar, para quien entendía el lenguaje de los signos, que el inglés quizá comprendería el italiano y que era un hombre raro. El joven insinuó una sonrisa y se tocó la frente, en respuesta al signo de Matei, como para decirle que todos los ingleses son algo chiflados. Después se sentó al lado del patrón y púsose a mirar con suma atención, pero sin impertinencia, a su bonita compañera de travesía.

—Tienen buen aspecto estos soldados franceses — dijo en inglés el coronel a su hija —. Así llegran fácilmente a oficiales.

Dicho esto interplot en francés al joven:

—Oígame, muchacho, ¿en qué regimiento ha servido?

El joven dió un codazo a su pariente y, conteniendo una sonrisa irónica, contestó que había pertenecido a los cazadores de infantería de la guardia y que actualmente procedía del 70 ligero.

—Ha estado usted por ventura en Waterloo? Me parece usted muy joven para eso.

—Perdone usted, mi coronel. Ha sido mi única campaña.

—Vale por dos — dijo sir Thomas.

El joven corso se mordió los labios.

—Papá — expresó miss Lydia en inglés —, pregúntale si los corsos quieren mucho a Napoleón.

Antes de que el coronel hubiera traducido la pregunta al francés, el joven contestó en bastante buen inglés, aunque con acento diferente.

—No ignora usted, señorite, que nadie es profeta en su tierra. Nosotros los paisanos de Bonaparte le queremos tal vez menos que los

franceses. En lo que a mí respecta, aunque mi familia fué en otro tiempo enemiga de la suya, le quiero y le admiro muchísimo.

—¡Habla usted inglés! — exclamó el coronel.

—¡Muy mal, como usted puede ver.

Aunque un tanto incoherente por la desenvoltura y el tono abierto de aquel joven, miss Lydia no pudo menos que sentirse al pensar en una enemistad personal entre un cabo y un emperador. Lo consideró como una de las tantas singularidades de Córcega y se prometió anotar el rasgo en su Diario.

—¿Estuvo usted quizá prisionero en Inglaterra? — preguntó sir Thomas.

—No, mi coronel. Aprendí el inglés en Francia, con un prisionero de la nación de usted, siendo yo muy joven.

Después, dirigiéndose a miss Nevil:

—Marte me informó que viene usted de Italia. Con seguridad, hablé usted el toscano puro. Temo, señorita, que le sea a usted algo difícil comprender nuestro dialecto.

—Mi hija entiende todos los dialectos italianos — respondió el coronel —; tiene el don de lenguas. No le ocurre lo que a mí.

—¿Comprenderá usted, señorita, por ejemplo, estos versos de una de nuestras canciones corsas? Es un pastor que le dice a su novia la pastora:

*"Si yo entrase en el paraíso santo, santo,
y no te encontrara allí, saldría de él".*

Miss Lydia entendió, y, pareciéndole la estrofa audaz, y más aun la mirada que la acompañaba, respondió entrojándose: Comprendo.

—¿Y va usted a su país en goce de licencia? — preguntó sir Nevil.

—No, mi coronel. Me han "retirado", probablemente porque estuve en Waterloo y soy compatriota de Napoleón. Vuelvo a mi casa, ligero de esperanzas, ligero de bolsillo, como reza una vieja romanza.

Y suspiró mirando al cielo.

El coronel se llevó la mano al bolsillo, y, dando vueltas entre los dedos a una moneda de oro, buscó una frase para deslizarla delicadamente en la mano del infortunado corso.

—También yo estoy retirado — dijo en tono de buen humor —; pero con la paga de usted no tendrá para comprarse tabaco. Tome esto, cabo.

Y trató de meter la moneda de oro en la mano que apoyaba el joven sobre el candel de la chalana.

El corso se puso rojo como la grana, se irguió, mordióse los labios y pareció dispuesto a responder brusco, cuando, de súbito, cambiando de expresión, se echó a reír. Sir Thomas, con su moneda en la mano, se quedó anonadado.

—Coronel — dijo el joven recobrando su seriedad —, permítame que le haga dos advertencias. La primera es que no ofrezca jamás dinero a un corso, porque algunos de mis compatriotas son lo bastante descorteses para tirársela a la cara; la segunda es que no dé a las personas títulos que no reclaman. Me ha llamado usted cabo y soy teniente. Aunque la diferencia no es mucha, pero...

—¡Teniente! — exclamó sir Thomas —, ¡teniente! Pues el patrón me informó que era usted cabo, así como el padre de usted y todos los hombres de su familia.

El joven, al oír esto, volvió a reír a carcajadas, y con tanto regocijo, que el patrón y sus dos marineros le hicieron coro.

—Perdón, coronel — dijo al fin el corso —; pero el motivo, que ahora comprendo, es divertidísimo. En efecto, mi familia se vanagloria de contar varios cabos entre sus antepasados; pero nuestros cabos corso jamás han tenido galones en sus bocamangas. Por el año de gracia de 1100, habiéndose alzado algunos municipios contra la tiranía de los grandes señores montañeses, se eligieron jefes, a los que llamaron cabos. En nuestra isla consideramos como honor el descender de tales especies de tribunos.

—Perdóneme, caballero — exclamó el coronel —; le suplico que me perdone. Ya que ha comprendido usted el motivo de mi equivocación, espero que se servirá excusarlo.

Y le tendió la mano.

—Es el justo castigo a mi pequeña vanidad, coronel — dijo el joven sin cesar de reír y estrechando fuertemente la mano de sir Thomas —. No tengo que excusarle de nada. Pero puesto que mi amigo Marte me ha presentado tan mal, permítame ahora que lo haga yo mismo: mi nombre es Orso Della Rebbia, soy teniente de reemplazo, y si, como presumo al ver esos dos hermosos perros, va usted a Córcega para cazar, me complacerá grandemente el hacérselo los honores de nuestros bosques y nuestras montañas... Si es que no los he olvidado — agregó suspirando.

La chalana llegaba en aquel momento a la goleta. El teniente ofreció la mano a miss Lydia y ayudó luego al coronel a subir a bordo. Una vez allí, sir Thomas, que seguía muy contrariado por su equivocación y no sabía qué hacer para que olvidase la impertinencia un hombre que databa del año 1100, le invitó a cenar, sin esperar la anuencia de su hija, reiterándole sus excusas y sus apretones de mano. Miss Lydia frunció algo el entrecejo, pero, después de todo, no le desagradaba saber que no era un cabo aquel joven; no le ha-



Mate SALUS Té de la Patria

SALUS, alimento vivo, vegetal fresco, rico en vitaminas y en esencias solubles, en mate cebado dulce o amargo, o en té mate solo o con leche, es infusión sabrosa y fragante, que repone las energías, apaga la sed y suprime la fatiga.

SALUS, yerba de la Patria, es la savia valiente y generosa que desde la época de la Independencia contribuye al vigor y a la pujanza varonil de nuestro pueblo, valiente, sobrio y sano.

¡El té mate **SALUS** es nuestro té: el té de la Patria, el té de América!

YERBA

SALUS

MACKINNON & COELHO LTDA.
COMPAÑIA YERBATERA S. A.

Victoria 2666

Buenos Aires

Evidencia



—Bueno, Jasper. ¿Has hecho el inventario de mi bodega?

—Sí..., sí, señor. Completamente.

bía resultado antipático; hasta empezaba a encontrarle cierto aire aristocrático; sin embargo, le parecía demasiado franco y demasiado alegre para un héroe de novela.

—Teniente Della Rebbia —dijo el coronel saludándole a la manera inglesa, con un vaso de vino de Madera en la mano—, vi en España a muchos de los compañeros de usted; eran unos tiradores muy diestros.

—Sí, muchos se quedaron en España —replicó el teniente con expresión seria—.

—Jamás olvidaré la conducta de un batallón corso en la batalla de Vitoria, en las Vascongadas —prosiguió el coronel—. Eso me lo recuerda —añadió frotándose el pecho—. Durante todo el día los tiradores aquellos, diseminados, nos estuvieron acbrillando desde las tapias de los jardines; nos mataron muchos hombres y caballos. Acordada la retirada, se reunieron y pusieron a marchar de prisa. Nosotros aguardábamos tomar el desquite en la llanura; pero los bruhones... perdone, teniente... aquellos bravos, digo, formaron el cuadro y no había posibilidad de romperlo. En el centro del cuadro, un caballo negro, había un oficial sobre un caballo negro; estaba al lado del águila, fumando un cigarro, igual que si estuviera en el café. A veces, como para desafiarnos, tocaba la música... Lanzó contra ellos más dos primeros escudrones... En lugar de atacar el frente del cuadro, mis dragones pasan de lado, dan después media vuelta, y regresan muy en desorden con más de un caballo sin inerte... ¡Y siempre la endiablada música! Tan pronto dispuso el humo que envolvía el batallón voló; a ver al oficial al lado del águila y fumando su cigarro. Enfurecido, me puse yo a la cabeza de una última carga. Sus fusiles, engrasados a fuerza de tirar, no disparaban ya, pero los soldados, en seis filas y con las bayonetas a la altura de las narices de sus caballos, parecían formar un muro. Yo gritaba, alentaba a mis dragones, espoleaba a mi cabalgadura, cuando el oficial de que hablo, definiendo al fin su cigarro, se dirigió a uno de sus hombres, señalándole con la mano le dijo: *«Al capello bianco»*. Llevaba yo un penacho blanco. No oí más, porque un proyectil me atravesó el pecho. Era un magnífico batallón, señor Della

Rebbia; el primero del 18 ligero, todos corsos, según supe después.

—Si —dijo Orso, cuyos ojos se habían iluminado durante aquel relato—, Socarrón, la retirada y trajeron su águila; pero los dos tercios de aquellos bravos duermen hoy el sueño eterno en los valles de Vitoria.

—¿Sabría usted por ventura el nombre del jefe que los mandaba?

—Era mi padre, mayor en esa fecha en el 18.º Fue promovido a coronel por su comportamiento en aquella jornada de triste recordación.

—Su padre? Por mi honor que era un valiente. Celebraría volverle a ver; estoy seguro de que lo reconocerá. ¡Vive aún?

—No, coronel —dijo el joven palideciendo ligeramente—.

—¿Luchó en Waterloo?

—Sí, mi coronel; pero no tuvo la suerte de caer en el campo de batalla... Murió en Córcega... hace dos años... ¡Qué hermoso mar! Diez años hace que no he visto el Mediterráneo. ¡No le parece a usted más hermoso el Mediterráneo que el océano, señorita?

—Le encuentro demasiado azul... y las olas carecen de grandiosidad.

—¿Ama la belleza salvaje, señorita? En este caso me aventuro a decirle que le agradará Córcega.

—Mi hija —dijo el coronel— gusta de todo lo que es extraordinario. Por eso no le ha agradado Italia.

—Sólo Pisa conozco de Italia —dijo Orso—, donde estuve algún tiempo en el colegio; pero me puedo pensar sin admiración en el Camposanto, en el Duomo, en la Torre inclinada... sobre todo en el Camposanto. ¡Recuerdan ustedes la Muerte, de Orcaña?... Creo que podría dibujarla, por lo grabada que la tengo en la memoria.

Miss Lydia temió que el señor teniente se enferrascara en una charla interminable, y dijo, bostezando:

—Es muy bonito. Perdona, papá; tengo un poco de jaqueca y voy a bajar a mi camarote. Buenas noches. En la frente, saludó respetuosamente con la cabeza a Orso y desapareció. Los dos hombres se engolfaron entonces en relatos de carcerías y de guerras.

Se enteraron de que en Waterloo estuvieron frente a frente y que debieron de cambiar bastantes disparos. Con esto aumentó su simpatía. Criticaron alternativamente a Napoleón, a Wellington y a Blücher; después cazaron juntos el gamo, el jabalí y el muflón. Por último, el viento corrió la noche y terminada la última botella de vino de Burdeos, el coronel tendió de nuevo su mano al teniente y le dio las buenas noches, expresando la esperanza de que aquel conocimiento, comenzado de modo tan ridículo, se acentuase y fuesen buenos amigos. Después de estas palabras, ambos se fueron a acostar.

III

La noche era hermosa; sobre las aguas espejaban los rayos de la luna; el velero se deslizaba suavemente, impelido por una ligera brisa. Miss Lydia no tenía deseos de dormir, y sólo la presencia de un extraño le había impedido gustar de las emociones que en el mar y al reflejo de la luna experimenta todo ser humano dotado de un poco de sensibilidad. Cuando creyó que el teniente estaría ya durmiendo a pierna suelta, como un ser vulgar que cra, se levantó, echóse un abrigo sobre los hombros, despertó a su doncella y subió a cubierta. Allí sólo había un marinero en el timón, que estaba cantando una especie de romanza en dialecto corso, de sonoración ruda y monótona. En la tranquilidad de la noche, aquella cantilena extraña tenía mucho encanto. Desgraciadamente, miss Lydia no comprendía bien lo que cantaba el marinero. Entre muchos lugares comunes, un verso enérgico excitaba su curiosidad; pero a continuación, en el momento más interesante, brotaban unas

palabras regionales cuyo significado no entendía. Sin embargo, comprendió que se aludía a un asesinato. Imprecaciones contra los asesinos, propósitos de venganza, luto al muerto; todo esto se escuchaba confusamente. De pronto el cantor emudeció.

—¿Por qué no sigue usted? —le preguntó miss Nevil.

El marinero, con un movimiento de cabeza, le mostró una figura que salía de un rincón de la goleta: era Orso, que se apresaba a disfrutar de la placidez de la noche.

—Concluya su canción —dijo miss Lydia—. Me estaba gustando muchísimo.

El marinero se inclinó hacia ella y le contestó en voz baja:

—Yo no doy el *rimbecco* a nadie.

—¿Cómo? ¿El qué...?

El marinero no respondió y comenzó a silbar.

—Veo que está usted admirando nuestro Mediterráneo, miss Nevil —dijo Orso aproximándose—. Admita que en ninguna otra parte se ve una luna tan hermosa como ésta.

—No la miraba. Estaba entretenida en estudiar el corso. Este marinero, que cantaba una romanza de las más trágicas, dejó de hacerlo en lo más interesante.

El marinero se inclinó como para examinar bien la brúla y dió un tirón al abrigo de la joven. Era evidente que su canción no podía ser cantada delante del teniente Orso.

—¿Qué es lo que entonabas, Paolo Francé? —preguntó Orso—: ¿una balada o una neolopea? La señorita te comprende y quisiera oír el final.

—Lo he olvidado, Orso Anron —contestó el marinero.

Y comenzó a entonar a viva voz un cántico litúrgico.

Miss Lydia escuchó el cántico distraída y no estimuló al cantor, prometiéndose, no obstante, averiguar el significado del enigma. Pero la doncella, una fiorentina que tampoco comprendía bien el dialecto corso, sintió idéntica curiosidad que su señorita, y, antes de que ésta pudiera advertirle con un codazo su indiscreción, preguntó de este modo:

—¿Qué quiere decir *dar el rimbecco*, señor capitán?

—El *rimbecco*! —exclamó Orso—: pues inferir a un corso la más cruel injuria; es echarle en cara el no haberse vengado. ¿Quién ha hablado de *rimbecco*?

—El patrón de la goleta —se apresuró a intervenir miss Lydia —pronunció ayer en Marsella esa palabra.

—¿Y de quién hablaba? —inquirió Orso ansiosamente.

—No... relataba una antigua historia... de tiempos de...; sí, creo que era a propósito de Vannina de Druano.

—Me imagino, señorita, que la muerte de Vannina no le habrá impulsado a pensar con simpatía en nuestro héroe, el valeroso Sampiero.

—Pero a usted le parece heroico semejante acto?

—Su crimen tuvo por excusa las bárbaras costumbres de la época; además, no hay que olvidar que Sampiero hacía una guerra a muerte a los genoveses. ¿Qué confianza hubieran podido tener en él sus compatriotas si no hubiese castigado a el que pretendía tratar con Génova?

—Vannina —dijo el marinero —se marchó sin autorización de su marido. Sampiero hizo bien en retenerle el pescuezo.

—Pero —dijo miss Lydia —ella lo hacía para salvar a su esposo; iba a pedir el indulto de éste los genoveses por el amor que sentía por él.

—¿Pedir su indulto era envilecerle! —exclamó Orso.

—¿Y matarla él mismo! —agregó miss Nevil—. Debía de ser un verdadero monstruo.

—Usted no sabe que fue ella quien le pidió

como una gracia el morir a sus manos. Y ahora dígame una cosa, señorita, ¿considera usted también como un monstruo a Otelio?

—Es muy distinto. Otelio estaba celoso; Sampedro sólo tenía vanidad.

—¿Y los celos no son también una vanidad? Son la vanidad del amor. ¿Le excusaría usted por ese motivo?

Miss Lydia lo miró con cierta dignidad y, dirigiéndose al marinero, le preguntó cuándo arribarían al puerto.

—Pasado mañana, si prosigue soplando este viento —contestó el interpelado.

—Quisiera hallarme ya en Ajaccio, porque estoy harta de barco.

Dichas estas palabras, miss Lydia se levantó, tomó del brazo a su doncella y dió unos cuantos pasos por la cubierta. Orso permaneció junto al timón, sin saber si debía pelear con la joven o, por el contrario, cortar una conversación que parecía no ser de su agrado.

—¡Hermosa muchacha, por la sangre de la Madona! —dijo el marinero—. Si todas las tormentas del Mediterráneo se le pareciesen no me quejaría de que me sorprendieran en medio del mar.

Miss Lydia oyó tal vez aquel ingenuo elogio de su belleza y se molestó, porque casi de inmediato bajó a su camarote. Poco después se retiró a su vez Orso. La doncella volvió a cubierta, y, luego de someter a un interrogatorio al marinero, llevó a su señorita la información siguiente: la balada interrumpida por la presencia de Orso fué compuesta con motivo de la muerte del coronel Della Rebbia, padre del mismo, asesinado hacia dos años. El marinero tenía casi la certeza de que Orso volvía a Córcega para hacer la venganza —tal fué su expresión—, y afirmaba que antes de poco correría sangre en el pueblo de Pietraru. La cual quería decir que el señor Orso se proponía asesinar a dos o tres individuos sospechosos de haber dado muerte al coronel, los cuales, desde luego, fueron procesados por tal causa, pero como tenían en su favor a jueces, abogados, prefectos y gendarmes, resultaron inocentes.

—No hay justicia en Córcega —añadió el marinero—, y yo me fio más de una buena escopeta que de un magistrado de la Audiencia. Cuando se tiene un enemigo, preciso es elegir entre las tres eses: *schicopetta, milette, strada*; (escopeta, puñal, huida).

Estos interesantes informes cambiaron de una manera notable los sentimientos y maneras de miss Lydia con respecto al teniente Della Rebbia, quien desde aquel momento se había convertido en un personaje de leyenda a los ojos de la joven inglesa. Ahora aquel aire de desenfado, aquel tono de franqueza y de buen humor, que empezaron por prevenirla desfavorablemente, se convertían para la novelesca hija de sir Thomas en un mérito más, porque constituían el profundo disimulo de un alma enérgica que no deja traslucir los sentimientos que guarda.

Orso le pareció una especie de Tiescio, personaje de Schiller, ocultador de vastos desvaríos bajo una apariencia de ligereza, y aunque sea menos bello matar a unos asesinos que liberar a la patria, una venganza justa es, no obstante, bella; y además a las mujeres les gusta que un hombre sea hombre político. Entonces fué cuando observó miss Nevil que el joven teniente tenía ojos grandes y vivaces, blancos dientes, arrogante apostura, educación y cierto roce social. Al siguiente día le habló a menudo, y su conversación le agradó. Interrogóle acerca de su isla, de la que había él discretamente. Córcega, de donde saliera de muy joven, primero para ir a un colegio y después para la escuela militar, había quedado en su espíritu grabada con poéticos recuerdos. Al hablar de ella, de sus montañas, de sus bosques, de las originales costumbres de sus habitantes, se animaba. Como es de imaginar, la palabra venganza surgió más de una vez en

DEJE LA CUCHARA Y EL FRASCO!

AHORa se toma Leche de Magnesía CONDENSADA, en las

"TABLETAS LEGNESIA"

que reúnen todas las propiedades de la Leche de Magnesía, no alterándose con los cambios de temperatura, permitiendo una dosificación uniforme y exacta. Se indican como laxante suave y como antiácido, contra pesadez, flatulencia, estreñimiento, acidez y ardor de estómago, provocados por hiperacidéz gástrica o trastornos disépticos. Corrigen la acidez bucal, evitando el mal aliento. Cada TABLETA "LEGNESIA" CONTIENE UNA CUCHARADITA DE LECHE DE MAGNESIA EN FORMA CONDENSADA.



30 TABLETAS

\$ 0.70

en las Farmacias.
Representan una buena economía.



¡NO ABANDONE LOS CATARROS!

Mucha gente no presta atención a sus catarros, exponiéndose a las peligrosas consecuencias que pueden derivar de un catarro abandonado.

El catarro se combate fácilmente tomando al tiempo de acostarse una cucharada del Jarabe de Bronquialina Ruxell, seguida de una infusión o ponche bien caliente. Otras cucharadas más durante el día complementan el tratamiento, salvo opinión contraria de su médico.

El Jarabe de Bronquialina Ruxell, cuya fórmula ha sido mejorada, constituye un tratamiento agradable, libre de acción secundaria y de efecto benéfico en casos de catarros crónicos o rebeldes.

Indicado también tanto para adultos como para niños.

JARABE DE
BRONQUIALINA RUXELL

LOS DOS HERMANITOS

METAMORFOSIS

Por TIM



sus relatos, porque no se puede hablar de los coros sin ensayar o sin justificar su pasión característica. Miss Nevil se sintió algo sorprendida al oír que Orso condenaba de una manera general los interminables odios de sus compatriotas. Pretendía excusar, no obstante, a los campesinos, diciendo que la *vendetta* es el duelo de los pobres. «Tan cierto es esto —dijo—, que no se asesina sino previo un desafío en regla: «Guardate, yo me guardo», tales son las palabras sacramentales que cambian dos enemigos antes de que ambos se tiendan emboscadas mortales. Hay más asesinatos entre nosotros —agregó— que en ninguna otra parte; pero usted nunca hallará un motivo inoble en esos crímenes. Verdad es que tenemos muchos homicidas, pero ni un ladrón.»

Al pronunciar las palabras venganza y asesinato, miss Lydia le miraba atentamente, pero no descubrió en él el menor signo de emoción. Como había decidido que el teniente tenía la fuerza de alma necesaria para hacerse impensable a todos los ojos, excepto a los de ella, continuó creyendo firmemente que el coronel Della Rebbia no esperaba mucho tiempo la satisfacción de sentirse vengado.

La goleta ya estaba a la vista de Córcega. El patrón iba citando los puntos principales de la costa, y miss Lydia, aunque le eran todos completamente desconocidos, experimentaba cierto placer en saber sus nombres. No hay nada más molesto que un paisaje anónimo. A veces el anteojo del coronel descubría algún isleño vestido de paño oscuro, armado con una larga escopeta, montado en un caballo y galopando por pronunciadas colinas. Miss Lydia creía ver en cada uno a un bandido, o bien a un hijo que iba a vengar la muerte de su padre; pero Orso afirmaba que sería algún tranquilo habitante de una aldea vecina que viajaba por sus asuntos; que llevaba arma más por costumbre que por necesidad. Aunque un arma de fuego sea menos noble y menos poética que una blanca, a miss Lydia eso le recordaba que todos los héroes de lord Byron nacen de un balazo y no de la clásica puñalada.

Al tercer día de navegación los viajeros de la goleta avistaron las Sanguinarias, y el magnífico panorama del golfo de Ajaccio se desarrolló ante sus ojos.

Con razón se la compara con la bahía de Nápoles; y cuando la goleta entraba en el puerto aumentó el parecido un *maquis* incendiado, que cubría de denso humo la Punta di Giurato y recordaba al Vesuvio. Para que la semejanza fuese completa se necesitaba que un ejército de Attila fuera a caer sobre los alrededores de Nápoles, porque en torno de Ajaccio todo está muerto y desierto. En vez de los elegantes edificios que por todas partes aparecen desde Castellamare hasta el cabo Miseno, alrededor del golfo de Ajaccio sólo se ven sombríos boscajes, enmarcados por montañas peladas. Ni una casa de campo, ni una vivienda. Tan sólo aquí y allá, en las alturas que rodean la ciudad, algunas construcciones blancas se destacan sobre un fondo verde; son capillas funerarias, mausoleos de familia. Todo es de una belleza grisea y triste en aquel país.

Sobre todo en aquella época el aspecto de la ciudad acrecentaba la impresión producida por la soledad de sus cercanías. Ningún signo de actividad en las calles, donde siempre se encuentra a un reducido número de individuos ociosos. Ninguna mujer, excepto unas cuantas campesinas que acuden a vender sus mercancías. No se oye hablar en voz alta; ni se oye ni cantar, como en las poblaciones italianas. En ocasiones a la sombra de un árbol del paseo hay una docena de campesinos armados: unos juegan a las cartas y otros miran cómo los demás juegan. No gritan, jamás disputan; si el juego se anima, óvense unos pistolazos, que preceden siempre a la amenaza. El corso es grave y silencioso por naturaleza. A la noche aparecen algunas personas para disfrutar del fresco; pero éstas son casi todas extranjeras.

Los isleños se quedan ante sus puertas, diríase que están al acecho como el águila desde las altas rocas.

IV

Miss Lydia visitó la casa en que nació Napoleón y obtuvo en ella, por procedimientos más o menos lícitos, un poco del papel de las paredes, pero a los dos días de haber desembarcado en Córcega se sintió sobrecogida por una profunda tristeza, como es lógico que ocurra a todo extranjero en un país cuyos insoslayables hábitos parecen condenar a un completo aislamiento. Lamentó su capricho, pero marcharse así pronto hubiera sido comprometer su fama de viajera intrépida; resignóse, pues, a tener paciencia y a pasar el tiempo lo mejor posible. Adoptada tal resolución, preparó lápices y colores, hizo apuntes del golfo y trazó el retrato de un campesino muy moreno que vendía melones como un vendedor del continente, pero que tenía una barba blanca y el aspecto de un verdadero gigante. Como esto no era suficiente para divertirla, resolvió flirtear con el descendiente de los esbozos, cosa que no era difícil, porque Orso, lejos de apresurarse a ir a su pueblo, parecía estar muy a gusto en Ajaccio, aunque no viese a nadie. Asimismo, miss Lydia se había propuesto una noble tarea: la de civilizar a aquel oso de las montañas y obligarle a que renunciase a los siniestros propósitos que lo traieran a su isla. Desde que se dignó estudiarle díjose a sí misma que sería una historia de las que, al joven correa a su perdición y que para ella sería motivo de gloria convertir a un corso.

Así que los británicos y el compatriota de Bonaparte pasaban los días de esta manera: por la mañana sir Thomas y Orso iban a *cavay*; miss Lydia pintaba o escribía a sus amigos a fin de poder fechar su cartas en Ajaccio; aproximadamente a las seis los cazadores volaban con los norrales repletos; se comía, miss Lydia cantaba, su padre se adormilaba y los jóvenes charlaban hasta muy tarde la noche.

Un requisito en el pasaporte había obligado al coronel Nevil a hacer una visita al prefecto; éste, que se aburría soberanamente, como la mayoría de sus colegas, se había enterado con gran agrado de la llegada de un inglés rico, hombre de mundo y padre de una hermosa joven; así que le recibió con toda clase de atenciones y le hizo repetidos ofrecimientos de servicios; además, a los pocos días devolvió la visita a sir Thomas. El coronel, que acababa de levantarse de la mesa, estaba cómodamente tendido en un diván y a punto de dormirse; miss Lydia cantaba ante un piano viejo; Orso daba vuelta a las hojas de la partitura y contemplaba los hombros y los rubios cabellos de la inglesa. Anunciaron al señor prefecto; ennuició el piano, el coronel se incorporó y presentó a su hija.

—Al señor Della Rebbia me abstengo de presentarle —dijo al prefecto—, porque supongo que usted le conocerá.

—Es el hijo del coronel Della Rebbia? —preguntó el prefecto, visiblemente turbado.

—El mismo —contestó Orso.

—Tuve el honor de conocer a su señor padre. Las frases circunstanciales de la conversación no tardaron en agotarse. A su pesar, el coronel bostezaba con bastante frecuencia; Orso, en su condición de liberal, no quería hablar a un representante del poder; así que era miss Lydia quien suscitaba la conversación. El prefecto no le dejaba languidecer, y era evidente que le agradaba en extremo hablar de París y de la sociedad con una mujer que conocía a todas las personalidades del gran mundo europeo. De tanto en tanto, sin dejar de hablar, observaba a Orso con verdadera curiosidad.

—Ha sido en el continente donde conoció usted al señor Della Rebbia? —preguntó a miss Lydia.

—En realidad, nuestro conocimiento se efec-

tuó en el barco que nos trajo a la isla — contestó con cierta vacilación.

—Es un joven muy distinguido — dijo el prefecto a media voz—. ¡Le dijo a usted — agregó en tono más bajo aun — con qué propósito vuelve a Córcega?

—No se lo he preguntado. Puede usted interrogarle — respondió miss Lydia con aire majestuoso.

El prefecto guardó silencio; pero momentos después, al oír que Orso dirigía al coronel unas palabras en inglés, le expresó:

—Se conoce que ha viajado usted mucho, señor. Debe de haberse olvidado de Córcega... y de sus costumbres.

—Es cierto; era muy joven cuando se dejó.

—¿Continúa usted en el ejército?

—Me han "dado" el retiro.

—Pero sin duda ha servido usted mucho tiempo en el ejército de Francia para no haber llegado a ser un completo francés.

Pronunció estas últimas palabras con marcado énfasis.

No les agrada mucho a los coros el recordarles que pertenecen a la gran nación. Quieren ser un pueblo aparte, y esta pretensión la justifican bastante bien para que se les otorgue. Orso, un poco molesto replicó:

—Piensa usted, señor prefecto, que para que un corso sea honrado de honor necesita servir en el ejército francés?

—Desde luego que no — dijo el funcionario —; no es ése de ningún modo mi pensamiento. Me refiero tan sólo a ciertas costumbres de este país, algunas de las cuales no son las que una autoridad quisiera ver.

Acentuó la palabra *costumbres* y compuso la más grave expresión que pudiera adopar su rostro. Poco después se levantó y salió, llevándose la promesa de que miss Lydia iría a ver a su esposa a la prefectura.

—Yo necesitaba venir a Córcega para saber lo que es un prefecto. Este me parece bastante agradable — dijo miss Lydia cuando aquél se marchó.

—No diría yo lo mismo — replicó Orso —. Me ha resultado bastante singular su aire enfático y misterioso.

El coronel estaba más que adormecido. Miss Lydia lo miró y, bajando la voz, dijo a Orso: —No encuentro nada tan misterioso como usted pretende, porque creo haber comprendido a qué aludía.

—Realmente es usted muy perspicaz, miss Nevil; pero si ha notado algo ingenioso en lo que acaba de decir es señor, es seguro que se lo ha inspirado su presencia.

—Creo que eso es una frase de Mascarella, señor Della Rebbia; pero, ¿desea que le dé una prueba de mi penetración? Soy algo bruja y sé lo que piensan las personas a las que he visto dos veces.

—Me está asustando. Si suñera usted leer en mi pensamiento no sé si debería alegrarme o, por el contrario, entristecerme.

—No nos conocemos — prosiguió Lydia, ruborizándose — sino desde hace unos días; pero en el mar y en los países bárbaros — espero que me perdonará usted —, en los países bárbaros las amistades se hacen más pronto que en sociedad. —No le llame la atención, pues, que le hablo como a una persona que no me es desconocida y en la que quisiera no debiera mezclarse una persona extraña.

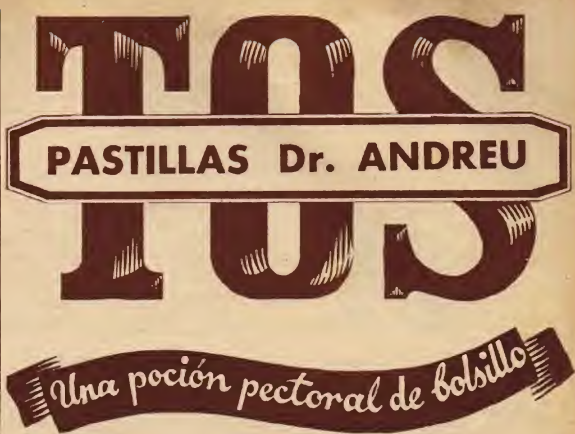
—¡Oh! No pronuncie usted esa palabra, miss Nevil; la otra me agrada muchísimo más.

—Pues bien; he de decirle que, sin haber procurado averiguar sus secretos, me enteré de ellos en parte, y hay algunos que me constan. Sé su desgracia de familia; me han hablado mucho del carácter vengativo de sus compatriotas y de su modo de vengarse... —No es a eso a lo que ha querido referirse el prefecto?

—Puede usted pensar, miss Lydia...?

Y Orso se puso pálido como la muerte.

—No, señor Della Rebbia — dijo ella interrumpiéndole —; sé que es usted un perfecto



caballero. Usted mismo me dijo que en su isla sólo la gente del pueblo conoce la *vendetta*..., a lo que usted calificó como una forma de duelo...

—¿Me creería usted capaz de llegar a ser algún día un asesino?

—Puesto que le hablo de esto, creo que comprenderá bien que no dudo de usted, y si le he hablado — prosiguió ella, bajando los ojos —, es por si al hallarse de nuevo en su país, rodeado quizá de prejuicios bárbaros, le gustara saber que hay alguien que le aprecia por su valor en resistirlos. Vaya — dijo ella levantándose —, no hablemos más de estas cosas tan feas; me causan dolor de cabeza, y además es muy tarde. ¡Le desahogado! Ahora permítame que le dé las buenas noches a la inglesa.

Y le tendió la mano.

Orso la estrechó con aire grave y emocional.

—Señorita — dijo —, sepa usted que hay momentos en que despierta en mí el instinto del país. A veces, cuando pienso en mi pobre padre..., me obsesionan ideas trágicas. Gracias a usted me veo libre de ellas para siempre. ¡Se lo agradezco mucho, miss Lydia!

Iba a continuar; pero la joven dejó caer una cucharilla de té y el ruido despertó al coronel, el cual dijo:

—Teniente Della Rebbia, mañana a las cinco a cazar. Sea puntual.

—Se lo prometo, mi coronel.

V

Al siguiente día, cuando miss Nevil volvía con su doncella de dar un paseo por la orilla del mar, vió a una joven vestida de negro que entraba en la ciudad montada en un caballo de poca alzada, pero vigoroso. Los cazadores todavía no habían vuelto de su excursión. La amazona iba seguida de un individuo con tipo de aldeano, también a caballo, vestido con un chaquetón de paño oscuro con las mangas abiertas por los codos; portaba una calabaza en bandolera, con pistola al cintro, y empuñaba un fusil cuya culata descansaba en un bolso de cuero sujeto al arzón de la silla: en suma, el aspecto de un bandido o melodrama o de burgués corso en viaje. La deslumbrante belleza de la mujer atrajo de inmediato la atención de miss Nevil. Parecía contar veinte años de edad. Era esbelta, blanca, con los ojos de un azul

oscuro, labios rojos y dientes de perlas. En su expresión adivinábase a la vez el orgullo, la inquietud y la tristeza. Llevaba a la cabeza ese vellón de seda negra llamado *mezzaro*, introducido en Córcega por los genoveses, y que tan bien sienta a las mujeres. Largas trenzas de pelo castaño le formaban como un turbante alrededor de la cabeza. Su traje era limpio, pero de suma sencillez.

Miss Nevil tuvo oportunidad de contemplarla detenidamente, porque la dama del *mezzaro* se había parado en la calle para hablar a alguien con mucho interés, como lo demostraba la expresión de sus azules ojos; luego, ante la respuesta que obtuvo, castigó a su caballo, que se lanzó al trote y no paró hasta llegar a la puerta de la hostería en que se albergaban sir Nevil y Orso. Allí, después de cambiar unas palabras con el hostelero, la joven salió agilmente al suelo y fué a sentarse en un banco de piedra junto a la puerta de entrada, mientras que su acompañante conducía los caballos a la cuadra. Miss Lydia pasó con su vestido parisienne ante la extranjera sin que ésta se dignase levantar los ojos. Transcurrido un cuarto de hora, al abrir la ventana, vió que la joven del *mezzaro* continuaba en el mismo sitio e igual actitud. No tardaron en aparecer el coronel y Orso, que volvían de la caza. El hostelero coroneses dijo unas palabras a la joven y le señaló con la mano al teniente Della Rebbia. Entrojécila ella, se levantó con viveza y dió unos pasos hacia adelante; pero de inmediato se detuvo como cohibida. Orso, que se le había aproximado, la miró con evidente curiosidad.

—¿Es usted — preguntó ella con voz conmovida — Orso Antonio della Rebbia? Yo soy Colomba.

—¿Colomba! — exclamó Orso.

Y estrechándola entre sus brazos la besó con toda ternura, lo que no dejó de asombrar al coronel y a su hija, porque en Inglaterra no se besan en la calle.

—Perdóneme, hermano mío — dijo Colomba —, si he venido sin orden tuyo; pero me enteré por amigos nuestros que habías regresado, y era tanto el deseo que tenía de verte.

Orso la volvió a abrazar y luego se dirigió al coronel y le dijo:

—Es mi hermana, a la que no hubiera reconocido si no se hubiera nombrado... Colomba, el coronel sir Thomas Nevil... Sirvase disculparme, mi coronel; pero hoy no podré tener el

No tan grande...



—Toma al pequeño, Enrique.
Al otro no podría darle órdenes.

placer de comer con ustedes...; mi hermana...

—¿Y en dónde diablos quiere comer, entonces... mi querido amigo? —exclamó el coronel—. Bien sabe que es en horrible albergue no hay más que una comida, y ésta es para nosotros. Mi hija tendrá el mayor gusto en que esta señorita honre nuestra mesa con su presencia.

Colomba miró a su hermano, que no se hizo rogar demasiado, y los tres penetraron en la mayor habitación de la posada, que servía al coronel de sala y de comedor. La señorita Della Rebbia, presentada a miss Nevil, le hizo una profunda reverencia, pero no pronunció ni una palabra. Véase que estaba muy colibida y que quizá por primera vez en su vida se encontraba en presencia de extranjeros distinguidos. No obstante no había nada en sus maneras que delatase falta de sociabilidad. En ella lo exótico se acusaba con vivos perfiles. Por eso mismo agradó a miss Nevil, y como no había ningún cuarto disponible en aquella hostería, que el coronel y su acompañamiento habían invadido, miss Lydia llevó su atención o su curiosidad hacia ofrecer su propia habitación a la señorita Della Rebbia para que dispusieran en ella una cama más.

Colomba balbuceó unas palabras de agradecimiento y se apresuró a seguir a la doncella de miss Nevil para proceder a su aseo personal. Al entrar de nuevo a la sala se fijó en las escopetas que los cazadores acababan de poner en un rincón.

—Qué bonitas armas! —dijo—. ¿Son tuyas, Orso?

—No; son las escopetas inglesas del coronel. Son tan buenas como hermosas.

—Me gustaría que tuvieses una semejante —replicó Colomba.

—Pues, realmente, una de estas tres pertenece a Della Rebbia —declaró el coronel—. Se sirve de ellas a la perfección. Hoy, de catorce tiros, obtuvo catorce paves.

A esto siguió una lucha de generosidad, en la que Orso fué vencido, con gran gozo de su hermana, como era fácil advertirlo en la expresión de infantil alegría que brilló de súbito en su cara, hasta enrojecer tan sería.

—Elija usted, amigo mío —dijo el coronel. Orso se negó.

—Estará bien. Entonces elegirá su hermana por usted.

Colomba no aguardó a que se lo repitieran; eligió la menos vistosa de las escopetas, pero

que era una excelente Mantón de grueso calibre.

—Con ésta —dijo— se debe de tirar muy bien.

Su hermana expresaba palabras de agradecimiento, cuando la comida apareció muy oportunamente para sacarle de su turbación. Miss Lydia se alegró mucho al ver que Colomba, que se había resistido algo a sentarse a la mesa, no haciéndolo sino ante un mirada de su hermano, se saniguó, como buena católica, antes de empezar la comida.

—Esto si que es realmente primitivo, se dijo a sí misma.

Y se propuso hacer más de una observación de interés merced a aquella joven representante de las rancias costumbres de Ginebra. Orso estaba algo violento, pues tenía tema de que su hermana dijera o hiciera algo indiscreto. Pero Colomba no dejaba de observarle y amoldaba todos sus movimientos a los de él. A veces le miraba con fijeza y expresión triste, y entonces, si la mirada de Orso se cruzaba con la suya, él era el primero en desviarla, como si quisiera sustraerse a una pregunta que su hermana le dirigía mentalmente y que él comprendía perfectamente. Se hablaba francés, porque el coronel se expresaba muy mal en italiano. Colomba entendía el francés y hasta pronunciaba bastante bien las pocas palabras que se veía obligada a cambiar con aquellos señores.

Concluida la comida, el coronel, que había observado la especie de violencia que reinaba entre los dos hermanos, preguntó con su franqueza habitual a Orso si deseaba hablar a solas con Colomba, ofreciendo en este caso pasar a la habitación inmediata con su hija. Pero Orso se apresuró a darle las gracias y se puso a leer, con emotivo acento, los sublimes tercetos que expresan tan bien el peligro de leer entre dos un libro de amor. A medida que iba leyendo, su hermana Colomba fué acercándose a la mesa, alzando la cabeza, que había tenido baja. Sus dilatadas pupilas brillaban con un fuego extraordinario; enrojecía y palidecía alternativamente; agitábase sin cesar en su asiento. ¡Admirable organismo italiano, que para comprender la poesía no necesita que nadie le demuestre las bellezas de ella!

—¡Qué hermoso es eso! —exclamó Colomba cuando su hermano terminó la lectura—. ¿Quién lo ha compuesto?

Orso, visiblemente afectado, se quedó un poco desconcertado, y miss Lydia contestó sonriendo que era un poeta florentino, muerto varios siglos atrás.

—¿Haré que leas a Dante —dijo Orso—, cuando me hallen en casa.

—¡Qué hermoso es, Dios mío! —repitió Colomba.

Y recitó tres o cuatro estrofas que había retenido, primeramente en voz baja, y después, animándose, las declamó en alta voz, con mayor entonación que la que su hermano les había dado al leerlas.

—Veo que le gusta mucho la poesía. Le envió el placer de que ya usted a disfrutar al leer a Dante por primera vez —le dijo miss Lydia, muy satisfecha.

—Ya ve usted, señorita Nevil —dijo Orso—, la fuerza que tienen los versos de Dante cuando pueden conmover así a una salvajita que no sabe más que el Padrenuestro... Pero me equivoco: recuerdo que Colomba es del oficio. Ya de niña ensayaba a hacer versos, y mi padre me escribía que era la mejor improvisadora de Pietranera y de sus cercanías.

Colomba dirigió una mirada suplicante a su

hermano. Miss Nevil había oído hablar de la facultad que las coras tenían para improvisar, y ardía en deseos de oír a una. Se apresuró a rotar a Colomba que le diese una muestra de su talento. Entonces se interrumpió Orso muy arrepentido de haber mencionado las disposiciones poéticas de su hermana. En vano afirmó que no había nada más trivial que una balada de corsas, y declaró que recitar versos corruscos después de los de Dante era un atentado a la poesía. No consiguió más que excitar el capricho de miss Nevil, y al fin se vio obligado a decir a su hermana:

—Pues bien, improvisa algo, pero no muy largo.

Colomba lanzó un suspiro, miró atentamente durante un minuto al capete, le miró a la mesa, luego a las vigas del techo, y, por último, reunió en su mano en los ojos, cantó, o más bien declamó, con voz mal segura la serenata siguiente:

LA PALOMA TORCAZ Y LA JOVEN

En el valle, muy distante, tras las montañas,
el sol no se muestra más que una hora al día;
hay en el valle una casa sombría, y la hierba
crece en el ventral. Puertas y ventanas
siempre cerradas. No sale bicho alguno
del tejado. —Pero a mediodía, cuando llega el sol,
se abre una ventana, y la buelta me sienta,
bailando con tu rucaca: —ella bula y canta al tra-
bajar — un canto de tristeza; —pero ningún otro
canto responde al suyo. —Un día, día de pri-
muera, — una paloma torcaz se posó en un
árbol próximo — y oyó el canto de la joven.

—Joven —le dijo— no lloras tú sola: —un cruel
gacilán me arrebató a mi compañero. Palomas,
muéstrame al gacilán raposo, — aunque esté más
alto que las nubes — le abatiré pronto a tierra. —
Pero a mí, pobre muchacha, ¿quién me traerá
a mi hermano, — que está en tierras muy lejanas? —
—Joven, dime dónde se halla tu hermano —
y mis alas me llevarán a él.

—¡Vaya una palomita servicial! —exclamó Orso abrazando a su hermana con una emoción que contrastaba con su afectado tono de broma.

—Es una serenata deliciosa —dijo miss Lydia—. Quiero insertarla, si usted se digna escribirla, en mi álbum. La traduciré al inglés y hará que le pongan música.

El coronel, que no había entendido una palabra, unió sus alabanzas a las de su hija y preguntó:

—Ésa paloma torcaz de que ha hablado usted, señorita Colomba, ¿es el ave que hemos comido hoy guisada?

Miss Nevil trajo su álbum, y fué grande su sorpresa al ver cómo escribía los versos la improvisadora. Seguióse aquellos en la misma línea a todo lo largo de la hoja, de modo que no podía entrar en la definición de composiciones poéticas: "Renegones cortos, de desigual longitud, con un margen a cada lado." Hubieran podido hacerse también algunas observaciones respecto a la ortografía, un poco caprichosa, de Colomba, lo cual hizo sonreír a miss Nevil y mortificó algo el amor propio de Orso.

Cuando llegó la hora de dormir, las dos jóvenes se retiraron a su cuarto. Allí miss Lydia, mientras se despojaba de su collar, pendientes y pulseras, vio que su compañero se había vestido un objeto del largo de una ballena de corsé, pero, sin embargo, de forma muy diferente. Colomba lo colocó con sumo cuidado y casi furtivamente bajo el mezzato, que había dejado sobre una mesa; después se arrojó y rezó. Terminadas sus oraciones se acostó. Muy curiosa por temperamento y reposada como buena inglesa, miss Lydia, a medio desnudar, se acostó a la mesa y, haciendo que buscaba un alfiler, alzó el mezzato y encontró en el bulto bastante largo, primorosamente montado en nácar y plata; el trabajo era notable, y como arma antigua tenía gran valor para un aficionado a la Panoplia.

—¿Es costumbre aquí —dijo miss Nevil sonriendo— que las señoritas lleven este pequeño instrumento en su corsé?

—Es necesario— contestó Colomba suspirando—. ¡Hay mucha gente mala!

—Y sería usted capaz de dar una puñalada con él?

—Si fuera necesario— dijo Colomba con su voz dulce y musical—, para defenderme o defender a mis amigos, sí.

Dicho esto, suspiró, dejó caer su cabeza en la almohada y cerró los ojos. Difícil sería imaginar una cabeza más bella, más noble, más virginal. Fíjate, el célebre escultor griego, no hubiera deseado otro modelo para esculpir su *Minerva Cerniama*.

VI

Ahora que todos duermen: el coronel, su hija y la bella Colomba, aprovecharé la ocasión para poner al lector al tanto de ciertas particularidades que no debe ignorar, si quiere proseguir en el curso de esta verídica historia. Ya sabe que el coronel Della Rebbia, padre de Orso, murió asesinado. Conviene decir que en Córcega no muere uno asesinado, como en Francia, por el primer escapado de presidio que no encuentra mejor medio para apoderarse del dinero ajeno; allí se muere asesinado por los enemigos; pero, generalmente, es muy difícil decir por qué se tienen enemigos. Muchas familias se odian por un antiguo hábito, y la tradición de la causa original de su odio se ha perdido por completo en el tiempo.

El coronel Della Rebbia pertenecía a una familia que odiaba a varias otras familias, pero especialmente a la de los Barricini; algunos decían que en el siglo XVI un Della Rebbia había seducido a una Barricini y había sido prontamente apuñalado por un pariente de la joven ultrajada. Otros, en cambio, contaban la cosa de distinto modo, afirmando que fue una Della Rebbia la seducida y un Barricini el apuñalado. Lo cierto era, valiéndome de una vieja expresión, que había sangre entre las dos familias. No obstante, contra lo acostumbrado, aquel asesinado no había acarreado otros por el motivo de que tanto los Della Rebbia como los Barricini habían sido perseguidos por el gobierno genovés, y habiéndose expatriado los jóvenes, ambas familias quedaron privadas, durante varias generaciones, de sus representantes enérgicos. Cuando finalizaba el siglo último, un Della Rebbia, oficial al servicio de Nápoles, en ocasión de hallarse en una taberna, tuvo una discusión con otros militares, quienes, entre otros insultos, le llamaron cabrero corso; él apeló a su espada; pero, solo contra tres, lo habría pasado mal si un extraño, que jugaba en el mismo local, no hubiera exclamado: "¡También yo soy corso", y salió en defensa del otro. Aquel individuo era un Barricini, el cual no conocía a su compatriota. Cuando se presentaron cambiaron numerosas frases de cortesía y protestas de amistad eterna, porque en el continente los corsos íntiman con facilidad, lo contrario de lo que ocurre en su país. En aquella circunstancia se pudo comprobar bien: Della Rebbia y Barricini fueron amigos íntimos mientras permanecieron en Italia; pero nuevamente en Córcega se vieron raras veces, aunque vivían ambos en el mismo pueblo, y cuando murieron se afirmó que hacía cinco o seis años que no se hablaban. Sus hijos vivieron también en *enriquet*, según el decir de los isleños corsos. El padre de Orso, Ghilfuccio, fué militar, el Barricini, Giudice, fué abogado. Convertidos ambos en padres de familia y separados por sus profesiones, no tuvieron apenas ocasión de verse ni de oír hablar el uno del otro.

No obstante, un día, en 1809, hallándose Giudice en Bastia, al leer la noticia de que el capitán Ghilfuccio acababa de ser condecorado, manifestó ante testigos que no le sorprendía, porque el general *** protegía a la familia del agraciado. El dicho llegó a oídos de Ghilfuccio en Viena, el cual dijo a un compatriota que cuando volviera a Córcega encontraría muy enriquecido a Giudice, puesto que obtenía más

dinero de los pleitos que perdía que de los que ganaba. Nunca se supo si lo que quiso insinuar era que el abogado engañaba a sus clientes, o si se limitó a expresar el dicho vulgar de que un mal asunto produce más que uno bueno a un curial. Sea lo que fuere, el abogado Barricini tuvo conocimiento del epigrama y no lo echó en olvido. En 1812 aspiraba a ser alcalde de su pueblo y esperaba fundadamente lograrlo, cuando un renombrado general escribió al prefi para recomendarle a un pariente de la mujer de Ghilfuccio. El prefecto se apresuró a complacer al general, y a Barricini le quedó la seguridad de que su fracaso era debido a las intrigas de Ghilfuccio. En 1814, a la caída del emperador, el protegido del general fué denunciado como bonapartista y reemplazado por Barricini. Este, a su vez, fué destituido cuando los Cien Días; pero pasada esta tormenta volvió a tomar con gran solemnidad posesión de la vara de mando.

Desde ese momento puede decirse que su estrella fué más brillante que nunca. El coronel

Della Rebbia, declarado en indisponibilidad y retirado en Pietranera, tuvo que sostener contra su antagonista una lucha sorda de continuas molestias: unas veces era requerido a indemnizar los daños causados por su caballo en los sembrados del señor alcalde, y otras, eso, con pretexto de restaurar el pavimento de la iglesia, hacía que se quitase una losa rota que tenía las armas de los Rebbia y cubría la tumba de un familiar suyo. Si las cabras se comían los retoños de las plantas del coronel los dueños de aquellos animales hallaban apoyo en el alcalde. Igualmente el vendedor de comestibles que tenía la oficina de correos de Pietranera, y el guarda rural, un veterano mutilado, ambos protegidos de los Della Rebbia, fueron destruidos y reemplazados por quienes obedecían a los Barricini.

Antes de fallecer, la esposa del coronel expresó su deseo de ser enterrada en un bosquecillo por el que solía pasear; pero el alcalde declaró que sería inhumada en el cementerio



No abuse de los purgantes!



Reeduce su intestino

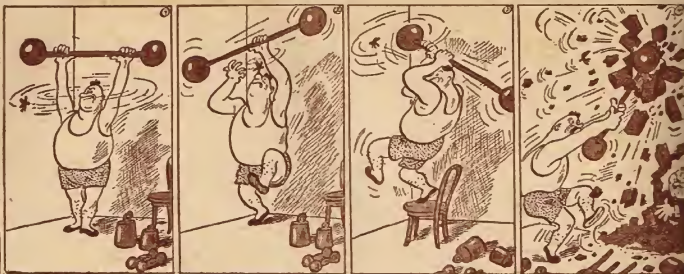
Los purgantes comunes, de acción puramente expulsiva, deben ser usados con mucha moderación, pues a cambio de un alivio momentáneo irritan las mucosas del intestino y contribuyen a agravar el estreñimiento.

Es útil conocer el Peptógeno Ruxell, que no es un simple purgante, ya que favorece todo el ciclo digestivo, favorece la asimilación y procura una perfecta limpieza de las vías digestivas por su acción estimulante sobre la función peristáltica del intestino. Se preconiza, pues, el Peptógeno Ruxell a las personas habitual-

mente estreñidas como un auxiliar de la digestión y un reeducador intestinal.

Peptógeno Ruxell

REEDUCA EL INTESTINO



municipal, puesto que no había recibido autorización para permitir un enterramiento aislado. El coronel, enfurecido, manifestó que, en espera de la autorización, su mujer sería enterrada en el lugar que había ella designado, y ordenó abrir allí una fosa. Por su parte el alcalde mandó abrir otra en el cementerio, y requirió la gendarmaría, a fin de que "la fuerza"—según dijo él—amparase a la ley". El día del entierro los partidarios de ambas familias se encontraron frente a frente, y se creyó que iba a entablarse un combate por la posesión de los restos de la señora Della Rebbia. Unos cuarenta campesinos bien armados, requeridos por los parientes de la difunta, obligaron al cura a que tomara, al salir de la iglesia, el camino del bosque; a su vez, el alcalde, con sus dos hijos, sus sirvientes y los gendarmes, se presentó para oponerse. Cuando apareció y ordenó a la comitiva que retrocediera fué acogido con amenazas e imprecaciones; sus adversarios estaban en mayoría y parecían resueltos a todo. A la vista del alcalde se cargaron varias armas, y hasta se afirmó que un pastor se dispuso a apuntnarle, pero el coronel le desvió el arma y dijo: "¿Qué nadie tire sin orden mío!" El alcalde "temía los golpes, naturalmente", como Panurgo, el personaje de *Pantagruel*, y, rehusando el combate, se retiró con su acompañamiento. Entonces el cortejo fúnebre se puso en marcha, y por el camino más largo, a fin de pasar por delante de la Alcaldía. Al desfilar, un idiota que se había unido a la comitiva tuvo la ocurrencia de gritar: "¡Viva el emperador!" Otras voces le respondieron, y los rebeldes, cada vez más animados, propusieron matar a un buey del alcalde que, casualmente, les cerraba el paso. Por fortuna, el coronel impidió tal acto de violencia.

Los hechos fueron denunciados y el alcalde dirigió al prefecto una comunicación, redactada con su más rimbombante estilo, en la que se hablaba de leyes divinas y humanas poseídas, de la alta personalidad del alcalde y de la del párroco desconocidos y vejados, del coronel Della Rebbia puesto a la cabeza de un sedicioso movimiento bonapartista con el propósito de cambiar el orden de sucesión al trono y excitar a los ciudadanos a armarse los unos contra los otros, delitos previstos taxativamente por los artículos 85 y 91 del Código penal.

Tal fué la exageración de la denuncia, que perjudicó su efecto. El coronel escribió al prefecto y al fiscal: un pariente de su esposa estaba relacionado con uno de los diputados de la isla y otro era primo del presidente de la Audiencia. Debido a estas protecciones se sobreescribió la causa: la señora Della Rebbia permaneció en el bosque y tan sólo el idiota fué condenado a una quincea de arresto en la cárcel.

Barricini, disgustado por el resultado de este asunto encaminó sus pasos hacia otro punto. Exhumó un antiguo título, con arreglo al cual se aprestó a discutir al coronel la propiedad de cierto curso de agua que daba vida a un molino. Entablóse un pleito, que duró largo tiempo. Un año después, la Audiencia iba a fallar, y según todos los indicios, a favor del coronel, cuando el señor Barricini hizo entrega al fiscal de una carta firmada por Agostini, bandido célebre, en la que amenazaba al alcalde con incendio y muerte si no desistía de sus pretensiones. Es sabido que en Córcega la protección de los bandidos es muy solicitada, y para obligar a sus amigos interviene con frecuencia en las querellas particulares. El bandido Agostini escribió al fiscal para quejarse de que hubieran falsificado su letra y lanzado muchas sobre su carácter, haciéndole pasar por un hombre que negociaba con su influencia. "Si descubro al falsificador—decía al final de su carta—le daré un castigo ejemplar".

Era evidente que Agostini no había escrito la carta amenazadora al alcalde; los Della Rebbia acusaban a los Barricini, y éstos a aquéllos. De una y de otra parte brotaban amenazas, y la justicia no sabía quiénes eran los culpables. Entretanto, el coronel Ghilucchio fué asesinado. He aquí los hechos, según fueron establecidos por el sumario: Al atardecer del 2 de agosto de 18... la mujer Magdalena Pietri, que portaba grano a Pietrarsena, oyó dos tiros seguidos, que le pareció haber resonado en un camino hondo que llevaba al pueblo, a una distancia de ciento cincuenta pasos del lugar en que ella se encontraba. Casi de inmediato vio a un hombre que corría agachado por un sendero de viñas hacia el pueblo. Aquel hombre se detuvo un instante y volvió la cara; pero la distancia impidió que la mujer Pietri le reconociese, y con mayor razón ya que el individuo llevaba en la boca una hoja de viña que le ocultaba casi todo el rostro. El tal sujeto hizo una seña con la mano a alguien que la testigo no vió, y después se perdió entre el viñedo.

La mujer posó su carga, subió corriendo el sendero y halló al coronel Della Rebbia bañado en su sangre, atravesado por dos balazos, pero aun con vida. Tenía a su lado la escopeta cargada, como si se hubiera dispuesto a defenderse contra una persona que le atacase de frente en el instante en que otra le hería por la espalda. Exhalaba como ronquidos y afebraba a la vida; pero no podía pronunciar palabra, lo que los médicos atribuyeron a que le habían atravesado las balas el pulmón. Ahogaba la sangre, que manaba lentamente, viscosa y roja. En vano Magdalena Pietri lo incorporó y le formuló preguntas. El quería hablar, pero no podía hacer comprender. Bahiégolo observó la mujer que el herido trataba

de llevarse la mano al bolsillo, se apresuró a sacar una cartera y se la entregó abierta. El herido tomó un lápiz de la cartera y procuró escribir en un cuadernito. La testigo le vió trazar algunas letras; pero como no sabía leer no comprendió su significado. Agostino, por el esfuerzo, el coronel dejó la cartera en manos de la mujer Pietri, estrechándola con fuerza y mirándola con expresión anhelante, como si quisiera decir—tales son las palabras de la testigo—: "Esto que aquí escribí es el nombre de mi asesino".

Magdalena Pietri se dirigió al pueblo, y en el camino halló al alcalde Barricini con su hijo Vincencello. Ya anochece. Contó ella lo que había visto. El alcalde tomó la cartera y corrió a la Alcaldía a ponerse el fatín y llamar a su secretario y a los gendarmes. Al quedarse sola con Vincencello, Magdalena le propuso ir a auxiliar al coronel por si aun vivía; pero aquél contestó que si se acercaba a un hombre que había sido el enemigo encarnizado de su familia no dejarían de acusarle de haberlo matado él. Poco después llegó el alcalde, halló al coronel muerto, hizo levantar el cadáver y procedió a instruir el sumario de práctica.

A pesar de la turbación, aplicable en aquellas circunstancias, Barricini se había apresurado a depositar bajo sellos la cartera del coronel y a realizar cuanto de él dependía; pero ninguna de sus diligencias aportó nada interesante. Cuando llegó el juez de instrucción se abrió la cartera, y en una página de un cuaderno de notas, manchada en sangre, había unas letras trazadas con temblorosa mano, pero bien legibles, no obstante. Estaba escrito: Agostini... y el juez no dudó de que el coronel había querido designar a Agostini como su asesino. Sin embargo, Colarbo Della Rebbia, citada por el juez, solicitó examinar el cuaderno. Después de haberlo hojeado con detención extendió una mano hacia el alcalde y exclamó: "¡Ese es el asesino!" Entonces, con una claridad sorprendente en el transporte de dolor en que se hallaba, refirió que su padre había quemado una carta que había recibido de su hijo aquellos días, pero que antes de hacerlo escribiera con lápiz en su cuaderno de notas las señas de Orso, que había cambiado de jurisdicción. Ahora bien, aquellas señas no se hallaban en el cuaderno, de lo que deducía Colarbo que el alcalde había arrancado la hoja en que estaban escritas y en la que, con seguridad, consignó su padre el nombre de su asesino, nombre que el alcalde—así lo dijo Colarbo—había reemplazado por el de Agostini. En efecto, el juez vió que le faltaba una hoja al cuaderno; pero observó de inmediato que asimismo faltaban hojas de otros libritos de notas contenidos en la misma cartera, y unos testigos declararon que el coronel acostumbraba a arrancar hojas

de su cartera cuando quería encender un cigarro. Era probable, pues, que hubiese quemado por descuido las señas copiadas. Además se comprobó que el alcalde, al recibir la cartera de manos de Magdalena Pietri, no hubiera podido leer a causa de la obscuridad; que no se detuvo nada antes de entrar en el Ayuntamiento; que el cabo de gendarmes la había acompañado allí; que vierta encender una lámpara, meter la cartera en un sobre y sellarlo.

Cuando el gendarme terminó su declaración, Colomba, fuera de sí, se echó a las rodillas de aquel y le suplicó por lo más sagrado para él que le dijese si no había dejado al alcalde solo ni un instante. El gendarme, tras alguna vacilación, visiblemente conmovido por la exaltación de la joven, confesó que había ido a buscar una hoja de papel a una habitación contigua, pero que no tardó ni un minuto, y que el alcalde no había dejado de hablarle mientras que buscaba él a tientas el dicho papel en un cajón. Asimismo, afirmó que la cartera estaba al volver en el mismo lugar en que el alcalde la dejara al entrar.

Barricini declaró con la mayor tranquilidad. Excusaba, dijo, el atrevido de la señorita Della Rebbia y no tenía inconveniente alguno en justificarse. Probó que había estado toda la tarde en el pueblo; que su hijo Vincentello se hallaba con él frente a la Alcaldía en el momento del crimen, y que su otro hijo, Orlanduccio, aquel día no se había levantado de la cama por indisposición. Presentó todas las escopetas de su casa, ninguna de las cuales mostraba señales de haber sido usada recientemente. Agregó que respecto a la cartera comprendió en seguida la importancia que tenía: la puso inmediatamente bajo un sobre sellado y la depositó en manos de su teniente alcalde, por temor de que, por su enemistad con el coronel, pudiera ser objeto de sospechas. Por último, recordó que Agostini había amenazado de muerte al que escribió una carta en su nombre, e insinuó que aquel miserable, probablemente sospechando del coronel, lo asesinó. Dentro de las costumbres de los bandidos no era aquella la primera venganza por un motivo semejante.

Cinco días después de la muerte del coronel, Agostini fue sorprendido y muerto tras una lucha desesperada por una patrulla de soldados. Hallóse en su poder una carta de Colomba en la que le preguntaba si era o no culpable del asesinato de su padre. Como el bandido no contestó, fueron muchos los que creyeron que no tuvo valor para decir a una hija que él fuera quien matara al coronel. No obstante, los que se preciaban de conocer bien el carácter de Agostini decían en voz baja que si hubiera matado a Della Rebbia se habría jactado de ello. Otro bandido, llamado Brandalaccio, mandó a Colomba una declaración en que se afirmaba por su honor la inocencia de su compañero, pero la única prueba que alegaba era que Agostini jamás le había dicho que sospechase del coronel.

En resumen, que los Barricini no fueron molestados. El juez de instrucción elogió al alcalde, el cual valorizó su conducta renunciando a todas sus pretensiones respecto al arroyo que originara su pleito con el desaparecido coronel Della Rebbia.

Siguendo el uso de su país, Colomba improvisó una ballata ante el cadáver de su padre en presencia de sus amigos. Reflejó en ella todo su odio contra los Barricini y los acusó solemnemente del asesinato, amenazándolos al mismo tiempo con la venganza de su hermano. Aquella balada, que se hizo popularísima, fué la que ovió cantar al marinero de la goleta miss Lydia. Al conocer la muerte de su padre, Orso, que se hallaba a la sazón en el norte de Francia, pidió una licencia, pero no se la concedieron. En los primeros momentos, y juzgar por la carta de su hermana, creyó en la culpabilidad de los Barricini, pero después recibió copia del proceso instruido; y una carta

particular del juez lo llevó casi a la conclusión de que Agostini era el único culpable. Colomba le escribía trimestralmente para insistir sobre sus sospechas, que tenía por pruebas. Aun contra su voluntad, tales acusaciones hacían hervir en él su sangre corsa, y a veces se sentía dispuesto a compartir los prejuicios de su hermana. Sin embargo, siempre que él escribía no dejaba de repetir, que sus argumentos carecían de fundamento sólido y no merecían crédito alguno. Inclusive le prohibía, pero siempre en vano, que le hablase más del asunto. De esta manera transcurrieron dos años, al fin de los cuales se le retiró, y entonces pensó regresar a su país, no para vengarse de quienes juzgaba inocentes, sino para casar a su hermana, vender sus propiedades y radicarse en el continente.

VII

Al siguiente día de llegar Colomba a Ajaccio, Orso sintió deseos de volver a Pietrancia. No

podría decirse si la presencia de su hermana había evocado en él el recuerdo del hogar, o si lo hacía por sentirse avergonzado ante sus amigos ingleses de las toscas maneras de Colomba. El caso es que así lo resolvió. Pidió, sin embargo, al coronel que le prometiese albergarse unos días en la modesta casa de la hermana cuando se dirigiera a Bastia, y él, a su vez, se comprometió a proporcionarle para sus cacerías gamos, faisanes, jabalíes y muflones.

El día anterior a su marcha, en vez de ir de caza, Orso propuso un paseo a orillas del golfo. Así podría hablar a miss Lydia con toda libertad; Colomba se había quedado en la ciudad a realizar unas compras, y el coronel los dejaba a cada instante para tirar a las gaviotas y otras aves acuáticas, con gran sorpresa de los transeúntes, que no comprendían que se gastase la pólvora en eso.

Marchaban por el camino que conduce a la capilla de los griegos, desde donde se puede



Un auxiliar de la Digestión

Un estómago normal es factor de salud, bienestar y alegría. Para aquellos cuya capacidad digestiva se ve disminuida por defecto de sus jugos gástricos, debilidad o pereza de sus órganos digestivos está indicado el Digestivo Roermier.

Este producto aporta a nuestros jugos

gástricos los elementos necesarios para normalizar su composición y con su auxilio la digestión y asimilación se verifican en condiciones biológicas que corresponden a un estado de vida y salud normales.

El Digestivo Roermier se toma mezclado con el agua, vino o cerveza que se bebe durante las comidas.

Digestivo Roermier
PRODUCTO DEL INSTITUTO BIOQUÍMICO MODELO CLORHIDRO OXIDASA DE ROERMER

Precocidad



—¿Necesita un compañero, señor?

admirar la más hermosa vista de la bahía; pero apenas si reparaban en ello.

Miss Lydia... —dijo Orso tras un silencio prolongado— con toda franqueza, ¿qué opina usted de mi hermana?

—Que me encanta—contestó miss Nevil—. Más que usted—agregó sonriendo—, porque ella es una verdadera corsa y usted es un salvaje pulido por la civilización.

—¿Pulido, dice usted?... Pues bien: a mí pesar, siento que vuelvo a mi salvajismo desde que he puesto el pie en la isla. Me agitan, me torturan mil agoreros pensamientos... y necesito hablar algo con usted antes de encerrarme en mi desierto.

—Tenga usted resignación. Siga el ejemplo de su hermana.

—¡Ah! Está usted profundamente equivocada. No crea que está resignada. En cada una de sus miradas leo lo que mi hermana espera de mí.

—¿Qué es lo que quiere, entonces?

—Pues simplemente que vea yo si la escopeta de sir Thomas sirve tan bien para el hombre como para la caza de pluma.

—¿Qué absurdo! ¿Cómo puede usted suponer semejante cosa si ella no le dijo nada? No está bien que piense así de su hermana.

—Si ella no piensa en la venganza me hubieran hablado de mi padre, y no lo hizo. Habría mentado a los que ella considera... sin razón, ya lo sé, como a los asesinos, y no los ha nombrado para nada. Es que usted ignora que nosotros los corsos somos una raza astuta. Mi hermana comprende que no me tiene por completo en su poder y no quiere asustarme cuando aun puedo huir. Una vez que me haya conducido al borde del precipicio y me dé el vértigo me lanzará al precipicio.

A continuación, Orso dio algunos detalles de la muerte de su padre a miss Nevil y refirió las principales pruebas acumuladas para hacerle creer que Agostini era el verdadero culpable.

—Nada—agregó—ha podido convencer a Colombia. Lo he visto en su última carta. Ha jurado la muerte de los Barricini, y... ya ve la confianza que usted me inspira, miss Nevil, que le diré que tal vez no se arrian ya en este mundo si por uno de los prejuicios que su ruda educación excusa, no estuviera persuadida de que la venganza me pertenece, en mi calidad de jefe de familia, y de que mi honor se juega en ello.

—Señor Della Rebbia — dijo miss Nevil —,

creo que está calumnando a su hermana.

—No; mi hermana es corsa y piensa como todos los corsos. ¿Sabe usted por qué estaba yo ayer tan triste?

—No; pero desde hace algún tiempo usted padece de accesos sombríos... En los primeros días de nuestro conocimiento era usted más amable.

—En cambio, ayer, estaba más alegre, más contento que de ordinario. ¿La había visto a usted tan bondadosa, tan indulgente con mi hermana?... Cuando volvíamos en bote al coronel y yo, ¿sabe usted lo que me dijo uno de los reueros en su infernal jerga? "Usted ha matado mucha caza, Ors Antonio; pero ya verá cómo Orlanduccio Barricini es mejor cazador que usted."

—¿Y qué es lo que tienen de terrible esas palabras? ¿Por ventura, ha cifrado usted su orgullo en ser un cazador excepcional?

—Pero no comprende que lo que quería significar ese miserable era que yo no tendría el valor de matar a Orlanduccio?

—En verdad le declaro que me causa usted miedo. Al parecer, los aires de su isla no producen fiebre solamente, sino que también transforman el juicio. Afortunadamente, no tardaremos en dejarla.

—No sin antes visitar a Pietranera. Usted lo ha prometido a mi hermana.

—¿Y si llegáramos a faltar a nuestra promesa? ¿Tendríamos que temer quizá alguna venganza?

—Recuerda usted lo que nos contaba días pasados su padre de esos indios que amenazan a los gobernadores de la Compañía con dejarse morir de inanición si no son atendidos en sus demandas?

—¿Quiere eso decir que usted se dejaría morir de hambre? Permítame que lo dude. Estaría un día sin comer y al otro le llevaría Colombia un *braccio*, el típico queso de Córcega, tan apetitoso que renunciaría usted a su propósito.

—Miss Nevil, no se burle de mí. Es usted cruel. Ya ve, me voy a quedar solo aquí. Nadie me podría impedir que me volviera loco, como dice. Usted era mi ángel guardián, y ahora...

—Ahora—dijo la inglesa en tono serio—, para no perder esa razón, tan fácil de alterarse, piense en su honor de hombre y de militar, y volviéndose para tomar una flor—si representa algo para usted, piense en su ángel guardián.

—Eso quiere decir que realmente se interesará usted algo?... —

—Escúcheme, señor Della Rebbia—le interrumpió miss Nevil, algo conmovida—; puesto que es usted un niño, le trataré como a un niño. Cuando usted sea pequeño, mi madre me dió un collar que deseaba yo fervientemente, pero me dijo: "Cada vez que te coloques este collar acordarte de que aun no sabes el francés."

A mis ojos el collar perdió un poco de su mérito. Se había convertido para mí en una especie de censor; pero lo llevé y supe el francés. ¿Ve usted esa sortija? Es un escarabajo egipcio encontrado en una Pirámide. Esta figura extraña, que usted tal vez creará una botella, representa la vida humana. Hay en mi pecho quienes hallarían muy propio el simbolismo. Esto otro es un escudo con un brazo que sostiene una lanza, lo que quiere decir *combate, batalla*. Así, pues, la reunión de las dos figuras forma este lema, que me parece bastante bien: *La vida es un combate*. No vaya a creer que yo traduzco los jeroglíficos corrientemente; es un sabio en la materia quien me explicó éstas. Tome, le regalo mi escarabajo. Cuando le domine algún nudo pensamiento corso me llamará y dígame a sí mismo que es necesario salir vencedor de la batalla.

—¿Y usted, señor? — preguntó ella. — Yo le presento las malas pasiones. Y luego de esto, creo que puedo decir que no predico mal del todo.

—Pensaré en usted, miss Nevil, y me diré...

—Que tiene una amiga a la que afectaría

mucho... saber que ha sido usted ahorcado. Lo cual, además, aparecerá grandemente a los señores cabos, los antepasados de usted.

Después de estas palabras se separó gozosa del lado de Orso, y marchó hacia sir Thomas, a quien dijo:

—Papá, creo que es hora de dejar en paz a esos pobres pájaros y que vengas con nosotros a potizar en la gruta de Bonaparte.

VIII

Las separaciones, aunque sean por corto tiempo, siempre tienen algo de solemne. Orso iba a marchar con su hermana muy temprano, y la noche de la víspera se había despedido de miss Lydia, pues no creía que ésta hiciera en favor de él una excepción en sus hábitos de pereza. La despedida fué fría y grave. Desde la conversación sostenida con Orso a orillas del mar, miss Lydia tenía haber mostrado un interés quizá demasiado vivo por él, y Orso, por su parte, sentíase apesadumbrado por las burlas y sobre todo por el tono de ligereza de ella. Hubo un momento en que creyó vislumbrar en la actitud de la hija del coronel un sentimiento nuevo de afecto hacia él; pero después, desconcertado por sus bromas, imaginó que a los ojos de ella él no era más que un mero conocido que sería prontamente olvidado. Así que su sorpresa fué grande cuando por la mañana, al sentarse a tomar el café con el coronel, vió entrar a miss Lydia acompañada a Colombia. Se había levantado a las cinco y en una inglesa, en especial en miss Nevil, el esfuerzo era lo suficientemente extraordinario para que Orso se sintiera satisfecho con tal acontecimiento.

—Lamento mucho—dijo—que se haya tonado de la molestia de haberse levantado tan temprano. Sin duda mi hermana la habrá despertado a usted a pesar de mis recomendaciones, y ahora debe aborrecerlos. ¿Me desea usted ya *aborrado* quizá?

—No conteste, miss Lydia en voz baja y en italiano, para que su padre no la oyese. Pero ayer se ha enojado usted por mis inocentes bromas y no quería que se llevara un mal recuerdo de mí. ¡Realmente, ustedes los corsos son terribles! ¡Adiós, pues; espero que hasta pronto!

Y le tendió cordialmente la mano.

Orso se sintió emocionado y no halló otra respuesta que exhalar un fuerte suspiro.

Colomba se acercó a él, le llevó aparte y, moviéndole algo que se le bajó su *mezzaro*, le habló un instante en voz baja.

—Mi hermana—dijo Orso a miss Nevil— quiere hacerle un raro regalo; pero los corsos no tenemos gran cosa que dar... excepto nuestros afectos... que el tiempo no borra. Mi hermana me dice que usted miró con curiosidad este puñalito. Es una vieja reliquia de mi familia. Seguramente lo llevó antaño en su cinto alguno de los cabos a quienes debo la honra de haberla conocido. Colombia lo juzga tan valioso que me pidió permiso para dárselo a usted, pero no sé si recordárselo, porque temo que se burle de nosotros.

—El puñalito es una verdadera filigrana—contestó miss Lydia—; pero es un arma de familia y no debo aceptarlo.

—No es el puñal de mi padre—replicó vivamente Colombia—. Procede de uno de mis abuelos maternos, a quien se lo donó el rey Teodoro. Si lo acepta usted se lo agradeceremos eternamente.

—Ya ve usted, miss Lydia—dijo Orso—: no defiende el puñal de un rey.

Para un aficionado a las antigüedades, las reliquias del rey Teodoro son infinitamente más preciosas que las del más poderoso monarca. La tenacidad de su dueño, y la ingenua imaginación ya el efecto que produciría el arma aquella colocada sobre una mesa de laca en su casa de Saint-Jame's Place.

—Pero— insistió tomando el puñal con la vacilación del que quiere aceptar y soslayando la más amable de sus sonrisas a Colombia— no puedo, no estaría bien que la dejase a usted marcharse completamente desarmada, mi querida amiga.

—Mi hermano viene conmigo— dijo Colombia con tono de satisfacción—, y además llevamos la buena escopeta que su padre de usted nos la dio, ¿la cargare con bala, Orso?

Miss Nevil aceptó el puñal, y Colombia, como buena supersticiosa y para conjurar el peligro que se corre en dar armas cortantes o punzantes a los amigos, exigió en pago una lira.

Al fin hubo que separarse. Orso estrechó una vez más la mano de miss Nevil, Colombia la abrazó y luego fue a ofrecer sus labios de rosa al coronel, maravillado de la cortesía corsa. Desde la ventana de la sala miss Lydia vio cómo los dos hermanos montaban a caballo, y observó que los ojos de Colombia brillaban con destellos de fuego. Aquella mujer, robusta y enérgica, esclava de sus ideas de honor bárbaro, con el orgullo en la frente y encendidos los labios por una sonrisa indecible, llevándose a aquel hombre armado como para una expedición sinistral, trajo a la memoria de miss Lydia los temores de Orso y creyó ver en su hermana al genio del mal que le arrastraba a su pérdida. Orso, a caballo, alzó la cabeza y vio a su amiga. Ya fuera porque hubiese adivinado el pensamiento de ella, ya para enviarle un último adiós, tomó el anillo egipcio, que se lo había colgado de un cordón, y se lo llevó a los labios. La hija de sir Thomas se retiró de la ventana ruborizándose; pero volvió casi de inmediato, asombrada y vio a los dos corsos alejarse velozmente, al galope de sus cabalgaduras, con rumbo a las montañas. Media hora después se les divisaba aún, con el anteojo del coronel, costando el fondo del golfo, y vio ella que Orso daba vuelta a menudo la cabeza hacia la ciudad. Por último desapareció tras las marismas, convertidas actualmente en un hermoso plantío.

Miss Lydia, al contemplarse en su espejo, se encontró pálida.

—¿Qué pensaré de mí ese joven?— se dijo—. ¿Yo qué pienso de él? ¿Y por qué de él? ¿Pienso?... ¡Un conocimiento de viaje! ¿Qué he venido yo a hacer a Córcega? ¡Oh! No, no, no lo amo... No, no; además, la cosa es imposible... Colombia... ¡Hermana política yo de una improvisadora que lleva un puñal! Y al notar que tenía en la mano el del rey Teodoro lo tiró sobre su tocador. «Colombia en Londres, bailando en Almack's!... ¿Qué rareza para enseñar por allí, Señor! Quizá hiciera ella furor... Y él me quiere, estoy segura de ello... Es un héroe de novela cuya carrera aventurera he cortado... Pero realmente tenía el desco de vengar a su padre? Era algo entre un Conrado y un dandy... Yo hice de él un dandy puro; ¡un dandy vestido por un sastre corso!...»

Miss Lydia se echó en la cama y trató de dormir, pero le fué imposible; el recuerdo del joven comenzaba a obsesionarla, y aunque se dijo repetidas veces que Orso no había sido, ni era, ni sería nunca nada para ella, sus ojos azules parecían mirarla desde el fondo de su alcoba.

IX

Mientras la joven inglesa luchaba consigo misma, Orso caminaba con su hermana. Al principio les impidió hablar el movimiento rápido de los caballos; pero cuando las pronunciadas pendientes les obligaban a ponerlos al paso, cambiaron algunas palabras respecto a los amigos que dejaron en Ajaccio. Colombia habló con entusiasmo de la belleza de miss Nevil, de su cabello dorado, de sus delicadas maneras. Después preguntó si el coronel era rico. Como parecía serlo, y si Lydia era hija única.

—Debe de ser un buen partido— dijo—. Pa-

rece que su padre te aprecia mucho a ti.

Y como Orso no contestara nada, añadió:

—Nuestra familia fué rica en otro tiempo; es aún de las más consideradas de la isla. Todos estos señores de ahora son bastardos. No hay nobleza baja en las familias de los cabos, y ya sabes tú que descendes de los primeros cabos de la isla. Nuestra familia es originaria de la costa oriental de la isla, y las guerras civiles han sido las que nos han obligado a pasar a este lado. Si yo estuviera en tu lugar no vacilaría en pedir a tu padre la mano de miss Nevil... (Orso se encogió de hombros.) Con su dote compraría los bosques de la Falseta y los viñedos próximos a nuestra casa, construiría una hermosa mansión de piedra de sillaría y levantaría un piso más en la antigua torre en que Sanbuccio mató tantos moros en tiempos del conde Enríque.

—Me parece que tú estás algo loca, Colombia— contestó Orso galopando.

—Eres hombre, Orso Antron, y desde luego

símbes mejor que una mujer lo que tienes que hacer. Pero me gustaría saber lo que ese inglés podría objetar a esa alianza. ¿Hay cabos en Inglaterra?...

Tras un buen trecho charlando así, los hermanos Della Rebbia llegaron a un pueblito cercano, Bocogugno, donde se detuvieron a comer y a pernoctar en casa de un amigo de su familia. Fueron recibidos con esa hospitalidad corsa que no se aprecia bien hasta que se la conoce. Al siguiente día su huésped, que había sido compadre de la señora Della Rebbia, les acompañó hasta las afueras del pueblo.

—¡Ve a estos bosques y estos maquis!— dijo a Orso cuando se despedían—: un hombre que llegue a tener una desgracia podría vivir aquí diez años en paz, sin que los gendarmes ni los soldados diesen con él. Estos bosques limitan con el de Vizzanova, y cuando se cuenta con amigos en Bocogugno o en las cercanías no falta nada. Lleva usted una buena escopeta; debe de tener gran alcance. ¡Por la Madonna,

VASTUS

Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Castellana

Con gran éxito, la Editorial Sopena Argentina presentó el VASTUS, el primer diccionario enciclopédico castellano redactado, impreso y publicado en nuestro continente. Es una obra modernísima, basada en la última edición del diccionario de la Academia Española, que no se concreta a reproducir su léxico, sino que lo enriquece con cuantos tecnicismos y neologismos se han ido creando hasta la hora us corriente en América.

Amplia, universal y puesta completamente al día es su información enciclopédica, y a ella un, inspirado en un criterio y en un sentir americanos, numerosos artículos acerca de cosas, hechos o personas de máximo interés para América, no consignados hasta ahora en ningún otro diccionario. En este importante aspecto es el VASTUS un diccionario manual único e insustituible hoy en nuestro con-

tinente, constituyendo la más alta evidencia de la capacidad editorial de nuestra patria.

Artísticamente ilustrado por 5.000 grabados, contiene 1.000 dibujos de animales y plantas, 300 retratos de personalidades y 100 cuadros enciclopédicos de gran valor didáctico, complementando esta magnífica presentación un soberbio atlas de 62 páginas a todo color.

El VASTUS registra 250.000 acepciones, estando formado por un grueso volumen de 1.600 páginas, a tamaño 5 1/4 X 12 1/4 centímetros, con una excelente encuadernación en tela.

Esta magnífica obra ha sido realizada por la Editorial Sopena Argentina sin escatimar esfuerzo alguno, con el solo propósito de hacerla al alcance de todas las naciones del continente americano, a un precio sumamente económico, la realidad de este magnífico alarde editorial totalmente ejecutado en nuestro país.

Precio del ejemplar, \$ 3— mfn. (Fidei, 20 ctvs.).

Profesores, maestros y alumnos deben adquirir este diccionario por resultar un medio de consulta rápido, útil, práctico y económico. Pídsalo a su librero o a la

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.
— SIMBOLO DE BUENA EDICIÓN —
ESMERALDA 116

U. T. 34 - 4067 Buenos Aires



Adjunto \$ 3.20 para que me remitan, por certificado y a vuelta de correo, el diccionario "VASTUS".

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... L. 150

Indicio



—Me parece que no estoy enamorada de Jorge. Cuando me besa, sólo pienso en que no se me estropee el peinado.

qué calibre! Con ella se puede matar algo más que jalisco.

Orso contestó fríamente que su escopeta era inglesa y lanzaba el plomo a mucha distancia. Despidiéndose y cada cual siguió su camino.

Estaban ya a poca distancia de Pietranera nuestros viajeros cuando, a la entrada de un desfiladero que había que atravesar, vieron a siete u ocho hombres armados, sentados unos en las piedras, tendidos otros en la hierba, y algunos de pie como en acecho. Sus caballos pastaban a corta distancia. Colomba los examinó un momento con los gemelos.

—Son gentes nuestras —dijo con expresión de gozo—. Pieruccio cumplió bien el encargo...

—¿Qué gentes? —preguntó Orso.

—Nuestros pastores —contestó Colomba—. Anteñoche mandé a Pieruccio para que reuniese a esas buenas gentes y te acompañaran a tu casa. Me pareció que no estaba bien que entrases en Pietranera sin escolta, y además no debes olvidar que los Barrićini son capaces de cualquier cosa.

—Hermana —dijo Orso con tono severo—, te he dicho repetidas veces que no me habléas más de los Barrićini ni de tus sospechas sin fundamento. Ciertamente que no voy a cometer la insensatez de entrar en mi casa con ese grupo de guardasespaldas, y me contraría mucho que los hayas avisado sin habérmelo advertido.

—Hermano mío, te has olvidado de tu tierra, y es a mi a quien incumba guardarte cuando tu imprudencia te expone. Hice lo que correspondía.

En aquel momento los pastores, al verlos, montaron sobre sus caballos y acudieron al galope.

—¡Viva Ors Anton! —exclamó un erguido anciano de barba blanca que llevaba, a pesar del calor, un chaquetón con capucha, de pelo corso y sumamente abrigado—. Es el vivo retrato de su padre, aunque más alto y más fuerte. ¡Hermosa escopeta! Se hablará de ella, Ors Anton.

—¡Viva Ors Anton! —gritaron a coro todos los pastores—. Ya sabíamos nosotros que al fin había de volver.

—¡Ah! Ors Anton —dijo un mocetón (de pelo rojo)—, ¡qué alegría la de su padre si estuviera aquí para recibirle! Y así está el buen señor si me hubiera hecho caso, si me hu-

biese dejado liquidar a Giudice... Pero no me creyó. Ahora sabrá que yo tenía razón.

—¡Bien! —intervino el anciano—. Nada perderá Giudice con aguardar.

Y unos cuantos disparos acompañaron a esta última sentencia.

Orso, de muy mal humor en medio de aquellos jinetes, que hablaban todos a la vez y se atropellaban para estrecharle la mano, permaneció un buen rato sin que su voz se oyera. Por fin, adoptando el gesto que tomaba a la cabeza de su sección cuando aplicaba repremidas y arrestos, dijo:

—Amigos míos: os agradezco el afecto que me demostráis y el que tuvisteis a mi padre; pero deseo, quiero, más bien, que nadie me dé consejos. Yo sé lo que debo hacer.

—Tiene razón, tiene razón —exclamaron los pastores—. Usted sabe bien que puede contar con todos nosotros.

—Si, cuento con vosotros; pero ahora no necesito a nadie; no me amenaza en mi casa ningún peligro. Así que dad media vuelta y marchad a vuestras viviendas. Conozco el camino de Pietranera y no preciso guías.

—No temas nada, Ors Anton —dijo el viejo—. Ellos no se atreverán a presentarse hoy. Cuando aparece el gato, el ratón se oculta en su agujero.

—El gato lo será tú, viejo barbudo —dijo Orso—. ¿Cuál es tu nombre?

—¿Cómo? ¿No conoce ya a quien le llevó tan a menudo a la grupa del mulo que mordía? ¿Se olvidó usted de Polo Griffó? Pues es un buen hombre, que pertenece a los Della Rebbia en cuerpo y alma. Diga una palabra, y cuando su escopeta hable no se callará este viejo mosqueado, un viejo como su amo. Téngalo presente, Ors Anton.

—Está bien, está bien; pero, ahora marchaos, como mi hermana y yo continuaremos el camino.

Por último se alejaron los pastores, dirigiéndose al trote largo hacia el pueblo; pero de trecho en trecho se detenían en todos los lugares elevados del camino, como para examinar si había alguna emboscada, y sin distinguirse mucho de Orso y su hermana para poder auxiliarlos en caso de necesidad. Y el viejo Polo Griffó manifestaba a sus compañeros:

—Lo he comprendido. No dice lo que va a hacer, pero lo hará. Es el propio retrato de su padre. Yo no daría un cobre por la piel del alcalde. Antes de un mes estará achillado.

Así precedido por aquella escolta de avanzada, el descendiente de los Della Rebbia entró en su pueblo y llegó a la antigua mansión de los cabos, sus antepasados. Los "rebbianistas", largo tiempo carentes de jefe, salieron a su encuentro en masa, y los vecinos que guardaban neutralidad se asomaron a las ventanas y puertas para verlo pasar. Los "barrićinistas" se quedaron en sus casas, atisbando por las rendijas.

Pietranera es un pueblo muy irregularmente edificadas como todos los del Górgico, sumamente empinado. Las casas, diseminadas al azar y sin ninguna alineación, ocupan la cumbre de un altoplano, o más bien un saliente de la montaña. Hacia el centro del pueblo se yergue una añosa encina, y al lado se ve una pila de granito, a la que un tubo de madera lleva el agua de un manantial cercano. Esta obra de utilidad pública fue costeada a medias por los Rebbia y los Barrićini, pero en vano se buscó allí un indicio de la antigua concordia reinante entre las dos familias. Por el contrario, ella es motivo de rivalidad. En una oportunidad el coronel Della Rebbia envió al Municipio de su pueblo cierta cantidad para contribuir a la erección de una fuente; el abogado Barrićini se apresuró a ofrecer una donación semejante, y a estos dos hechos generosos debe Pietranera su agua. En torno a la encina y a la fuente hay un espacio libre, que llaman plaza, y en donde los descompensados suelen reunirse por la tarde. En ocasiones se juega allí a las cartas, y en los días al año, en Carnaval, se realiza baile. En los vez

extremos de la plaza se levantan sendos edificios de piedra, de bastante altura. Son las torres enemigas de los Rebbia y los Barrićini. La construcción de ambas es idéntica; la altura, igual, y se ve que la rivalidad de las dos familias se ha mantenido siempre sin que la fortuna se incline por ninguna.

Conviene aclarar la significación de la palabra torre. Es una mole cuadrada de cuarenta pies de altura, que en otro país cualquiera se llamaría simplemente un palomar. La puerta, estrecha, se abre a ocho pies de la tierra, a la que da acceso una empinada escalera. Sobre la puerta hay una ventana con una especie de balcón que tiene en la losa un agujero, como las galerías salientes de las antiguas fortalezas, que permite aplastar sin riesgo a un visitante impudico. Entre la puerta y la ventana hay dos escudos groseramente labrados. Uno ostenta anteño la cruz de Génova; pero, todo machacado hoy, sólo es inteligible para los anticuarios. En el otro figuran las armas de la familia propietaria de la torre. Debe agregarse, para completar el decorado, unas cuantas señales de balazos en los escudos y dinteles de la ventana, y se puede tener una idea de una mansión señorial de la Edad media en la isla napoletánica. Falta decir que las dependencias habituales se hallan adosadas a la torre, con la que generalmente tienen comunicación interior.

El lado norte de la plaza de Pietranera lo ocupan la torre y la casa de los Rebbia; el lado sur, las de los Barrićini. Desde la torre del norte hasta la puerta es el paseo de los Rebbia; el de los Barrićini, el del lado contrario. Desde el entrecero de la esposa del coronel no se había visto nunca a ningún miembro de una de aquellas dos familias presentarse en otro lado de la plaza que en el que le asignaba una especie de convenio tácito. Para evitar un rodeo, Orso se disponía a pasar por delante de la casa del alcalde, cuando su hermana le advirtió y le señaló un callejón por el que llegarían a su casa sin cruzar la plaza.

—¿Por qué hacer eso? La plaza es de todos —dijo Orso.

Y acaeció a su caballo.

—¡Es un valiente! —exclamó ya sí Colomba—. ¡Serás vengado, padre mío!

Al llegar a la plaza se interpuso Colomba entre su hermano y la casa de los Barrićini, la vista fija en las ventanas de sus enemigos. Observó que las habían atrinchado recientemente y que abrieran en ellas *archere*. Denominábase *archere* unas aberturas angostas en forma de troneras, dispuestas entre troncos de gran espesor, con los que se tapa la parte inferior de una ventana. Cuando se teme algún ataque se improvisan estas defensas, desde detrás de las cuales se hace fuego contra los atacantes.

—¿Qué cobardes! Mira, Orso, ya empiezan a precaverse. Se han parapetado; pero algún día tendrán que salir —dijo Colomba.

La presencia de Orso en el lado sur de la plaza causó verdadera sensación en Pietranera y fué considerada como un acto audaz y provocativo. Para los neutrales reunidos por la tarde en torno de la encina constituyó materia de interminables hipótesis.

—Es suerte —decía un pastor joven— que los hijos de Barrićini no hayan vuelto aquí, porque no son tan sufridos como su padre y quizá no hubieran dejado pasar por el terreno de ellos a su enemigo sin hacerle pagar cara su osadía.

—Tenga presente esto —que vivy a decirle, ve, cino— añadió un viejo que era considerado el oráculo del pueblo—. Me he fijado en la cara de Colomba; algo planea en su mugín. Presiento la proximidad de la pólvora. Me parece que no tardará mucho tiempo sin que corra la sangre por las calles de nuestro pueblo.

Era muy joven Orso cuando había salido de casa, y por eso apenas había sentido tiempo

de tratar a su padre. Dejara Pietranera a los quinientos años para ir a estudiar a Pisa, y de aquí había pasado a la Escuela Militar, en tanto que Giulifloro pasaba por Europa las águilas imperiales. Orso lo había visto en el continente en contadas ocasiones, y hasta 1815 no fue a servir al regimiento que mandaba su padre. Pero el coronel, férreo en la disciplina, trató a su hijo como a los otros tenientes, es decir, con severidad. Los recuerdos que Orso había conservado de su padre eran de dos naturalezas. Una, lo situaba en Pietranera, confiándole su sable, haciéndolo disparar su escopeta cuando volvía de cazar, o cuando le hizo sentar por primera vez, chiquito aun, a la mesa familiar. Otra, le mostraba al coronel Della Rebbia mandándole arrestado por cualquiera falta leve y llamándole siempre señor oficial.

«Señor oficial, usted no está en su puesto de batalla: tres días de arresto. Su pelotón se encuentra a cinco metros más del debido de la reserva: cinco días de arresto. Tiene usted gorró de cuartel a las doce y cinco: ocho días de arresto.»

Tan sólo una vez, en Cuatro Brazos, le dijo: «Muy bien, Orso; pero ten prudencia.»

Por otra parte, estos últimos recuerdos no eran los que le evocaba Pietranera. La vista de los lugares familiares a su infancia, los muebles de que se sirvió su madre, a la que había idolatrado, despertaban en su alma una multitud de emociones dulces y penosas; después, el sombrío porvenir que se le presentaba, la vaga inquietud que le inspiraba Colombia, y, en especial, la idea de que Sir Thomas y su hija iban a venir a aquella casa, que le parecía ahora tan pequeña, tan pobre, tan carente de comodidades para personas habituadas al lujo; el desprecio que miss Nevil sentía tal vez; todos estos pensamientos turbaban su cabeza y lo sumían en un estado de profundo desaliento.

A la hora de cenar se sentó en un sillón de viles oscuridad, en el que su padre presidía las comidas de familia, y sonrió al ver que su hermana vacilaba en sentarse a la mesa con él. Agradió, asimismo, el silencio que guardó ella durante la cena y lo pronto que se retiró al terminar, porque se sentía demasiado impresionado para hacer frente a los ataques que sin duda le preparaba; pero Colombia se mostraba discreta y quería darle tiempo a que reaccionase. Acodado en la mesa, Orso permanecía algo rato inmóvil, evocando las escenas de los últimos quinientos días que había vivido. Veía con asombro lo que se aguardaba de él respecto a sus tradicionales enemigos. Y se daba cuenta de que la opinión de Pietranera empezaba a ser para él del mundo.

Tenía que vengarse, o bien pasar por un cobarde. ¿Pero en quién vengarse? No creía que los Barricini fueran los asesinos. Ciertamente eran enemigos de su familia; pero sería menester dejarse llevar por los prejuicios de sus compatriotas para atribuirles un asesinato. A veces contemplaba el talismán que le regalara miss Nevil y se repetía el lema: «La vida es un combate», y terminó por decidirse en tono firme: «Saldré triunfante de él.» Confortado por tal pensamiento se levantó y, tomando la lámpara, se dispuso a ir a su cuarto, cuando lloró a la puerta de la casa. La hora no era propia para recibir una visita. Colombia se presentó de inmediato, seguida de la sirvienta.

«Algún conocido —dijo yendo a la puerta. Pero antes de abrir preguntó:

—¿Quién?

—Soy yo —respondió una voz infantil. Quito en seguida la tranca que afianzaba la puerta y Colombia volvió al comedor con una niña de unos diez años, descalza, harapienta y cubierta la cabeza con un mal pañuelo, bajo el que asomaban unas gudejas negras como la noche. Era flacucha, pálida y tenía la piel tostada por el sol; pero su mirada denotaba inteligencia. Al ver a Orso se detuvo tímida y le hizo una tosca reverencia; luego habló a Colombia en

voz baja y le puso en las manos un faisán muerto.

—Gracias, Chili —dijo Colombia—. ¿Dáselo a tu tío. ¿Está bien?

—Sí, señorita, para servir a usted. No he podido venir antes porque ha tardado mucho. Estuve tres horas esperándole en el matorral.

—¿Y no cenaste?

—No, señorita. Todavía no tuve tiempo. Te voy a dar de cenar yo. ¿Tiene pan tu tío aun?

—Un poco; pero lo que sobre todo le falta es pólvora. Hay ya castañas, y ahora no necesita más que pólvora.

—Voy a darte un pan para él y pólvora. Dile que la economice, porque escasea mucho.

—¿A quién haces caridad, Colombia? —preguntó Orso en francés.

—A un pobre bandido de este lugar —contestó Colombia en la misma lengua—. Esta pequeña es su nieta.

—Me parece que podrías emplear mejor tus dólars. ¿Por qué dar pólvora a un bribón que se servirá de ella para cometer fechorías? Sin esa deplorable debilidad que todo el mundo parece tener aquí por los bandidos, hace tiempo que hubieran desaparecido de la isla.

—Los peores de Córcega no son los que se hallan proscritos.

—Dales comida, si quieres; pero no les proporciones municiones.

—Tú eres aquí el amo, hermano —replicó Colombia en tono grave—, y todo te pertenece en esta casa; pero te advierto que daré mi mezzaro a esta niña para que lo venda, antes que negar pólvora a un bandido. Pues es lo mismo que entregarlo a las autoridades. ¿Qué otra defensa tiene contra ellos sino sus cartuchos?

La pequeña mientras tanto devoraba con avidez un pedazo de pan, y miraba con atención a Colombia y a su hermano, tratando de comprender en los ojos de éstos el sentido de sus palabras.

—¿Y qué es lo que ha hecho ese bandido? ¿Por qué crimen anda escapado?

—Brandelacio no cometió ningún crimen —exclamó Colombia—. Miró a Giovan Opizzo, que había asesinado al padre de aquí mientras que el hijo estaba haciendo el servicio.

Ante estas palabras, Orso se incorporó y subió a su cuarto. Entonces Colombia entregó a la niña pólvora y comida y la acompañó hasta la puerta, diciéndole:

—Chili, que tu tío cuide bien de Orso.

XI

Esa noche Orso tardó mucho en conciliar el sueño, y, a la mañana siguiente, se despertó tarde. Tan pronto se levantó, lo que primero vieron sus ojos fue la casa de sus enemigos y los *archers* que acababan de practicar. Bajó y preguntó por su hermana.

—Está en la cocina fundiendo balas —le contestó Saveria, la sirvienta.

En resumen, no podía dar un paso sin que le persiguiera la imagen de la venganza.

Encontró a Colombia sentada en un banquillo, rodeada de balas recién fundidas y contando las tiras de plomo.

—No tienes balas para la escopeta del coronel. He encontrado un molde de ese calibre, así que te haré hoy veinticuatro cartuchos.

—Por fortuna no los necesito.

—Hay que estar preparado, hermano. Te has olvidado de tu país y de las gentes que te rodean.

—Ya te encargas tú de recordármelo. Di, ¿no ha llegado un baulí hace unos días?

—Sí. ¿Quieres que lo suba aquí?

—¿Subirlo tú? No podrías alzarlo, ¿No hay por aquí algún hombre que lo suba?

—No soy tan débil como crees, Orso —dijo Colombia, remangándose y mostrando unos brazos blancos y redondos, pero que acusaban



**POMADA
PARA CALZADO**

"COLIBRI"

**LA MEJOR Y MAS ECONOMICA
LUSTRA-TINE**

Producto de los
Establecimientos de Anilinas Colibrí

una musculatura poco común—. Vamos, Saveria, ayúdame.

Fué su hermano quien se apresuró a ayudarla cuando vio que se disponía a levantar el baulí, y dijo:

—Hay aquí algo para ti, querida Colombia. Desde luego que mis regalos son muy modestos; pero bien sabes que el baulí de un teniente de reemplazo no está muy bien provisto; así que tienes que perdonarme.

Y hablando así abrió el baulí y sacó algunos vestidos, una manta y otros objetos femeninos.

—¿Qué cosas tan hermosas! —exclamó Colombia—. Voy a guardarlas en seguida para que no se ensucien. Las guardaré para mi boda —añadió con triste sonrisa—, porque ahora todavía estoy de luto.

Y besó una mano a su hermano.

—Es una afectación, querida Colombia, el llevar luto tanto tiempo.

—Lo he jurado —replicó ella con firmeza—. No me lo sacaré hasta...

Y miró por la ventana hacia la casa de Barricini.

—¿Hasta el día de tu boda? —preguntó Orso previendo el final de la frase.

—No me casaré —declaró Colombia— sino con el hombre que haya realizado tres cosas...

Y continuó contemplando con expresión siniestra la casa de sus tradicionales enemigos.

—Con lo bella que eres, me extraña que no te hayas casado ya. Vamos, dime quién te festeja. Por lo demás, ya oírás las serenatas, que tienen que ser muy lindas para que gusten a una improvisadora tan excelente como tú.

—¿Quién va a festejar a una pobre huérfana?... Y además, el hombre que me haga dejar el luto tendrá que obligar a las mujeres de ahí enfrente a que se lo pongan ellas.

«Esto es ya una locura», pensó Orso.

—Orso, ¿dijo Colombia con triste entusiasmo—, también yo tengo que ofrecerte algo. Los trajes que tienes son demasiado buenos para aquí. Tu levita quedaría desgarrada a los dos días si la llevases al bosque. Tienes que conservarla para cuando venga miss Nevill y su padre.

Abrió un ropero y sacó un traje completo de cazador.

—Te hice una chaqueta de terciopelo y aquí tienes un gorro de última moda; lo bordé para

LOS DOS HERMANITOS

MALAS PULGAS

Por TIM



ti hace ya mucho tiempo. ¿Quieres probarlo?

Le hizo ponerse un chaquetón de terciopelo verde con un gran bolsillo en la espalda, y le calzó un gorro puntiagudo de terciopelo negro con bordados de azabache y seda del mismo color y terminado por una especie de pompón.

—Aquí tienes—siguió ella—la cartuchera de nuestro padre; su puñal está en el bolsillo de la chaqueta.

—Tengo el aspecto de un verdadero bandido de ópera—dijo Orso al mirarse en un espejo que le presentó la sirvienta.

—Le sienta a usted muy bien, Ors Anton—opinó Saveria—. Ni el más peripuesto elegante de Bocognoano o de Bastelica está más agraciado.

Orso almorzó con su traje de cazador, y mientras comía dijo a su hermana que había traído algunos libros, que pensaba encargar otros a Francia e Italia y que la iba obligar a trabajar mucho.

—Porque es vergonzoso—añadió—que una joven como tú no sepa aún cosas que saben ya los niños del continente.

—Tienes razón—asintió Colomba—. me doy cuenta muy bien de lo que me falta y no deseo otra cosa que estudiar, sobre todo si quieres tú ser mi profesor.

Transcurrieron algunos días sin que Colomba pronunciase el nombre de los Barricini. Seguía comandando de atenciones a su hermano y le hablaba a menudo de miss Nevil. Orso le hacía leer obras francesas e italianas, y le admiraba unas veces el acierto y buen sentido de las observaciones de la lectora y otras su absoluta ignorancia de las cosas más simples.

Una mañana, después del desayuno, Colomba salió un momento del comedor, y en vez de volver con un libro y papel apareció con su mezzaro puesto. Su expresión era más seria aun que de ordinario.

—Me alegraría que vinieses conmigo, Ors Anton—dijo.

—¿Adónde quieres que te acompañe?—interrogó él, tomándole del brazo.

—Mejor es que lleves tu escopeta y tus cartuchos, en lugar de darme el brazo. Un hombre no debe salir nunca sin ir armado.

—Bueno. Habrá que seguir la moda. ¿Adónde nos dirigimos?

Colomba, sin responder, se cubrió con su velo, llamó al perro guardián y salió acompañada de su hermano. Alejose con presteza del poblado y tomó por un camino que serpenteaba por las viñas, con el perro delante, al que hizo una seña, que el animal pareció comprender muy bien, porque de inmediato se puso a correr en zigzag, siempre a unos cincuenta pasos de su ama y deteniéndose a veces para mirarla, meneando la cola. Parecía desempeñar a conciencia sus funciones de guía.

—Si Mucchetto ladra—dijo Colomba—prepara tu escopeta, Ors Anton, y no te muevas.

A un kilómetro del pueblo, tras muchos rodeos, Colomba se detuvo de súbito en un recodo del camino. Allí se alzaba un pequeño montículo de ramaje, verde en unos lados, seco en otros, que alcanzaba una altura de tres pies más o menos. Atravesaba el vértice el extremo superior de una cruz de madera pintada de negro. En varios puntos de Córcoga, sobre todo en las montañas, una costumbre antiquísima y que tiene origen quizá en las supersticiones del paganismo obliga a los que pasan a tirar una piedra o una rama de árbol sobre el lugar en que ha perecido de muerte violenta un hombre. Durante años y años, mientras que el recuerdo de su trágica fin se conservaba en la memoria de los hombres, esta singular ofrenda se va acumulando así de día en día. A esto le llaman el *montón*, el *mucchetto* de un tal.

La joven se detuvo ante aquel montón de follaje y arrancando una rama de malas la agregó al montículo.

—Aquí murió nuestro padre. Recemos por su descanso, Ors Anton—dijo ella.

Y se arrojó. Su hermano la imitó. En aquel momento la campana de la iglesia dobó lentamente por uno que había muerto la noche anterior. Orso sintió que se deslizaban dos lágrimas por sus mejillas.

Unos minutos después Colomba se levantó, llorosos los ojos y expresivo el rostro. Se santiguó, bendijo la sepultura y después volvió con su hermano al pueblo. Entraron silenciosos en su casa. Orso subió a su habitación. Momentos más tarde se le presentó su hermana con un cofrecito, que colocó sobre la mesa. Lo abrió y sacó de él una camisa con grandes manchas de sangre.

—Esta es la camisa de tu padre, Orso—le dijo echándosela a las rodillas—. Y éste es el plomo que la agujeró—añadió poniendo sobre la camisa dos balas empuñadas.

A continuación se arrojó en brazos de su hermano y, estrechándole con fuerza, exclamó:

—¡Orso, hermano mío, véngame!

Lo besó con pasión, y besó las balas y la camisa y salió del cuarto, dejando a su hermano como anonadado.

Así permaneció algún tiempo inmóvil, sin atreverse a apartar de sí aquellas evocadoras reliquias. Por fin, haciendo un supremo esfuerzo, las volvió a guardar en el cofre y corrió al otro extremo de la habitación a tumbarse en la cama, con la cara vuelta a la pared y la cabeza hundida en la almohada, como si deseara librarse de la vista de un espectro. Las últimas palabras de su hermana resonaban en sus oídos, y le parecía oír aún una voz acusadora, fatal, inexorable, que le pedía sangre, y sangre inocente. Difícil sería traducir las sensaciones del desdichado joven, tan confusas como las que contraban el cerebro de un loco. Largo rato permaneció en la misma posición, sin atreverse a mover la cabeza. Al fin se levantó, cerró el cofrecillo y salió con ligereza de su casa; echó a correr por el campo, sin saber adónde se dirigía.

El aire libre fue aliviándole poco a poco, se tranquilizó algo y examinó con serenidad su situación y los medios de salir de ella. Ya se sabe que no creía a los Barricini culpables del asesinato; pero sí los acusaba de haber fraguado la carta del bandido Agostini; y pensaba que esta carta había sido la causa de la muerte de su padre. Se daba cuenta de que era imposible denunciarlos como falsificadores. En oportunidades, si los prejuicios o los instintos de su país venían a hacer presa en él y le mostraban un vengaza fácil en el recodo de un camino, los rechazaba con horror al pensar en sus compañeros de regimiento, en la vida de París, y sobre todo en miss Nevil. Pensaba luego en los reproches de Colomba, que justificaba y hacía más doloroso lo que en el carácter de él quedaba de corso. Sólo una idea de esperanza le quedaba en aquella lucha entre su conciencia y sus prejuicios: buscar con cualquier motivo una pendencia con uno de los hijos del abogdo y batirse en duelo con él.

Martirio de un balazo o de una estocada arrojaba sus ideas corras con sus ideas francesas. Aceptada esta posibilidad y meditando en los medios de ejecución, se sentía ya aliviado de una gran carga, cuando otros pensamientos más optimistas contribuyeron a calmar aún más su espíritu. Cicerón, desesperado por la desaparición de su hija Tulia, olvidó su dolor al concebir todas las hermosas cosas que podría decir a tal propósito. De igual modo se consoló mister Shandy de la muerte de su hijo. Orso fue apaciguándose al pensar que aquel estado de su alma podría presentar a miss Nevil un cuadro que llegaría a interesarle.

Al aproximarse al pueblo, del que se había distanciado bastante sin advertirlo, oyó la voz de una niña que, sin duda creyéndose sola, cantaba en un caminito al borde de un zarzal. Tenía la canción ese tono lento y monótono de

las lamentaciones fúnebres, y la niña entonsaba así: "Para mi hijo, que está en tierras lejanas, —guardad mi cruz y mi camisa ensangrentada..."

—¿Qué estás cantando, nenita? —interrogó Orso, que apareció de súbito, con acento de colera.

—¡Ah, es usted, Ors Antonio! —exclamó la niña algo cohibida. —Es una balada de la señorita Colomba.

—Te prohibo entonarla —replicó Orso, cada vez más enojado.

La niña miró a todos lados, como si buscara el lugar propicio para ocultarse, y sin duda lo hubiese hecho si no le retuviese la custodia de un voluminoso paquete que tenía en el bolso sobre el crespón.

Orso se avergonzó de su acto violento.

—¿Qué llevas ahí, pequeña? —le preguntó en tono amable.

Y como Chilina vacilaba en responder, alzó él el paño en que estaba envuelto el paquete y vió que contenía un pan y otras provisiones.

—¿Y a cuánto llevas eso, querida?

—Yo la sabe usted, señor: a mi tío.

—Tu tío, ¿no es un bandido?

—Para servir a usted, señor Ors Antonio.

—Pues si te encontrasen los guardias te preguntan adónde vas.

—Les diría —contestó la niña sin titubear— que llevo la comida a los trabajadores que talan el bosque.

—¿Y si encontraras a algún cazador hambriento que quisiera comer a tu costa y te arrebatara las provisiones?

—No se atrevería. Le diría que son para mi tío.

—¿Te quiere mucho tu tío?

—¡Oh, sí! Desde que murió mi papá, mi tío cuida de la familia: de mi madre, de mí y de mi hermanita. Antes, de ponerse enferma, mamá pedía trabajo a los ricos. El alcalde me da un vestido al año, y el señor cura me enseña el catecismo y a leer, desde que mi tío la ha hablado. Pero la más buena para nosotros es la señorita Colomba, su hermana.

En aquel instante asomó un perro por el sendero. La niña se llevó dos dedos a la boca y lanzó un silbido: presuroso se acercó a ella el perro, la lamio y se lanzó, veloz, al maternal. No tardaron en surgir de éste dos hombres mal entrazados, pero bien armados, que dijérase que habían avanzado arrastrándose como reptiles por entre los yuyos que cubrían el terreno.

—¡Ah, Ors Antonio! Sea usted bienvenido —dijo el mayor de los dos hombres—. ¿Qué? ¿No se acuerda de mí?

—No —contestó Orso mirándole fijamente.— Es extraordinario lo que una barba y un gorro pueden desfigurar a un hombre. Vamos, mi teniente, obsérveme bien. ¿Se olvidó ya de los veteranos de Waterloo? ¿No se acuerda de Brando Savelli, que murió más de un cartucho al lado de usted en aquel famoso día?

—¿No? ¿Un desertor de 1816? —exclamó Orso.

—El mismo, mi teniente. ¿Qué demonio! El servicio es aburrido, y además tenía cuentas pendientes por esta tierra... ¡Hola Chilín! eres una buena muchacha. Sirvenos pronto, porque tenemos hambre. No puede imaginarse, mi teniente, el apetito que se tiene en el *maquis*...

—¿Quié nos envía esto, la señorita Colomba o el alcalde?

—No, tío; la molinera me dio esto para usted y una manta para mamá.

—¿Qué es lo que desea de mí?

—Dice que los lucenses que ha tomado para la corte le piden ahora treinta y cinco sueldos y las castañas, por la fiebre que hay abajo de Pietranera.

—¡Haraganes!... Ya verá... Sin cumplidos, mi teniente, ¿quiere usted compartir con nosotros la comida? Peores las hemos hecho jun-

APRENDA A BAILAR POR CORREO

TANGO
MILONGA
FOX-TROT
VALS
PASO DOBLE
RANCHERA
RUMBA Y
ZAPATEO
AMERICANO

Es sólo a diez, por el
módulo del presidente
Presente diplomado

GAETA



SEÑORITA O CABALLERO: Desde los 12 a los 85 años, con sólo remitir UN PESO se estamparán o efectuará, a suelta de correo, en su misma casa, en sobre cerrado y sin membrete, prospectos completos con lección de estos bailes, bien ilustrados con dibujos y fotografías.

Más de CIENTO VEINTE MIL alumnos han aprendido ya por correo o personalmente en este estudio, que es el más grande y lujoso de Sud América y donde también se enseñan bailes Españoles, Clásicos, etc.

Solicite hoy mismo
este módulo
escribiendo al:

Dr. DOMINGO [F] [F] [F] CANGALLO 1610 BUENOS AIRES

AL HACER SU PEDIDO, MENCIONE ESTA REVISTA

tos en tiempos de nuestro pobre compatriota, al que han "dado" el retiro.

—Gracias. También me han retirado a mí.

—Lo of decir, pero me imagino que no le importará mucho. Cuestión de que arregle usted esa cuenta... Vamos a comer, cura. Señor Orso, le presento a este señor cura. A decir verdad, no sé bien si es lo, pero lo parece por lo mucho que sabe.

—No soy más que un pobre estudiante de teología —dijo el otro bandido—, al que impidieron seguir su vocación. Y ¿quién sabe? Quizá hubiera podido llegar a Papa, Brando-lacio.

—¿Qué causa le ha privado seguir su vocación? —preguntó Orso.

—Una sonesera, una cuenta que arreglar, como dice mi amigo Brando-lacio: una hermana mía que comió un deliz mientras yo devoraba libros en la Universidad de Pisa. Tuve que retornar aquí para casarla; pero el novio tuvo la degradación de morirse de fiebres tres días antes de mi llegada. Entonces me dirigí, como lo hubiera estado hecho en un caso semejante, al hermano del difunto. Me dijeron que era casado. ¿Qué hacer?

—Si, la cosa no era agradable, en efecto. ¿Qué hizo usted?

—Hay casos en que es necesario acudir a la piedra de chispa.

—Es decir que...

—Le metí una bala en el cráneo —dijo con toda frialdad el bandido.

Orso sintió un estremecimiento de horror. Sin embargo, la curiosidad, y quizá también el deseo de retrasar el instante en que tendría que regresar a su casa, le hicieron quedarse allí y proseguir la charla con aquellos dos hombres, cada uno de los cuales tenía sobre su conciencia, por lo menos, un asesinato.

En tanto que su compañero hablaba, Brando-lacio le sirvió pan y carne; se sirvió él, atendido después a su perro, que presentó a Orso con el nombre de *Brusco*, como dotado del maravilloso instinto de reconocer a un gendarme, por disfrazado que estuviese, y, por último, cortó un trozo de pan y una lonchita de jamón crudo para la pequeña Chilín.

—Es hermosa la vida de bandido —declaró el estudiante de teología después de haber engullido unos bocados—. Quizá la pruebe usted algún día, señor Della Rebba, y ya verá lo agradable que resulta no tener más amo que su anteojo.

El bandido se había expresado hasta entonces en italiano; prosiguió después en francés:

—¿Córrega no es una tierra muy divertida para un joven; pero ¿qué distinto es para un bandido! Las mujeres tienen admiración por nosotros. Aquí me ve usted, que tengo tres amantes, de las que una es la esposa de un gendarme. ¡En todas partes tengo una casa. —Es usted un políglo —dijo Orso en tono grave.

—Le hablé en francés por cuenta de *maxima debet esse reverentia*. Brando-lacio y yo desamamos que esta pequeña vaya por el buen camino.

—Cuando tenga quince años —dijo el tío de

Chilina —la casaré bien. Tengo ya un candidato en perspectiva.

—¿Y será tú el que formule la petición? —preguntó Orso.

—Desde luego. ¿Cree usted que si yo digo a un rico del país: "Yo, Brando Savelli, vería con agrado que su hijo se casara con Micheline Savelli", cree usted que se opondría a ello?

—No se lo aconsejaría —apoyó el otro bandido—. El amigo es ligero de manos.

—Sí, por ventura. Fuese yo un bandido, un canalla —contestó Brando—, no tendría más que abrir mi moral para que lloviesen en él las monedas de cinco francos.

—¡Hay en tu moral algo que las atraiga? —preguntó Orso, sonriendo.

—Nada; pero si yo escribiera a un rico, cómo hay quienes lo hicieran: "Necesito cien francos", se apresuraría a enviármelos. Pero yo soy un hombre honrado, mi teniente. ¡Crámele!...

—Ha de saber usted, señor Della Rebba —dijo el bandido a quien su compañero apellidaba "el cura", que en esta tierra de costumbres sencillas hay, no obstante, algunos miserables que se aprovechan de la estima que nosotros inspiramos por medio de nuestros pasaportes (mostró el arma), para lograr letras de cambio falsificando nuestra letra.

—Lo sé —contestó Orso con tono brusco—. Pero ¿qué letras de cambio?

—Hace seis meses —prosiguió el bandido—, estaba yo de paso por la parte de Orezza. Cuando se me arrojó un pañuelo con su gorro en la mano y me dijo: "Ah, señor cura! Excúseme, déme más tiempo; sólo he podido hallar cincuenta y cinco francos." Yo, muy sorprendido: "¿De qué cincuenta y cinco francos estás hablando, imbécil?", grité. "Quiero decir sesenta y cinco —me contestó—, pero con respecto a los cien que me pide usted, es imposible." "¿Que yo te he pedido cien francos, bandido? ¡Si no sé quién eres!" Entonces me entregó una carta, o mejor dicho un mugriento trozo de papel, por el que se le ordenaba depositar cien francos en un sitio indicado, bajo pena de que Giocanto Castriónico, que es mi hermano, le quise la cabeza y su familia su hacienda. ¡Se había cometido la infamia de falsificar mi firma! Lo que más me indignó era que la carta estaba escrita en dialecto y plagada de faltas de ortografía...

¡Cometer faltas de ortografía quien, como yo, ha obtenido primeros premios en la Universidad! Empecé por castigar al pañuelo con una bofetada que le hizo dar dos vueltas sobre sí mismo. "De manera, malandrín, que me has tomado por un ladrón", le dije, y le apliqué un formidable puntapié. Ya más desahogado, le pregunté: "¿Cuándo tienes que llevar los cincuenta al sitio indicado?" "Hoy mismo." "Bien; ve a hacerlo." Era al pie de un alto pino. "Llévate allí el dinero, entiéndalo y vuelve a buscarme." Yo me había emboscado cerca. Seis horas mortales estuve al acecho con mi hombre; pero créame, señor Della Rebba, que hubiese estado tres días si hubiera sido necesario. Después de seis horas apareció un vecino de Bastia, un infame usurero. Se agacha para aga-

En el subterráneo



Copyright 1944, King Features Syndicate, Inc. World Wide Syndicate, Inc. 5-19

—¡No fuiste a trabajar ayer?
Tu correa estaba vacía.

rrar el dinero, disparo yo y le apunté tan bien, con su cabeza, al caer, dió contra las monedas que desenterraba. "Ahora, zoquete, — dije al aludano —, recoge tu dinero y no se te vuelva a ocurrir el pensar en una bajeza de Gioacinto Castircioni". El pobre diablo, todo tembloroso, se guardó sus sesenta y cinco francos, sin tomarse el trabajo de limpiarlos. Me dió las gracias, le di otro puntapié de despedida y aun está corriendo.

—¡Ah cura! — dijo Brandolaccio —. Te envió ese acto. Debiste de reírte a riar.

Ahora, hablando de otra cosa: ¿Cree usted, señor Orso, que una bala de plomo se funda por la velocidad de su trayecto en el aire? Usted, que ha estudiado balística, podrá decirme si eso es cierto o no.

Orso prefirió discutir esta cuestión de física a polemizar con el licenciado respecto a la moralidad de su acción. Brandolaccio, a quien no divertía nada aquella digresión científica, la interrumpió para señalar que el Sol iba a ocultarse.

—Ya que no ha querido comer con nosotros — dijo a Orso —, le aconsejo que no haga esperar más tiempo a su hermana. Y además, no siempre es conveniente andar por el campo una vez puesto el Sol. ¿Por qué sale sin armas? Hay mala gente por los alrededores, tenga cuidado. Hoy no tiene nada que temer: los Barreinci hospedan al perfecto en su casa; lo han encontrado en su viaje y va a detenerse un día en Pietranera antes de ir a la colocación de una primera piedra, según se dice, en Conte... Tonterías. Dormirá en los Barreinci; pero éstos se hallarán libres mañana. Vincentello es un perfecto bribón, y Orlanduccio es más o menos... Procure atarcelos por separado: hoy a uno, mañana a otro; pero desconfeite usted, se lo digo yo.

—Gracias por el consejo — contestó Orso —, pero no tengo nada que arreglar con ellos; mientras no vengan a buscarme, nada les diré.

El bandido hizo una mueca con los ojos, pero no contestó. Orso se levantó para proseguir su marcha.

—A propósito — le dijo Brandolaccio —, no le di las gracias por la pólvora; me llegó muy oportunamente. Ahora no me falta nada...; es decir, preciso unos zapatos...; pero me los haré con la piel de un muflón, que mararé uno de estos días.

Orso deslizó dos monedas de cinco francos en la mano del bandido.

—Colomba te ha mandado la pólvora; aquí

tienes para comprarte unos zapatos.

—No, eso no, mi teniente — exclamó el bandido devolviéndole el dinero —. ¿Me toma usted por un mendigo? Acepto el pan y la pólvora, pero nada más.

—Cree que entre antiguos cancharras de armas podía prestarse ayuda. Está bien, hasta la vista.

Pero antes de marcharse metió el dinero en el morral del bandido sin que éste lo advirtiese.

—Hasta la vista, Ors Anton — dijo el teólogo —. Tal vez nos volvámos a encontrar en el *muquis* uno de estos días y continuaremos nuestra charla sobre física.

Orso llevaba un cuarto de hora de marcha desde que dejara aquellos "honrados" sujetos, cuando oyó que alguien corría tras él. Era Brandolaccio.

—Es demasiado, mi teniente — exclamó jadeante —, es demasiado. Aquí tiene usted sus diez francos. A otro no se le hubiera tolerado. Muchos saludos de mi parte a la señorita Colomba. Por usted llevé un buen sofocón. ¡Buenas noches!

XII

Al ver entrar a su hermano por la puerta, Colomba sintió un gran alivio, pues ya estaba alarmada por la tardanza. Durante la cena sólo hablaron de cosas indiferentes, y Orso, animado por la tranquilidad de su hermana, le refirió su encuentro con los bandidos, y hasta se permitió algunas bromas sobre la educación moral y religiosa que recibía la pequeña Clitina al lado de su dios y de su respetable colega el señor Castircioni.

Brandolaccio es un hombre honrado — dijo Colomba —, pero con respecto a Castircioni, ¡oh, decir que es un hombre sin escrúpulos.

—Pues yo creo — replicó Orso — que tanto vale el uno como el otro. Ambos se hallan en continua guerra con la sociedad. Un primer crimen los arrastra cada día a perpetrar otros, y, no obstante, no son quizá tan culpables como muchos de los individuos que no habitan en el *muquis*.

Un chispazo de alegría brilló en los ojos de Colomba.

—Si — prosiguió Orso —; esos desdichados entienden el honor a su modo. Un prejuicio cruel, y no una baja codicia, es lo que los ha lanzado a la vida que arrastran.

Hubo una larga pausa.

—No sé si sabrás — dijo al cabo la joven, al servir el café a su hermano — que Carlos Bautista Pietri murió la noche pasada. Sí, el paludismo lo llevó.

—Era un vecino de aquí, el esposo de Magdalena, la que recibió la carta de manos de nuestro padre moribundo. Su viuda me rogó que rayara al velatorio e improvisase algo. Tú también debes venir. Son vecinos nuestros, y es una atención de la que no puede uno excusarse en este lugar.

—¡Por favor, Colomba! Te advierto que no me agrada que te andes exhibiendo así en público.

—¿Pero qué cual tiene su manera de honrar a su muertos. La balada proviene de nuestros abuelos, y debemos respetarla como una tradición. Magdalena carece de *don*, y Fioridispina, que es la mejor improvisadora de la localidad, está enferma. Hace falta alguien para la balada.

—¿Crees, por ventura, que Carlos Bautista no encontrará su camino en el otro mundo si no entonan unos malos versos sobre su atado? Ve al velatorio si quieres; ¡tú contigui si consideras que debo ir, pero no improvises! Te lo ruego, Colomba.

—Lo prometí. Aquí es ya costumbre, lo sabes, y te repito que no hay nadie más que tú para improvisar.

—¿Costumbre tanta!

—Sufro mucho al cantar así. Me trae a la memoria todas nuestras desgracias. Mañana estará mala; pero es necesario. Permítemelo, Ors Anton. Recuérdame que en Ajaccio fuiste quien me pidió que improvisara para divertirla a aquella señorita inglesa que se mofa de nuestras viejas costumbres. ¿No me permitirás que improvise hoy para unos pobres gente que me lo agradecerán y a las que eso les ayudará a sobrelevar su dolor?

—Bien, haz lo que quieras. Estoy seguro de que ya has forjado tu balada y no quieres que se pierda.

—No, yo no podría componer nada por adelantado. Me inspiro ante el lugar y pienso en los sucesos. Acuden las lágrimas a mis ojos, y entonces canto lo que va brotando de mi alma.

Estas palabras fueron dichas con tal sencillez que no era posible suponer el menor asomo de amor propio poético en Colomba. Su hermano se dejó convencer y fué con ella a casa de Pietri. El muerto yacía sobre una mesa, con la cara descubierta, en la habitación más amplia de la casa. Puertas y ventanas estaban abiertas, y en torno a la mesa ardían varias velas. Junto a la cabecera del muerto estaba la viuda, y tras ésta numerosas mujeres ocupaban todo un lado de la pieza; en el otro se hallaban los hombres, de pie, descubiertos, con los ojos fijos en el cadáver y en un profundo silencio. Todo visitante, al entrar, besaba al muerto, saludaba con una reverencia de cabeza a su viuda y a su hijo y luego se ubicaba en el círculo sin proferir una palabra. De tanto en tanto, no obstante, alguno de los asistentes quebraba el solemne silencio para dirigir unas palabras al difunto. "¿Por qué dejaste a tu buena esposa? — decía una comadre —. ¿No te cuidaba bien? ¿De que carecías? ¿Por qué no esperaste un mes más y tu nuera tu hubiese dado un niño?"

Un hercúleo muchacho, hijo de Pietri, estrechando la fría mano de su padre, exclamó: "¡Oh, mi padre, tú habrás muerto de muerte violenta! ¿Te hubiéramos vengado!"

Estas fueron las primeras palabras que Orso oyó al entrar. Al verle se abrió el círculo, y un débil susurro de curiosidad acusó la espera de los reunidos, excitados por la presencia de la improvisadora. Colomba besó a la viuda, tomó una de sus manos y permaneció unos instantes sobrecogida y con los ojos fijos en el suelo. Después se echó el velo sobre los hombros, miró al muerto, e inclinada sobre aquel cadáver, casi tan pálido como él, empezó su balada:

Carlos Bautista, que el Señor recibe tu alma...
Vieja, te sálva. Tú estés a un lugar
donde no hace ni calor ni frío. Ya no precisas la podadera — mi el petado azadón. — Se terminó el trabajo para ti. En adelante todos los días son domingos. — Carlos Bautista, que el Señor tenga tu alma. — Tu hijo gobierna tu casa. — He visto caer la encina — que secó el "leveche". — Créi que había muerto. — He vuelto a pasar, y de sus raíces — ha brotado un retoño. — El retoño se convirtió en encina — de protectora sombrea. — Bajo sus fuertes ramas reposa tu Magdalena — y piensa en la encina que ya desapareció.

Aquí Magdalena comenzó a sollozar desconsoladamente, y dos o tres hombres que, si llegara la ocasión, hubieran disparado sobre cristianos con tanta sangre fría como sobre perdices, se enjugaron gruesas lágrimas en sus curtiadas mejillas.

Colomba prosiguió de aquel modo bastante tiempo, ya dirigiéndose al difunto, ya a su familia, y a veces, mediante una prosopopeya, corrió en la balada, haciendo hablar al mismo muerto para consolar a sus amigos o aconsejarlos. A medida que seguía la improvisación, la cara de Colomba iba tomando una

Las Cocineras Terribles



Excusa



El Sincero
Carpión

—Es mi amigo Sambo, señora. Lo traje para que me ayude a limpiar los platos.

No fué nada...

—Oh!, no es nada, señores; no se alarmen... No me hice daño



Revancha

—¿No podrías pagarle siquiera lo mitad del sueldo atrasado, querido? Esta mañana quemó las tostadas y me volcó el café encima

Psicóloga



—Este... señora... Con respecto a esos señores que ha invitado para esta noche... ¿Desea usted que vuelvan otra vez, o...?



expresión sublime; su cutis se coloreaba de rosa transparente, que hacía resaltar más el brillo de sus perlados dientes y el fuego de sus dilatadas pupilas. Diríase una pitonisa en su tripode. Salvo algunos suspiros y algunos sollozos contenidos, no se oía el más leve rumor en la multitud que se agolpaba a su alrededor. Aunque más rancio que cualquier orro a aquella poesía ruda, Orso se sintió de pronto invadido por la emoción general. Retirado en un oscuro rincón de la sala, lloró como lo hacía el hijo del difunto que se velaba.

De súbito se produjo un ligero movimiento en el auditorio: abrióse el círculo y penetraron unas personas. En el respeto que se les demostró, en la premura con que se les hizo lugar, era evidente que se trataba de personas importantes, cuya vista honraba significativamente a la casa. Sin embargo, en atención a la balada, nadie les habló. El que había entrado primero parecía contar unos cuarenta años. Su frac negro, su roseta roja en el ojal, el aire de autoridad y de confianza que denotaba su semblante hacían que se adivinase en el al prefecto. Tras él venía un anciano encorvado, de cara rugosa y amarillenta, que ocultaba a medias bajo unas gafas verdes una mirada tímida e iniqua. Llevaba un frac negro, demasiado ancho, el cual aunque nuevo aún, había sido, desde luego, hecho varios años atrás. Sin apartarse del prefecto, se hubiera dicho que deseaba ampararse en la sombra de aquél. Entraron por último dos jóvenes, esbeltos, con el cutis curtido por el sol, cubiertas las mejillas por espesas patillas, de mirada altiva, arrogante, y dando muestras de una impertinente curiosidad. Con el tiempo Orso se había olvidado de las caras de sus conocidos, pero la vista del anciano de gafas verdes trajo a él antiguos recuerdos. La presencia de aquel individuo a la vera del prefecto bastaba para dárlo a conocer. Era el abogado Barricini, el alcalde de Pietranera, que acudía con sus dos hijos a ofrecer al prefecto el espectáculo de una balada. Imposible sería definir lo que pasó en aquel momento por el espíritu de Orso; pero la presencia del enemigo de su padre le causó un estremecimiento de horror, y más que nunca se sintió perseguido a las sospechas que siempre había desechado.

En lo que se refiere a Colombia, la vista del hombre al que había consagrado un odio mortal dio a su rostro una expresión siniestra. Palideció, su voz se enrojeció, el verso comenzado expiró en sus labios... Pero rápidamente reanudó su balada y continuó con nueva vehemencia:

Cuando el gavilán se lamenta — ante su nido

vació —, los benéficos revolotean en torno —, ultrajando su dolor.

Oyóse una risa sofocada: eran los dos jóvenes recién llegados, a quienes sin duda les pareció demasiado audaz la metáfora.

El gavilán se despertará, desplegará sus alas —, batirá su pico en sangre. Y tú, Carlos Bautista, que tus amigos le dirían el porvenir adiós. — Tus lágrimas han corrido bastante. — Tan sólo la pobre buérfana no se llorará. — ¿Por qué había de llorar? — Tú te has dormido a edad avanzada — en medio de tu familia — dispuesto a comparecer — ante el Todopoderoso. — La buérfana llora a su padre, — sorprendido por unos cobardes asesinos, — herido por la espalda; — a su padre, cuya sangre se cuaja — bajo el montón de venas bonas. — Pero ella ha recogido esa sangre, — esa sangre noble e inocente; — la ha derramado sobre Pietranera — para que se trueque en un ceneno mortal. — Y Pietranera quedará manchada — hasta que una sangre culpable — borre la mancha de la inocente sangre.

Al terminar estas palabras Colombia se dejó caer en una silla, se tapó la cara con el velo y comenzó a sollozar. Las mujeres acudieron llorosas a la improvisadora; varios hombres lanzaron miradas sombrías al alcalde y a sus hijos; algunos viejos murmuraron algo sobre el escándalo que habían ocasionado aquéllos con su presencia. El hijo del difunto se abrió paso, dispuesto a suplicar al alcalde que se marchase cuanto antes; pero éste se había anticipado a la invitación. Salía ya, y sus hijos lo esperaban en la calle. El prefecto los siguió después de haber expresado unas palabras de pésame al hijo de Pietri. Orso se aproximó a su hermana, la tomó de un brazo y la sacó de la sala. — Acompañados — dijo el joven Pietri a unos amigos —, Cuidad de que no les suceda nada.

Dos o tres jóvenes echaron mano, presurosos, a sus puñales, y escoltaron a Orso y a su hermana hasta la puerta de su vivienda.

XIII

La emoción que embargaba a Colombia impedía pronunciar una palabra. Tema la cabeza apoyada en el hombro de Orso, del que estrechaba una mano entre las de ella. Aunque interiormente bastante disgustado por la alusión de su hermana, Orso estaba lo bastante alarmado para dirigirla la menor objeción. Esperaba silencioso el final de la crisis nerviosa de la que parecía ella presa, cuando golpearon a la puerta, y Saveria entró dando nerviosa anunciando: "¡El señor prefecto!"

Colomba, al oír este nombre, se irguió, como avergonzada de su flaqueza, y se apoyó en una silla con mano ostensiblemente temblorosa.

El prefecto comenzó sus palabras con unas corrientes excusas respecto a la hora intempestiva de su visita; compadeció a Colombia; habló del peligro de las fuertes emociones; censuró la vieja costumbre de las lamentaciones fúnebres, que el mismo talento de la improvisadora hacía todavía más penosas para los asistentes, y desdijo con habilidad un sutil reproche respecto a la tendencia de la última improvisación. Después, cambiando de tono, prosiguió:

— Señor Della Rebbia, le traigo muchos recuerdos de sus amigos ingleses: mis Nevil los envía sumamente expresivos para esta señoría y me ha dado una carta para usted, señor Orso. — ¿Una carta de mis Nevil? — exclamó el joven.

Me olvidé de traerla ahora, pero la tendrá usted en seguida. Su padre ha estado enfermo. Llegamos a temer que sufriera enfermedades terribles fiebres. Felizmente ya está bueno, lo que usted podrá comprobar, porque creo que no tardará en verlo.

— Se asustaría mucho mis Nevil.

— Hemos tenido la suerte de que no se enterara del peligro hasta que pasó. Mis Nevil me ha hablado mucho de usted y de esta señoría.

Orso hizo una inclinación.

— Siente por ustedes una gran simpatía. Bajo un exterior lleno de gracia, bajo un simulacro de ligereza, es muy discreta.

— Es encantadora — expresó Orso.

— Casi a ruengo suyo estoy yo aquí. Nadie conoce mejor que yo una fatal historia que desearía no verme obligado a recordarle. Como el señor Barricini es todavía alcalde de Pietranera y yo prefecto de este departamento, no preciso decirle el caso que hago de ciertas sospechas, de las que, si estoy bien informado, algunas personas imprudentes han querido que usted participase, y que usted ha rechazado, lo sé, con la indignación que era de esperar de su posición y su hombría.

— Colombia — dijo Orso agitando en su asiento —, estás muy cansada. Deberías irte a cama.

Colomba hizo un gesto negativo con la cabeza. Había recobrado su calma habitual y miraba fijamente al prefecto.

— El señor Barricini — continuó aquél —, desearía fervorosamente que cesara esta especie de enemistad... es decir, ese estado de incertidumbre en que se hallan ustedes el uno respecto del otro... En lo que a mí respecta tendría una gran satisfacción en ver establecerse entre ustedes las relaciones que deben existir entre personas nacidas para apreciarse...

— Señor prefecto — interrumpió Orso emocionado —, yo no acusé jamás a Barricini de haber asesinado a mi padre; pero cometí una acción que me impedirá tener jamás relaciones con él. Fragué una carta amenazadora, escrita por un bandido, y tícticamente, por lo menos, la atribuí a mi padre, de cuya muerte muero con seguridad cada indudicia la mencionada carta.

El prefecto, luego de una pausa, replicó: — Que su padre lo creyera cuando, llevado por in vivo de su temperamento, libraba contra el señor Barricini es excusable; pero no puede aceptarse por su parte semejante ofuscación. Comprenda que Barricini no tenía interés alguno en simular esa carta... No hablo a usted del carácter de ese señor, puesto que no lo conoce y le tiene verdadera prevención; pero no puede usted suponer que un hombre que conoce las leyes...

— Pero, caballero — exclamó Orso incorporándose —, tenga en cuenta que el decime que esa carta no es obra de Barricini es atribuirle a mi padre, cuyo honor y nombre no permito que se manche.

— Nadie está más convencido que yo — contestó el prefecto — de la honorabilidad del coronel Della Rebbia. Además, el autor de la famosa carta es ya conocido.

— ¿Cómo? — exclamó Colombia avanzando hacia el prefecto.

— Un miserable, autor de varios delitos, de esos delitos que ustedes los corsos no perdonan; un ladrón, un tal Tomaso Bianchi, preso en la actualidad en la cárcel de Bastia, ha manifestado que él fué el autor de la carta en cuestión.

— No lo conozco — dijo Orso —. ¿Qué fin pueda perseguir con eso?

— Es un sujeto de por aquí — explicó Colombia —, un hermano de un amigo mío nuestro. Es un desagraciado y mentiroso, indigno de que se le crea nada.

— Ya usted a ver — prosiguió el prefecto — el interés que tenía en el caso. El molinero de que habla esta señorita, Teodoro — tal es su nombre —, tenía en arriendo un molino del curso de Ardetes, impulsado por un arroyuelo, cuya pertenencia reclamaba el señor Barricini. El coronel, con su generosidad tradicional, apenas sacaba provecho de su molino. Ahora bien: Tomaso imaginó que si el señor Barricini ganaba el pleito habría que pagarle un considerable arriendo, porque no dudaba de que a Barricini le gustaba bastante el dinero. En resumen, para favorecer a su hermano, Tomaso falsificó la carta del bandido, y aquí está esta señorita. Bien sabe usted que los lazos de familia son tan poderosos en Córcega que arrastran a veces al delito... Si usted lea esta carta que me ha enviado el fiscal y que le confirmará lo que terminé de decirle.

Orso recorrió la carta, que relataba principalmente la confesión de Tomaso, y Colombia la leyó al mismo tiempo por encima del hombro de su hermano.

Cuando hubo terminado, ella expresó:

— Orlando Barricini fué a Bastia hace un mes, cuando supo que iba a venir mi hermano. Venía a Tomaso y le pagaría ese embuste.

— Señorita — dijo el prefecto, impaciente —, usted lo explica todo con suposiciones tendenciosas; no es éste el medio de descubrir la verdad. Usted, señor Della Rebbia, que es más sereno, dígame lo que piensa ahora. ¿Cree usted que su hermano, que un hombre que no tiene que temer sino una ligera condena quiera agravarla con un delito de falsificación para favorecer a quien hi siquiera conoce?

El joven Orso relevó la carta del fiscal, fijándose en cada palabra con suma atención, porque desde que vio a Barricini se sentía más difícil de convencer que días antes. Por último se vio obligado a confesar que la explicación le parecía plausible.

Pero Colombia exclamó briosamente:

— Tomaso Bianchi es un impostor. No será

condenado o se escapará de la cárcel; estoy convencido de que sucederá así.

El prefecto se encogió de hombros y dijo a Orso:

— Le comunicué los informes que tengo. Me retiro y le dejo que medite. Esperaré a que razone bien todo esto y confío que su resolución tendrá más fuerza que las suposiciones de su hermano.

Orso, después de algunas palabras para excusarse a Colombia, replicó que estaba ya persuadido de que Tomaso era el único y verdadero culpable.

El prefecto se había levantado para marcharse.

— Si no fuese tan tarde — insinuó — le pondría que viniese conmigo a recoger la carta de mis Nevil... Al mismo tiempo podría usted decirle al señor Barricini lo que acaba de descubrir y todo quedaría concluido.

— ¡Jamás entrará Orso Della Rebbia en casa de un Barricini! — exclamó Colombia con ardor.

— A lo que parece, esta señorita es la que lleva la voz de la familia — observó el prefecto en tono burlesco.

— Señor prefecto — replicó ella con firmeza —, está usted equivocado. No conoce usted a Barricini. Es el más astuto y más embustero de los hombres. Suplico a usted que no haga cometer a Orso un acto que le cubriría de ludibrio.

— ¡Colombia! — exclamó Orso —. La pasión te ennegrece.

— ¡Orso! ¡Por el cofrecillo que te entregué, te lo ruego, escúchame! Entre tú y yo Barricini hay sangre. ¡No irás a su morada!

— Colombia — volvió a gritar Orso.

— No, hermano mío, no irás, no dejaré yo esta casa y no me volverás a ver... Ten compasión de mí, hermano.

Y cayó de rodillas.

— Me apena en extremo — dijo el prefecto — ver a esta señorita tan ofuscada. Estoy seguro de que usted la convencerá.

Entrebrió la puerta y se retiró como en espera de Orso; pero éste expresó:

— No puedo dejarla ahora. Mañana, sí...

— No, hermano mío, tengo tiempo.

— Por lo menos, hermano mío — suplicó Colombia con las manos cruzadas —, espere hasta mañana por la mañana. Déjame revisar los papeles de mi padre... No puedes negarme esto que te pido.

— Bueno, los verá esta noche; pero después no vuelvas a atormentarme con ese odio ancestral... Perdóname, señor prefecto. Tampoco me he hallado bien. Preferible es dejarlo para mañana.

— La noche es una gran consejera — contestó el prefecto retirándose —. Espero que mañana habrán desaparecido todas las vacilaciones que usted siente ahora.

— Saveria — ordenó Colombia —, toma la linterna y acompaña al señor prefecto. Te daré una carta para el señor Orso.

Agregó algo que sólo pudo oír la sirvienta.

— Colombia — dijo Orso cuando se marchó el prefecto — me ha disgustado mucho. Seguirás negando lo que ya es tan evidente?

— Me diste de plazo hasta mañana — contestó ella —. Tengo muy poco tiempo, pero confío todavía.

Dichas estas últimas palabras, tomó un llavero y se encaminó a una habitación del piso segundo. Oyóse allí abrir precipitadamente cajones y resaca en un escritorio donde su padre solía guardar los papeles que consideraba importantes.

XIV

No fué mucho lo que esperó Orso la llegada de Saveria, pues ésta estuvo poco tiempo fuera. Regresó seguida de Chalina, que se frotaba los ojos por haber sido despertada en su cama por su hermano.

— ¿Qué vienes a hacer aquí a estas horas, pe-



queña? — le preguntó, intrigado, Orso.

— Me mandó llamar la señorita — contestó Chalina.

— ¿Qué le querrá? — se dijo él; pero se apresó a abrir la carta de mis Nevil mientras que la niña sabía hasta donde se hallaba Colombia.

“Amigo mío: Mi padre estuvo algo enfermo, y es además tan perezoso para escribir que tengo yo que servirle de secretaria. Recordará usted que el otro día se movió los pies en la playa, en vez de admitir que nosotros el paisaje, y basta eso para que tenga una fiebre en esta encantadora isla. Estoy viendo el gesto que usted ha hecho y su ademán para buscar su pañal, pero creo que no lo tendrá ya. Así que mi padre tuvo un poco de fiebre y yo mucho miedo; pero el prefecto, que continúa pareciéndome muy gentil, nos proporcionó un médico muy amable también, que en dos días nos libró del susto: mi padre no ha estado ya en quicio, sino a guiar, pero se lo prohibió por el momento. ¿Cómo ha dado usted con su casillo de las montañas? ¿Sigue en el mismo lugar la torre del notario? ¿Hay dueños? Le pregunto todo esto porque mi padre se acuerda de que usted le ha prometido gamos, jabales, mulloños, etc. De camino para embarcar en Bastia, contamos con suplicar a usted hospitalidad, y espero que el casillo Della Rebbia, aunque tan vistoso y destaralado como usted dice, no se derrumbe con nuestro peso. Aunque el prefecto sea tan buen “causer” que con él no falte nunca tema de conversación, me vanaglorio de haberle llevado adonde yo quería. Hemos hablado de usted. Las autoridades de Bastia le han transmitido cierta revelación de un mal sujeto que tienen bajo llave, las cuales deben disipar las posteras sospechas que usted pudiera albergar; su inalequencia, pues, que me inquietaba a veces, debe terminar. No puede usted imaginarse lo que esto me ha complacido. Cuando se marchó usted con la bella improvisadora empujando la escopeta y con la mirada sombría, lo vi a usted más coroso que de ordinario... hasta demasiado coroso. ¡Basta! Le escribo tanto porque me aburro. El prefecto se dispone a marchar, ¡ay! Cuando nos pongamos en camino para las montañas de usted le enviaremos una escueta y me tomaré la libertad de escribir a la señorita Colombia para pedirle un poema. Entretanto, ofrézcale mis afectos. Uso mucho su pañalito; con el abro las hojas de una novela que he traído; pero esa arma terrible se indigna de tal trabajo y me desgarrará el libro de una manera lastimosa. Adiós, mi padre envía a usted sus saludos. Atienda al prefecto: es hombre de buen consejo, y creo que por usted va a dar un rodeo en su camino; marcha a colocar una primera piedra en Corte; me imagino que esto debe de ser una ceremonia muy solemne, y lamento mucho no asistir a ella. Un señor con cascaca bordada, medias de seda, fajín blanco, echando una paletada de sal y pronunciando un discurso... La ceremonia concluirá con los gritos mil veces repetidos de “Viva el rey!” Se va usted a enorgullecer mucho por haberme hecho llevar las cuatro carillas; pero me aburro mucho, señor mío, se lo repito, y por esta razón le permito que me escriba largo y tendido. A propósito: me parece muy raro que aun no

LOS DOS HERMANITOS

EL QUE RIE ULTIMO...

Por TIM

me haya participado su feliz arribo a Pietrarena.

"Lydia.

"P. S.—Le encargo que oiga con atención al prefecto y haga lo que le diga. 'El y yo hemos decidido que debe usted proceder así, y me agradecerá mucho que así sucediera.'"

Orso relevó varias veces esta carta, acompañando mentalmente cada lectura con innumerables comentarios. Escribió después una larga contestación y encargó a Saveria que llevase la misiva a un vecino que salía aquella noche para Ajaccio. Ya no pensaba en discutir con su hermano los agravios, verdaderos o falsos, de los Barricini. La cara de más Lydia le hacía verlo todo de color de rosa; ya no tenía ni sospechas ni odio. Aguardó algún tiempo a que bajase Colomba, y como ésta tardara, fué a acostarse, libre de las preocupaciones de aquellos últimos días. Chulina fué despedida con instrucciones secretas, y Colomba pasó la mayor parte de la noche leyendo viejos papeletos. Antes de amanecer sonaron en su ventana los golpes de unas piedrecillas; al oír esta señal bajó al jardín, abrió una pequeña puerta secreta e introdujo en la casa a dos hombres de muy mal aspecto; lo primero que hizo fué llevarlos a la cocina y darles de comer.

XXV

Serían las seis de la mañana cuando un sirviente del prefecto llamaba en la casa de Orso. Fué recibido por Colomba, a quien anunció que el prefecto iba a marchar y que esperaba a Orso. Colomba contestó sin vacilar que su hermano acababa de caerse por la escalera y se había hecho daño en un pie, por lo cual, no pudiendo dar un paso, rogaba al señor prefecto que lo excusara y que le agradecería sinceramente que se dignase venir a verlo. Poco después de eso bajó Orso y preguntó a su hermana si el prefecto no había mandado a buscarlo.

—Te encarece que le aguardes aquí —contestó ella, con la mayor firmeza.

Transcurrió media hora sin que se notase el menor movimiento en la casa de los Barricini. Entretanto, Orso preguntó a su hermana si había hallado algo, a lo que respondió ella que hablaría delante del prefecto. Demostraba una gran calma; pero el color de su cara y el brillo de sus ojos acusaban una agitación intensa.

Al fin visió abrir la puerta de los Barricini y salir al prefecto, en traje de viaje, acompañado por el alcalde y sus dos hijos. Grande fué el asombro de los habitantes de Pietrarena, que desde que saliera el alba estaban al acecho para asistir a la marcha del primer magistrado del departamento, cuando le vieron, seguido por los tres Barricini, cruzar la plaza en línea recta y entrar en casa de los Della Rebbia: "¡Van a hacer las paces!", exclamaron todos.

—Ya lo decía yo —afirmó un viejo—. Orso Anton ha vivido mucho tiempo en el continente para hacer las cosas como un verdadero corso.

—No obstante —replicó un partidario de los Della Rebbia—, observe usted que son los Barricini los que van a ver. Piden perdón.

—Les ha convencido al prefecto —contestó el viejo—. El valor se ha acabado ya y a los jóvenes los tiene sin cuidado la sangre paterna, como si todos ellos fuesen entenados.

El prefecto se sorprendió al hallar a Orso de pie y andando sin dificultad. Colomba se acusó en dos palabras de su mentira y pidió que la perdonasen.

—Si hubiese usted parado en otra parte —agregó—, mi hermano hubiera ido ayer mismo a saludarle.

Orso se deshacía en excusas, afirmando que nada tenía que ver en aquella ridícula co-

media, que le disgustaba en lo más íntimo. El prefecto y el alcalde parecieron creer en la sinceridad de las palabras de Orso, apoyadas, además, por su confusión y por las recomendaciones que dirigió a su hermana; pero los hijos de Barricini no se mostraron convencidos de todo.

—Esto es una burla —dijo Orlanduccio lo bastante alto para ser escuchado.

—Si mi hermana me hiciese una cosa así —apoyó Vincentello—, no la dejaría repetir más.

Estas palabras y el tono con que fueron dichas molestaron a Orso y le hicieron perder un poco de su buena voluntad. Cambió celo los jóvenes unas miradas llenas de reproche.

Sin embargo, todos se sentaron, excepto Colomba, que permaneció en pie junto a la puerta de la cocina. El prefecto tomó las palabras y comenzó manifestando que la mayor parte de las enemistades más acérrimas no tenían por causa más que alguna mala inteligencia. Luego, dirigiéndose al alcalde, le dijo que el señor Della Rebbia no había creído jamás en que la familia Barricini hubiese tomado parte ni directa ni indirecta en el lamentable suceso que le había privado de su padre, y que aun cuando era verdad que había tenido algunas dudas respecto a alguna particularidad del pleito que hubo entre las dos familias, estas dudas se explicaban por la larga ausencia del señor Orso y la naturaleza de los informes que había recibido; pero que, enterado ahora por revelaciones recientes, se consideraba plenamente satisfecho y deseaba entablar con el señor Barricini y sus hijos relaciones de buena vecindad y armonía.

Orso se inclinó, algo embalsado; el señor Barricini pronunció unas palabras que no entendió nadie; sus hijos se pusieron a mirar las vigas del techo. El prefecto iba a proseguir su peroración, dirigiéndose ahora a Orso, cuando Colomba mostró unos papeles, avanzó solemnemente entre las partes contrantes, expresó:

—Con el mayor gusto vería el fin de la enemistad entre nuestras dos familias; mas para que la reconciliación sea sincera es necesario explicarse y no dejar nada en la sombra. Señor prefecto: no sin razón me era sospechosa la declaración de Tomaso Bianchi, por venir de un hombre tan deshonesto. Dije que tal vez los hijos del alcalde vieron a ese hombre en la prisión de Bastia...

—Es completamente falso —interrumpió Orlanduccio—, no lo he visto.

Colomba le dirigió una mirada despreciativa, y prosiguió, con mucha calma:

—Usted, señor prefecto, explicó el interés que pudiera tener Tomaso en amenazar al señor Barricini en nombre de un bandido temible, con el fin de que su hermano Teodoro conservase el molino que, a bajo precio, le arrendaba mi padre.

—Así es —dijo el prefecto.

—Todo se explica por parte de un miserable como parece ser ese Bianchi —apuntó Orso, engañado por el tono mesurado de su hermana.

—La carta falsificada —continuó Colomba, cuyos ojos empezaban a mostrar mayor brillo— está fechada en 11 de julio. Tomaso vivía por entonces con su hermano, en el molino.

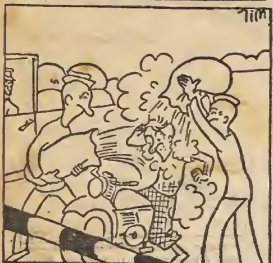
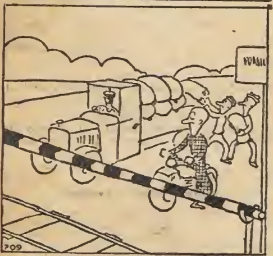
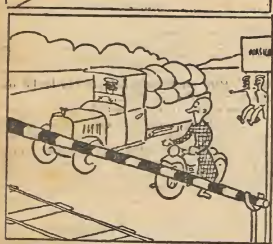
—Si asíntió el alcalde, un poco intrigado.

—Pues bien; ¿qué interés podía tener Tomaso? —exclamó Colomba con aire triunfal.

El arrendamiento de su hermano había expirado; mi padre lo despidió en 1º de julio. Aquí está el registro de mi padre, la minuta del desahucio y la carta de un comisionista de Ajaccio que nos proponía un nuevo arrendador del molino.

Al hablar así hizo entrega al prefecto de los papeles que tenía en la mano.

Hubo un instante de asombro general. El alcalde palideció visiblemente; Orso, frunciendo las cejas, se adelantó para enterarse de los



documentos, que el prefecto leía muy atentamente.

—¿Esto es una infame burla! — volvió a exclamar Orlando, levantándose airadamente. — ¡Vámonos, padre! nunca hubiéramos debido venir a esta casa.

Le bastó un momento a Barricini para recordar su apolomo. Solicitó examinar los documentos; el prefecto se los entregó sin pronunciar palabra. Entonces aquel se volvió a la frente sus gafas verdes y los llevó mostrando bastante indiferencia, mientras que Colombia lo observaba con ojos de fuego.

—Sin duda — dijo Barricini volviendo a ponerse bien las gafas y devolviendo los papeles al prefecto —, como conocía la bondad del coronel Della Rebbia, pensó Tomaso... debió de pensar... que el señor coronel dejaría sin efecto su resolución de despedirlo... El caso es que Teodoro siguió en el molino, después.

—Siguió por mí — le interrumpió Colombia en tono de desprecio. — Mi padre había muerto, y en mi posición quise contemporizar con los clientes de mi familia.

—Lo que, no obstante, está claro — replicó el prefecto — es que Tomaso ha declarado que escribió él la carta de que nos estamos ocupando.

—Lo que está claro para mí — interrumpió Orso — es que hay grandes infamias ocultas en todo esto triste hecho.

—Aun tengo que contradecir una afirmación de estos señores — añadió su hermana.

Colomba abrió la puerta de la cocina y en seguida entraron en la sala Brandolaccio, el licenciado en teología y el perro *Brusco*. Los dos bandidos no portaban armas, al menos a la vista; tenían puesta la cartuchera, pero no la pistola. Al hacer su entrada en la sala se quitaron respetuosamente los gorros.

Es de imaginar el efecto que produjo su repentina aparición. El alcalde creyó que iba a darsen un espectáculo, sus hijos se pusieron delante ante él con la mano en el bolsillo, en procura de los puñales. El prefecto inició un movimiento hacia la puerta, en tanto que Orso, agarrando a Brandolo por el cuello le gritó:

—¿Qué vienes a hacer aquí, miserable?
—«Esto es una burda emboscada!» — exclamó el alcalde tratando de abrir la puerta; pero Saveria la había cerrado por fuera con llave, por orden de los bandidos, como después se aclaró.

—No se asusten de mí, buenas gentes — dijo Brandolaccio —; aunque negro, no soy tan peligroso. No traemos malas intenciones, señor prefecto. Mi intención, más suavidad, me está ahogando. Venimos aquí como testigos. Anda, cura, habla tú, que tienes más facilidad de palabra.

—Señor prefecto — comenzó el licenciado —, yo no tengo la honra de ser su conocido. Mi nombre es Gioacchino Castriconi, más conocido con la denominación de cura. — ¡Ah!, ya ve usted en quién soy... Era señoría, a la que tampoco tenía el placer de conocer, me ha rogado que le diese algunos datos referentes a un tal Tomaso Bianchi, con el que he compartido mi celda durante tres semanas en la cárcel de Bastia. Lo que tengo que decirle a usted...

—No se moleste — le interrumpió el prefecto —, nada tengo que oír de un hombre como usted... Señor Della Rebbia, me avengo a creer que no tiene usted parte alguna en este odioso complot; pero si es el amo en su casa, mande abrir esa puerta. Y su hermana tendrá quizá que dar cuenta de las raras relaciones que mantiene con gentes a quienes se considera unos bandidos.

—Señor prefecto — imploró Colomba —, sírvase oír lo que va a decir, este hombre. Usted está aquí para hacer justicia a todos, y su deber es averiguar la verdad. Habla, Gioacchino Castriconi.

—¡No le escuche usted! — exclamaron a la vez los tres Barricini.

—Si todo el mundo habla a un tiempo — dijo sonriendo el bandido — no hay manera de entenderse. Digo, pues, que en la cárcel tuve por compañero, no por amigo, a ese Tomaso, el cual recibía a menudo visitas del señor Orlanduccio...

—¡Mentira! — gritaron los dos hermanos.
—Dos negaciones valen por una afirmación — observó fríamente Castriconi —. Tomaso tenía dinero, comía y bebía como un rey. A mí me ha gustado siempre cuidarme bien (es mi menor defecto), y a pesar de mi repugnancia a alternar con aquel granuja me debí convidar varias veces por él. En agradecimiento, le propuse que se escapara conmigo... Una muchacha... a la que yo había hecho ciertos favores me proporcionó los medios... No quiero comprometer a nadie. Tomaso se negó, me expresó que estaba confiado en su asunto, que el abogado Barricini lo había recomendado a todos los jueces, que saldría de allí limpio como un angel y con dinero en el bolsillo. En lo que a mí respecta, pensé que debía tomar el aire, y así lo hice.

—Todo lo que ha dicho ese hombre es un verdadero cúmulo de mentiras — repitió firmemente Orlanduccio —. Si estuvieramos en campo abierto, cada cual con la escopeta, no hablaría así.

—¡Ahora si le hizo buena! — exclamó Brandolo —. No se enemiste con el cura, Orlanduccio.

—Me dejaré usted salir por fin, señor Della Rebbia? — dijo el prefecto golpeando con impaciencia el suelo.

—¡Saveria, Saveria! — gritó Orso —; ¡abra la puerta, por todos los santos!

—Un momento — dijo Brandolaccio —. Primero tenemos que marcharnos nosotros por nuestro lado. Es costumbre, señor prefecto, que cuando se encuentran enemigos en casa de amigos comunes se den media hora de tregua al apartarse.

El prefecto le lanzó una mirada fulminante.

—Servidor de todos ustedes — dijo Brandolo. Después, extendiendo el brazo, ordenó a su perro —. Vámonos, *Brusco*, salta por el señor prefecto.

Así lo hizo el perro, los bandidos recogieron apresuradamente sus armas en la cocina, huyeron por el jardín, y al oírse un agudo silbido la puerta de la sala se abrió de repente.

—Señor Barricini — dijo Orso con reconcentrada ira —, lo considero a usted como un falsario. Hago mismo remitir una queja contra usted al fiscal, por falsía y cohecho con Bianchi. Tal vez tenga aún que formular contra usted una denuncia por todavía.

—Y yo, señor Della Rebbia — replicó el alcalde —, lo denunciaré a usted por haberme preparado una celada y por ocultación de bandidos. Mientras tanto, el señor prefecto lo recomendaré a la gendarmería.

—El prefecto sabrá cumplir con su deber — declaró éste en tono severo —. Cuidará de que no se perturbe el orden en Pietranera y de que se haga justicia. Me dirijo a todos ustedes en general.

El alcalde y Vincencello estaban ya fuera de la sala, y Orlanduccio los seguía andando hacia atrás, cuando Orso le dijo en voz baja: —Su padre es un viejo a quien aplastaría yo de una bofetada: se la aplicaré a usted y a su hermano.

Por respuesta, Orlanduccio sacó su puñal y se arrojó sobre Orso furioso; pero, antes de que pudiera hacer uso de su arma, Colomba lo agarró del brazo y se lo retiró con fuerza, mientras que Orso, a puñetazos, le hizo retroceder unos pasos y tropezar rudamente contra el quicio de la puerta. Se le cayó el puñal; pero Vincencello acudió con el suyo, cuando Colomba, apoderándose con presteza de una escopeta, le demostró que la partida no era igual. A la vez, el prefecto se interpuso entre los combatientes.

DISCOS CLASICOS
y POPULARES
en perfecto estado

COMPRE
VINO
CASA CHICA

Límite 5000 pesos. - 800 DE INGENIERO 209-UT 31-1942

SALTA 676 - UT 38-7509

ANEXO: TALLER REPARACIONES VICTORIAS
MEMBRAS Y REPUESTOS

—¡Hasta muy pronto, Ors Anton! — gritó Orlando; y tirando violentamente de la puerta de la sala la cerró con llave para tener tiempo de efectuar la retirada.

Orso y el prefecto continuaron un cuarto de hora en la sala sin hablar, en sendos rincones de la habitación. Colomba, con la frente radiante por el orgullo del triunfo, los miraba alternativamente, apoyada en la escopeta que había resuelto la victoria.

—¿Que país, qué país! — exclamó al fin el prefecto levantándose indignado. — Ha obrado usted mal, señor Della Rebbia. Le pido su palabra de honor de abstenerse de toda violencia y de que espere el fallo de la justicia en este maldito asunto.

—Si, señor prefecto, he hecho mal en pegar a ese miserable; pero, en fin, lo he hecho y no puedo negarle la reparación que me pide.

—¡Bah, no! El no quiere batirse con usted... Pero puede asennarse!... Ha hecho usted lo necesario para ello.

—Nos cuidaremos — dijo Colomba.

—Orlanduccio — añadió Orso — me parece un muchacho valiente y no le juzgo tan mal, señor prefecto. Se apresuró a sacar su puñal; pero yo en un caso similar quizá hubiera hecho lo mismo. He tenido la suerte de que mi hermana posea unos puños de hierro.

—No se batirá usted — declaró el prefecto —; se lo prohibo terminantemente.

—Permítame que le manifieste que en asuntos de honor no reconozco más autoridad que la de mi conciencia.

—Le repito que usted no se batirá.

—Puede usted hacerse prender... si es que me deja. Pero si esto ocurriese, no conseguiría más que postergar un asunto inevitable.

—Si usted detiene a mi hermano — agregó Colomba —, la mitad del pueblo se pondría de su parte y presenciáramos una batalla campal.

—Le prevengo, señor prefecto — dijo Orso —, y le suplico que no vea en mis palabras una bravata, que si Barricini abusa de su autoridad

Mala interpretación

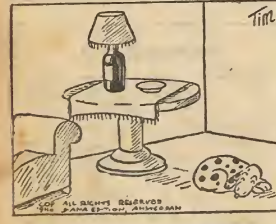
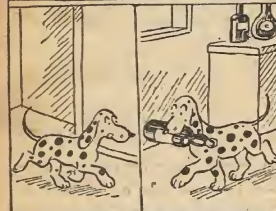
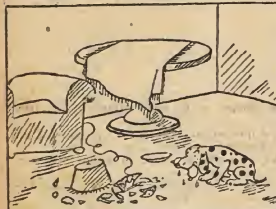
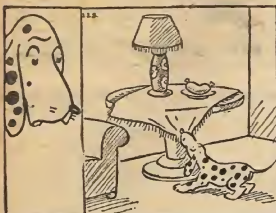


—¡Imagínate, lavar un mosquito!

EL PERRO ASDRUBAL

ARREGLO

por TIM



de alcalde, para hacer que se prendan, sabré defenderme.

—Desde este momento — contestó el prefecto — el señor Barricini queda suspendido en sus funciones... Espero que se justificará... Le declaro que me interesa usted. Lo que le pido es muy poca cosa: que permanezca tranquilo en su casa hasta que yo vuelva de Corte. Mi ausencia sólo durará tres días. Volveré con el fiscal y entonces aclararemos por completo este enojoso asunto. ¿Me promete usted abstenerse hasta entonces de toda hostilidad?

—No se lo puedo prometer si, como espero, se me desafía a un duelo.

¿Pero cómo, señor Della Rebbia? Usted, un militar francés, quiere batirse con un hombre al que cree un falsario?

—Le he pegado.

—De modo que si hubiera usted pegado a un presidiario y éste le pidiese una reparación, se batiría usted con él? ¿Vamos, señor Orso? Pues bien; le pediré menos aun: no busque usted a ese sujeto. Le permito que se bata usted con él si es desafiado.

—Me desafiaré, no lo dude; pero le prometo que no abofetearé de nuevo a ese individuo para obligarlo a que se bata.

—¿Qué más? — repitió el prefecto paseándose a largos pasos por la habitación —. ¿Cuándo regresará a Francia?

—Señor prefecto — dijo Colombia con voz más dulce —, ya es tarde; ¿nos haría usted el honor de almorzar con nosotros?

El prefecto no pudo contener la risa.

—Ya he estado aquí demasiado tiempo..., parece una parcialidad... Y esa condenada piedad... Tengo que irme... ¿Cuántas gracias ha preparado usted hoy tal vez, jovencita!

—Por lo menos, señor prefecto, haga usted a mi hermana la justicia de creer que sus convicciones son profundas; y ahora estoy seguro, también usted lo cree, de que tienen base.

—Vaya, adiós — dijo el prefecto despidiéndose —. Le advierto que voy a dar orden al cabo del puesto de que le vigile celosamente.

Cuando salió el prefecto Colombia dijo a su hermano:

—Orso, no te olvides de que aquí no estás en el continente; Orlanduccio no entiende nada de nuestros lances, y además ese miserable no debe morir como un hombre de honor.

—Eres muy buena y muy fuerte, Colombia. Te debo el haberme salvado de una buena puñalada. Dame tu mano fraternal para que la bese. Pero déjanos obrar a mí. Hay cosas que no entiendes. Dame de almorzar, y en cuanto el prefecto se haya puesto en camino envíame a Chilina, que tan bien sabe cumplir con los encargos que se le dan. La necesitare para que lleve una misiva.

Mientras que Colombia atendía los preparativos del almuerzo, Orso subió a su habitación y escribió lo siguiente:

"Usted debe de tener prisa por encontrarme; no la tengo yo menos. Mañana por la mañana, a las seis, podemos vernos en el valle de Acquaviva. Soy un regular tirador de pistola y no le propongo esa arma. Dicen que usted maneja bien la escopeta: llevemos cada uno una de los dos cañones. Iré acompañado por un amigo. Si su hermano quiere acompañarle, lleve otro testigo y comuníquemelo. Solamente en este caso acudiré con dos padrinos.

Orso Antonia Della Rebbia".

Después de haber permanecido una hora en casa del teniente alcalde y entrado unos minutos en casa de los Barricini, el prefecto salió para Corte, acompañado de un solo gendarme. Transcurrido un cuarto de hora Chilina llevó la carta que se acaba de leer y se la entregó a Orlanduccio en sus manos.

La contestación se hizo esperar; no llegó hasta la tarde. La firmaba Barricini, padre, y anunciaba a Orso que remitía al fiscal la amenazadora carta dirigida a su hijo. "Tranquilo en mi conciencia — agregaba al final —, espero a que la justicia haya dado su fallo respecto a las calumnias de usted". A todo esto, cinco o seis pastores, llamados por Colombia, llegaron para custodiar la torre de los Della Rebbia. A pesar de las protestas de su hermano practicaron *archere* en las ventanas que daban a la plaza, y en todo el transcurso de la tarde estuvieron recibiendo ofrecimientos de servicios de distintas personas del pueblo. Hasta le llegó una carta del bandido tucólogo, en la que prometía, en su nombre y en el de Brandolaccio, intervenir si el alcalde solita-

ba el auxilio de la gendarmaría. Terminaba con estas palabras: "Me permitiría preguntarle lo que piensa el señor prefecto de la excelente enseñanza que mi amigo da a su perro *Brusco*? Después de Chilina, no conozco alumno más dócil y más aplicado."

XVI

El nuevo día no trajo ningún acontecimiento. Podría decirse que ambas partes se mantuvieron a la defensiva. Orso no abandonó su casa, y la puerta de los Barricini permaneció todo el día cerrada. A los cinco se vio a los gendarmes de Pietranera pasearse por la plaza o por los alrededores del pueblo, acompañados por el guarda rural, único representante de la milicia urbana. El teniente alcalde no se sacaba el fajín de primera autoridad local; pero salvo los *archere* en las ventanas de los casas enemigas, nada daba indicios de guerra. Tan sólo un corso hubiera observado que alrededor de la encina verde de la plaza no había más que mujeres.

A la hora de cenar mostró Colombia con aire alegre a su hermano la siguiente carta, que terminaba de recibir de miss Nevil:

"Mi querida amiga: Por carta de su hermano me entero con verdadero placer de que ha terminado las inquietudes de ustedes. Los felicito; mi padre no puede soportar a Ajaccio desde que no está aquí su hermano para hablar con él de guerras y cacerías. Salimos hoy y pararemos en casa de la parienta de ustedes, para la que tenemos una carta. Pasado mañana, aproximadamente a las once, irá a que me obsequie usted con ese *brusco* de las montañas, tan superior, según sus palabras, al de la ciudad.

Adiós, querida amiga. Su afectísima,

"Lydia Nevil."

—Se conoce que no ha recibido mi segunda carta — expresó Orso.

—Por la fecha de la suya puedes comprender que esa señorita estaba ya en marcha cuando tu carta llegó a Ajaccio. ¿Le decías que no viniera?

—Le manifestaba que estábamos en estado de sitio. Me parece que no es una situación para recibir a alguien.

—¡Bah! Esos ingleses son muy originales. Me dijo ella, la última noche que pasé en su cuarto, que lamentaría marchar de Córcega sin haber presenciado una buena *vendetta*. Si quisieras, se le podía ofrecer el espectáculo de un asalto a la casa de nuestros eternos enemigos.

—¡Greco! — exclamó Orso — que la naturaleza se equivocó al hacer de ti una mujer, Colombia! Hubieras sido un excelente militar.

—Tal vez. Entretanto voy a hacer el *brusco*. — Es inútil. Hay que enviar a alguien para advertirlos y detenerlos antes de que se pongan en marcha.

—¿Sí? ¿Vas a enviar un mensajero con el tiempo que hace, para que cualquier torrencio se lo lleve con la carta?... ¿Cómo recuerdo con pena en estos momentos de tormento los pobres bandidos de Arrandaccio que tienen buenas zangaras. ¿Sabes lo que hay que hacer? Si la tormenta amaina, te vas mañana muy temprano, para llegar a casa de nuestra parienta antes de que tus amigos se hayan puesto en marcha. Te será fácil, porque miss Lydia se levanta siempre tarde. Les comunicas lo que ocurre aquí, y si insisten en venir tendremos el mayor placer en hospedarlos.

Orso se apresuró a aceptar este proyecto, y Colombia, luego de unos momentos de silencio, declaró:

—Tal vez has creído que bromaba al hablar de un asalto a la casa de los Barricini. No olvides que somos los más fuertes en número: dos contra uno por lo menos. Desde que el prefecto ha suspendido al alcalde, to-

dos los hombres de aquí están a nuestro lado. Podríamos hacerlos pelazos. Nos sería fácil bloquear su casa. Si quisiera, iría hasta la fuente, me burlaría de sus mujeres y saldría llorando... Quizá, porque son unos cobardes, desaparecerán contra mí desde sus arbores; fallarían los tiros. Todo estaba decidido entonces: eran ellos los atacantes. Tanto peor para los vencidos: ¿dónde hallar en una pelea así al que ha dado un buen golpe? Cree a tu hermana, Orso: las aves negras de la curia van a venir emborronar papel y a decir muchas frases inútiles. Nada realista de eso. El viento zero hallará el medio de hacerlos ver lo blanco negro. ¡Ah! Si el prefecto no se hubiera puesto delante de Vincenello, habría ya un enemigo menos.

Estas palabras fueron dichas con la misma tranquilidad con que habló antes de los preparativos del braccio.

Su hermano, asombrado, miraba a Colomba con una admiración entremezclada de miedo. —¿Mi querida hermana — dijo levantándose de la mesa —, temo que seas el mismo diablo en persona; pero cuánta tranquilidad. Si tal lo que crees en los Barricini, lo arregaré de otra manera: "Rala caliente o hieiro frío". Ya ves que no me he olvidado de nuestros refranes corcos.

—¿Cuanto más pronto, mejor — replicó Colomba suspirando —. ¿Qué caballo vas a montar mañana?

—El negro. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Para darle su pienso. Cuando Orso ya estaba en su cuarto, Colomba mandó a dormir a la sirvienta Savaria y a los pastores, y se quedó sola en la cocina, donde preparaba el braccio. De tanto en tanto prestaba oído y parecía esperar con impaciencia a que se hubiese dormido su hermano. Cuando lo juzgó así agarró un cuchillo, se aseguró de que corraba bien, calzose con unos zapatos, y sin hacer el menor ruido salió subrepticamente al jardín.

El jardín, cercado de tapias, daba a un vasto terreno acotado, en el que se hallaban los caballos, porque en Corcegi los caballos no conocen las cuerdas. Gorrarmente se los sienta en el campo y se le da a su instinto el cuidado de buscar alimento y un abrigo contra el frío y las tormentas.

Con toda precaución Colomba abrió la puerta del jardín, salió afuera, y silbando suavemente hizo que acudieran los caballos, a los que llevaba a menudo pan y sal. Tan pronto tuvo a su alcance el caballo negro, le asió con fuerza por las crines y le rajó una oreja con el cuchillo. El animal dio un salto terrible y empezó lanzando ese relincho agudo que un vivo dolor le aranca. Satisfecha con lo hecho, Colomba volvió a entrar en el jardín, a tiempo que Orso abrió su ventana y gritaba: "¿Quién anda ahí?" Y se oyó que amartillaba su escopeta. Por suerte para Colomba, la puerta del jardín estaba completamente a oscuras y una corpulenta higuera la cubría en parte. Seguidamente, por los resplandores intermitentes que vio brillar en la habitación de su hermano, comprendió Colomba que trataba de encender su lámpara. Entonces se apresuró a cerrar la puerta del jardín y, deslizándose a lo largo de las tapias, de modo que su vestido negro se confundiese con el follaje de las hiedras, llegó a la cocina momentos antes de que se presentara Orso.

—¿Qué sucede? — le preguntó ella.

—Me pareció oír — contestó Orso — que abrían la puerta del jardín.

—Imposible. El perro hubiese ladrado. Pero vamos a examinarla.

Orso registró el jardín, vio que la puerta exterior estaba bien cerrada y, algo molesto por su falsa alarma, se dispuso a volver a su habitación.

—Me alegro — dijo Colomba — de que demuestres prudencia en la situación en que te hallas.

—¿Tú me lo has enseñado — contestó él —

—Buenos noches. Orso se levantó al amanecer dispuesto a marchar. Su traje denotaba el atildamiento y la elegancia de un hombre que va a ver a una joven a la que desea agradar y la prudencia de un hombre en vendetta. Sobre una levita azul bien entallada llevaba en bandolera una caja de hoja de lata con cartuchos, pendiente de un cordón de seda verde; en un bolsillo del costado tenía su puñal, y en el bolsillo de la hermosa escopeta de Mantón, cargada con balo. En tanto que tomaba de prisa una taza de café servida por Colomba había salido un pastor para enillar el caballo. Orso y su hermana lo siguieron poco después. El pastor se había apoderado del caballo, pero había dejado caer la silla y las bridas, y parecía asombrado, mientras que el caballo que se acordaba de la herida de la noche anterior y temía por su otra oreja, se encabritaba, se resistía, relinchaba y lanzaba corcos.

—¿Vamos, pronto! — gritó Orso.

—¿Ah Orso Anton! ¿Ah Orso Anton! ¡Sangre de la Madona! — exclamaba el pastor, con otras muchas imprecaciones.

—¿Qué ocurre? — preguntó Colomba.

Se acercaron todos al caballo, y al verle manando sangre y con una oreja rajada hubo una exclamación general de sorpresa e indignación. Conviene decir que mutilar el caballo de su enemigo es para los corcos, a la vez que una venganza, un desafío y una amenaza de muerte. "Nada más que un tiro puede castigar tal hazaña". Aunque Orso, que había vivido bastante tiempo en el continente, sintiese menos que otro la barbaridad del acto, si en aquel momento se le hubiese presentado un barricini es casi seguro que al instante le hubiese hecho expiar un agravio que atribuía a sus enemigos de siempre.

—¿Cobardes, villanos! — gritó —, ¡Vengarse en un pobre bestia, cuando no se atreven a darme la cara!

—¿Qué guardamos? — exclamó Colomba impetuosamente. — Vienen a provocarnos, a mutilar nuestros caballos, y ¿no vamos a responderles? ¿Sois hombres o no?

—¡Venganza! — respondieron los pastores —. Paseemos el caballo por el pueblo y asáltemosle la cara.

—¿Hay un pajar pegado a su torre — propuso el viejo Polo Griffo —. En un abrir y cerrar de ojos le prendo fuego.

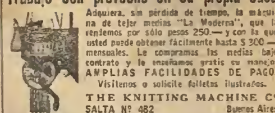
Otro decía que era mejor ir a buscar las escalas del campanario de la iglesia; ya tercero, derribar las puertas de la casa de los Barricini con una viga que había en la plaza destinada a un edificio en obra. En medio de todas aquellas voces furiosas oíase la de Colomba anunciando a sus aliados que antes de ponerse a la obra iba a dar a cada uno un buen vaso de café.

Afortunadamente, el efecto que se había prometido ella de su crueldad con el pobre bruto quedaba perdido en gran parte para Orso. No dudaba éste de que la bárbara mutilación fuese obra de sus enemigos, y era de Orlanuccio de quien de modo particular sospechaba; pero no creía que aquel mozo, provocado y abofetado por él, hubiese borrado su afrenta con cortar la oreja a un pobre caballo. Al contrario, aquella baja y ridícula venganza agrandaba su desprecio hacia sus enemigos, y pensaba ahora, como el prefecto, que semejantes gentes no merecían batirse con él. Tan pronto se pudo hacer oír declaró a sus partidarios, confusos, que renunciarán a sus belicosas intenciones y que la justicia, que iba a llegar, vendría muy bien la oreja del cuadrúpedo.

—¿Soy ante el amo — añadió en tono energético —, y quiero que se me obedezca. Al primero que se le ocurra seguir hablando de matar o de incendiar le daré yo que rasca. Vaya, que me ensillen el caballo zaino.

—¿Pero cómo, Orso? — le dijo su hermana Colomba llevándole aparte —, ¿Consentirás que

Trabaja con provecho en su propia casa



nos humillen? Jamás en vida de nuestro padre se hubieran atrevido los Barricini a mutilar uno de nuestros caballos.

—Te prometo que tendrán motivo para arrepentirse; pero es a los gendarmes y a los carceleros a quienes corresponde el castigo de unos miserables que no tienen valor sino contra las inofensivas bestias. Ya te he dicho que la justicia nos vengará de ellos... Si no es así... no tendrás necesidad de recordarme de quien soy hijo...

—Paciencia — dijo Colomba con un hondo suspiro.

—Recuérdate bien, hermana mía — prosiguió Orso —, que si a mí regreso me encuentro con que se ha realizado alguna agresión contra los Barricini no te lo perdonaré jamás. A renglón seguido, en tono más suave, agregó: — Si es muy probable, basta muy posible, que vuelva con el coronel y su hijo. Haz que sus habitaciones estén preparadas, que el almuerzo sea bueno, que nuestros huéspedes, en suma, se hallen lo menos mal posible. Está muy bien el ser valiente, Colomba, pero es necesario además que una mujer sepa manejar una casa. Vaya, bénsame, y sé buena; ya tengo dispuesto el caballo.

—Pero tú no irás solo — dijo Colomba.

—No preciso a nadie — contestó él —, y te afirmo que no me dejaré cortar una oreja.

—¿No, no! No puedo dejarte que vayas solo en tiempo de guerra. ¡Polo Griffo, Gian, France, Memmo, tomad las escopetas! acompañar a mi hermano Orso.

Luego de una discusión bastante viva, éste tuvo que resignarse a llevar escolta. Elió entre sus más íntimos pastores a los que con mayor brío habían aconsejado el comienzo de la lucha. Repitió después sus recomendaciones a su hermana y a los pastores que se quedaban, y se puso en marcha, dando esta vez un rodeo para evitar pasar por la casa de los Barricini.

Estaban ya lejos de Pietranera, cabalgando

Los niños terribles



—¿Pero, queridos! Clark Gable ya tiene bigote...

Pequeño inconveniente



—La vida de casado es maravillosa. Pero odio eso de cocinar, limpiar la casa e ir todas las mañanas al mercado.

de pris, cuando, al cruzar un arroyuelo que se perdía en una chacra, el viejo Polo Griffo vio varios chanchos revoloteando en el fango, disfrutando a la vez del sol y del frescor del agua. De inmediato apuntó al más gordo y lo dejó en el sitio de un tiro en la cabeza. Los compañeros del muerto se levantaron y escaparon con sorprendente ligereza; y cuando el otro pastor disparó a su vez, llegaron sanos y salvos a una matarral, por el que se escabulleron.

—¡Imbéciles! — exclamó Orso —. Túmis por jabalíes a unos chanchos domésticos.

—Nada de eso, Ors Anton — respondió Polo Griffo —; pero ese rebaño es del alcalde, y así aprenderá a mortilar nuestros animales.

—¿Como, sinvergüenzas! — gritó Orso enfurecido —. ¡Amén! las infamias de nuestros enemigos? ¡Dejadme, caballeros! No me hacéis falta. No valéis más que para batirlos con chanchos. ¡Juro a Dios que si os atrevéis a seguirme os abro el cráneo!

Los dos pastores se miraron absortos. Orso espoleó a su caballo y desapareció al galope tendido.

—¿Eh? ¿Qué tal? — dijo Polo Griffo —. ¿Qué te parece? Demuestra aprecio a las gentes para que te lo agradezcan así. Su padre el coronel se enojó contigo porque apuntaste una vez al alcalde... ¿Qué tanto fuiste en no disparar!... Y el hijo... ¡ya ves lo que acabo de hacer por él... Y habla de abrirme la cabeza. Ahí tienes las enseñanzas del continente, Memmo.

—Si, y como se sepa que has dado muerte tú a ese chanchito, te procesarán, y Ors Anton no querrá hablar a los jueces ni pagar al alcalde. Por suerte no te ha visto nadie, y ahí está Santa Neza para sacarte del lío.

Luego de una breve deliberación, los dos pastores decidieron que lo más prudente era tirar el animal muerto a unas zarzas, y así lo hicieron, no sin que antes cortasen algún trozo de la inocente víctima del odio de las dos familias.

XVII

Ya sin acompañamiento, Orso proseguió su camino, más absorbido por la satisfacción de ir a ver a miss Nevil que por el temor de

tropezar con sus enemigos. "La querella que voy a dilucidar con esos miserables — se decía — me obligará a ir a Bastia. ¿Por qué yo no habría de acompañar a miss Nevil? ¿Por qué desde Bastia no iríamos juntos a las aguas de Orzezza?" De súbito, recuerdos de infancia le evocaron con toda precisión aquel pintoresco lugar. Se vio transportado a un verde césped al pie de añosos castaños. En un prado fresco, salpicado de flores azules semejantes a caracoles que se reían, veía a miss Lydia sentada a su lado. Habíase descubierto, y su rubio cabello, fino y sedoso, brillaba como el oro, iluminado por el sol que penetraba a través del follaje. Sus ojos, de azul de cielo, parecían más diáfanos. Con la mejilla apoyada en una mano, ella escuchaba conmovida las amorosas palabras que temblorosamente le dirigía él. Vestía el traje de muselina que llevaba el último día que la viera en Ajaccio. Bajo los pliegues de la vaporosa falda asomaba un pie en un zapato de raso negro. Orso pensaba en la felicidad de besar aquel pie; pero una de las manos de miss Lydia no estaba enguantada y sostenía una margarita; y Orso le tomaba la margarita, y el beso de miss Lydia echaba la suya, y él besaba la margarita y luego la mano, y Lydia no se enojaba... Todos estos pensamientos le impedían prestar atención al rumbo que llevaba, por el que, no obstante, continuaba trotando. Iba por segunda vez a besar en la imaginación la blanca mano de miss Nevil, cuando a poco más besa, en la realidad, la cabeza de su caballo, que se detuvo de golpe. Era que Chilina había cerrado el peso y tonado de las bridas.

—Ors Anton, ¿adónde va usted así? — le interrumpió la niña —. ¿No sabe que su enemigo está cerca de este lugar?

—¡Mi enemigo! — exclamó Orso, furioso de verse interrumpido en su coloquio evocativo —. ¿Por dónde andará?

—Orlanduccio está aquí cerca. Le espera a usted... ¡médese.

—Ahí... ¿Me espera? ¿La has visto tú?

—Sí, Ors Anton; yo estaba tendida entre los helechos cuando él pasó. Há mirado a todos lados con sus prismáticos.

—¿Hacia dónde iba?

—Hacia donde va usted.

—Gracias, pequeña.

—¡Mejor haría usted en esperar a mi tío! Ya no puede tardar, y con él iría seguro.

—No te apures, Chilín, a Dios gracias, no tengo necesidad de tu tío.

—¡Fé yo delante, si usted quiere.

—No sé nada de eso.

Y Orso, espoleando a su caballo, se dirigió rápidamente hacia el punto que le había indicado Chilina.

Su primer impulso fue un ciego arranque de furor, y se dijo que la suerte le ofrecía una excelente ocasión para castigar a aquel cobarde que turbaba un caballo para vengarse de una bofetada. Después, al avanzar, la especie de promesa que había formulado al respecto, y sobre todo el temor de quedarse sin visitar a miss Nevil, trocaron sus disposiciones, y casi le hicieron evitar el encuentro con el Barricini. Pero pronto el recuerdo de su padre, el atentado contra el caballo, las amenazas de aquellos sujetos, volvían a reanimar su cólera y le excitaban a ir en busca de su enemigo para provocarle y obligarle a batirse. Agitado así por contrarios estímulos, proseguía su marcha, pero con precaución ahora, examinando las malezas y los setos y las deteniéndose a veces para escuchar los múltiples rumores que se oyen en pleno campo. A los diez minutos de haber dejado a Chilina (eran aproximadamente las nueve de la mañana), se encontró al borde de un ribazo muy pronunciado. El camino, o más bien el sendero apenas trazado que seguía, atravesaba un *maquis* con señales de haber sido quemado recientemente. El suelo estaba cubierto de cenizas blancueñas, y aquí y allá unos arbustos y algunos corpulentos árboles ennegrecidos por el fuego y completa-

mente despojados de sus hojas se conservaban en pie, aunque ya no tuvieran vida. La vista de un *maquis* quemado hace pensar en un paisaje del Norte en el corazón del invierno, y el crudo contraste de la aridez de los lugares recorridos por las llamas con la lujurante vegetación que los contornos les hace que parezcan más tristes y desolados aún. Mas, por el momento, Orso sólo veía en aquel paisaje una cosa, en verdad importante para él: aquel suelo desnudo no podía ocultar una emboscada, y el que puede temer a cada momento ver salir de la maleza el cañón de una escopeta apuntando contra su pecho mira como una especie de oasis un terreno liso en donde nada interrumpe la visual. Al avanzar Orso, las cenizas variaban campos de cultivo, fraccionados a estilo del país, por pequeños muros de piedras superpuestas hasta la altura del pecho de una persona. El sendero pasaba entre esos recintos, donde grandes castaños, plantados sin orden, presentaban de lejos el aspecto de un bosque mazo.

Obligado por lo pronunciado de la pendiente a echar pie a tierra, Orso, que había dejado libre su cañón, descendió rápidamente escalando por las cenizas; y no estaba más que a unos reínticos pasos de uno de aquellos cercados, cuando divisó frente a él el cañón de una escopeta y una cabeza que sobresalía por el muro. La escopeta lo encañonó, y reconoció a Orlanduccio presto a disparar. Orso se puso prontamente a la defensiva, y ambos, apuntándose, se miraron unos segundos con esa emoción intensa que al mismo tiempo experimenta en el momento en que se juega la vida.

—¡Cobardé! ¡Canalla! — exclamó Orso.

Aun no había terminado en sus insultos, cuando vino el fogonzoso de la escopeta de su enemigo, y casi a la vez sonó otro tiro a su izquierda, del otro lado del sendero, disparado por un hombre al que no había visto, apostado detrás de otro muro. Las dos balas dieron en el blanco: una, la primera, le atravesó el brazo izquierdo, que fue el que avanzó al apuro; la otra le dio en el pecho, lo levantó, lo levanta, pero no lo tropieza, por fortuna, con la hoja de su puñal se aplastó y no le produjo más que una leve contusión. El brazo izquierdo de Orso cayó inerte, y el cañón de la escopeta bajó un momento; pero lo alzó en el acto y, manejando el arma con la mano derecha solamente, disparó sobre Orlanduccio, cuya cabeza, de la que no asomaba más que hasta los ojos, desapareció tras el muro. Orso se dio vuelta hacia la izquierda y disparó otro tiro contra un hombre envuelto en humo, al que apenas veía. A su vez desapareció aquella borrosa cara. Los cuatro tiros se habían sucedido con una rapidez fantástica, y jamás empleó menos tiempo en una descarga escalonada un pelotón de soldados ejercitados. Tras el último tiro de Orso todo volvió al silencio. El humo que despedía su escopeta se elevaba lentamente hacia el cielo; ningún movimiento detrás del muro, ni el de la izquierda, ni el de la derecha, se sentía en el brazo, hubiera podido cruzar que los hombres sobre quienes hiciera fuego habían sido unos fantasmas de su imaginación enfrecida.

Esperando una nueva descarga, Orso fue a cobijarse al amparo de uno de los árboles quemados que habían permanecido en pie. Allí sujetó su escopeta con las rodillas y se apresuró a volverla a cargar. Entretanto su brazo izquierdo de la delatada muchacha y el pecho que pesaba una tonelada. ¿Qué había sido de sus enemigos? No podía comprenderlo. Si hubiesen sido heridos, o bien hubieran huído, seguramente él habría percibido algún rumor, algún movimiento en el follaje. ¿Habían muerto o estarían, quizá, esperando, al abrigo del muro, la ocasión de volver a tirar nuevamente sobre él? En tal incertidumbre, y sintiendo que le flaqueaban sus fuerzas, puso la rodilla derecha en tierra y apoyó en ella el brazo herido, se sirvió de una rama que colgaba del árbol quemado para sostener el arma. Con el dedo en el gatillo, la mirada fija en el muro, el ojo

atento al más sutil rumor, permaneció inmóvil unos minutos, que le parecieron siglos. Por último se oyó a su espalda un grito lejano, y poco después un perro, que bajaba por la pendiente con la rapidez de una flecha, se detuvo junto a Orso agitando la cola. Era Brucio, el discípulo y compañero de los bandidos, que sin duda anunciaba la llegada de su amor; y nunca fue esperado un hombre de paz con mayor impaciencia. El perro, con el morro en alto, vuelto hacia el muro más cercano, olfateaba con inquietud. De repente lanzó un gruñido sordo, franqueó el muro de un salto, y casi instantáneamente volvió a parecer sobre el coronamiento de aquel, desde donde miró con fijeza a Orso, expresando el asombro en sus ojos, con tanta claridad como puede haberlo un perro; después volvió a olfatear, esta vez hacia otro recinto, cuyo muro saltó también. Al instante reapareció del mismo modo que en el otro v con el mismo aire de asombro y de inquietud; luego saltó al matorral; con la cola entre las piernas y sin dejar de mirar a Orso se alejó con lentitud y andando de costado hasta que se halló a cierta distancia. Entonces, volviendo a su carrera, subió la pendiente tan de prisa casi como la había bajado, al encuentro de un hombre que acudía prestamente a pesar de lo rápido del ribazo.

—¡A mí, Brando! — exclamó Orso cuando creyó que alcanzaría a oírle.

—¡Eh, Ors Anton! ¿Está usted herido? — le preguntó aquel aproximándose todo sofocado —. ¿En donde?

—En un brazo.

—¡Ah!, eso no es nada. ¿Y el que tiró?

—Me parece que le he dado.

Brandolaccio, siguiendo en pos de su perro, corrió al recinto más cercano y se inclinó para mirar al otro lado del muro. Allí se quitó el gorro y exclamó:

—¡Salud al señor Orlanduccio!

Después, dirigiéndose hacia Orso, le saludó a su vez con aire grave.

—He ahí — dijo — lo que llamo un hombre bien compuesto.

—¿Ann vive? — preguntó Orso, respirando dificultosamente.

—¡Oh!, sería difícil, con el balazo que le ha metido usted en un ojo. ¿Por la Madona, qué agujero! ¡Buena escopeta, por mi salud! ¿Qué calibre! Es para vaciar un cráneo. Vera usted: cuando oí primero ¡pum, pum!, me dije: "¡Demonios están matando a mi teniente!". Después, al escuchar ¡pum, pum!, exclamé: "¡Ah! Ahora responde la escopeta inglesa!". Pero qué es lo que me quieres, Brucio?

El perro le llevó al otro muro.

—¡Perdone! — dijo Brandolaccio estupefacto —. ¡Doble golpe! Ni más ni menos que una carambola. ¿Bien se ve que está cara la pólvora y que la economiza usted!

—¿Pero, entonces, qué pasa? — preguntó Orso.

—Vamos, no bromee usted, mi teniente. Derriba la caña y quiere que se la recojan... ¡Buena regala va a tener hoy el viejo Barri-cini! Carne fresca en cantidad. ¿Quién le sucederá ahora?

—Pero ¿cómo! ¿También murió Vincentello?

—Así es. Lo que hay de bueno con usted es que no los hace sufrir. Venga a ver a Vincentello, aun está de rodillas, con la cabeza apoyada en el muro. Parece que está durmiendo. Ahora podría decirse: "¡Suéño de plomo, ¡Pobre diablo!"

Orso desvió la mirada con expresión de horror.

—¿Estás seguro de que no vive?

—Usted es como Sampiero Corso, que no perdía tiro. Mire a éste... en el lado izquierdo del pecho. Como el balazo que dieron a Vincentello en Waterloo. Apostaría a que la bala no está lejos del corazón ¡ah! No voy a tirar más en mi vida. ¡De dos tiros, dos pájaros!... ¡A balazo caa uno!... ¡Los dos

SEA USTED AUN MAS HERMOSA Y CON MAYORES ATRACTIVOS!

OVELLO
OSENOS
DARRUGAS
OPECAS
OMANCHAS
OSBELTES

SEORRA, SEORITA... Todo abandona es amistoso. Los defectos del cutis y de la belleza femenina son fáciles de curar. En el Estado se encuentra de personas. ¡ENTONCES!... ¿Qué se belleza? Será hermosa y admirada.

MADAME BERARD
Esperar en belleza, aplica en su instituto los métodos y productos de su elaboración de acuerdo a cada caso. Atiende todos los días, de 10 a 20 horas. Las damas del interior interesadas en conocer los precios de mis productos soliciten por carta los folletos explicativos. No es necesario pagar estancias.

GRATIS

Solicite el libro de belleza o el diario

El Secreto Revelado

MADAME BERARD
Calle Tucumán 637 - Bs. Aires

POLVERILLOS DE MADAME BERARD

"POLVERILLOS" reemplaza con ventaja los cremas inferiores y sustituye los POLVOS, embellece el CUTIS rosado, manchado, "POLVERILLOS" esmalta la PIEL, indica con esbozo para las MANCHAS, PECAS, BARRITOS, ALISA las ARRUGAS, blanquea el CUTIS y las MANOS, disminuye el VELLO.

CREMA PARA EL VELLO

UN CUARTO DE LITRO

TANCA TRINCESES

"POLVERILLOS" es económico, cutis \$ 2-

Un cuarto de litro crema blanca par-

fumada. Se remite Conto - Remito.

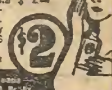
En venta en todas las FARMACIAS y

PERFUMERIAS y en los LABORATORIOS

MADAME BERARD

Calle TUCUMAN 637 Bs. Aires

"POLVERILLOS" - Se vende la Farmacia FRANCO INGLESA, Bs. N.



PIORRI BRISOL

Está indicado en la PIORREA ALVEOLAR, gingivitis, reblandecimiento y retroceso de las encías.

PIORRI BRISOL

En frascos de \$ 3.90, \$ 5.50 y \$ 8.-

Autorizado por el H. Depto. Nacional de Higiene N° 2956

En venta en todas las buenas farmacias del país.

LOS DOS HERMANITOS

DESQUITE

Por TIM



hermanos!... Si hubiera usted disparado por tercera vez le habría tocado al padre... Otra vez será... ¡Buen golpe, Ors Anton!... ¡Y pensar que un buen muchacho como yo nunca ha de tener un golpe así con los gendarmes!

Mientras que hablaba, el bandido examinó el brazo de Orso y desgarró la manga con un puñal.

—No es nada — dijo —. Pero la levita dará trabajo a la señorita Colombia... ¿Eh? ¿Pero qué es este gríón sobre el pecho?... ¡No penetró nada por ahí! No: no estaría usted tan animado. Vamos, procure mover los dedos... ¿Siente usted unos dientes al morderle el dedo pequeño?... ¿No mucho?... ¡No importa, creo que no será nada. Déjeme que le saque el pañuelo y la corbata... Su levita va a quedar inservible... ¡Por qué venía tan elegante? ¡Iba usted a casarse?... Bueno, beba un poco de vino... ¿Por qué no ha traído cantimplora? Un corso jamás sale sin ella.

Y en freddo de la cura se interrumpía para exclamar:

—¡Carabambá! ¡Tíenos los dos!... ¡Lo que va a reírse mi compañero!... ¡Golpe doble!... ¡Ah! Por fin está aquí Chilina.

Orso no hablaba. Estaba pálido como un muerto y todo su cuerpo se estremecía.

—Chili — dijo Brandolaccio —, ve a mirar detrás de ese muro.

La niña trepó por aquél ayudándose con pies y manos, y al ver el cadáver de Orlanduccio hizo la señal de la cruz.

—Eso no es nada — añadió el bandido —; mira también en el otro muro.

La pequeña se santiguó nuevamente.

—¿Ha sido usted, tío? — preguntó con timidez.

—¿Yo? Yo no sería capaz de hazaña semejante. Ha sido obra del señor. Chili, felicitelo.

—La señorita se pondrá contentísima — dijo Chilina a Orso —, pero sentirá mucho la herida de usted.

—Vanos Ors Anton — dijo el bandido cuando terminó de surarlo — Chilina le ha traído el caballo. Suba y venga conmigo al maquis de la Stazzona. Más que listo tenía que ser quien le encontrase a usted allí. Le trataremos lo mejor que podamos. Cuando lleguemos a la cruz de Santa Cristina tendrá que bajarse. Dará usted el caballo a Chilina, que se irá a avisar a su hermana y hará lo que usted le encargue. Puede decir cuanto quiera a la pequeña, que se dejará hacer pedazos antes de delatar a sus amigos.

Y con acento de ternura gritaba a la pequeña:

—Anda, pícara, maldita seas, bribonzuela.

Brandolaccio, supersticioso como casi todos los bandidos, tenía hechizar a los niños dirigiéndoles bendiciones o elogios.

—¿Pero adónde quieres que vaya, Brando?

—preguntó Orso con voz débil.

—Puede usted escoger entre la cárcel o el bosque. Pero un Della Rebbia no conoce el camino de la cárcel. ¡Así que al bosque, Ors Anton!

—¡Adiós, pues, todas mis esperanzas! — exclamó el herido con angustia.

—Sus esperanzas! ¿Qué más podía esperar de una escopeta de dos cañones?... ¡Pero cómo diablos le harían a usted! Se conoce que esos mozos tenían la vida más dura que los gatos.

—Es que fueron ellos los que primero tiraron.

—Es verdad, lo había olvidado... ¡Pim, pim, pim! Pum, pum!... ¡Doble golpe y con una sola mano! ¿Que me ahorquen si se puede hacer más! Bien, ya está usted a caballo; pero antes de marchar contemple su obra. No es correcto dejar así la compañía sin despedirse.

Orso espoleó a su caballo; por nada del mundo hubiera querido ver a los desdichados que acababa de tronchar la vida.

—Mire, Ors Anton — le dijo el bandido aga-

rrándole el caballo de la brida —, ¿quiere que le hable con franqueza? Pues bien; sin ofenderle, me dan lástima esos dos pobres jóvenes... Le digo que me excusen... ¡Tan varoniles, tan fuertes, tan llenos de vida!... Con Orlanduccio he cazado varias veces... Hace cuatro días me dió un paquete de cigarrillos... Vincentello tenía gran carácter... Cierro que usted ha hecho lo que debía... y además el golpe ha sido demasiado bueno para que se sienta... Pero yo no tenía parte en esta venganza... Sé que tiene razón; cuando existe un enemigo hay que deshacerse de él... Pero los Barricini eran de una antigua familia... ¿Una vez que desaparece!... ¡Y por un golpe formidable!... Es curioso.

Entretanto que hablaba de los Barricini, el bandido conducía de prisa a Orso, Chilina y el perro Brusco hacia un bosque de las cercanías, que él conocía.

XVIII

Los espías le trajeron pronto a Colombia la noticia de que los Barricini habían salido al campo poco después de la marcha de Orso, y desde tal momento fue presa de viva ansiedad. Veíasele recorrer la casa en todos sentidos, yendo de la cocina a las habitaciones preparadas para sus huéspedes, sin hacer nada y ocupada siempre; parándose a cada momento para observar si se advertía en el pueblo algún movimiento inusitado. A eso de las doce entró en Pietranera una cabalgata bastante numerosa: eran el coronel, su hija, sus criados y su guía. Al recibirlos, las primeras palabras de Colombia fueron estas:

—¿Han visto a mi hermano?

Después preguntó al guía qué camino habían tomado y a qué hora habían salido, y por las respuestas, le pareció muy extraño que no se hubiesen tropezado.

—¿Quizá su hermano haya ido por arriba — dijo el guía — nosotros hemos venido por abajo.

Pero Colombia movió la cabeza y repitió sus preguntas. A pesar de su natural entereza, aumentada aún por el orgullo de ocultar toda debilidad a unos extraños, le era imposible disimular su inquietud, y no tardó en hacérsela compartir el coronel, y en especial a mis Lydia, cuando les refirió la tentativa de reconciliación que tan poco éxito tuvo. Miss Nevil, nerviosa, quería que se enviasen mensajeros en todas direcciones, y su padre ofreciese a volver a montar a caballo y marchar con el guía en busca de Orso. Los temores de sus huéspedes recordaron a Colombia sus deberes de ama de casa. Se esforzó en sonreír, dió prisa al coronel para sentarse a la mesa y halló para explicar el retraso de su hermano muchos motivos plausible, que al cabo de un momento rechazaba ella misma. Juzgando que su deber de hombre era tranquilizar a unas mujeres, el coronel encontró justificación:

—Apuesto — dijo — que Della Rebbia ha descubierto caza; no ha podido resistir a la tentación y vamos a verle volver con la mochila repleta. En el camino hemos oído cuatro disparos de escopeta. Dos de las detonaciones fueron muy fuertes que las reconocí a mi hijo. ¡Apuesta a que es Della Rebbia, que está cazando. Sólo mi escopeta puede hacer tanto ruido!

Colombia perdió el color, y Lydia, que la observaba atentamente, advinó con facilidad las sospechas que a su amiga había sugerido la conjetura del coronel. Tras unos instantes de silencio, Colombia preguntó si las dos detonaciones fuertes habían sido anteriores o posteriores a las otras. Pero ni el coronel, ni su hija, ni el guía habían prestado mucha atención a aquella circunstancia.

Como a la una no había regresado aún ninguno de los hombres enviados, Colombia apeló a todo su valor e hizo que sus huéspedes se sentaran a la mesa; pero, salvo el coronel, na-

die pudo comer. Al menor ruido en la plaza, Colombia corría a la ventana; luego tornaba y sentarse tristemente y, más tristemente todavía se esforzaba en proseguir con sus huéspedes una conversación vaga a la que nadie prestaba la menor atención y que interrumpían largos intervalos de silencio.

De súbito se oyó el galope de un caballo. — ¡Ah! Esta vez es mi hermano — dijo Colombia yendo hacia la ventana.

Pero al ver a Chilina montada a horcajadas en el caballo de Oro, exclamó con voz desgarradora:

— ¡Mi hermano ha muerto!
El coronel dejó caer su vaso, miss Nevil dió un grito, todos corrieron a la puerta de la casa. Antes de que la pequeña Chilina hubiera podido aparecer, Colombia la levantó como una pluma, estrechándola hacia su pecho. La niña comprendió aquella mirada terrible, y su primera palabra fue la de la esperanza:

— ¡Vive, señorita!
Colombia cesó de estrecharla y la pequeña cayó al suelo como una piedra.

— ¿Y los otros? — interrogó Colombia con voz enrojecida.
Chilina se santiguó. En el acto un vivo color de grana sucedió en el rostro de Colombia a su palidez mortal. Lanzó una ardiente mirada a la casa de los Barricini y dijo sonriendo a sus huéspedes:

— El café nos espera.
El ángel de los handíes tenía mucho que relatar. Su jerga, traducida fielmente por Colombia al italiano, y luego al inglés por miss Nevil, arrancó imprecaciones al coronel, y suspiros a miss Lydia; pero Colombia escuchaba con aire impasible, aunque retorcendo con tanta fuerza su servilleta que amenazaba de serrojarse. Interrumpió a la niña cinco o seis veces para hacerse repetir que Brandolaccio decía que la herida no era peligrosa y que las había visto peores. Al concluir expresó Chilina que Orso solicitaba con insistencia papel de escribir y que encargaba a su hermana, que suplicase a una señorita que tal vez se hallara con ella que no se marchase hasta haber recibido una carta de él.

— Eso es — agregó la niña — lo que más le atormentaba, y ya estaba yo en marcha cuando él volvió a llorar y me encomendarme el encargo. Era la tercera vez que me lo repetía.

Al oír este pedido de su hermano, Colombia sonrió ligeramente y estrechó con fuerza la mano de la inglesa, la cual se echó a llorar y no juzgó oportuno traducir a sir Thomas aquella parte de la narración.

— Si, usted se quedará conmigo, mi querida amiga — dijo Colombia abrazando a miss Nevil — y me ayudará.

Una continuación sacó de un armario gran cantidad de tela blanca y se puso a cortar vendas y a sacar hilas. Al ver el fulgor de sus ojos, la animación de su rostro y su mezcla de preocupación y sangre fría, hubiera sido difícil decir si estaba más afectada por la herida de su hermano que satisfecha por la muerte de sus enemigos. Ya sería café al coronel, ensalzando su habilidad para hacerlo, va distribuyendo labor a miss Nevil y a Chilina, a quienes incitaba a coser vendas y envolverlas, o bien preguntaba por milésima vez si la herida de Oro le dolía mucho. A cada momento se interrumpía en medio de su labor para decir a sir Thomas:

— ¡Dos hombres tan listos, tan terribles!... El solo, herido, sin más que un brazo... lo venció a los dos... ¿Que valor, coronel! No es cierto que es un héroe? ¡Ah, miss Nevil, qué felicidad es vivir en un país tranquilo como Inglaterra!... Estoy segura de que hasta ahora no conocía usted a mi hermano... Yo lo había dicho yo: el pavilán desplegará sus alas... La engañaba a usted con su aspecto tan dulce... Es que a su lado, miss Nevil... ¡Ah! Si la ves que usó trabajar para él... ¡Pobre Orso!

Miss Lydia, no sólo no trabajaba nada, sino que ni palabras hallaba. Su padre preguntaba por qué no se apresuraba a formular una denuncia ante el juez. Hablaba de las diligencias corrientes en Inglaterra y de otras varias cosas desconocidas igualmente en Córcega. Quería saber, en resumen, si la casa de campo de aquel buen señor Brandolaccio, que había socorrido al herido, estaba muy distante de Pietranera y si no podría ir él a ver a su amigo.

Colombia respondía, con su habitual calma, que Orso estaba entre morales; que le cuidaba un bandido; que corría grave riesgo si se presentaba antes de saberse las disposiciones del prefecto y de los jueces; en resumen, que ya se las arreglaría para que fuese a verlo secretamente un buen médico.

— Sobre todo, señor coronel, acuérdesse bien — le decía — de que usted oyó los cuatro disparos y de que Orso fue el último en disparar.

El coronel no comprendía nada de este asunto, v su hija no hacía más que suspirar y enjugarse los llorosos ojos.

Y él estaba ya muy avanzado cuando entró en el pueblo una triste comitiva. Traían al viejo Barricini los cadáveres de sus hijos, en sendas nulas, que conducían unos campesinos. Una multitud de amigos y de curiosos seguía al lúgubre cortejo. También se veía a los gendarmes, que siempre llegan demasiado tarde, y al teniente alcalde, que levantaba los brazos al cielo, repitiendo sin cesar: "¿Qué dirá el señor prefecto!" Algunas mujeres, entre ellas una nodriza de Orlanduccio, se arrancaban los cabellos y lanzaban alaridos salvajes. Pero su dolor ruidoso producía menos impresión que la desesperación silenciosa de un personaje que miraba todas las miradas. Era el desventurado padre, que, viendo de un cadáver al otro, alzaba sus cabezas manchadas de tierra, besaba sus labios violáceos, sostenía sus miembros ya rígidos, como para evitarles el vaivén de la marcha. A veces se le veía abrir la boca para hablar, pero no emitía ni una palabra, ni un grito. Sin separar los ojos de los cadáveres, tropezaba con las piedras, con los árboles, con todos los obstáculos que hallaba a su paso.

Los lamentos de las mujeres, las imprecaciones de los hombres, redobláronse a la vista de la casa de Orso. Ante una aclamación de triunfo que unos pastores partidarios a Orso se atrevieron a lanzar, la indignación de sus adversarios no pudo contenerse. "¡Venganza, venganza!", gritaron algunas voces. Lanzáronse piedras, y dos balazos disparados contra las ventanas de la sala de los Barricini, Colombia y sus huéspedes atravesaron las maderas e hicieron que cayeran astillas hasta sobre la mesa junto a la que estaban sentadas las dos mujeres. Miss Lydia gritó atemorizada, el coronel empuñó una escopeta y Colombia, antes de que la pudiesen contener, corrió a la puerta de la casa y la abrió violentamente. Allí, erguida en el hueco de la puerta, con las dos manos extendidas para maldecir a sus enemigos, exclamó:

— ¡Cohardes! ¡Tiráis sobre mujeres, sobre extranjeros! ¡Soy corcos, soy hombres! ¡Miserables, que sólo sabéis asesinar por la espalda, venid, yo os desafío! Estoy sola; mi hermano está lejos. Matadme, matad a mis huéspedes; eso es digno de vosotros... No os atrevéis, cobardes, porque sabéis que nosotros nos vengamos. ¡Id, id a llorar como mujeres y agradeced que no os pisan con mis sangre.

Había algo trágico y terrible en la voz y en la actitud de Colombia; a su vista la multitud retrocedió atemorizada, como ante la aparición de esas hadas malélicas de las que en Córcega se cuentan historias medrosas en las veladas de invierno. El funcionario municipal, los gendarmes y algunas mujeres aprovecharon aquel lapso para interponerse entre los dos bandos, porque los pastores partidarios de los Della Rebbia preparaban ya sus

Clinica moderna



— Aquí está la historia clínica del paciente, doctor: pulso, ochenta y dos; temperatura, treinta y nueve; respiración, treinta; y renta mensual, tres mil pesos.

amas, y hubo un instante en que se temió que iba a entablarse en la plaza una batalla general. Pero los dos bandos estaban faltos de sus jefes, y los corcos, disciplinados en sus furiosos, rara vez llegan a las manos en ausencia de los principales autores de sus luchas recientes. Asimismo, Colombia, a la que el triunfo volvió prudente, contuvo a su pequeña guarnición.

— Dejad llorar a esos pobres gentes — dijo —; dejad que ese anciano se lleve su carne. ¡Para qué matar a un viejo toro que ya no tiene dientes para morder?... ¡Judice Barricini, no te olvides del dos de agosto! ¡Acuérdate de la carrera ensangrentada en la que escribí tu mano de falsario! Mi padre amoró allí mi deuda, sus hijos acaban de pagarla. Yo te doy el recibo, viejo Barricini.

Con los brazos cruzados, con la sonrisa del desprecio en sus labios, Colombia vio llevar los cadáveres a la casa de sus enemigos y dispersarse luego lentamente el gentío. Cerró la puerta, volvió al comedor y expresó al coronel:

— ¡Pídele perdón para mis compatriotas, señor. Jamás hubiese creído que unos corcos disparasen sobre una casa en que hay extranjeros. Estoy avergonzada de mi país.
Por la noche, al retirarse miss Lydia a su habitación, el coronel la siguió y le preguntó si no sería mejor marcharse al otro día de un lugar en el que a cada momento se estaba expuesto a recibir un balazo en la cabeza, y lo antes posible de un país en donde sólo había homicidios y traiciones.

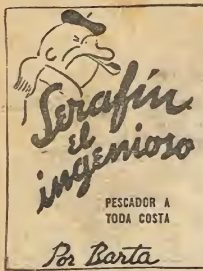
Miss Nevil tardó en responder, era evidente que la proposición de su padre le causaba no poca perplejidad. Por fin contestó:

— Como vamos a dejar a esa desventurada muchacha cuando tan necesitada está de ayuda? ¿No crees que sería una crueldad por nuestra parte?

— Lo he dicho por ti, hija mía — replicó el coronel —. En cuanto a mí, si supiese que estoy segura en el hotel de Ajaccio, sentiría dejar esta maldita isla sin haber estrechado la mano a ese bravo Orso.

— Pues bien, padre, esperemos aún y no nos marchemos hasta estar bien seguros de que no precisan de nosotros.

— Tienes un buen corazón — dijo el coro-



PESCADOR A
TODA COSTA



nel beando a su hija en la frente —. Me gusta ver que te sacrificas para aliviar la desgracia de los otros. Quedémonos; jamás se arrepiente uno de haber realizado una acción humanitaria.

Miss Lydia daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Ya todos los vagos rumores que escuchaba le parecían los preparativos de un ataque contra la casa, ya, tranquilizada respecto a ella, pensaba en el pobre herido, acostado posiblemente a aquella hora en el frío suelo, sin otra asistencia que la que podía esperar de la caridad de un proscrito. Le veía lleno de sangre, sufriendo horribles dolores; y era lo extraño que siempre que se le representaba a su espíritu la imagen de Orso lo veía como cuando se despidió de ella, con los labios en el talismán que le había regalado... Pensaba después en su arrojo. Decías que por ella, para verla un poco antes, se había expuesto al peligro mortal de que había escapado. Casi estaba persuadida de que por defenderla tenía Orso fracturado el brazo. Acharcábase ella la herida de él, pero esto hacía que lo admirara más; y aunque el famoso doble golpe no tenía a sus ojos tanto mérito como a los de Colombia y del bandido, juzgaba no obstante que pocos héroes de novela hubiesen mostrado tanta intrepidez, tanta valentía, en tan gran situación de peligro. La halabación que ocupaba era la de Colombia. Sobre una especie de reclinatorio de roble, al lado de una palma bendita, pendía de la pared un retrato en miniatura de Orso con uniforme de teniente. Miss Nevil descolgó el retrato, lo miró largo rato y terminó por ponerlo junto a su cama, en vez de volver a dejarlo en el lugar que antes ocupaba. No se durmió hasta que amaneció el nuevo día, y ya el sol estaba muy alto cuando se despertó. Ante su lecho vio a Colombia, que estaba esperando a que abriera los ojos.

—¿Cómo se halla usted en nuestra pobre morada? — preguntó Colombia —. Temo que no haya usted dormido casi nada.

—¿Tiene usted noticias de él? — interrogó a su vez miss Nevil levantándose.

Y al ver el retrato de Orso se apresuró a taparlo con un pañuelo.

—Sí, supe algo — contestó Colombia sonriendo.

Y tomando el retrato agregó:

—¿Le encuentra usted parecido? Es mejor él.

—¡Ah! — exclamó miss Nevil sonrojándose —. Lo descolgué... por distracción... Tengo el defecto de enredar con todo... y no arreglar nada... ¿Cómo se encuentra su hermano?

—Bastante bien. Giocanto vino esta madrugada antes de las cuatro. Me trajo una carta para usted. Orso no me ha escrito a mí. En el sobre pone: "Para Colombia"; pero mis

abajo: "Para miss N..." Las hermanas no son celosas. Giocanto me dijo que a Orso le costó mucho trabajo escribir. Giocanto, que tiene buena letra, se ofreció para que le dictara, pero no quiso. Ha escrito con lápiz, tendido de espaldas y sosteniéndole el papel Brandolaccio. Varias veces quiso incorporarse; mi hermano, pero al menor movimiento le dolía enormemente el brazo. "Daba pena", me expresó Giocanto. Aquí tiene usted la carta.

Estaba escrita en inglés, seguramente para mayor precaución. Lo que sigue fué lo que leyó miss Nevil:

"Señorita: Una inevitable fatalidad me ha impulsado. Ignoro lo que dirán mis enemigos, las calumnias que verterán sobre mí. Poco me importa, si usred no los cree. Desde que la vi he estado ascariciando insensatos sueños. Ha sido necesaria esta catástrofe para mostrarme mi locura; ya he vuelto a la razón. Sé cual es el porvenir que me espera y me hallaré resignado. No me atrevo a conservar la sortija que usted me dió y que yo creía un talismán de ventura. Temo, miss Nevil, que lamenté usred haber otorgado tan mal sus deseos. O más bien temo que me recuerde el tiempo en que estuve loco. Mi hermana se la entregará... Adios, señorita; ya usred a marcharse de Córcega y no la volveré a ver; pero diga a Colombia que aun conserva cierta estimación por mí, la cual creo seguirá mereciendo.

"O. D. R."

Para leer aquella carta, miss Lydia se había vuelto de espaldas, y Colombia, que la observaba atentamente, le entregó la sortija egipcia, preguntándole con la mirada lo que significaba. Pero miss Lydia no se atrevía a alzar la vista y contemplaba tristemente la sortija, que se ponía y se quitaba intermitentemente.

—¿Puedo saber, mi apreciada miss Nevil, lo que le dice Orso? — preguntó Colombia —. ¿Le habla de su estado?

—No... — contestó Lydia con timidez —. Me escribe en inglés... Me encarga que diga a mi padre... Espera que el prefecto podrá arreglar...

Colombia, sonriendo maliciosamente, se sentó en la cama, aprisionó las dos manos de miss Nevil y, mirándola fijamente, le preguntó:

—¿Será usred buena? ¿Contestará a mi hermano? ¿Le haría eso tanto bien? Antes, en cuanto llegó la carta, se me ocurrió venir a despertarla, pero no me atreví.

—Hizo mal — contestó miss Nevil —, y si usted cree que una palabra más le...

—Ahora no puedo enviarte cartas. Ha llegado el prefecto, y Pietranera está repleta de extranjeros. Veámoslos más adelante. ¡Ah! Si conociese usted a mi hermano, le querría

como yo... ¡Es tan bueno, tan valiente!... Pienso en lo que ha hecho: ¡solo contra dos y herido!

Había regresado el prefecto. Avisado por un mensajero del teniente alcalde, había venido acompañado de gendarmes y de soldados, trayendo asimismo al fiscal, al escribano y demás para actuar en la nueva y terrible catástrofe que complicaba, mejor dicho terminaba, las enemistades de las familias de Pietranera. Poco después de llegar vió al coronel Nevil y a su hija y no les ocultó sus temores de que el asunto tomase un mal cariz.

—Saben ustedes — les dijo — que el choque no ha tenido testigos, y la fama de destruya y de valor de esos dos desventurados jóvenes era tan conocida que todo el mundo se niega a creer que el teniente Della Rebbia haya podido matarlos sin la ayuda de los bandidos cerca de los que se afirma que se ha refugiado.

—Eso no puede creerse — exclamó el coronel —. Orso Della Rebbia es un verdadero caballero; respondo de él.

—Así lo creo — replicó el prefecto — pero el fiscal (esos señores sospechan siempre) no me parece muy dispuesto en su favor. Tiene en su poder un documento muy comprometedoso para el joven Orso. Es una carta en que amenaza a Orlanduccio y en la que le da una cita... y esta le parece una verdadera emboscada.

—Ese individuo — dijo el coronel — se negó a batirse como un caballero.

—Aquí la costumbre no es esa. Se emboscan, se matan por la espalda; son los usos bárbaros del país. Certo es que hay un testimonio favorable: el de una niña que afirma haber oído cuatro detonaciones, dos de las cuales, más fuertes que las otras, provenían de un arma de grueso calibre, como el arma del señor Della Rebbia. Por desgracia, esa niña es la sobrina de uno de los bandidos sospechosos de complicidad, y tiene la lección aprendida.

—Debo decirle — intervino miss Lydia sonrojándose hasta el blanco de los ojos — que nosotros pasábamos cuando sonaron los disparos y escuchamos también lo mismo.

—¿De verdad? Eso es realmente importante. ¿Y usted, coronel, hizo la misma observación?

—Desde luego — contestó con viveza miss Nevil — mi padre, que está habituado a las armas, me dijo: "Ese es el señor Della Rebbia que tira con la escopeta que yo le regalé".

—Y fueron los últimos esos disparos que reconocí usted?

—Los dos últimos; ¿no es cierto, papá?

El coronel no tenía muy buena memoria; pero siempre trataba de no contradecir a su hija.

—Hay que hablar de inmediato al fiscal, coronel. Estamos aguardando además a que un

médico revise los cadáveres y compruebe si las heridas han sido producidas con el arma en cuestión.

—Yo se la regalé a Orso — dijo el coronel —, y desearía que hubiera ido a parar al fondo del mar... Es decir..., ¡pobre joven!; celebró que la tuviese en su mano, pues sin mi infalible Manton no sé cómo habría salido de ese funesto percalce.

XIX

Momentos después llegó el médico. Habíale ocurrido una peripetia en el camino. Se encontró con Giconto Castircioni, quien le solicitó con la mayor afabilidad que fuera a asistir a un hombre herido. Le condujo adonde se encontraba Orso, a quien hizo la primera cura. Después el bandido le acompañó hasta bastante lejos y le entretuvo charlando de los famosos profesores de Pisa, de quienes dijo era íntimo amigo.

—Doctor — expresó el teólogo al despedirse —, me ha inspirado usted mucha estima para que considere innecesario recordarle que un médico debe ser tan discreto como un confesor — y se puso a jugar con el mecanismo de su escopeta. Usted se ha olvidado del lugar en que tuvimos la dicha de vernos. Adiós; he tenido el mayor placer en conocerle.

Colomba rogó al coronel que asistiera a la autopsia de los cadáveres.

—Usted conoce mejor que nadie la escopeta de mi hermano — le dijo —, y la presencia suya será muy útil. Hay aquí tan mala gente, que correríamos grandes riesgos si no tuviéramos a nadie para defender nuestra situación.

Cuando se quedó sola con miss Lydia se quejó de un fuerte dolor de cabeza y le propuso dar un paseo por el campo.

—Me sentará bien el aire libre — dijo —. Hice mucho tiempo que no lo respiro.

A medida que caminaban se puso a hablarle de su hermano; y miss Lydia, a la que el tema aquel interesaba enormemente, no sólo por eso que iban alejándose demasiado de Pietranera. Ya se ponía el Sol cuando se dio cuenta de ello, y se lo advirtió a su amiga. Colomba dijo que sabía de un atajo para amornar el regreso, y dejando el camino que seguían tomó otro menos frecuentado. No tardó en ponerse a escalar una pendiente tan escarpada que para aguantarse tenía que agarrarse a cada paso con una mano a las ramas de los árboles, mientras que con la otra tiraba de su compañera. Al cabo de un cuarto de hora de tan dura ascensión se hallaron en una alta meseta cubierta de mirtos y de macrótonos en medio de grandes masas de granito que horadaban el suelo por todas partes. Miss Lydia estaba muy cansada, no se veía el pueblo y era ya casi de noche.

—Temo, querida Colomba — dijo —, que nos hayamos extraviado.

—No tenga miedo — contestó Colomba —. Sigamos andando, venga conmigo.

—Le aseguro que se ha desorientado usted; el pueblo no puede estar por ese lado. Apostaría que vamos mal. Mire: seguramente son de Pietranera aquellas luces que se ven allí distantes.

—Tiene razón, mi querida amiga — dijo Colomba con agitación —; pero a disjuntos pasos de aquí..., entre aquellas zarzas...

—¿Qué?

—Está mi hermano, al que podría yo abrazar si usted no se opusiera a seguirme.

Miss Nevil hizo un movimiento sorpresivo.

—He salido de Pietranera — añadió Colomba —, sin despertar sospechas porque venía usted conmigo. Pues sino me hubieran seguido...

—¿Está tan cerca de él y no ve usted...? ¡Por qué no viene usted conmigo a ver a mi pobre hermano? ¡Le causaría tanta alegría su presencia!

—Pero, Colomba, eso no estaría bien que yo lo hiciese.

—Comprendo. Ustedes las mujeres de las ciudades no piensan más que en lo que esté bien; nosotros las aldeanas, en cambio, no pensamos sino en lo que sea bueno.

—Pero ya es tarde... ¿Qué pensaría de mi su hermano?

—Pensaría que no le han abandonado sus amigos, y esto lo recomfortaría.

—¿Y mi padre? Estará muy intranquilo...

—Sabe que está usted conmigo... En fin, decídase... Usted miraba atentamente el retrato esta mañana... — agregó con maliciosa sonrisa.

—No... en verdad... no me atrevo... Esos bandidos...

—¿Qué le importa? Esos bandidos no le conocen. ¿Desearía usted verle?...

—¡Oh!...

—Resolvase, miss Nevil. No puedo dejarla aquí sola; no se sabe lo que puede ocurrir. Vámonos a ver a Orso o volvámonos juntas al pueblo... Yo veré a mi hermano... Dios sabe cuándo...; quizá nunca más.

—¿Qué dice, Colomba?... Pues bien, vámonos. Pero un minuto nada más y nos volvemos con toda presteza.

Colomba le estrechó la mano y, sin decir nada, echó a andar tan de prisa que a miss Lydia le costaba trabajo seguirla. Afortunadamente, Colomba no tardó en detenerse, diciéndolo a su compañera:

—No prosigamos más adelante hasta haberles advertido; podríamos recibir un tiro.

Se puso a silbar entre los dedos. Poco después se oyó ladrar a un perro y no tardó en aparecer el centinela avanzado de los bandidos. Era nuestro antiguo conocido Bruno, que tan pronto vio a Colomba se encargó de servirle de guía. Después de muchos rodeos por los estrechos senderos de la maleza surgieron dos hombres sumamente armados.

—¿Es usted Brandolaccio? preguntó Colomba —, ¿Dónde se encuentra mi hermano?

—Allá abajo — contestó el bandido —. Pero no haga mucho ruido: está durmiendo, y es la primera vez que lo hace desde su percalce. ¡Vive Dios! Bien se ve que por donde pasa el diablo pasa también una mujer.

Colomba y miss Nevil se acercaron con precaución y, junto a una fogata cuyo resplandor se había prudentemente ocultado con una cerca de piedras vieron a Orso acostado sobre un montón de follaje y tapado con una manta. Estaba muy pálido y su respiración era jadeante. Su hermano se sentó a su lado y le contempló silenciosamente con las manos cruzadas, como si rezase. Miss Lydia, cubriéndose con su pañuelo, se apretó contra su amiga y se inclinó de cuyo hombro alzaba a cada momento la cabeza para ver al herido.

Transcurrieron quince minutos sin que nadie desplegara sus labios. A una indicación del teólogo, Brandolaccio se internó con el por la espesura, con gran contento de miss Lydia, a la que por vez primera le pareció que las barbasas y el equipo de los bandidos tenían demasiado sabor localista.

Por fin Orso hizo un movimiento, y Colomba se apresuró a besarle repetidas veces, haciéndole numerosas preguntas respecto a su herida, a sus sufrimientos, a sus necesidades. Después de haber contestado que se hallaba bastante bien. Orso le preguntó a su vez si miss Nevil estaba aún en Pietranera y si le había escrito. Colomba, inclinada sobre su hermano, le ocultaba por completo a su compañera, a la que por otra parte le hubiera sido difícil permanecer en la oscuridad. Colomba tenía prisionera con una de las suyas una de las manos de miss Nevil y con la otra alzaba suavemente la cabeza de su hermano.

—No, no me ha dado ninguna carta para ti... ¿Por qué pensando en ella? ¡La quiero mucho!

—¿Que si la quiero!... Pero ella..., ella me despreciará al saber lo que hice.

Se salvó



—¡Uf! ¡Qué suerte! ¡Está cerrado!

En ese momento miss Nevil hizo un esfuerzo para retirar su mano; pero no era fácil hacer que Colomba soltara su presa; su linda mano poseía una fuerza de la que ya había dado algunas pruebas.

—¿Despreciaré después de lo que has hecho? — exclamó Colomba —. Al contrario, habla muy bien de ti. ¡Ah! Muchas cosas tendría que decirte de ella, querido hermano.

La mano seguía forcejeando para escapar, pero Colomba la acercaba cada vez más al herido, el cual refulgía:

—¿Pero por qué no me contestaría?... Con una sola línea me hubiera conformado.

A fuerza de tirar de la mano de miss Nevil, Colomba concluyó por ponerla en la de su hermano. Entonces, apartándose de súbito y echándose a reír, exclamó:

—Ten cuidado con hablar mal de miss Lydia, Orso, porque entiende muy bien nuestro dialecto.

Miss Lydia se apresuró a retirar su mano y balbuceó unas palabras ininteligibles. Orso creyó que estaba soñando.

—¿Usted aquí, miss Nevil? ¡Dios mío! ¿Cómo se ha arrevido? ¡Ah, qué dichoso me siento al verla a mi lado!

E incorporándose con trabajo trató de aproximarse a ella.

—Sé con su hermana — dijo miss Lydia — porque no me imaginaba adonde me traía..., y además quería también... ver... ¿Qué mal se encuentra usted aquí?

Colomba se había sentado a la espalda de Orso. Le alzó con cuidado, sosteniéndole con las rodillas la cabeza. Asimismo le puso un brazo en el cuello e indicó a miss Lydia que se acercara más.

—¡Aproxímese — le dijo —. Un enfermo no debe alzar mucho la voz.

Y como miss Lydia vacilase, la tomó de una mano y la obligó a sentarse tan cerca que el ruido de su falda rozaba con Orso y su mano se apoyaba en el hombro del herido.

—¡Así está muy bien — dijo Colomba — en tocapie no jocosos... ¡Verdad, Orso, que se está bien vivaqueando en el bosque en una noche tan hermosa como ésta?

—¡Oh, sí! ¡Una linda noche! — exclamó Orso —. No la olvidaré mientras viva.

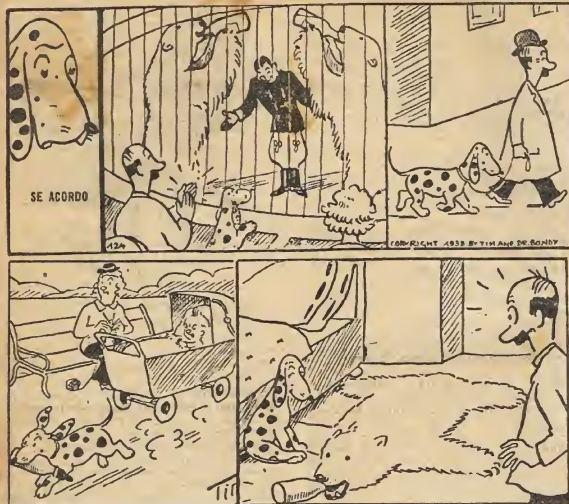
—¿Cuánto debe usted sufrir! — dijo miss Nevil.

—Ya no sufro, y quisiera morir aquí — contestó con entusiasmo Orso.

Y su mano derecha se acercaba a la de miss Lydia, que Colomba seguía asiendo.

EL PERRO ASDRÚBAL

por TIM



—Es de todo punto necesario que lo trasluden a usted a cualquier lugar, en donde pueda ser bien atendido — dijo miss Nevil—. No voy a poder dormir después de haberlo visto en semejante lecho y a la intemperie.

—Si no hubiese temido encontrarla hubiera tratado de volver a Pietranera y me habría entregado a las autoridades.

—¿Y por qué temías encontrarla? — preguntó su hermana.

—Le había desobedecido a usted, miss Nevil..., y no me hubiera atrevido a verla en aquel momento.

—Sabe usted, miss Lydia, que obliga a mi hermano a hacer cuanto usted quiera? — dijo miss Lydia.

—No le he permitido que se marche, miss Nevil.

—¿Qué le vamos a hacer?... Mi padre no puede estar siempre cazando... Desea marcharse.

Orso dejó caer su mano, que rozaba con la de miss Lydia, y hubo un instante de silencio angustioso.

—Nos opondremos a que se marche usted tan pronto — dijo Colombia —. Todavía tenemos que mostrarle muchas cosas de Pietranera... Además, usted me ha prometido hacerme mi retrato y aun no lo ha empezado... Yo a mi vez le he ofrecido hacerle una serenata... Y también... Pero por qué gruñir así Brusco?... Y Brandolaccio corre tras él... Voy a ver lo que pasa...

Se incorporó aprisa, y poniendo, sin pedir permiso, la cabeza de Orso en las rodillas de miss Nevil, corrió hacia los bandidos.

Algo confusa al encontrarse así sosteniendo a un joven, a solas con él en medio de un bosque, miss Nevil no sabía qué hacer, porque si se retiraba bruscamente temía lastimar al herido. Mas Orso abandonó por sí mismo el dulce apoyo que su hermana le había proporcionado y se apoyó sobre su brazo derecho.

—¿De modo que se va usted a marchar pronto, miss Lydia? — exclamó —. Nunca pensé que fuese usted a prolongar su estadía en este ingrato país... y no obstante... ahora que ha venido aquí sufro cien veces más al pensar que he de darle un adiós... Soy un pobre teniente... sin porvenir... proscrito ahora... No es el instante, miss Lydia, de declararle que la quiero a usted...; pero sin duda no habría de hallar otra ocasión para confesárselo, y me siento menos desgraciado una vez que he aliviado mi alma.

Miss Lydia volvió la cabeza, como si la oscuridad no bastara para ocultar el rubor que delataba su rostro.

—Señor Delia Rebbia — contestó ella con voz temblorosa —, no hubiera yo venido a este sitio si...

Y puso en la mano de Orso el talismán egipcio. Haciendo después un poderoso esfuerzo para recobrar el tono de broma que le era peculiar, agregó:

—Está muy mal que me hable así... En medio de un bosque y rodeada por los bandidos, puede usted figurarse que no me iba a atrever a enojarme con una persona así custodiada.

Orso hizo un movimiento para besar la mano que le devolvía el talismán; y como miss Lydia la retirara con apresuramiento, perdió el equilibrio y cayó sobre el brazo herido. No pudo reprimir un grito que le dolía.

—¿Se hizo daño? — exclamó ella levantándose. — ¡Por mi culpa! Perdóneme, se lo ruego.

Siguieron hablando un momento en voz baja y muy juntos. Colombia, que llegaba a rodar, corrió, los encontró en la misma posición que los había dejado.

—¡Los soldados! — gritó —. Procura levantarte y andar, Orso. Yo te serviré de apoyo. Déjame — contestó él —. Di a esos que huyan... No me importa que me prendan; pero llévate a miss Lydia; que no la vean aquí, por lo que más quieras.

—No lo dejaré a usted — dijo Brandolaccio, que venía con Colombia —. El sargento es un ahijado de Barricini; en vez de detenerle le mataría a usted y diría luego que lo había hecho involuntariamente.

Orso se levantó, hasta dijo algunos pasos; pero no tardó en detenerse y dijo:

—No puedo caminar. Huyan ustedes. Adiós, miss Nevil; déme la mano, y ¡adiós!

—No le dejaremos — exclamaron las dos mujeres.

—Si no puede caminar — dijo Brandolaccio —, hájale que llevarle. ¡Vamos, mi teniente, vámonos. Tendremos tiempo para escapar por el barranco de ahí detrás. El señor cura va a entretenerlos.

—No, déjenme — replicó Orso tumbándose en el suelo —. Por favor, Colombia, llévate a miss Nevil.

—Usted es fuerte, señorita Colombia — dijo Brandolaccio —. Agárrelo por los hombros; y por los pies... Bueno... En marcha...

Y empezaron a llevarle con premura, a pesar de sus protestas. Miss Lydia les seguía muy asustada, cuando se oyó un tiro, al que de inmediato respondieron otros cinco o seis. Miss Lydia prorumpió en un grito, Brandolaccio lanzó una blasfemia, pero redobló su velocidad, y, a ejemplo de él, Colombia corrió a través de la maleza, sin preocuparse por las ramas que le castigaban la cara o le desgarraban el vestido.

—¡Agáchese, agáchese — decía a su compañera —, para evitar que la vean.

Así anduvieron, o más bien corrieron, medio hilómetro, cuando Brandolaccio declaró que no podía más, y se tiró al suelo, a pesar de las exhortaciones y los reproches de Colombia.

—¿Dónde está miss Nevil? — preguntó Orso.

La hija de sir Thomas, asustada por los tiros, detestada a cada paso por las malezas, no tuvo en perder las huellas de los fugitivos y se quedó sola, presa de verdadero pánico.

—Se ha quedado atrás — contestó Brandolaccio —, pero no se ha perdido. A las mujeres se las encuentra siempre. Oiga el bochincho que hace el cura con su escopeta, Orso Anton. Desgraciadamente, no se ve nada y no se hace mucho daño con tiroar así.

—¡Calle! — exclamó Colombia —; oigo el galopar de un caballo; estamos a salvo.

Efectivamente, un caballo que pasaba por el bosque, asustado por el tiroteo, se acercaba hacia donde ellos estaban.

—Estamos salvados — repitió Brandolaccio.

Le hacia el caballo, agarrarlo por las crines, ponerle en el hocico una cuerda a modo de bridas, fué para el bandido, con la ayuda de Colombia, cuestión de un instante.

—¡Avísenos ahora al cura — dijo.

Silbó dos veces; un silbido lejano respondió a esta señal, y el estampido de la escopeta de Manton enmudeció. Entonces Brandolaccio cabalgó sobre el caballo. Colombia puso a su hermano delante del bandido, quien con una mano le sujetó muy fuerte mientras que con la otra empujaba la brida. A pesar de su doble carga, el caballo, acicateado por dos fuertes talonazos en el vientre, partió veloz y descendió al galope una escarpadura en la que cualquier otro caballo que no fuera corso se hubiera precipitado mil veces.

Entonces volvió Colombia sobre sus pasos, llamando a gritos a miss Nevil, pero sin que ésta respondiera. Después de haber andado algún tiempo al azar, tratando de encontrar el

camino que habías seguido, tropezó en una senda con dos soldados, que la detuvieron.

—¿Qué tal, señores? —dijo Colombia en tono burlón—. ¡Qué alboroto! ¿Cuántos muertos?

—Usted estaba con los bandidos —dijo uno de los soldados—, y va a venir con nosotros.

—Con sumo placer —contestó ella—; pero tengo aquí una amiga y antes teníamos que buscarla.

—Su amiga está ya presa y con ella irá usted a dormir a la cárcel.

—¿A cárcel? ¡Mamá que verlo; pero entretanto lívenme a donde se encuentra mi amiga.

Los soldados la condujeron entonces al campamento de los bandidos, donde estaban los trofeos de la expedición, o sea, la manta que tapaba a Orso, una marmitta vieja y un botellón lleno de agua. En el mismo sitio se hallaba miss Nevil, que, en poder de los soldados y medio muerta de miedo, no respondía más que con lágrimas a cuantas preguntas le hacían sobre el número de los bandidos y el rumbo que habían tomado.

Colomba la abrazó y, acercándose al oído, le dijo:

—Están a salvo.

Después, dirigiéndose al sargento, expresó:

—Ya ve usted que esta señorita no sabe nada de lo que le preguntan. Déjenos volver al pueblo, donde nos están aguardando con ansiedad.

—O lleváremos, y más pronto de lo que deseará, ricura —contestó el sargento—, y allí tendréis que explicar lo que hacéis por aquí a estas horas con los bandidos que acaban de fugarse. No sé qué hechizo emplean esos bribones, pero el caso es que fascinan a las muchachas, porque allí donde hay bandidos se tiene la seguridad de encontrar falda.

—Usted galante, señor sargento —replicó Colomba—, pero no haré mal en tener cuidado con lo que expresa. Esta señorita es pariente del prefecto y conviene no gastar bromas con ella.

—¡Pariente del prefecto! —murmuró un soldado a su jefe—. En efecto, lleva sombrero.

—Nada importa el sombrero —contestó el sargento—. Las dos se hallaban con el cura, que es el mayor tizante del país, y mi deber es llevarles. Así que ya no tenemos nada que hacer aquí. Sin ese maldisco cabo Taupin, ese borracho de francés que se descubrió antes de que hubiese yo cercado esta guarida, los hubiéramos atrapado a todos.

—Son ustedes siete? —preguntó Colomba—. ¡Saben que si por azar los tres hermanos Gambini, Sotuchi y Teodoro Poli se encontrasen en la cruz de Santa Crística con Brando, ¿ellos podrían darles que hacer? Si ustedes van a tener una conversación con Poli, el jefe, celebraría no hallarme allí. Las balas no conocen a nadie por la noche.

La posibilidad de un tropiezo con los temibles bandidos que Colomba acababa de nombrar pareció impresionar a los soldados. Sin dejar de echar pestes contra el cabo Taupin, el perro francés, el sargento ordenó la retirada, y sus hombres emprendieron la marcha hacia Pietrannerá, llevándose la manta y la marmitta. En cuanto al botellón, un puntapié lo hizo pedazos. Un soldado quiso tomar el brazo de miss Lydia, pero Colomba le rechazó diciéndole:

—¿Que no la toques nadie! ¿O es que cree que tenemos intenciones de escaparnos? Vamos, Lydia, querida mía, apóyese en mí y no lloré como una niña. Es una aventura, pero nada de malo. Dentro de media hora estaremos cercando. Yo le confieso que tengo muchas ganas de hacerlo.

—¿Que pensarán de mí? —decía en voz baja miss Nevil.

—Sencillemente pensarán que se perdió en el bosque.

—¿Que dirá el prefecto?... Y sobre todo, ¿qué dirá mi padre?

—El prefecto?... Dígale que se interese en

la prefectura. ¿Su padre?... Por la manera de hablar usted con Orso hubiese creído que tenía algo que decirle a su padre.

Miss Nevil le apretó el brazo sin responder.

—No es cierto —le susurró Colomba al oído— que mi hermano muere que se le quiera? ¿No le quiere va un poco usted?

—¡Ah Colomba! —contestó miss Nevil sonriendo a pesar de su turbación—. Me ha traicionado usted a mí, que tenía tanta confianza en usted.

Colomba la estrechó contra su pecho y, besándola en la frente, susurró:

—Me perdona, hermana?

—¿Qué remedio, mi terrible hermana! —contestó Lydia devolviéndole el beso.

El prefecto y el fiscal se albergaban en el domicilio del alcalde accidental de Pietrannerá, y el coronel, muy inquieto por su hija, acudía por centésimas vez en procura de noticias, cuando un soldado, destacado como correo por el sargento, le relató el terrible combate sostenido contra los bandidos, combate en el que no había habido ninguna baja, pero en el que se habían apoderado de una marmitta, de una manta y de dos muchachas que eran, dijo, las amantes o las espías de los bandidos. Así anunciadas comparecieron las dos prisioneras en medio de su escolta armada. Puede imaginarse la actitud radiante de Colomba, la vergüenza de su compañera, la sorpresa del prefecto, la alegría y el asombro del coronel brigatier.

El fiscal se dió el maligno placer de hacer sufrir a la pobre Lydia una especie de interrogatorio que no terminó hasta que la ingenua hubo perdido toda su serenidad.

—Me parece —dijo el prefecto— que podemos poner a todo el mundo en libertad. Estas señoritas han ido a pasearse, cosa explicable dado el buen tiempo; han hallado por casualidad a un amable joven herido, cosa muy natural asimismo.

Después, llevando aparte a Colomba, le dijo:

—Puede comunicarle a su hermano que su asunto va mejor de lo que yo esperaba. El examen de los cadáveres y la declaración del coronel demuestran que él es el único que hizo fue replicar, y que estaba solo en el momento del ataque. Todo se arreglará; pero es necesario que deje cuanto antes su escondite y que se constata detenido.

Eran aproximadamente las once cuando el coronel, su hija y Colomba se sentaron a la mesa. La cena estaba fría, pero Colomba comió con buen apetito, burlándose del prefecto, del fiscal y de los fusileros. También comió el coronel, pero sin pronunciar palabra ni apartar sus ojos de su hija, la cual no alzó los suyos por último, con dulce voz, pero sin decirle un sí.

—¿Estás en relaciones con Orso, Lydia?

—Sí, papá, desde hoy —contestó ella muy sofocada, con los ojos fijos.

Entonces alzó los brazos, y no notando en el rostro de su padre ningún signo de enojo, se arrojó en sus brazos y le abrazó.

—Está bien —replicó el coronel—; es un buen muchacho; pero no nos quedemos, por Dios, en este endiablado país, o no doy mi asentimiento.

—No sé el inglés —dijo Colomba, que los estaba mirando con viva curiosidad—; pero apostaré a que he adivinado lo que se están diciendo.

—Decimos —contestó el coronel— que la llevaremos a usted a hacer un viaje por Irlanda.

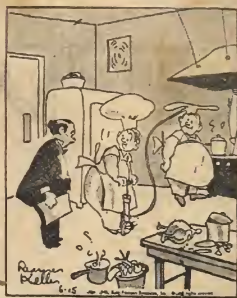
—Sí, con sumo gusto, y será miss Colomba. ¿Queda ya resuelto, coronel? ¿Nos damos la mano?

—Nada de eso. Para estos casos son mejores los abrazos —contestó sir Thomas.

XX

Tres meses más tarde del fatal incidente que sumió a Pietrannerá en la consternación,

Arreglo



—Se olvidaron de ponerles almidón...

un joven con el brazo izquierdo en cabestrillo salió a caballo de Bastia por la tarde y se dirigió hacia el pueblo de Carlo, célebre por las aguas que manan de una fuente. Una joven de elevada estatura e incomparable belleza le acompañaba montada en un caballo negro brioso, pero, que, desgraciadamente, tenía una oreja rajada. En el pueblo, la joven saltó ligeramente al suelo, y luego de haber ayudado a apesarse a su compañero desará el arzón de la silla unos paqueteros bastante grandes. Los caballos fueron confiados a la custodia de un campesino, y la joven, cargada con los paquetes, que ocultaba bajo un mozo, y el joven, con una escopeta de dos caños, tomaron el camino de la montaña siguiendo un senderito muy empuinado que no parecía llevar a poblado alguno. Al llegar a una de las elevadas mesetas del monte Quercia se detuvieron y sentáronse en la hierba. Parecían aguardar a alguien, porque no hacían más que mirar hacia la montaña, y la joven consultaba a cada instante un pequeño reloj de oro, tanto quizá por contemplar su joya como para saber si la hora de la cita había llegado. La espera no fue larga. Un perro salió del zarzal, y al nombre de Brusco pronunciado por la joven se apresuró a acudir a acariciarlos. Poco después surgieron dos hombres barbudos, con la escopeta al brazo, la caruchera al cinto y la pistola en el costado. Sin trajes, rotos y llenos de remiendos, contrastaban con sus armas brillantes y nuevas. A pesar de la aparente desigualdad de su posición, los cuatro personajes de aquella escena se abordaron como antiguos conocidos.

—¿Y qué, Ors Anton? —dijo el de más edad de los bandidos—. Ha arreglado su asunto. Un auto de sobornamiento. Mi enhorabuena. Siento que no esté ya en la isla el abogado para verle patearle. ¿Y el brazo?

—Dice el médico que dentro de quince días podré manejarlo. —Bueno, Brando, mañana me voy a Italia y he venido a despedirme de ti y del cura. Por eso os rogué que vinierais.

—Tiene mucha prisa —contestó Brando—. Le han absuelto ayer y se va mañana.

—Hay asuntos —dijo con alegría la joven— Les he traído cena: coman y no se olviden de mi amigo Brusco.

—Le mira usted mucho, señorita Colomba, pero es agradecido. Va usted a ver. Anda Brusco —ordenó, poniendo su escopeta horizontalmente—, salta por los Barricci.

LOS DOS HERMANITOS

A LA RECIPROCA

Por TIM



El perro permaneció inmóvil, mirando a su amo.

—Salta por los Della Rebbia.

Y Brusco saltó dos pies más alto de lo necesario.

—Oigan, amigos — dijo Orso —: están ustedes ejerciendo un feo oficio, y si no les ocurre el terminar su carrera en la plaza de las ejecuciones, lo mejor que puede ocurrirles es caer en un matorral bajo la bala de un gendarme o un soldado.

—Es una muerte como otra cualquiera — replicó Castriconi —: y que vale más que el fierebre que le mata a uno en la cama, entre los loriqueños más o menos sinceros de los herederos. Cuando, como nosotros, se está acostumbrado al aire libre, no hay nada mejor que morir con los zapatos puestos, según dicen nuestros aldeanos.

—Quisiera — insistió Orso — verles dejar este país y llevar una vida más ordenada. ¡Por qué no van ustedes a establecerse en Cerdeña, por ejemplo, como lo han hecho varios de sus compañeros? Podría yo facilitarles los medios para conseguirlo.

—¿A Cerdeña? ¡Váyanse al diablo con su jerga los sardos! Es una mala compañía para nosotros.

—No hay recursos en Cerdeña — añadió el teólogo —. Desprecio a los sardos. Allí para cazar a los bandidos hay una milicia montada, cosa que constituye a la vez la crítica de los bandidos y del país. Es una vergüenza Cerdeña. Lo que me llama la atención, señor Della Rebbia, es que un hombre de gusto y de conocimientos como usted no haya adoptado nuestra vida después de haberla probado.

—Es que — contestó Orso sonriendo — cuando tuve la satisfacción de ser huésped de ustedes no estaba yo en condiciones de apreciar los atractivos de la situación, y aun me duelen las escollas cuando me acuerdo de la carrera que di en aquella hermosa noche, puesto como un fardo en el caballo que montaba mi amigo Brandolaccio.

—¿Y no estima en nada — replicó Castriconi — el placer de escapar a la persecución? ¿Cómo puede ser insensible al encanto de una libertad absoluta en un clima bello como el nuestro? Con este salvoconducto (mostró la escopeta) se es rey en todas partes hasta donde puede alcanzar la bala. Se manda, se hace justicia... Es una expansión muy sana y muy agradable, a la que no renunciamos. ¿Qué vida más hermosa que la del caballero andante, cuando se está mejor armado y se es más sensato que el famoso don Quijote? Mire, el otro día supe que el tío de Lilla Luigi, ese viejo ladrón, no quería entregarle la dote; le escribí, sin amenazas, pues no es ése mi procedimiento; y bien, al instante se convenció mi hombre y le casó a su sobrina. He labrado la felicidad de dos seres. Créame, señor Orso, nada es comparable a la vida de bandido. ¡Bah! Tal vez usted sería de los nuestros sin cierta ingenuidad a la que no he hecho más que entrever, pero de la que hablan todos con verdadera admiración en Bastia.

—Mi futura cuñada no gusta del maquis — expresó Colomba riendo —. Pasó allí mucho miedo.

—En fin — dijo Orso —: quieren quedarse aquí? Sea. Díganme si puedo hacer algo en obsequio de ustedes.

—Solamente — contestó Brandolaccio — conservar de nosotros un pequeño recuerdo. Nos ha colmado usted de favores, Chilina tiene ya dote y para casarse no tendrá necesidad de que mi amigo el cura escriba cartas sin amenazas. Sabemos que el colono de ustedes nos dará pan y pólvora en nuestras necesidades; así, pues, adiós. Deseo volver a verle en Córceca pronto.

—En momentos de apuro — insistió Orso — vienen bien algunas monedas de oro. Ahora que ya somos antiguos conocidos no se negará a admitir este paquetito que puede servirle para procurarse otros.

—Nada de dinero entre nosotros, mi teniente — declaró Brandolaccio en tono firme.

—El dinero todo lo puede en el mundo — dijo Castriconi —; pero en el bosque no se hace caso sino de un corazón valeroso y de una buena escopeta.

—No quisiera irme — insistió Orso — sin dejarles algún recuerdo. Vamos, Brandolaccio, ¿qué puedo dárles?

El bandido se quedó sin responder, pero miró de reojo la escopeta de Orso.

—Caramba, mi teniente... ¡si yo me atreviese...! pero no: le gusta a usted demasiado.

—¿Qué es lo que desea?

—Nada... la cosa no es nada... Se necesita además saber servirse de ella. Siempre estoy pensando en aquella famosa carambola y con una sola mano... ¡Oh! No se hace eso dos veces.

—¿Es esta escopeta lo que quiere?... Te la traía, pero sirvete de ella lo menos posible.

—¡Oh! Le prometo que no he de servir de ella como usted; pero está tranquilo: cuando sea de otro podrá decir que Brandolaccio ha terminado su vida.

—¿Y a usted, Castriconi, qué puedo regalarle?

—Puesto que se empeña en dejarme un recuerdo material suyo, lo ruego, sin más resistencia, que me mande un *Horatio* del menor tamaño posible. Me distraerá e impedirá que me olvide del latín. He aquí una pequeña caja que vende cigarrillos en el puerto de Bastia; dáselo y él se encargará de traerlo.

—Tendrá usted un *Elzevir*, señor sabio. Precisamente tengo ese libro entre los que iba a llevarme. Y ahora, amigos míos, debemos separarnos. Un apretón de manos. Si algún día piensan en Cerdeña, escribanme; el abogado N. les dará mi dirección.

—Mi teniente — dijo Brandolaccio —, mañana, cuando usted haya salido del puerto, mire a este punto de la montaña; aquí estaremos y nuestros pañuelos blancos le enviarán el último adiós.

Orso y su hermana tomaron el camino de Cardo, y los bandidos el de la montaña.

XXI

En una apacible mañana de abril, sir Thomas Nevil, su hija, casada desde hacía pocos días, Orso y Colomba abandonaron a Pisa en coche para ir a visitar un descubrimiento arqueológico recientemente descubierto, al que acudían todos los extranjeros. Llegados al interior del monumento, Orso y su esposa sacaron los lápices y pusieron a copiar las pinturas; pero el coronel y Colomba, quienes la arqueología no les interesaba gran cosa, los dejaron solos y fueron a pasear por los alrededores.

—Querida Colomba — dijo el coronel —, no vamos a volver a Pisa a tiempo para la hora del té. ¿No tiene usted hambre? Orso y su esposa se han entregado a las antigüedades; cuando se ponen a pintar juntos no terminan nunca.

—Sí — dijo Colomba —; y no obstante no traen nada de lo pintado.

—Soy de opinión — continuó el coronel — que nos acercaremos a esa alquería que se ve allí. Habrá pan, quizá *aleatico*, y, ¡quién sabe!, hasta leche y fresas, con lo que podemos esperar tranquilamente a nuestros pintores.

—Tiene razón. Usted y yo, que somos las personas razonables de la casa, haríamos mal en convertirnos en mártires de esos enamorados, que sólo viven de poesía. Déme el brazo. ¡Verdad que me voy civilizándome! Tóme el brazo, me pongo sombreros, vestidos de moda, tengo joyas, aprendo no sé cuántas cosas bonitas, en suma, que ya no soy una indómita corsa. Mire con qué gracia llevo este *écharpe*... Es oficial rubio, de su regimiento, que asistió a la boda... ¡Dios mío!, no puedo retener su nombre; un joven al que derribaría yo de un puñetazo...

—Charworth? — inquirió el coronel.

—Ese mismo; pero nunca llegaré a pronunciar su nombre. Pues bien; está verdaderamente enamorado de mí.

—¡Hola, Colomba! Se va usted volviendo

Gran cazador



—¿Están todos aquí? ¡Entonces acabo de matar un oso!

en corso. Tal vez le alegraría oír la lengua de su país.

—Vámos a intentarlo — dijo Colombia con una sonrisa irónica.

Y se aproximó al viejo hasta privarle del sol con la sombra de ella. Entonces el pobre idiota alzó la cabeza y miró fijamente a Colombia, que le contemplaba también sin dejar de sonreír. Al cabo de un momento el anciano se pasó la mano por la frente y corrió los ojos como para contrariarse a la mirada de Colombia. Después los volvió a abrir, pero desmesuradamente; temblaron sus labios, pero tender las manos, más, fascinado por Colombia, permaneció como atado a su asiento, sin fuerzas para hablar ni para moverse. De pronto brataron gruesas lágrimas de sus ojos, y su pecho dejó escanar unos sollozos prolongados.

—Es la primera vez que le veo así — dijo la hortelana; y, dirigiéndose al viejecito, le explicó —: Esta señorita es compatriota suya, y ha venido a verle.

—¡Piedad! — exclamó él con voz enronquecida —; ¡Piedad! ¿No estás satisfecha?... ¿Cómo pudiste leer aquella hoja... la hoja que yo quemé?... Pero por qué los dos?... Tú no pudiste leer nada contra Orlanducio... ¿Por qué no dejarme uno... uno solo... Orlanducio... No pudiste leer su nombre...

—Me hacían falta los dos — le contestó Colombia en voz baja y dialecto corso —. Se cortaron los retoños del árbol; y si la raíz de éste no se hubiese secado la habría yo arrancado. No te lamentes; se queda poco tiempo que sufrir. ¡Dos años sufra yo!

El anciano lanzó un grito angustioso y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Colombia le volvió la espalda y se dirigió pausadamente hacia la casa entrecurando unas inteligibles palabras de una balda. "Necesito la mano que disparó, el ojo que apuntó, el cerebro que lo dispuso"...

En tanto que la hortelana acudía a socorrer al anciano, Colombia, animado el rostro, brillantes los ojos, se sentaba a la mesa frente al coronel.

—¿Qué le ocurre? — le dijo el británico —. Me parece ver en usted la expresión que manifestó en Pietratera el día en que nos dispararon unos tiros durante nuestra comida.

—Es que vinieron a mi imaginación unos recuerdos de Córcega. Pero ya ha terminado todo. Será la madrina, verdad? ¿Qué hermosos nombres voy a ponerle! Ghilfruccio, Tomasio, Orso, Leone.

En aquel instante entró la hortelana.

—¿Y qué? — preguntó Colombia con la mayor tranquilidad —. ¿Ha muerto o ha sido tan sólo un desvanecimiento?

—No ha sido nada, señorita; pero es raro el efecto que le ha producido su presencia.

—¿Y dice el médico que no durará mucho?

—Ni dos meses tan siquiera.

—No será una gran pérdida — comentó Colombia.

—De quién demonios hablan? — interrogó intriguado el coronel.

—De un enfermo corso que se halla aquí — respondió Colombia con calma —. Trataré de interesarme de cuando en cuando por él... Señor coronel, no se coma usted todas las fresas; deje algunas para Lydia y mi hermano.

La hortelana, entretanto, miraba con expresión de asombro a Colombia, y cuando vio que ésta se alejaba de la alquería, le dijo a su hija: —¿Ves esa señorita tan hermosa? Pues cada vez que acierte a pasar por tu lado santigue. Estoy firmemente convencida de que hace mal del ojo.

Acquí le contestamos

En esta sección contestaremos todas las preguntas de carácter general que nos formen nuestros lectores. Las preguntas serán publicadas con las colaboraciones espontáneas si se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Editorial 116, Buenos Aires.

FERNANDO ÁNGEL DE LAMA, Lima, Perú y CL. MILLER, Capital. — El enebazamiento de esta sección aclara el alcance de nuestras relaciones con los colaboradores espontáneos. Envíen no obstante, si lo desean, sus escritos, aunque los anticipamos que, por el momento, tenemos exceso de originales.

F. AZEV, Capital. — Como usted habrá podido observar, se han tornado ya disposiciones definitivas con respecto a las acertadas sugerencias que nos formula.

M. A. ROQUE ROTO, Capital. — 1º Se han tomado ya medidas tendientes a resolver el asunto que usted nos menciona en su carta. 2º. Sa pregunta es un tanto confusa. Vuelva a escribirnos aclarando si se trata de manchas o de escritura, y la clase de género o de papel empleado, en el caso.

M. P. BAHIA BLANCA. — 1º: Para obtener un buen jabón para lavar, se recomienda la siguiente fórmula: sebo, 1,5 kilos; sal rosa, 15 kilos; resina, 56 kilos; cal en terrones, 28 kilos; aceite de palma, 450 grs.; agua, 225 litros. Se agita con la pala y la soja y el agua en una caldera, donde se hierve batiendo bien la mezcla, después de asentada ésta, se decanta la lejía. En otra cacerola se derrite el cebo con la resina y el aceite y ya bien caliente se también la lejía se mezcla los dos líquidos, agitando constantemente. 2º: Para hacer tinta de escribir, use esta fórmula: Azul de resorcin, 3 grs.; azúcar, 125 grs.; ácido oxálico, 63 gr.; agua destilada, 550 cc. Se mezcla el colorante con 80 cc. de agua fría y se deja en reposo durante dos horas, al cabo de las cuales se agrega el resto del agua, bien caliente, y los demás ingredientes, sin dejar de agitar hasta su disolución.

J. B. PAGELLA, Daireaux. — Lálmame estarías los éteres que puede formar el ácido estearico con la glicerina. De todos ellos, el único que ofrece interés para la industria, por encontrarse en muchas grasas naturales, es la tereftalina. Esta se obtiene del sebo, por repetidas extracciones con éter frío, disolución del residuo en éter caliente y subsiguiente cristalización. Artificiamente se obtiene también calentando la glicerina a 275 grados, con un exceso de ácido estearico.

JOSÉ LÓPEZ, San Martín. — Es un tanto dudoso que dé resultados satisfactorios alguno método o tratamiento para aumentar la estatura, a la edad que usted declara. No obstante, puede contar con un médico al respecto. Los tratamientos generales, una sesión de gimnasia bien dirigida, y alimentos ricos en calcio, podrían dar buenos resultados.

ANDRÉS NOLIVEA, Rosario. — No conocemos ninguna revista que trate exclusivamente de geografía y narraciones de viajes.

MARINO CASO, General Madariaga. — 1º: Para determinar la graduación alcohólica del vino existen tablas especiales, que lo deducen del mosto. Omitimos sus detalles por ser excesivamente largos y complicados y, además, porque no serían de utilidad para el lector, al no siendo fabricante. Para hallar la cantidad de alcohol que contiene el vino, hay que tener en cuenta que 1.000 cc. de alcohol puro a la temperatura de 15°C., pesan 794,25 grs. Por consiguiente, para convertir un litro de alcohol en peso hallado, en tanto por ciento en volumen, hay que consultar primero el tanto por ciento en gramos, en centímetros cúbicos: 794,25 por 1.000 = 79,425. Este número indica que un litro de alcohol de 14% en peso, pesa 978,9 grs. Pero como este volumen por ciento debe referirse a la cantidad en volumen, se referirá el número hallado a la unidad de volumen. Un litro de alcohol de 14% en peso, pesa 978,9 grs. Por lo tanto, debe plantearse la proporción: 1.000 X 978,9 = 17,63 X X.

may coqueta. Creo que tenemos boda en perspectiva.

—¿Casarme yo? ¿Y quién atenderá a mi sobrino... cuando Orso me dé uno? ¿Quién le enseñará a hablar el corso?... Sí, hablará el corso y le haré un gorro puntiagudo, para que usted se enoje.

—Primero, aguardaremos a que usted tenga un sobrino, y después podrá enseñarle a manejar el puntal si le parece bien.

—Se han terminado los patates — replicó en tono jovial Colombia —. Ahora tengo un abanico para darle a usted en los nudillos cuando hable mal de mi isla.

Conversando de este modo penetraron en la alquería, donde hallaron vino, fresas y leche. Colombia ayudó a la dueña a recoger fresas mientras que el coronel bebía aleatico. En un rincón de la huerta, Colombia vio a un viejo sentado el sol en una silla de tijera; parecía enfermo. Más aun: su rostro demacrado, sus ojos hundidos, su extrema debilidad, su inmovilidad, su palidez y su mirada fija le daban más aspecto de cadáver que de ser viviente. Colombia le observó durante un buen rato con tanta insistencia que llamó la atención de la hortelana.

—Ese pobre viejo — dijo ésta — es compatriota suyo, porque conozco en su modo de hablar que es usted corso, señorita. Sufrió una gran desgracia en su país; murieron sus hijos de una manera terrible. Perdóneme, señorita, pero dicen que los compatriotas de usted no dan nada benevolos con sus enemistades. El caso es que ese pobre señor se quedó solo y vino a Pisa, a casa de una parienta lejiana, que es la dueña de esta alquería. El hombre está un poco chiflado, a causa de su desgracia y de su pena... Era molesto para la señora, que recibe mucha gente en su casa, y lo mandó aquí. Es muy tranquilo, no estorba; no pronuncia tres palabras al día. Ya he dicho que está mal de la cabeza. El médico viene a verle todas las semanas y dice que no durará mucho tiempo.

—¿Así que está desahucado? En su situación, lo mejor es morirse — expresó Colombia.

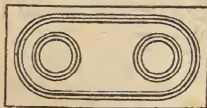
—Señorita, usted debería hablarle un poco

Para matar el tiempo

Problemas de ingenio, de lógico, chorados, comprimidos, metágramas, acrósticos y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

La alfombra del avaro

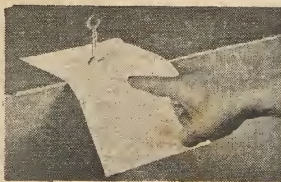
Un avaro decidió cambiar la alfombra de la sala, tratando de gastar lo menos posible. Dicha sala era cuadrada y tenía el suelo cubierto con dos alfombras iguales a la que representa el dibujo. Cortó cada una de las dos alfombras gemelas en cierto número de pedazos; reunió éstos, y con todos consiguió formar una sola alfombra, cuyo dibujo, absolutamente simétrico, era por completo diferente al de las otras dos. (Cómo las cortó)



(La solución en el próximo número)

La llave equilibrista

Este sencillo y asombroso experimento sólo requiere una llave y un trozo de papel. Se coloca la llave sobre el papel, cerca del borde de la mesa, tal como lo muestra la fotografía, y el asunto consiste en quitar el papel sin que la llave se caiga. A primera vista parece imposible realizarlo, pero con un poco de práctica el experimentador llegará a hacerlo a la perfección. Todo consiste en humedecerse ligeramente los dedos y con ellos pegar un golpe fuerte y seco sobre la parte saliente del papel. De esta manera la llave no perderá su equilibrio y se habrá conseguido lo propuesto.



(La solución en el próximo número)

LA MONEDA SOBRE EL DEDO

Sobre el índice, puesto casi vertical, de la mano izquierda, se mantiene en equilibrio, en posición horizontal, una tarjeta de cartulina que lleve superpuesta una moneda de veinte o cincuenta centavos. Con el dedo medio de la mano derecha se dará un golpe al borde de la tarjeta, y si se ha logrado que el impulso comunicado no la deslice de su plano, la tarjeta volará y la moneda quedará en equilibrio sobre el dedo.

Con un poco de práctica se consiguen resultados sorprendentes.



PROBLEMA DE Palabras cruzadas



HORIZONTALES

- (Édgar). Apellido de un célebre novelista norteamericano nacido en Boston en 1859.
- Sujeto, amargo.
- Nota de la escala diatónica.

- Molusco esterópodo comestible, de espesor movable (phral).
- Consonante doble.
- Asome un mineral a la superficie de un terreno.
- Promesa personal de segunda persona en ambos géneros y número plural, en dativo o acusativo.
- Distintos, diferentes.
- Parte de la costa de África, en el sudo de Adén, habitada por los Afar o Danakil.
- (Eugenio J.). Crítico y filósofo catalán.
- Primer rey de los hitos, nacido hacia 1115 antes de Jesucristo.
- Previsión, aviso.
- Mamífero roedor pequeño que vive generalmente en los edificios y emparedamientos.
- Vasija de barro o vidrio de forma cilíndrica.
- Penetrar un líquido en un cuerpo.
- Planta lilícea, con hojas largas y carnosas, de las que se extrae un jugo muy amargo, usado en medicina.
- Provincia de Bolivia, en el departamento de Santa Cruz.
- Nombre dado a la vasta meseta en Asia entre el Indo, el Tírris, el río Caspio y el océano Pérsico.
- Exactamente divisible por dos.

EL CUADRADO

He aquí un problema para resolver en pocos minutos. Se trata de cortar dos pedazos de la figura adjunta y colocarlos de tal manera que en el conjunto formen un cuadrado perfecto. Cinco minutos bastan para realizarlo.

Cinco minutos bastan para realizarlo.

(La solución en el próximo número)

- Villa del partido de Padrón, Co.
- Filado irrevocablemente por la suerte.
- Voz germana que significa agua.
- Receptor de caucho (plural).
- Símbolo químico.
- Afirmación.
- Hacer ruido una cosa.
- ¿Qué?
- El río más largo de S'beria.
- Poema del género lírico dividido en estrofas iguales.

VERTICALES

- Río de Italia.
- En la mitología escandinava, genio que simboliza la tierra, el fuego, etcétera.
- Partes arqueadas y salientes de las uñas, que sirven para ser tomadas fácilmente.
- Artículo.
- Hace don.
- Parada de la tropa que va marchando.
- Clava, maza, cachiporra.
- Círculos o anillos rígidos de hierro o madera.
- Artículo.
- Uno de los nombres de Cibeles.
- Substancia dura, seca, soluble, de gusto amargo, que se emplea como condimento.
- Derivar del rumbo.
- Probaron, vieron, examinaron.
- Remontar a tal o cual fecha.
- Movimiento rotatorio alrededor de un eje, que pasa todo el invierno adormecido.
- Derivar del ganado.
- Vista consera de África (Sudán Central), al este del lago Chad.
- Quita sus restos.
- Palabra árabe que significa cabo, promontorio.
- Fatigación, molestia.
- Se trasladará hacia un sitio determinado.
- Trozo de madera mucho más largo que grueso.
- Extraño.
- Quiso, vivió.
- (Yama). Montaña sagrada del Japón.
- Popocatepetl.
- Número uno en los dados.
- Igual que 43 horizontal.
- Hija de Isaac, cambiada en su vida por Júpiter y guardada por Argos.
- Inicio del nombre y apellido de un ingeniero francés, inventor de un micrófono y precursor de la aviación.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DE LA "FRASE INTERPRETATIVA":
MAS VALE MAÑA QUE FUERZA

DEL "COMPRIMIDO" (NEGOCIO):
TIENDA

DE LA "FRASE INTERPRETATIVA":
ARRIBA LOS CORAZONES

DEL PROBLEMA, "LOS GATOS"
SEIS GATOS BASTAN

DEL PROBLEMA:
"EL ABANICO"
DEL MATEMÁTICO

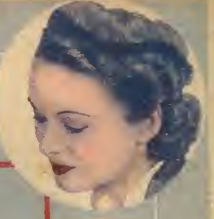
He aquí en qué forma habla que pleas el abanico para que resultase lo que pedía el matemático.



DEL "DIALOGO CHARADA"
MALAQUITA

DEL PROBLEMA:
"LOS TRES AMIGOS"

Tomemos uno de los tres amigos: Pedro. Este se dijo: puesto que Pablo se ríe, es porque no sabe que está pintado de negro... Ahora bien, si yo no estuviese pintado, Pablo se sorprendería de ver reír a Juan, puesto que, según él, Juan se tendría que reírse. Pero ya que Pablo no se sorprende de ver reír a Juan, resulta que, a su parecer, Juan se ríe de mí. Lo que significa, en consecuencia, que a mí también me han pintado.



- PERMANENTES**, las más bellas, magníficas y sedosas \$ 5.-
- PERMANENTES** autotérmicas \$ 10.-
- PERMANENTES** al vapor \$ 6.-
- PERMANENTES** al vapor "Roberts" \$ 8.-
- PERMANENTES** Radio Termo \$ 10.-



PERMANENTES impecables e indeseizables

PERMANENTES en todo sentido perfectas

TINTURAS naturales y al aceite \$ 6.-

MASAJES sistemas Ultra Modernos \$ 3.-



Depilación, extirpación del vello, estética,
baños faciales, puntos negros, etc. Atendida
por **GUILLERMINA SCHWARTZ**

LA ESMERALDA

CASA MATRIZ
PIEDRAS 79 (Casi esquina Avenida de Mayo)
U. T. 34-1019 (Antes Piedras esquina Venezuela)

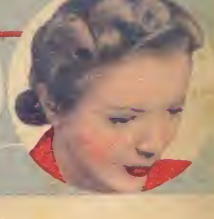
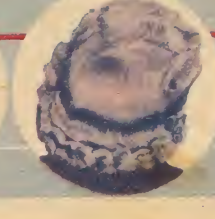
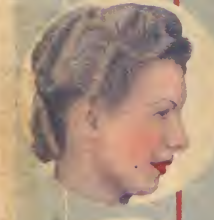
CASA CENTRAL:
C. PELLEGRINI 425
U. T. 35-6645 y 35-1231

Suc. Centro: LAVALLE 735 U. T. 31-5720	Suc. Flores: RIVADAVIA 7150 U. T. 66-0030	Suc. Once: RIVADAVIA 9579 U. T. 48-2267
---	--	--

Productos de Belleza y Tratamiento **GUILLERMINA SCHWARTZ**

ACEITE DE FLORES Preparación a base de bolitas y aceites de flores; su solo masaje demuestra su bondad en los arrugas, pollos de gallo y bolsos de los ojos. Frasco, \$ 3.— y \$ 5.—	CREMAS DE BELLEZA Crema N.º para cutis secos y marchitos. Crema L. Limpieza de la tez y maquillaje. Crema D. Crema crema base de palma. Creación Guillermina Schwartz, Potes a \$ 3.50 y \$ 6.—
--	--

Al interior contra reembolso.
En venta: Laboratorios **LA ESMERALDA**, C. Pellegrini 425, Farmacia Franco Inglés, etc. CONSULTAS sobre Estética y Belleza, diríjase a Guillermina Schwartz, directora del Instituto **LA ESMERALDA**.



EL PERFUME,
ELEMENTO
DE ATRACCION



La mujer conoce la importancia del perfume como elemento de atracción. A ello se debe su preferencia por la LOCION ORIGAN de Preal, el perfume femenino que simboliza la esencia misma de la mujer.

LOCION ORIGAN de Preal cautiva con sus mil sugerencias y su aroma distinguido.

A la fiesta elegante, a la confitería de moda, al cine, puede usted ir perfumada con LOCION ORIGAN de Preal, en la seguridad de que su fragancia aristocrática será, en su persona, un motivo más de atracción.

Se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías, en varios tamaños, desde \$ 0.70.

Camauër & Cía.

Inclón 2839/47

Locion Origan de PREAL
(Destaca su personalidad)